

Tibor Fischer  
QUIÉN FUERA DIOS



«Intenté ser una persona honrada. Lo intenté durante mucho tiempo..., pero no funcionó», asegura Tyndale Corbett, un agente comercial en paro, cuarentón divorciado y sin dinero que suplanta por unos días a un amigo en una convención de agentes comerciales en Miami. Tras viajar a esta ciudad y salir airoso del encuentro, Tyndale, deslumbrado por los hoteles de lujo, la diversión fácil y unas vagas intuiciones de enriquecimiento rápido, decide acabar con su cochambrosa mediocridad y aspirar alto, muy alto: de hecho, decide ser Dios... o, al menos, tratar de convencer a la ciudad de que lo es. Para ello necesita una parroquia y la encuentra en la Iglesia del Cristo Fuertemente Armado. Pero su apostolado no acaba de cuajar y Tyndale se jugará el todo por el todo con un milagro pasmoso: morirá y resucitará a las pocas horas. Para ello, urde un plan infalible con el empleo de una funeraria; pero ¿acaso existen los planes infalibles?

**Lectulandia**

Tibor Fischer

# **Quién fuera Dios**

ePub r1.0

AINoah 20.11.13

Título original: *Good to be God*  
Tibor Fischer, 2008  
Traducción: Victoria Alonso Blanco  
Diseño de portada: Editorial

Editor digital: AlNoah  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Louise

Cuando vienen mal dadas, lo sabes. Sabes que vienen mal dadas cuando llamas por teléfono y nadie te devuelve la llamada. Sabes que vienen mal dadas cuando vuelves a casa, han echado la puerta abajo, lo único que se han llevado es el cerrojo (es lo único que merece la pena llevarse) y el ladrón ha dejado una nota instándote «a ver si espabilas».

La cosa no tiene ninguna gracia cuando es a ti a quien le sucede.

Intenté ser una persona honrada. Lo intenté durante mucho tiempo. De verdad que lo intenté, pero no funcionó...



—Hombre —saluda Nelson.

No nos vemos desde hace unos años. Está esperándome en el restaurante chino, hojeando pacientemente la carta. A los amigos del colegio por lo general los recordamos tal como eran en el pasado, y fue toda una sorpresa descubrir que Nelson había llegado a la cita no ya puntual, sino incluso antes de hora.

Nelson era el amigo del colegio que contaba con la aprobación de mis padres. Ya de pequeño era un artista de la manipulación, y ellos interpretaban como señal de que el mundo iba bien el que Nelson, todo repeinado, se deshiciera en zalemas cada vez que los saludaba. Su desmedida cortesía contrastaba con los gruñidos de rigor de mis demás colegas. Mi madre solía alegrarse de verlo más que yo.

Sólo en una ocasión tuvo sus sospechas. Una noche, al salir yo de casa para reunirme con Nelson en su coche, me dijo recelosa: «La verdad es que parece algo joven para conducir». Tal vez porque a Nelson efectivamente le quedaban aún dos años para poder sacarse el carnet, aunque habida cuenta de que el vehículo en cuestión era robado, eso era lo de menos.

Nelson, Bizzy y yo rodábamos por el sur de Londres. Nunca se disfruta tanto al volante como cuando se tienen quince años y se conduce un coche robado. Hacíamos un alto y nos dábamos un banquete (cóctel de gambas, bistec, tarta de chocolate con cerezas) a cargo de alguna de las tarjetas de crédito que Nelson birlaba. Repetíamos este entretenimiento con frecuencia, y sólo tuvimos contratiempos una noche, pero no por culpa de camareros suspicaces o intervenciones policiales. Nelson —conductor responsable por lo general— hizo sin querer un brusco adelantamiento a una furgoneta cargada de matones que nos doblaban en edad, tamaño y número. Estuvieron persiguiéndonos durante una hora, y fue la única ocasión en que vi a Nelson asustado.

—¿Qué tal? —pregunta Nelson.

Una pregunta de rigor, perfectamente normal. Pero que preferiría que no me hicieran últimamente.

—Bien —respondo. Ambos sabemos que no es cierto.

Todo colegio tiene su Nelson: el chaval que llama por teléfono con falsas amenazas de bomba, que roba carteras y exámenes a los profesores, que se larga de turismo a países exóticos con el primer desconocido dispuesto a correr con los gastos o se las ingenia para que algún gobierno extranjero sufrague su viaje de vuelta, mediante la famosa práctica de la deportación. De los doce a los dieciocho años no creo que transcurriera un día sin que Nelson cometiera algún delito que no conllevara pena de cárcel. Sin embargo, nunca pasó ni cinco minutos en comisaría... en Inglaterra. El destino de Nelson, imaginábamos los demás colegas, era terminar en la horca o convertido en figura del crimen internacional. ¿Qué fue de aquel Nelson? Pues que la vida le dio de hostias hasta que aprendió.

Casado y con dos hijos, actualmente trabaja como representante comercial de una empresa que se dedica a la fabricación de esposas. La empresa fabrica otros artículos, pero las esposas son su producto estrella. Nelson tiene en su haber sabrosas anécdotas sobre algunos de sus clientes extranjeros que, por ejemplo, exigen que se les devuelva el dinero cuando la sangre obstruye las esposas y no hay modo de arrancárselas a los cadáveres.

Nelson y yo nacimos el mismo día, lo que lo convierte en un estrambótico espejo de mí mismo. En el restaurante, sacamos a colación la noche en que casi nos hacen picadillo y demás batallitas de rigor. Necesitamos el uno del otro para encontrarles la gracia de verdad. ¿Hemos visto a algún colega de los viejos tiempos? No. Desde hace años. Pero aunque los hubiéramos visto, no habrían propiciado ni una sola anécdota digna de ser contada. A los cuarenta no hay gran cosa que contar.

No es que necesite que me lo recuerden, pero cuando miro a Nelson me doy cuenta de lo mucho que castiga la maratón esta. Nelson no es ni vago ni lento, sin embargo:

—Hace cuatro años que no me compro ni una camisa —me dice.

Su hija quiere estudiar medicina, así que a Nelson le toca ahorrar. Los dos nos escandalizamos de lo cara que está la vida, la comida en particular. Él apenas se puede dar el lujo de una cenita moderada en un chino barato del barrio, yo ni eso. Es lo que tiene ser varón y cuarentón: menos pelo y más racanería.

—¿Por qué en los chinos no sabrán hacerte un café en condiciones? —reflexiona, hundiendo la cucharilla en el líquido—. Ahora me corta el pelo mi mujer, ¿sabes? —Da unos tijeretazos en el aire con los dedos.

¿Será que envejecer es un proceso a la inversa? A los veinte años hay momentos en los que ejerces cierto ascendiente, pero luego se te echa todo encima y te encuentras de nuevo en una versión flácida de la infancia donde no puedes hacer lo que quieres y te corta el pelo alguien que no tiene ni idea de cortar el pelo.

Aun así, Nelson me lleva una gran ventaja en este juego. Puede que su hipoteca sea enorme, pero al menos tiene hipoteca. Su trabajo será infame, pero tiene trabajo.

Pensión. Hijos. Todos nuestros conocidos, hasta los más palurdos y los más desagradables, tienen algo.

—Déjame que te invite —dice Nelson, y ni siquiera hago ademán de protestar, no vaya a cambiar de opinión.

—De mujeres, ¿qué? —pregunta Nelson.

—Nada. —Nelson espera que me explaye, pero no lo hago.

—No tienes suerte, ¿eh? —A veces te crees desgraciado, y es posible que lo seas, o no. Es difícil evaluar los baches, y tenerse siempre por desgraciado sería autocompasión. Pero cuando son los amigos quienes te salen con que no tienes suerte, es que vienen mal dadas de verdad.

Nos quedamos en silencio a la espera de que el camarero regrese con la tarjeta de Nelson.

—La semana que viene, en Miami —suspira Nelson.

—¿Qué tiene eso de malo?

—Si fuera un viaje de vacaciones, Miami sería el destino ideal. Pero lo que yo tengo por delante es un montón de horas enrabiado en la carretera, un día metido en el avión y cuatro jornadas de trabajo en una cabina refrigerada repartiendo tarjetas entre el gremio policial, que hará el gamberro tanto como le sea posible y que de tener algún interés en mi producto ya sabría dónde localizarlo en cualquier caso. Con el hígado hecho polvo como lo tengo, de beber, ni hablar. Luego a la vuelta, otro puñado de horas aguantando retrasos en el aeropuerto, otro día metido en un avión, y para rematarlo otro puñado de horas enrabiado en la carretera hasta volver a casa y que la parienta me dé mala vida porque he estado en Miami y ella no.

Un chino esquelético se deja caer en el restaurante con un voluminoso bolsón en bandolera. De su interior extrae un abanico de DVDs que expone ante los distintos comensales. No habla una palabra de inglés y dudo de que sepa en qué país se encuentra.

—Voy en tu lugar cuando quieras —bromeo. Nelson se queda mirándome.

—¿Por qué no? —dice sin asomo de broma—. Sí, señor, haz de mí.

—No puedo hacerme pasar por ti. Además, he perdido el pasaporte.

—Pensándolo bien —prosigue Nelson—, ¿sabes lo que yo quiero? Dormir, eso es lo que quiero. Quedarme remoloneando en la cama hasta la hora de comer, quizás una partidita de golf por la tarde. Así toda la semana. Hasta había pensado en pedirme una baja para escaquearme del viaje a Miami. Pero mira por dónde, aquí estás tú. Vas en mi lugar, te hospedas en un buen hotel, repartes unas cuantas tarjetas y disfrutas unos días.

—¿Y qué hay del pasaporte?

—Te llevas el mío.

—No nos parecemos —replico, pero miro a Nelson y reparo en que aun sin ser

hermanos gemelos, ambos llevamos el pelo al rape y tenemos cara de tocinos derrotados; además, ¿acaso alguna foto de pasaporte guarda algún parecido con su titular?

Cuantas más vueltas le damos, más nos convence el plan. Me valgo de su pasaporte y tarjeta de crédito y me empleo lo suficiente en Miami como para crear la impresión de que Nelson ha estado allí.

—¿De qué va la cosa? ¿Cata, barra o mamada?

—Cata y punto. No hacemos barras ni mamadas.

Si eres representante comercial hay dos tragos inevitables por los que pasar, vendas lo que vendas. Uno: la feria de muestras en alguna horrorosa ciudad alemana. Dos: atiborrar de copas a los que toman copas. Ése es el nivel de acceso. A partir de ahí, ya depende de la política de la empresa. Puede que baste con repartir unos catálogos («se les “cata” un poco»), o que haya que acompañar a los futuros clientes a una barra americana («observación del ganado») o, caso de hallarse en la ciudad apropiada, a un burdel («desobstrucción de cañerías»). Ser comercial, sintiéndolo mucho, no es ocupación que revista gran complejidad. Un año mi empresa contrató a un cuarteto de cuerda para que amenizara su *stand* en la feria de muestras. Nunca más repitieron.

Una vez fuera Nelson y yo demoramos el adiós e inspeccionamos la sombría calle principal por donde, a lo lejos, un sexteto de adolescentes con la capucha de la sudadera subida avanza torpemente hacia nosotros, pero en el último momento retrocede vociferando sobre algo a su juicio digno de vociferación. Anima verse en la calle con un amigo en quien sabes que puedes confiar: la aportación de Nelson, bravucón de tres al cuarto, a cualquier pelea consistiría en agotar a su asaltante recogiendo golpes, pero no echaría a correr. Nunca saldría corriendo y me dejaría tirado. No sería plato de gusto para él, pero no echaría a correr.

—Cuídate. Y recuerda —dice Nelson despidiéndose— que no puedes quedarte con la comisión.

Regreso a casa. Es un lugar deprimente incluso en el mejor de los días, porque alquilar un cuartucho de mierda con derecho a baño y cocina en un barrio de mierda siempre es deprimente. Volver a casa y encontrártela vacía siempre es deprimente. No es donde yo quisiera estar. No es donde nadie quisiera estar.

Hay un abuelete borrachuzo con cara de polla amoratada que se pasa el día sentado en la calle, aferrado a una lata. Está tan morado que cuesta creer que sea un ser vivo. Las diferencias entre él y yo son pocas (y menguantes). Principalmente, que él sabe ingeniárselas para estirar el dinero y que le alcance para empinar el codo la semana entera (yo aún siento debilidad por la comida). Además, se le ve tan feliz. A diferencia de la infinidad de borrachuzos, yonquis y pedigüeños del barrio que se afanan por hacerte la vida imposible, él guarda silencio y compostura. Es indignante.

Tengo mejor color que él, ropas no tan raídas y una vida más activa, pero aparte de eso, soy su mero suplente, su sucesor, toda vez que mis posibilidades de encontrar empleo en la actualidad son al parecer idénticas a las de Su Excelencia el Berenjena. Pocas cosas tan destructivas como una larga temporada en el paro.

Estuve en un tris de no llamar a Nelson, porque uno de los peores inconvenientes de estar hecho polvo es tener que fingir que uno lo lleva bien, algo sin duda imposible. Cuando dispones de algún compartimento estanco, puedes mantenerte a flote. Pero sin dinero, sin pareja, sin trabajo, sin casa y sin salud...

No me las doy de nada: sé que no soy ninguna lumbrera. No sé idiomas, no sé fechas de batallas ni de reyes o reinas. Mis conocimientos técnicos se limitan a cambiar el aceite del coche. No sé cantar. No sé bailar. No he logrado que se me considere una eminencia en mi club de golf, sin embargo... sin embargo siempre me creí un tipo listo, siempre pensé que tenía, no sé, cierto talento oculto. Pero, claro, cuando regresas una vez más a tu colchón sudado de tu cuchitril de mierda te preguntas: si tan listo eres, ¿cómo es que has acabado aquí, de *partenaire* del Berenjena?

No tenía más remedio que aceptar la proposición de Nelson, porque necesito hacer algo. Si me hubiera dicho de limpiarle el váter una semana, habría aceptado igual. Mejor hacer algo que no hacer nada. Puede que Nelson me haya salvado la vida.



La palabra bombilla está desterrada. Eso me dijeron el día que entré a trabajar en la empresa. Lámparas. Luminarias. Pero bombillas, nunca. De lo contrario, el secreto de la venta de artículos de iluminación se queda en lo que las carreras de atletismo, donde una centésima de segundo puede valerte la medalla: basta que sepas una chispa más que el comprador para llevarte el contrato.

Yo hacía bien mi trabajo. No era muy bueno. No era excepcional, pero bastante bueno. Uno no crece deseando ser de mayor vendedor de lámparas, pero tras quince años de visitar fábricas, oficinas, tiendas y colegios, siempre encaramado a algún sitio tomando medidas, acabé cogiéndole el gusto. Luego el negocio vivió una bonanza tal que la empresa estimó necesario contratar a un empleado más que ayudara en mi zona. Fui yo quien escogió al nuevo comercial.

Hay quienes disfrutan con el proceso de selección. Les pone eso de que se arrastren y les supliquen. A mí no. Me desagradaba tener que entrevistar a aquellos candidatos, en su mayoría gente honrada y desesperada por encontrar trabajo, porque sabía que decepcionaría a todos menos a uno. Clarinda se presentó a la entrevista con una minifalda tan corta que no me atrevía ni a mirar.

La chica, natural de Singapur, era la persona más cualificada para el puesto, la

más implacable de todos los candidatos, además, llevaba minifalda. El sector de la iluminación es predominantemente masculino, y si bien Clarinda tal vez no fuera la única mujer en el sector, seguro que sí era la más atractiva. Con el tiempo la bonanza, como buena bonanza, tocó a su fin. Fastidia que te quedes sin trabajo por haber hecho tu trabajo, como fastidia haber contratado a la persona que se queda con tu trabajo. Pese a mi antigüedad en la empresa, Clarinda se quedó y a mí me echaron. No creo que la minifalda fuera un factor decisivo: lo determinante, diría yo, fue que mi colega viviera con un abogado considerado como el más destacado experto en derecho laboral.



Evidentemente quedarte sin trabajo no debería arruinarte la vida, pero así fue. ¿Recordáis aquel enorme y deslumbrante transbordador espacial que costó miles de millones de dólares y terminó desintegrándose por culpa de un trocito de espuma de nada?

No os aburriré con los detalles de la historia. Entre los momentos estelares figuran una inversión nefasta, un divorcio, un incendio, una dolencia embarazosa, unos cuantos abogados y una abundante dosis de mala suerte. Te das la vuelta un segundo y aquella cosa que habías dado en creer tu vida de pronto ya no existe. Probablemente ni siquiera sea preciso darse la vuelta, podría ocurrir ante tus propias narices, incluso al tiempo que estás agobiándote con ella. Y de mi infortunio salí sin ninguna anécdota graciosa que contar. La mala suerte como mínimo debería procurarnos un buen arsenal de anécdotas.



Hay lugares que están esperando a que uno los descubra. Tal vez no os hayáis percatado, pero los hay.

En el control de inmigración, me sumo a la cola capitaneada por un ceñudo funcionario con bigote ralo aquejado de sobredosis de rencor. Rencor que se pone de manifiesto viéndolo marear a dos inofensivas venezolanas, madre e hija. El tipo despacha con tal parsimonia que nadie diría que está despachando, sostiene los pasaportes venezolanos con las yemas de los dedos como si estuvieran pudriéndose.

Al frente de la cola a mi derecha, un jovial funcionario de pelo cano con aspecto de jubilado y poblado bigote despacha a los recién llegados en expeditivas tandas de dos minutos dedicándoles una sonrisa y una broma.

A los diez minutos me doy cuenta de que me he equivocado fatalmente de cola. A mi derecha, una mujer con gafas que antes estaba contando a voz en grito su crucero por el Caribe y se encontraba a seis o siete turistas por detrás de mí ha llegado ya hasta las almohadillas dactilares.

¿Cambio de cola? No, porque calculo que la crisis venezolana no tardará en concluir. Cuando veinte minutos más tarde sigue sin hacerlo, decido que no vale la pena pasarme a la otra cola, porque ahora sí que ya no puede tardar mucho; una decisión que a los diez minutos lamento con toda mi alma cuando veo el denodado esfuerzo de las venezolanas por mantener su cortés sonrisa.

Aquí tenemos una sencilla lección sobre la naturaleza humana. El infortunio ha hecho de mí un experto en descontentos, pero en esta ocasión no preciso recurrir a esas aptitudes mías para detectar la amargura; mi futuro interrogador ostenta la joroba del agravio. Las cosas no van bien en casa: le ha explotado la caldera o ha descubierto a su esposa en alguna página web de *bukkake*, y qué mejor lugar para pagarla con el prójimo que su puesto de oficial de aduanas.

Barajo el cambio de cola durante otros veinte minutos, pero temo que en cuanto cambie, el sonrisas a mi derecha dé su turno por terminado y algún otro monstruo de la burocracia venga a ocupar su lugar. Después de una hora de cola, después del pesado vuelo, si pudiera teletransportarme al instante de buena gana renunciaba y me volvía por donde he venido, aunque no haya nada esperándome al otro lado. Ésos son los arrestos que me quedan.

Tras larga hora y media, cuando por fin alcanzo el mostrador, muestro el pasaporte de Nelson con cierta aprensión. Hasta la fecha en mi historial delictivo sólo constan algún que otro aparcamiento por la jeta y porros varios; lo que voy a hacer supone un salto mayúsculo en potencial penitenciario. Sin embargo, inmediatamente advierto que no habrá pegas. Llevo el pasaporte de Nelson memorizado, con todo detalle, y ensayada mi tapadera, pero no me preguntan nada de nada. La mirada del funcionario rebosa satisfacción; ya se ha empleado a fondo con las venezolanas, y puesto que sus compañeros de turno han atendido a diez o veinte personas más que él, seguramente esté preocupado por su rendimiento laboral. Estoy casi indignado.

El aeropuerto de Miami es el clásico moqueta y plástico de todas partes. Pero en cuanto recoges el equipaje y sales a la calle, la cosa cambia.

De pronto el calor. La luz que te asalta. Yo de luz entiendo, y nunca he visto luz así. No parece real siquiera, de tan blanca. En el taxi camino del hotel, me doy cuenta de que Miami estaba esperando a que yo la descubriera, de que ésta es mi ciudad ideal, y no la había descubierto por idiota. Miami, la de la luz deslumbrante. Deslumbrante de luz Miami.

Mi hotel se encuentra ubicado en pleno Miami Beach. Es limpio y alegre, aunque a juzgar por los establecimientos vecinos no es el más lujoso, pero estoy aquí en calidad de vendedor de esposas, no de estrella del rock. Me registro en el hotel y la celeridad con que el recepcionista me arrebató la tarjeta de crédito de Nelson me confirma que todo irá sobre ruedas. Esta ciudad está dispuesta a aceptar tu dinero.

Atestada de luz, mi habitación es perfecta. Inspecciono el balcón y me dejo bañar

por el sol. Me purifica. Mis problemas siguen siendo los mismos que al salir de casa, pero no me preocupan.

No es que pretenda engañarme, es que de verdad no me preocupan. Y no preocuparte de tus problemas es como no tenerlos. La luz raspa las incrustaciones negras de mi cogote. Es como si hubiera muerto y ascendido al cielo. Haciéndome pasar por Nelson, he vuelto a nacer.

Pido un sándwich de dos pisos y un batido de coco al servicio de habitaciones. Hacerse servir platos caros a costa de otros es un gustazo. Aún hay luz fuera cuando termino de comer, pero no me tienta la idea de salir a explorar. La súbita dicha me ha dejado extenuado. Mi habitación contrasta tan radicalmente con mi anterior existencia que me apetece quedarme en ella y gozar de una temprana inconsciencia. Y por primera vez en muchos años duermo en condiciones toda la noche. Sin sudores, sin sueños agrios, sin dolor de tripas al alba: duermo el sueño de los triunfadores.



En el transcurso de mi acicalamiento matutino, me sorprendo ante la imagen que me devuelve el espejo: es como si Tyndale Corbett hubiera desaparecido de la faz de la tierra. Soy otra persona. ¿Quién dice que uno viaja con sus problemas a cuestas? Qué equivocados están.

¿Me preocupa vender un artículo del que no sé nada y defraudar a Nelson? No. En absoluto. Llevo mi voraz apetito a desayunar. El bufé es el clásico surtido pseudosano (es decir, barato). Examino con incredulidad los minúsculos paquetitos de cereales y magdalenitas de casa de muñecas, cuando oigo una voz atronadora que dice:

—Deben de creer que somos pajaritos.

El autor del comentario es tan gordo que ocupa toda una mesa. Ante sí tiene una bandeja repleta de una especie de pastel de chocolate, tiramisú probablemente, y cuando digo bandeja me refiero a una bandeja, uno de esos recipientes planos y grandes que se ven en las vitrinas de las pastelerías. Lleva engullido ya al menos una cuarta parte de su contenido, lo suficiente como para, pongamos, provocar las arcadas de una familia normal cualquiera. Por otro lado, no veo más tiramisú a la vista, lo que significa que o bien el tipo ha confiscado los suministros del hotel al completo o se ha traído la bandeja de casa.

—Eh, tú, véndeme algo o al menos regálame una camiseta. ¿Las tienes en talla extra extra extra extra extragrande? —me pregunta apremiante. Yo llevaba puesta una camiseta con el logotipo de la empresa de Nelson. Así fue como conocí a Desi.

Me daba un poco de grima sentarme a su lado, porque detesto el chocolate. No lo soporto, no soporto ni su olor ni su aspecto, pero diferenciarte de tus semejantes en cualquier sentido provoca rechazo, y aunque la exposición a tanto chocolate me

provocaba arcadas, tomé asiento junto a Desi. No habían transcurrido ni dos minutos de mi primera jornada como falso vendedor de esposas y ya estaba metido en faena.

Desi era agente de la policía secreta en Los Ángeles, aunque interesaría saber el volumen de trabajo que en realidad dedicaba a ese menester, pues como él mismo no tardó en explicarme, de hecho pasaba bastante tiempo en clínicas de desintoxicación. La cocaína había sido su primera adicción, después vino la heroína, luego el bourbon y más tarde la hierba, vicio del que sólo logró desengancharse gracias al crack. La ludopatía le duró dos años nada más, y desde entonces estaba enganchado al tiramisú.

Los hoteles «oficiales» designados para el congreso eran tres. Estoy convencido de que entre el colectivo policial asistente a dicho congreso debía de haber un buen número de agentes responsables, de individuos de rectitud tal que nadie de su familia había recibido una multa por mal aparcamiento en un siglo, pero no eran los que se hospedaban en mi hotel y se dedicaban a pasarlo bien con Desi.

Toda empresa tiene sus mangantes. La mía los tenía. Singer, por ejemplo, quien, compartiendo en una ocasión habitación de hotel con un colega, se largó tan campante dejando al otro muerto en la cama dos días seguidos porque la perspectiva del papeleo y las desagradables llamadas de rigor se le hicieron un mundo. («Estaba ocupado con una mala resaca», pretextó como disculpa).

Me figuro que a un poli eficaz es difícil que lo manden a un congreso en Miami. ¿Dejaríais vosotros que el mejor sabueso del equipo se os fuera unos días de jarana por ahí? Lo bueno de los secuaces de Desi era lo simpatiquísimos que eran todos y la gran receptividad que mostraban hacia otras culturas (particularmente en sus representaciones femeninas). Y luego estaba lo malo.

Ninguno tenía un nombre normal: Chochetes, el Sartén, el Orejas, Uniceja, Celofán, Tirofijo. Tal vez por la misma razón por la que los delincuentes se ponen apodos, para que nadie sepa su verdadero nombre. Muchos de los alias, no obstante, los delataban a la primera: el Sartén llevaba una sartén estampada en el dorso de la chaqueta, y la principal motivación de Chochetes no era otra que la que su propio mote indica.

El único elemento con un nombre vulgar y corriente en el círculo de Desi era *Larry*. Al lado de Desi había un enorme recipiente de plástico transparente, como esos que se llevan cuando se va de merienda al campo.

Y en su interior, una araña enorme. Más grande que mi mano. Yo desde luego nunca había visto una araña así de grande, y he estado en más de un zoo. Las arañas más grandes que vi en ellos, las tarántulas, eran seres inertes y tan interesantes de contemplar como un mejillón. La de Desi, en cambio, golpeaba enérgicamente contra las paredes del recipiente con furia arácnida.

—Así es —dijo Desi—. ¿Sabes eso que dicen de que los animales salvajes no son agresivos? ¿Que sólo atacan cuando se les amenaza? ¿Que sólo quieren que los dejen

tranquilos? ¿Ser salvajes y vivir a su rollo natural? Pues *Larry*, no. *Larry* te ataca porque... porque te tiene delante. Y si no te tiene delante... ya se encargará de tenerte.

Los dos días siguientes no dormí mucho. Entre los momentos cumbre destacaría las disparatadas apuestas policiales a favor de *Larry*, a quien le dio por enzarzarse en múltiples combates: *Larry* contra ratón blanco. *Larry* contra rata. *Larry* contra cacho rata que Celofán y yo nos pasamos horas buscando en una acequia. *Larry* contra boa constrictor (este combate resultó bastante más aburrido de lo que pueda parecer: se trataba de una boa enorme, pero mortecina, pese a las patadas de aliento de su propietario). *Larry* contra una arañita insultantemente pequeña que Uniceja encontró en una maceta y por la que apostó simplemente para fastidiar a Desi (se falló empate, pese a que no ocurrió nada y Desi insistía en que era «tan pequeña que *Larry* ni la verá»). Y por último, *Larry* contra un pitbull llamado *Loco*. *Larry* redujo al pitbull de un solo mordisco y luego salió corriendo, mientras varios espectadores se encaramaban a lo alto de las palmeras afanosos por dejar a *Larry* espacio para campar a sus anchas.

Tres veces al día llegaba al hotel una furgoneta de reparto con una bandeja de tiramisú para Desi. En ningún momento le vi comer nada más, ni beber otra cosa que no fuera coñac. Yo cumplí con Nelson: me gasté el dinero que me había dado para mis gastos. Y distribuí sus catálogos, si bien al congreso propiamente dicho sólo acudimos por espacio de media hora y porque Desi necesitaba que le prestaran un dinero. Dos prostitutas costarricenses a las que encontré en mi cuarto de baño me pusieron un poco al día sobre la historia de su país, historia de la que, para mi vergüenza, yo lo ignoraba todo (al parecer es uno de los pocos países que no tienen ejército), y luego las remití a Chochetes.

Disfrutamos juntos de una animada sesión en un campo de tiro, cuyo extenso reglamento estaba expuesto en diversos puntos del recinto en letras grandes como cabezas. Sólo hubo una regla que no infringimos, pero cuando el propietario del campo de tiro es amigo tuyo, ¿qué importancia puede tener eso? Siempre conservaré en la memoria el grato recuerdo del momento en que Tirofijo, desde una distancia de treinta metros, hizo saltar por los aires, con un atronador disparo, la ceniza del habano que el Sartén se estaba fumando (era un habano monstruosamente largo, todo hay que decirlo...).

Uno de los momentos más memorables, sin embargo, fue a simple vista trivial. Me hallaba yo ayudando al Orejas y a Uniceja a sacar un sofá de la recepción de un lujoso hotel... en rigor no lo estábamos robando, porque era para una apuesta entre el Orejas y el Sartén. El Orejas se había estado mofando de la seguridad del hotel y del bajo calibre de sus empleados. «Pero, tío, si podríamos entrar sin más y arramblar con un sofá sin que se dieran cuenta». El Orejas estaba en lo cierto. Acabó embolsándose

cincuenta dólares del Sartén y otros cien que le soltó el conductor de una camioneta al que le gustó el sofá.

Pero mientras sacábamos el sofá a costas del hotel, si bien no había personal de seguridad a la vista, me fijé en que un tipo no me quitaba ojo de encima.

Había algo en él que me resultaba vagamente familiar. Cuarentón, complexión recia, cabeza afeitada. ¿Actor? ¿Político? Vestía con una guayabera turquesa al estilo Miami, y los oros asomando por la pechera, aunque no pude apreciar si lo que colgaba de su cuello eran abalorios étnicos de ésos de pacotilla o la clásica bisutería de relumbrón. El caso es que el tipo no me quitaba ojo y sabía perfectamente lo que nos traíamos entre manos.

Mientras el Sartén hacía su recaudación, yo no dejaba de pensar en aquel tipo. Cuando uno se ha criado en una gran ciudad reconoce a los matones a la legua. ¿Policía? Puede ser, aunque, francamente, parecía demasiado inteligente. Por mucho que un servidor hubiera disfrutado con la compañía de Desi y los muchachos, intimidación intelectual no había experimentado ninguna. Las fuerzas del orden público no suelen atraer a las mentes más preclaras porque te pagan mal, hay desgraciados que te escupen a la cara o intentan matarte, y a diferencia de lo que ocurre en el ejército, cuando eres tú quien intenta matarlos de vuelta, te la has buscado.

A juzgar por la redondez de su testa y la oscuridad de su tez, habría dicho que se trataba de un conductor de autobuses turco, un entrenador de fútbol de las Bahamas o un albañil peruano, de no ser por su presencia en un hotel de lujo y sus ínfulas de asistente a cumbres. Esa aura que irradian los individuos que, aun sin haber alcanzado tal vez el éxito que desearían, han conseguido llegar hasta una conferencia cumbre con buena panorámica. Encumbrados en lo alto de su hábitat. Ahí me las den todas.

Tal vez no seas el más ilustre ginecólogo, pero tienes tu casa, tu segunda residencia, tu buen coche, tu barco, a tus niños en un colegio privado y tus ahorros engordando en el banco, de modo que sólo trabajas unos días a la semana: eres un individuo que asiste a cumbres, puedes quedarte en casa tan campante y reírte del mundo. O pongamos que eres un pintor no lo bastante subastado, cuya obra no ha llegado a las mejores galerías, ni conquistado las portadas de las revistas, pero que ha encontrado un buen chollo en la enseñanza y ya recibió lisonjas suficientes como para llevarse a la cama a montones de alumnas. Ahí me las den todas. Cierto, sí, todos quisiéramos subir otro peldaño más, que nos sirvieran ración extra de chocolate (vale, yo, no), pero lo importante ya quedó hecho.

Quise acercarme y decirle: «Estoy convencido de que ganaría mucho conociéndolo». Pero no puedes irle a nadie con ese cuento sin que te tome por gay o enfermo mental. Y bastante tenía ya con Desi y compañía. Aun así, la mirada de aquel tipo se me quedó clavada.

La hora del adiós llegó a la mañana siguiente. Todos los polis se marchaban, pero yo tenía que quedarme un día más en Miami, supongo que por si surgía la oportunidad de un plus de congresamiento post-congresual. Le tiendo a Desi las señas de Nelson. Sigue un poco mustio por la fuga de *Larry*. Agarra su cucharón especial para el tiramisú y se atiza un bocado pantagruélico.

—¿Dónde encuentro yo ahora actitud como la de *Larry*?

Nos estrechamos la mano en el vestíbulo del hotel. Entusiasmado, Desi afirma que le encantaría hacerme una visita en Londres. Me preguntó cuál sería la reacción de Nelson si Desi apareciera en su puerta. Siento tentaciones de confesarle la verdad, porque es de mal gusto tener engañados, aunque sólo sea un poco, a quienes te caen bien. Quince minutos más tarde, cuando salgo del hotel, Desi sigue en la puerta esperando un taxi. Creo que me ha visto pero hace como si tal cosa.



Ahora ya no me siento tan estupendamente. El subidón de sol y la excitación arácnida de los últimos días comienzan a disiparse. La perspectiva del retorno me da en todo el morro. A excepción de unas cuantas sábanas sucias, la verdad es que no hay nada que me espere al otro lado. El país ya dispone de vendedores de lámparas de sobra. Puede que una de las setenta solicitudes de empleo que envié a lo largo del mes pasado haya cuajado, pero lo dudo.

Lo había estado cavilando, pero ahora me lo anuncio formalmente: no pienso volver. Si estoy acabado, más me vale estar acabado habiendo ligado bronce.

Tengo unos cuantos amigos, pero al igual que Nelson, están agobiados por sus respectivas familias y trabajos. Puedo contar con ellos a lo sumo para darme una vuelta por el *pub* un par de veces al año. Y es poco probable que encuentre colocación. Los parados siempre inspiran desconfianza. ¿Se puede saber por qué está usted en el paro? A uno le sale trabajo cuando tiene trabajo.

Además, si bien tengo cierta confianza en mis capacidades, las empresas suelen decantarse por ese candidato quince años más joven que yo que probablemente no sea tan bueno como yo, pero tampoco mucho peor, al que pueden pagarle la mitad de mi sueldo con la seguridad de que pondrá el doble de empeño en su trabajo que yo. A mis años, debería estar ya en la copa del árbol, aferrado al puesto con todas mis fuerzas y descargando las tripas sobre los de abajo.

No pienso volver; ni a punta de pistola.

Barajo la posibilidad del suicidio. Llevo un tiempo sin planteármelo. Es algo que antes me ocupaba las horas, tanto como ver la tele durante el día o fantasear que atizaba a Hollis con un pedazo de barra de hierro. El mayor atractivo del suicidio es lo fácil que resulta.

Llevarlo a cabo no lo es tanto. Requiere de cierto empuje, pero la cuestión

práctica es bien simple. ¿Qué os parece más fácil?: ¿rellenar una solicitud de empleo de diez páginas entre la cual figuran varias preguntas que ni siquiera entendéis? ¿Mudarnos de casa? ¿Sacaros un título en informática o ingeniería? ¿Rastrear las columnas de contactos esperando dar con una persona capaz de mantener una conversación como es debido? ¿Levantar en solitario una empresa de artilugios para ejecutivos que conlleve trabajar doce horas al día en los próximos seis años?

¿O tragarnos unas pastillitas?

El suicidio le hace el juego a nuestra pereza. Y la pereza, la pereza siempre acaba imponiéndose. Tarde o temprano. No hay más ley que ésta.

¿Y por qué no vas a suicidarte cuando estás de buenas? ¿Por qué irte de capa caída? ¿Por qué no abandonar cuando llevas la delantera? La idea de quitarme de en medio en un buen hotel y de buen humor se me antoja de pronto interesante.

El motivo principal que me lleva a barajar tan a menudo la idea del suicidio es que soy consciente de que no lo llevaré a cabo. Mi problema es que soy un cobarde y un baldragas.

Pero no pienso volver: antes morir aquí que regresar a ese anticuado mingitorio que es Londres. Es evidente que he fallado en algo. No me ha ido bien la vida, ésta es la verdad. Hay hechos indesechables. A mi manera, si bien modesta y apenas perceptible, he procurado conducirme como una persona sensata y honrada. Pero se acabó. No sé qué haré a partir de ahora, pero eso se acabó.

Mientras paseo por Collins Avenue, abjuro de la sensatez y reniego de la honradez. Es fantástico. Resuelvo burlarme de virtudes como la responsabilidad, la compasión, la puntualidad, la paciencia, la diligencia y la verdad. Suelto una risotada en prueba de mi resolución.

Inmediatamente, opto por el autosoborno. Da un poco de pena, pero dado que aún dispongo de la tarjeta de crédito de Nelson, y que antes de llegar a Miami me alimentaba en exclusiva a base de huevos revueltos con tostadas, he decidido obsequiarme con un tentempié escandalosamente caro: paté de oca y caviar con virutas de oro, o cosa parecida. En caso de duda, recúrrase siempre al paté de oca y al caviar.

Me dirijo hacia el Loews. Todo el mundo debiera hospedarse en un hotel de lujo alguna vez en la vida. Estar hospedado en un hotel de lujo sacia el ansia por hospedarse en un hotel de lujo. Es una delicia sentarse al borde de la piscina junto a algún personaje de fama mundial, y así luego poder ir contando por ahí que has estado sentado al borde de la piscina con un personaje de fama mundial, pero basta con que se haga una vez.

Curiosamente, cuanto más fastuoso el hotel, mayor el engrimiento de su personal, y so pena de que poseas un país o te cuentes entre los diez personajes más archifamosos del mundo, se te toma por el pito del sereno. Por alguna regla de tres, el

personal de los hoteles de lujo da en creerse rico y poderoso. Los mejores establecimientos son esos buenos hoteles de tres estrellas, limpios como la patena y atendidos con alegría.

Cruzo en línea transversal la cavernosa vastedad del vestíbulo del Loews y me fijo en un tablón en el que se anuncian las reuniones y funciones que se han de celebrar en el hotel: «La asociación americana de diseñadores de campos de golf» de paso por la ciudad, «La federación internacional de glotones competitivos», una entidad llamada «Whom-Bomp-A-Loo-Bomp A Womp-Bam-Boom Boom Bam, Baby» y una charla con el título «No Ser».

La carta del restaurante no es tan extravagante como esperaba. Nada de sándwiches de hortolano con panda. Me decanto por un ceviche de atún y, mientras espero mi golpe de suerte y delibero qué será menos honrado, si irse sin pagar o pagar con la tarjeta de Nelson, de pronto lo veo.

Lo veo desaparecer por una puerta, con una chica con estatus de modelo serpenteando alrededor de él como una dependienta entusiasta. Es él, el Vigía del sofá. En un hotel repleto de ricachones y arrogantes, ha monopolizado la circunspección por entero. Tengo que hacer indagaciones.

Frente a la puerta por la que acaba de entrar veo un cartel: «No ser: un acercamiento al budismo vajrayana con Su Santidad, el Lama Lodo». Desde la tarima, el Vigía del sofá se dispone a dar su conferencia con la disposición característica de los conferenciantes dispuestos a conferenciar. Así que el tipo es un comercial de la salvación. Toda una sorpresa, pero paso dentro.

Seguramente se requerirá algún tipo de inscripción o pago previo para poder asistir a la conferencia, pero, evidentemente, yo ya no paso por eso. Me instalo al fondo de la sala y observo a la concurrencia.

Dos o tres estudiantes. Una ancianita. Cualquier conferencia, sobre cualquier tema, en cualquier parte del mundo, tiene garantizada su ancianita. El chalado de turno también se halla presente, con sus tics nerviosos, tironeándose la barba. Una señora con cara de circunstancias (aunque con una cara así yo también la tendría) juguetea con un bloc de notas: la reportera del periódico local seguramente. Un par de parejas por cuyo aspecto colijo que la preocupación es su mayor preocupación.

Y, lo más destacable, un grupo de treintañeras bien bronceadas y acaudaladas con, pongamos, un matrimonio a sus espaldas, en busca de apoyo de algún tipo. Una de ellas, sentada tres filas por delante de mí, se agacha para coger algo del bolso y exhibe un tramo de espalda: un cóccix duro con déficit de grasa por el que asoma la mitad de una inscripción china. Por espacio de unos cuarenta segundos, gozo de una aventura imaginaria y en gran medida física con ella.

Dicen que estar casado es estar encerrado en una habitación con una persona que te exaspera. De nada sirve eludir ese punto. Más vale buscarse a alguien no

demasiado exasperante que de vez en cuando nos dé algo a cambio: dinero, una ocurrencia, apoyo con nuestro régimen de gimnasia, una buena comida. «¿Estás segura de lo que vas a hacer?», le dije a mi mujer el día en que se marchó de casa. Lo estaba.

Antiguamente entendían mejor la vida. Recuerdo a mi abuela decir: «Me pasé años deseándole la muerte a tu abuelo, pero ahora andamos mal de dinero». El abuelo dejó de estar jubilado para acompañar en su jornada a un instalador de calderas, un fenómeno instalando calderas pero que no sabía leer ni escribir. Mi abuelo iba con él para hacerse cargo del papeleo. Los clientes estaban encantados, pues tenían la impresión de que el servicio que se les prestaba era mejor si acudían dos instaladores. La generación de mi abuela era de la opinión de que aquí no se venía a pasarlo bien. Uno no se divorciaba; confiaba en que a algún autobús le fallaran los frenos. Pero ella aguantó y consiguió lo que quería: paz durante el día y unos cuantos billetes extra.

Creo que mi mujer no tenía razón. Creo que la razón la tenía yo; pero he observado que tener la razón no sirve de mucho. Llevar la razón mejora tanto tu calidad de vida como llevar calcetines amarillos.

—Acérquense más —dice el Lama—. Según una antigua creencia tibetana sentarse en primera fila es magnífico para el karma. —Ni presentándose con una banda de rock, hielo seco y rayos láser podría el lama ser más mediático. En menos de un minuto, ya se ha metido al público en el bolsillo.

A continuación se sucede una breve historia del budismo. No sé nada sobre budismo, aparte de la implicación del Buda y del rapado de cabezas. El Lama pone en nuestro conocimiento que existen varias corrientes budistas. Yo siempre había pensado que teníamos al hombre, sus enseñanzas, firme usted aquí. Pero no, hay varias corrientes, la mayoría de las cuales el Lama despacha elegantemente. Ya se sabe que en cuanto hay multitud, empiezan las riñas. Lo de menos en un negocio es el negocio, lo fundamental es la puñalada traperera. Tanto si vendes iluminación espiritual como comida para perros, la preocupación primordial es acogotar a los colegas.

—Lo que nos distingue a los tibetanos es la creencia en la reencarnación y nuestra tradición de termas y tertones —explica el Lama.

Los tertones, al parecer, son buscadores de textos sagrados que encuentran escritos perdidos o escondidos largo ha, y un terma, una enseñanza espiritual. Reprimo con esfuerzo la carcajada. Nunca me he interesado mucho por la religión, pero sé por ocasionales abducciones televisivas que la historia está plagada de fanáticos que no dejan de blandir actualizaciones y listas de la compra firmadas por Dios.

—Y al igual que en muchas otras ciudades, también son muchos los que en Miami han sido atrapados por sustancias tóxicas como el alcohol y los estupefacientes —afirma el Lama arrugando la frente.

—Cocaína: Perico. Polvo. Nieve. Pasta. Merca. Mojo. Farlopa. Polvo de las estrellas... Polvo blanco... Polvo de oro... Tutti-Frutti... Charlie.

El Lama hace una pausa.

—Coca: ese alcaloide tropano también conocido como Dama blanca... Blancanieves... El diablo... Yeyo... Viaje en trineo... Cornflakes de California... Vitamina C... Tía Nora. Bazuco.

Pausa.

—Hoja andina... La fina... Lady Pura. Dama blanca. Blanquita. Aguacate. Manteca. Camerusa. Pala. —Pausa—. Pichi... Papa... Papuza... Merluza. Sniff. Tecla. Gambas blancas. Caspa del demonio. Pollo. Pasta de matute. Anchoa. Escama. Oro en polvo. Pase. Terrón de azúcar. Niña. Cois. Talco.

Pausa.

—Y apuesto a que habrán oído referirse a ella de otras muchas maneras.

Nunca he entendido qué gracia tiene darse a la bebida o drogarse de manera sistemática. Pillar una cogorza con los amigotes de vez en cuando, cuando se es joven, sí, desde luego, fantástico. Pero la indiferencia que el alcohol o las drogas me inspiran proviene de su nula capacidad para solucionar nada: ahí te quedas con tus penas después. Además, francamente, estoy demasiado pobre como para despilfarrar el dinero en estupefacientes. Cuando me veo desbordado, mi solución es sumirme en la inconsciencia. Vete a dormir, que es gratis, y puede que cuando despiertes haya cambiado tu suerte.

—No han de pensar en no ser, porque no ser es simplemente una forma de ser. Deben pensar en no no ser —dice el Lama risueño.

Hace una pausa para que se digiera el concepto. La cosa se está poniendo profunda, si te pones a pensarlo. Lo interesante de las religiones es que todas contemplan esto, el paseo este, como si fuera hasta cierto punto un fastidio, como una penosa carrera de obstáculos, un chicle asqueroso que se nos ha pegado en el alma.

Cavilo sobre la clase de «no ser» a la que aspiraría Hollis cuando se pimpló la bodega de la sala de fiestas en la que yo había invertido. Si invertí en ella fue porque me gustaba lo que conlleva ser propietario de una discoteca. Evoca hedonismo y beldades ligeritas de ropa, gangsterismo internacional, morbo liberador, todo lo contrario a lo que se asocia con ser un pelanas y una decepción.

No invertí mucho, porque no disponía de mucho que invertir. Mi participación en la empresa era del uno por ciento, es decir, que míos serían los ceniceros y un par de butacas de las más pequeñas, pero eran todos los ahorros de los que disponía y, como dato más significativo, invertí en contra de los deseos a voz en grito manifiestos de mi mujer.

Invertir en una sala de fiestas o un restaurante es un negocio de riesgo consabido, al igual que el matrimonio. En todas las épocas, en todos los reinos, ha habido parejas

que han plantado cara a la eternidad e individuos que se han unido esperando sacar beneficios. Aún me siento orgulloso del joven que fui por aquel borbotón aventurero: como cuando a los catorce años te cueles en una discoteca y cruzas la pista para pedirle un baile a la chica de la pechera despampanante. Vas hacia ella sin miedo porque no comprendes que esas chicas despampanantes no sólo no bailarán contigo, sino que ni siquiera se dignarán dirigirte la palabra. Yo no comprendía que me estuviera prohibido invertir en salas de fiestas.

Uno ve cómo los demás hacen dinero a espuestas con piscifactorías de truchas, conservas de pomelo o bolsas de golf revolucionarias, y se dice: yo también puedo. Pero no.

Al principio, Hollis nos caía muy bien.

Nos caía muy bien porque contrataba a unas camareras guapísimas. Ahí radica el gran secreto de un gerente de discoteca: contrata a camareras guapísimas, porque tal vez consigas llevártelas a la cama y te ganarás la aprobación de los propietarios. Una camarera guapa quizá pueda evitar también que alguien repare en que te pasas las noches en la bodega trasegando las mejores botellas, los borgoñas con solera, los whiskis de treinta años, los coñacs ante cuyo precio se exclama buf. El afán por la bebida de Hollis no hundió el negocio, pero tampoco un buque se va a pique por un simple boquete en la quilla, es el mar quien se encarga de hundirlo. En nuestro caso, los bancos. Pese a Hollis y a los incompetentes administradores (quienes, al igual que Hollis, venían muy recomendados), estuvimos realmente muy cerca de salir a flote, pero los bancos hundieron el buque retirándonos el crédito.

Las consortes son muy poco comprensivas cuando pierdes un dinero que te habían advertido que perderías.

La operación, en general, fue muy desalentadora. Excepción hecha de las camareras, eran todos en conjunto bastante feos y carentes de glamour. Lo único positivo que saqué de todo ello fue una excelente preparación para cuando llegue el fin del mundo. En el caso de que nuestra civilización sucumbiera, de que se extinguiera el orden público, lo primero que haría sería agenciarme una barra de hierro y matar a palos tan ricamente a unos cuantos banqueros, y caso de ser éstos lo bastante jóvenes y jugosos, me los comería, crudos incluso si aún fuera capaz de dar con el condimento apropiado. Además de dar caza a Hollis y a los administradores. Y a Loader también.

—¿Y qué hay de las técnicas de adivinación tibetanas? —pregunta el barbas cuando se abre el turno de preguntas.

El Lama sonríe. Conoce el percal. Responde con una sonrisa, aunque barrunto que el aspecto circense de la cultura tibetana le importa más bien poco.

—Si me permiten les contaré la historia del oso y las paletillas de la comadreja —dice el Lama.

Mientras se explaya hablando de la masa de harina y la lamparilla de grasa de yak, yo admiro el delicado algodón de su camisa azul celeste. ¿Será una camisa tibetana antigua? Cara lo es, desde luego.

—Y si salen de viaje —prosigue el Lama— y se encuentran con un cortejo fúnebre, considérenlo como un mal presagio.

¿Nos estará tomando el pelo? Al final nunca sabes. Un coche se detiene, el conductor asoma por la ventanilla y te dice: «Hoy es tu día de suerte». El tipo vende chupas de cuero o equipos de música. Sabes que la mercancía es dudosa, pero la verdad es que te apetece esa chupa de cuero o ese equipo de música, así que la pregunta queda en el aire: ¿será o no será tu día de suerte? ¿Quién saldrá ganando con la operación? ¿Te llevas un equipo de música que se incinerará solo en una semana o una auténtica ganga? Y nuestras entrañas nos dicen que ya hace tiempo que se nos venía debiendo un día de suerte o dos. Confiamos en escuchar buenas noticias, pero si no estamos oyendo ¿cómo vamos a escuchar?

—¿Y qué hay de la invasión china del Tíbet? —pregunta el barbas. Se cree un forajido emboscado; lleva cuarenta minutos aguardando el momento de soltar la preguntita—. ¿Cómo es que sus artes adivinatorias no vieron venir a un millón de chinos? —Sus tics crecen exponencialmente con el regodeo.

El Lama sonrío.

—De hecho, nuestras artes adivinatorias vieron venir a los chinos, sí. Lo presagiaron con toda claridad, tiempo antes de que se produjera la invasión. Pero cuando un millón de chinos invade tu país, de poco sirven las predicciones.

El Lama sonrío, pero en su sonrisa se trasluce un atisbo de maldad. Me lo imagino pillando luego al barbas en el aparcamiento y atizándole una buena somanta tibetana.

Han puesto unos libros y DVDs a la venta. Reconozco que me cae bien el Lama. Es un vendedor y protege bien la nada. Además, pese a lo místico de su plática, es tan macho como el primero. Al hombre le va el chapaleo de musulámenes. En su habitación de hotel, burbujea el jacuzzi, hay champán enfriándose, está puesto el canal deportivo y se practica el ancestral arte tibetano de bajarse al pilón.

Cuando salgo de la sala, nuestras miradas se cruzan. Inclina la cabeza.

Ahora ya sé dónde he visto antes al Lama: en mi futuro.



Paso revista a la serie de desgracias que he dado en llamar mi vida.

La gente por lo general no comprende lo fácil que es perderlo todo. No lo digo como crítica, los envidio. Suerte. Todo es cuestión de suerte. Sin suerte no se puede cruzar la calle. Ni salir de la cama se puede, y si no estáis de acuerdo, esperad y veréis. Todo es cuestión de suerte, y si tienes mala suerte, no hay nada que puedas hacer al respecto.

Aun así, la autocompasión debe de ser el más inútil de los vicios. Al principio, al menos, la mayoría de vicios son divertidos, pero la autocompasión no sirve de nada y, al menos en lo que a mí respecta, ni siquiera es divertida. Por otro lado, si tú no te compades de ti mismo, ¿quién lo va a hacer?

Estoy sentado en Silver Sushi, esperando a que cambie mi suerte, comiendo sushi. El Silver Sushi de Washington Avenue es mi restaurante de sushi favorito de Miami. Es el único restaurante de sushi que he pisado por el momento aquí en Miami, es la primera vez que como aquí, pero lo he nombrado mi favorito, porque todo el que reside en Miami ha de tener un restaurante de sushi favorito, y yo ahora resido en Miami. En Silver Sushi hay libros chic de arte desperdigados por todas partes que puedes hojear mientras te preparan tu pescado; es un detalle de nada, barato, pero no deja de ser un detalle y yo lo aplaudo.

La principal de todas mis desgracias: la falta de aptitudes. Carezco de experiencia práctica. No tengo edad para vender mi cuerpo, y mi cabeza no está demasiado amueblada. Ni como peón serviría (sin contar con que bastante competencia hay ya en ese sentido entre haitianos, cubanos y demás desembarcos de cayucos).

Tal vez suene obvio lo que voy a decir, pero una de las razones por las que nunca llegué a triunfar fue porque nunca apunté demasiado alto. Yo deseaba triunfar, ¿y quién no?, pero no hice nada que me pusiera rumbo al chocolate espeso. Me dediqué con esfuerzo a la venta de lámparas, pero en aquel sector, y con aquellas comisiones, podría no haberme ido mal, pero de frecuentar cumbres, nada.

A mis clientes solía decirles: «Tenemos de todo lo que quiera. De todo. Pero tiene que pagarlo».

Tenemos lámparas Cleopatra. Lámparas con forma de mañana lluviosa, de todo... Técnicamente todo es posible, pero tendrá que pagar su coste extra. Como era de prever, todos agachaban la oreja. Todo estaba cuidadosamente calculado, los artículos llevaban el precio justo para que el cliente pudiera pagarlos, y la comisión justa para que mereciera la pena venderlos. El queso nunca excedía el tamaño requerido para la trampa.

Invertir en la sala de fiestas fue un ejemplo más de mi falta de propósito en la vida. Aunque la discoteca hubiera sido un éxito, tampoco me hubiera reportado grandes beneficios. Con una participación del uno por ciento, imposible. Cuatro perras gordas. Unas buenas vacaciones. Unos cuantos trajes nuevos. No, si se quiere triunfar, hay que invertir en algo capaz de crecer descontroladamente.

Uno suele terminar donde empieza. Conozco tan sólo dos casos de personas que hayan saltado honrosamente de la nada a la abundancia. Una señorita que se casó con un hombre de fortuna y un vecino mío que era compositor. El hombre solía obligarme (a mí y a cualquiera que pudiera llevar camelado hasta su casa) a escuchar sus sinfonías. No eran lo peor que he escuchado en mi vida, pero casi.

Desesperado por sacar dinero, compuso un *jingle* para un concurso de televisión que se terminó proyectando por todo el mundo y amasó una suma desorbitada de dinero. El hombre se mudó a una mansión en el campo, pero se sentía más desdichado que antes puesto que se había hecho célebre gracias a un *jingle*, y al final se voló la tapa de los sesos.

Remuevo un pedacito de sepia en la salsa de soja y me decanto por el negocio religioso.

Es uno de los pocos negocios donde no poseer un coche ostentoso o un salón de ventas del tamaño de una catedral no constituyen obstáculo, donde, en realidad, la miseria mola. Para un individuo virtuoso, no haber progresado en la escala de poder puede considerarse un triunfo.

Bien es verdad que no sé nada de ese mundillo. Y que tampoco me interesa demasiado. Pero su gran aliciente es que no vendes nada, y si no vendes nada no tienes que invertir en ningún producto, ni asegurarte de que funcione correctamente; formar parte de la Escuadrilla de Defensores de Dios significa responder con convicción «Todo tiene remedio» a la pregunta «¿Usted cree que tendrá remedio?».

A la religión nunca se le exigen resultados, sólo promesas. Los resultados siempre quedan a la vuelta de la esquina. Un poco más allá. Lo que el Lama estaba ofreciendo era un reabastecimiento. El Lama era un reabastecedor reabasteciendo al personal. El quid de la religión está en ser convincente, y eso sí puedo serlo.

He de decir, en mi defensa, que he sido una persona honrada y decente. Durante mucho tiempo. No descartaría la honradez y la decencia si procuraran ingresos fijos, pero no es el caso. A ellas se debe que me halle aquí sentado con una tarjeta de crédito ajena en el bolsillo y una dolencia pertinaz y en extremo embarazosa.

Además, quién dice que no pueda ser capaz de impartir algún sabio consejo; es difícil erigirse en predicador cuando se tienen veinte años, pero a mi edad estoy capacitado para repartir consejos de primera mano sobre las vicisitudes de la vida. Y quien quiera un poco más de «no» en su no-no-ser, aquí tiene a su seguro proveedor.

Entonces caigo en que he vuelto a las andadas. Otra vez apuntando con la mira corta, pensando como un machaca. Para empezar, llevo una gran desventaja en esto del juego divino, comparado con el Lama por ejemplo, que dispone de todo ese ancestral bagaje tibetano en que basarse y hace décadas que se dedica a ello. Me llevará años llegar al nivel de sentar cátedra en un hotel de lujo promocionando la mercancía, si es que llego a eso. Y promocionar la mercancía en un hotel de lujo no implica de por sí unos réditos sustanciosos.

Tengo que hacer lo que se supone que deben hacer los jugadores cuando les vienen mal dadas: doblar la apuesta. Que pierdes, pues doblas la apuesta. Doblas hasta que te recuperas y te sitúas donde estabas al principio. Salvo que yo no necesito doblar la apuesta, ni siquiera necesito cuadruplicarla, lo que necesito es centuplicarla,

y por triplicado. Me imagino a mi gente partiéndose de risa.

Cuando piensas que se ríen de ti, malo. Porque o de verdad se ríen de ti o estás volviéndote loco.

Pinzo el último bocadito de sushi y decido ser Dios.

Hay que ser ambicioso. Apuntar alto. Cargarse al intermediario. Nada de ser virtuoso, hay que ser divino. Nada de actuar como conductor de la palabra divina y explicar al usuario el abstruso manual, que disfruten de una función con el jefe en persona. Si he triunfado haciéndome pasar por vendedor de esposas, ¿por qué no subir la apuesta inicial? Naturalmente que haciéndome pasar por Dios: será mucho pedir, pero menudo jornal a la vista. Habida cuenta de mi fracaso como ser humano, ¿qué puedo perder por fingirme objeto de veneración?

Ilusionado con la idea, regreso a la barra para pedir un helado de coco que me asista con mis planes. El personal brilla por su ausencia. Aguardo unos minutos, decepcionado por el deterioro del servicio en mi restaurante de sushi favorito.

En la trastienda oigo a los camareros enfrascados en un pulso verbal típico de Miami entre spanglish y coreanish. Resulta gracioso oír a dos interlocutores con ganas de discutir pero sin suficiente dominio de la lengua como para desfogarse a gusto; es como observar a dos púgiles intercambiando golpes a tres metros de distancia uno del otro.

Doy un par de voces. Las invectivas siguen su renqueante paso. Mi impaciencia va en aumento. Nadie te ha obligado a abrir un restaurante en South Beach, pero ya que lo has abierto y atraído a la clientela, lo mínimo que podías hacer es tomarle nota. Yo solía estar de guardia a todas horas, de madrugada, en la bañera. Cumplí con mi trabajo en todo momento, le seguí la corriente a mis muchos desequilibrados y desagradables clientes, y sin embargo aquí estoy sin blanca en un restaurante japonés, con una embarazosa y pertinaz dolencia, esperando a que me sirvan.

Pero eso va a cambiar. El Tyndale de antes habría montado en cólera. El nuevo Tyndale domina la situación. El nuevo Tyndale es unidireccional. Al lado de la barra hay un teléfono; agarro mi libretita negra y hago una llamada a Inglaterra.

Sólo sé de una persona que puede ayudarme con mis planes. Pero con una basta.

—¿Diga? —Es la voz recelosa de Bizzy.

Mi amistad con Bizzy se remonta al primer día en el colegio. Permitid que os hable de nuestras respectivas trayectorias.

El día en que terminé mis estudios, salí a gastarme los ahorros en un traje para mi primer trabajo en condiciones, un puesto en una agencia de viajes. Los fines de semana había estado empleado en un supermercado, reponiendo los artículos de las estanterías. Al igual que Bizzy. Pero a diferencia de mí, Bizzy se dedicó a robar o a ayudar a los colegas a robar. Yo siempre me sentí agradecido por que me hubieran ofrecido un trabajo, por lo que nunca les robé nada. Consiguientemente, Bizzy se

había embolsado tres veces más dinero que yo.

También él necesitaba un traje para su primer empleo, y fue a la misma tienda que yo. Mientras Bizzy manoseaba los trajes, alguien fue hacia él con mucho disimulo, le preguntó qué traje le gustaba más y quedó con él en la calle. Bizzy, que tenía tres veces más dinero que yo, se llevó un traje el doble de caro que el mío por una tercera parte de lo que yo pagué.

Con el tiempo nos perdimos la pista, pero luego me enteré de que regentaba un salón de snooker. Fui a verlo, en un barrio asqueroso, y me encontré el local cerrado y a oscuras, aunque según el letrero de fuera debía estar abierto. Tras aporrear la puerta un rato logré despertar a mi amigo. Bizzy olía mal y el salón era un local cutre donde no había más que un par de mesas leprosas de tres patas y un barril de cerveza oxidado.

—¿Estáis de reformas? —pregunté.

—No —dijo él.

Salí de allí sintiendo lástima por Bizzy, porque me dio la impresión de que la suerte y él estaban incomunicados. Seis años más tarde me enteré de que Bizzy se había jubilado de aquel negocio y adquirido una mansión en Escocia con veinte habitaciones y cuarenta hectáreas de terreno. Entonces no sentí ninguna lástima.

Fui a hacerle una visita en una ocasión. No salía de la finca para nada y cuando su esposa y sus dos hijas lo hacían, era con chaleco antibalas y escoltadas por un tipo rechoncho y bajito con la nariz aplastada y nula conversación. La familia al completo se pasaba las horas en su campo de tiro particular.

—Mi ex jefe se encontró con un problema poco común: descubrió que tenía demasiado dinero en efectivo —me explicó Bizzy, acunando la escopeta con la que se acompañaba a todas partes.

Había regentado una serie de salones de snooker donde no se jugaba o apenas se jugaba al snooker, pero que reportaban inmejorables beneficios. Todos tan felices durante seis años. El único quebradero para Bizzy era que los jugadores pretendieran sacar tajada y se inmiscuyeran en el blanqueo de dinero. Todos tan felices durante seis años. Hasta que de pronto, no todos.

Me fui de allí sin saber si sentir lástima por él. En cualquier caso, Bizzy es la única persona que conozco que se ha dedicado a negocios ilegales de altos vuelos a escala multinacional. Y de la misma manera que yo conozco a expertos en iluminación en Liubliana, Seúl o Buenos Aires, se me ocurrió que tal vez Bizzy pudiera echarme una mano en Miami.

—Soy yo, Tyndale.

—No conozco a ningún Tyndale —responde Bizzy.

—Cómo que no, Bizzy.

—Le digo que no soy Buzzy o quien sea ese que anda buscando —dice Bizzy.

—Que sí, Bizzy, que eres Bizzy. Y yo soy Tyndale.

—No estoy diciendo que yo sea Bizzy, pero ¿qué pruebas tengo de que usted sea ese tal Tyndale?

—Bizzy, estoy en Miami y necesito que me eches un cable.

—Oiga, forastero que llama donde no debe, permítame que le diga que yo casi no conozco a nadie en Estados Unidos.

—Necesito... cómo lo diría... Necesito un contacto no demasiado honrado.

—Oiga, chalado, ¿se puede saber por qué me llama a mí para eso, a mí precisamente? ¿Cómo iba yo, una persona sin antecedentes penales, que nunca ha pisado un juzgado, alguien cuyas declaraciones de renta hacen llorar de felicidad a los inspectores fiscales por su absoluta probidad, por qué iba yo a disponer de un contacto así? Me he pasado toda la vida evitando incluso a los sospechosos de la más mínima transgresión. Abomino de la ilegalidad en todas sus facetas y no le digo esto sólo porque pudiera haber alguien escuchando esta conversación...

—¿Conoces a alguien en Miami sí o no?

—Mire, chalado, ignoro por completo su identidad y sus preguntas me ofenden en lo más hondo, y sepa que sólo dispongo de un contacto en esa ciudad, pero tal vez sea la persona que busca.

—¿Su nombre? —pregunto, papel y bolígrafo a punto.

—Dave el Desaprensivo.



La tienda del Desaprensivo se halla en el extremo menos próspero y bullicioso de Fifth Street, lejos del oropel de South Beach, flanqueada por un par de tiendas porno y un restaurante haitiano. El local ostenta un letrero de neón en la entrada, DAVE EL DESAPRENSIVO, bajo el cual, en letras más pequeñas pero perfectamente legibles, reza la leyenda: TENEMOS TODA LA INTENCIÓN DE TIMARLE.

Me pregunto cómo de desaprensivo puedes ser en realidad cuando estás advirtiendo a los clientes que tu propósito es darles el sablazo. Dentro del local, la mitad del espacio está dedicado a la música en diversos formatos, y la otra mitad la ocupan un batiburrillo de muebles y artículos para el hogar, mecedoras, jaulas para ardillas y hornos microondas.

Dada la desfachatez del nombre del establecimiento, imagino a su propietario como un individuo grande de cuerpo y porte. Pero me encuentro ante un tipo de estatura normal, enjuto, moreno, de unos cuarenta y pico. Me saluda sin aspavientos, pero con amabilidad.

—¿Así que eres amigo de Bizzy? Frank. Ella. Pharoah.

No tengo idea de qué me habla. Pero siempre que no entiendas, lo mejor que puedes hacer es sonreír, la sonrisa que no falte. A veces te ganarás un sopapo, pero

por lo general tienes todas las de ganar. Dave me enseña su local y se detiene un momento para asegurar a una señora mayor interesada en una fotocopiadora que ésta es «cien por cien robada».

—Parece que va bien el negocio —digo, porque es lo que se dice aunque no sea verdad.

—No me va mal. Soy un tipo con suerte. Tengo el local en propiedad desde hace diez años. Hoy día, aquí en el paseo marítimo, ni para el pomo de la puerta me alcanzaría el dinero.

—O sea, ¿que funciona el letrero? —pregunto, señalando el neón timador.

—Sí, señor. Llama la atención. Hay quienes se indignan, pero por lo general, aprecian la franqueza. Lo único que decimos con eso es que esto es un negocio, y nuestra intención, sacarle el mejor partido. La clientela valora que no se le dé Clinton por liebre.

—¿Eres de aquí?

—No, de Puerto Príncipe. Llevo veinticinco años viviendo en Miami. Los hay que llevan más tiempo, pero son pocos, y aún no he conocido a nadie que haya nacido aquí. Ésta es una ciudad a la que se viene, no de la que se es. Cuando llegué aquí, no había más que judíos decrepitos, unos cuantos provincianos perdidos, cubanos exaltados y haitianos con el pandero saliéndose por el pantalón. Ahora no se puede dar un paso de la cantidad de banqueros y galeristas como hay por todas partes.

Entramos en su despacho, donde se ofrece a prepararme un café. Observo que ya tiene media jarra de café hecho.

—Tomaré de ése frío.

—Bien. A mí también me gusta frío, mejor que recién hecho, mejor algo revenido, fermentadito, sí, señor. —Sonríe. Acabo de pasar algún tipo de prueba. Pone los pies sobre el escritorio—. ¿Qué, eres un peso pesado? ¿Tanto como Bizzy?

No es a mi peso corporal a lo que se refiere. Me encojo de hombros, y se da por respondido. Es asombroso que no se haya percatado de que soy un pelanas. Da gusto que te tomen por alguien; ésa es una de las peores consecuencias de estar en el paro: llegar a la conclusión de que no eres nadie. Probablemente don nadie lo seamos todos, de tejas arriba, pero mejor no saberlo.

—En fin, ¿qué puedo hacer por ti? Puedo conseguirte lo que quieras en un par de días. Salvo armas nucleares. Eso lleva lista de espera.

—No necesito nada por el momento. Sólo he venido a saludar, pero más adelante necesitaré asesoramiento.

—Procura plantear bien la cuestión. Sabes lo de los alquimistas, ¿no? Su propósito era convertir mierda en oro. Pero la cuestión en el fondo no era si se podía convertir la mierda en oro, sino si merecía la pena hacerlo, ésa era la pregunta que debieron hacerse. Por lo demás, se te puede conseguir prácticamente todo lo que

quieras... si estás dispuesto a pagarlo.

—Ya me he dado cuenta.

Delibero sobre hasta qué punto ponerlo en antecedentes. Expreso someramente mi interés por la santidad, pero sin entrar en detalles. De todos modos, ¿qué mal podría hacerme que alguien llamado Dave el Desaprensivo me acusara de farsante? El Desaprensivo me encuentra alojamiento en casa de un conocido que alquila habitaciones a buen precio, sin fianzas ni preguntas. Salgo de su tienda con una compilación de Duke Ellington (era la música que sonaba de fondo y, al manifestarle mi agrado, se empeñó en pirateármelo) y un saco de boxeo (con un descuento del ochenta por ciento) que según él asegura, me va a cambiar la vida.

Un corpulento individuo recrimina con acritud a uno de los dependientes de Dave el Desaprensivo porque la tostadora que le vendieron no cumple lo que se anunciaba de ella. Con semblante hastiado, el Desaprensivo envuelve el puño derecho en un trapo de cocina y comprueba la resistencia.

—Siempre son las tostadoras.



Llamo por teléfono a Nelson para avisarle de que me quedo con su tarjeta de crédito y pedirle que no denuncie el robo hasta pasadas cuatro horas.

—De acuerdo —dice—. Ahora me compro algo yo también. ¿Qué?, has disfrutado, ¿no?

—Pues sí.

—Ves, la mala suerte no dura siempre.

Corro hacia la boutique más cara y más cercana que encuentro y me compro un traje de color gris marengo, unas camisas y varias mudas de ropa interior. Cuando padeces una embarazosa y pertinaz dolencia y pretendes hacerte pasar por Dios necesitas el sostén de la elegancia. Normalmente, el gris no es un color que me haga mucha gracia, pero el corte del traje de lino es tan impecable que no puedo resistirme. Ese traje estaba esperando a que yo lo descubriera. Me lo pongo de inmediato y guardo mi ropa vieja en una bolsa.

El placer que me produce estrenar traje me resulta un tanto vergonzoso, pero es que me siento como nuevo con él, como un peso pesado y un dechado de virtudes. Es la verdad, qué se le va a hacer. Es ridículo que me procure tanta propulsión, pero bien que me viene: ese subidón de yo, por inmerecido que sea, demuestra que no estoy derrotado por completo.

Pero qué inquietante que haya placeres que nunca nos abandonen. Yo ya no disfruto realmente jugando al golf, y no porque se me dé mal, porque mal se me dio siempre, la diferencia es que antes disfrutaba jugando. El cuerpo puede ser fuente de grandes bochornos para el ser humano, aunque también de algunos placeres

perdurables: una buena cagada, la extracción de una constelación mucosa de las profundidades de las fosas nasales. Placeres innobles y, sin embargo, frustrantemente placenteros. Ojalá que el ejercicio extenuante o la contemplación de una obra maestra pudieran resultarme igual de gratificantes, pero no es el caso.

En la céntrica calle Flagler, saco todo el dinero que se me permite de un cajero automático y luego, buscando el reflejo de mi nuevo yo trajeado por dondequiera que paso, me llevo hasta una sórdida filatelia y adquiero el sello más caro a la venta, uno con la imagen de Benjamin Franklin. La tarjeta de Nelson ya no me sirve para nada. Cruzo la calle tan campante y entro en otra sórdida filatelia donde vendo el sello de marras a cambio de un dinero contante y sonante que guardo en la cartera.

La dirección que el Desaprensivo me ha proporcionado se encuentra en Coconut Grove, lejos del mar; el edificio impresiona tanto por su magnitud como por su estilo, aunque están haciendo reformas importantes.

Sixto, el propietario, me estrecha la mano formalmente. Es bajito y va vestido con camisa de manga larga y corbata, un atrevimiento con estos calores; se ha dejado crecer un bigotillo, supongo que con el propósito de dar gravedad a su rostro, propósito, por lo demás, fallido. Parece un quinceañero al que hubieran arrastrado a regañadientes a hacerse la foto de familia.

La habitación disponible es enorme, pero carece de mobiliario alguno; la piscina no está mal, el alquiler es razonable. Sólo se admite dinero en efectivo. No podré instalarme hasta dentro de dos semanas.

—Me están haciendo unas reformas —dice Sixto—. ¿Estás en casa de día? Podría ser molesto.

¿Que si estoy en casa de día?

—¿A qué te dedicas? —pregunta Sixto, y oigo al Desaprensivo diciendo que nada de fianzas ni preguntas. ¿A qué me dedico?

—Estoy... estoy en el sector de la iluminación —respondo, confiando en sonar convincente. Sixto no se carcajea ni sigue indagando. Comprendo que sólo intenta ser cortés. No cuestiona mi ridícula afirmación. Le devuelvo la pelota.

—¿Y tú?

—Soy director de proyecto. —No siento la tentación de seguir preguntando, porque a decir verdad no me interesa, y siempre viene bien reservar algo de cháchara insustancial para emergencias futuras.

—Me gustaría mudarme ahora mismo si no tienes inconveniente.

—Hoy me será imposible sacar la cama del guardamuebles.

—No importa. Puedo dormir en el suelo. —Sixto tarda un momento en comprender que hablo en serio, y me mira como se mira a esas personas que uno tenía por normales y de pronto observan una rareza preocupante.

Sorteamos a unos albañiles para pasar a la cocina, donde conozco a otro de los

inquilinos.

—Hola, me llamo Napalm. Mi novia es dominatrix —saluda.

A las pruebas me remito: para empezar, Napalm es demasiado mayor para hacerse llamar Napalm. Debe de andar cerca de los cuarenta. Además, apostaría a que no es ni músico, ni tatuador ni asesino a sueldo, profesiones para las que los apodos ridículos siempre suponen una ventaja añadida.

Yo nunca seré señuelo de una campaña publicitaria, pero Napalm... lo de Napalm es una auténtica desgracia. Si tuviera que describirlo diría que parece una lesbiana de doce años. Una lesbiana que le hubiera robado las barbas a un fornido lobo de mar. No empezamos bien, pero es que encima Napalm lleva el pelo cortado a la taza, unas gafas gruesas como prismáticos y una camiseta de esas de redecilla, a las que tan aficionados son los negros cachas, que resalta la deprimente blancura de su piel haciéndola aún más deprimente. En toda mi vida, sólo he conocido a otra persona que se apartara hasta ese punto de los cánones de belleza establecidos, y cuando se la describía a los demás nadie me creía.

Mi deseo inmediato es ayudar. Qué injusticia tan grande. Quiero pagarle unas lentillas o un corte de pelo, ofrecerle consejos de moda o sugerencias de cómo arreglarse, pero me doy cuenta de que Napalm ya está descalificado. No es que uno quiera entrar en justas y torneos, pero Napalm ya está descalificado.

Es imposible que tenga novia. Hay mujeres que caen presa de la desesperación, así como de la compasión, pero con Napalm no hay quien pueda. Napalm se las verá y deseará incluso pagando. Ni siquiera posee una fealdad inquietante o siniestra. Es feo a morir y punto.

—¿Te hago un café? —pregunta Napalm. El conjunto de su dentadura superior, recubierta por un fino velo amarillo, forcejea por formar un único y enorme diente.

Su presencia me levanta el ánimo. Puede que yo padezca una embarazosa y pertinaz dolencia, pero con la ropa puesta no se nota, además, que aún me queda alguna posibilidad. Por remota que ésta sea, sigo en el juego.

—Tengo mi propio negocio. Mi empresa fabrica esquís acuáticos exclusivos y especialmente personalizados, para pijos y amantes del deporte —explica Napalm—. Seguramente habrás oído hablar de nosotros.

Me gusta ese «nosotros». Y el que «seguramente» haya oído hablar de ellos. La verdad pura y dura: tengo un chamizo en el que me dedico a trastear con fibra de vidrio. Ya de por sí es cuestionable que Napalm fuera capaz de vender cualquier cosa. Ningún individuo con la piel bronceada, dotes atléticas y éxito de cualquier índole toleraría la presencia de Napalm en la misma habitación. Sixto se revuelve inquieto, temiendo que Napalm me espante.

—¿Por qué no hierve el agua? —pregunta Napalm.

—No has enchufado el hervidor —señalo.

Napalm andaba desaparecido cuando se hizo el reparto de gracias. Pero él no tira la toalla. Lo admiro por ello. Sigue en la brecha pese a tener perdida la batalla. Algo que requiere un arrojo poco común.

El café, cuando por fin se materializa coaccionado por Napalm, sabe a rayos. No sé qué habrá hecho, pero no hay quien se lo beba. Aguardo ansioso la oportunidad de tirarlo por el fregadero, pero Napalm no me quita ojo.

Lo que más me indigna del fracaso es el ingente esfuerzo que he empleado en alcanzarlo. Se me proporcionó el manual. Seguí las instrucciones. Cuando le estreches la mano a alguien, hazlo con firmeza. Mira a los ojos. Paga tu ronda en el bar cuando te toque. Ofrécete a lavar los platos. Di la verdad. No descuides a tus vecinos ancianos. Recuerda los cumpleaños. Sé educado. Ahorra. Si bebes, no conduzcas. Recicla. Igual que cuando uno compra un ordenador, y sigue las instrucciones al pie de la letra, pero el aparato se resiste a funcionar. Al menos a un ordenador puedes zarandearlo o liarte a patadas con él. Desgraciadamente, con tu vida no puedes hacer eso.

Destierro la anterior reflexión: es un signo de debilidad. Un bache. Sé unidireccional. Avanza hacia la deificación. Le llevas mucha delantera a Napalm.

—Déjame que te enseñe el barrio —sugiere Napalm—. Soy mi propio jefe, así que puedo escaparme cuando quiera. —Mi antiguo yo habría accedido cortésmente.

—Gracias, pero no. Tengo que acostarme pronto.

Mi habitación está completamente vacía y es completamente blanca. Emanan una agradable pureza. Es un gran útero blanco que dará a luz grandes cosas. Aun así, tal vez Sixto tuviera razón con lo de la cama. El suelo es de cemento y frío. No bastará con unas cuantas mantas. Pero quiero disponer de cuartel propio y no despilfarrar el dinero en un motel.

Arramblo con una puerta que encuentro abandonada en el pasillo y unos botes de pintura vacíos e improviso una cama. Es más cómoda de lo que pudiera parecer, aunque por más que intentó conciliar el sueño no lo consigo.

Pero eso no tiene que ver con la cama. Suelo transitar por la noche desvelado.

La venganza entretiene. Pienso en cómo he pagado mis impuestos toda la vida, y cómo los pagaron mis padres a su vez. Y luego cuando mi madre se puso enferma, cómo no le hicieron ni caso en el hospital. Pagas tus impuestos y, a cambio, nada. No, eso no es cierto, a cambio, una mierda. Reflexiono sobre lo poco que les gustó a mis jefes que me tomara unos días para cuidar de mi madre. Cómo ello contribuyó a que me echaran.

Pienso en vengarme. Una debilidad inútil. Hago esfuerzos ímprobos por ahogar ese pensamiento. Sé unidireccional. Pero la rabia sale a la superficie una y otra vez. Mis tripas fermentan. Suelto un pedo de rabia. No dejo de pensar en lo bonito que sería pasar media hora con mis antiguos jefes y una barra de hierro. La venganza

coloniza nuestros pensamientos. Las historias que nos cuentan en la televisión, el cine o las novelas suelen girar en torno a venganzas. ¿Por qué tanta insistencia? Porque en la realidad la venganza nunca llega a materializarse.

Abandono la conciencia preguntándome a quién localizaría y mataría primero en caso de un posible derrumbe de la civilización.



Despierto pronto, hecho polvo. ¿Qué estoy haciendo aquí? Acostado sobre una puerta, lejos de mi casa, pretendiendo engañar a todo el mundo con que soy Dios.

Rezo. Rezo porque no queda otra cosa. No rezo por mí. Rezo por el mundo entero. Rezo para que Dios reparta justicia. Sálvame a mí, por descontado, pero salva también a todos los demás. ¿Por qué tenemos que pasar por esto? ¿Por tanto... y tanto... tanto... atropello? Para mi desgracia, en el fondo, aspiro a un mundo con un ápice de justicia.

En el espejo del cuarto de baño, observo atentamente mi rostro. Los observadores habituales de Tyndale Corbett afirmarían que sin duda el tipo está a punto de perder la chaveta. «Imagen de un hombre a punto de reventar», podría rezar el pie del retrato. Me planto en el váter en un intento de soltar el lastre de la desesperanza.

Napalm está esperándome en la cocina.

—¿Te apetece un café? Hago unas tortitas deliciosas. —No puedo evitar la carcajada.

—Gracias. Pero tengo una reunión.

He de urdir un plan. Y nada mejor que ponerme a ello con el estómago lleno. Me meto en el coche dispuesto a localizar un desayuno de postín. Al girar la llave de contacto, un muchacho negro, desnudo de cintura para arriba, pasa junto a mí en una bici con el manillar suelto, pues las manos van ocupadas en el esnifado de alguna sustancia. Admiro al muchacho porque está disfrutando. La bicicleta está tan hecha polvo que ni a robarla invitaría, y sus pantalones son puros andrajos, pero él va tan contento. Todo es cuestión de actitud. El que pasa, pasa.

De camino a Ocean Drive, barajo de nuevo brevemente la idea del suicidio, pero en cuanto me siento al sol y ataco el plato de huevos con tostada y beicon, se me endereza el espinazo. Necesito desarrollar una estrategia empresarial para convertirme en Dios. ¿Cómo? ¿Con qué premura? ¿Cuál será la mejor manera? ¿Debería concentrarme exclusivamente en alcanzar divinidad o mejor que antes haga algo de dinero? Aun con una generosa aplicación de la frugalidad, mis fondos no alcanzarán para más de unos meses.

He de poner manos a la obra.

En la mesa a mi derecha, una chica de muy buen ver se levanta. Tiene unos treinta y cinco años y el tiempo ha dejado en ella una leve mella de amargura, pero aún hace

ostentación de su pechera con seguridad. Sus tribulaciones son las mismas que las de Napalm: duda, engaño, soledad, sequedad de piel. Sólo que ella viaja en primera. Eso es lo injusto del caso. Es posible que muera sola y triste, pero poco probable. He conocido a algunas mujeres hermosas que se sentían desdichadas, algunas inexplicablemente desdichadas, pero a ninguna que se hubiera quedado pobre o sola en la vida.

Mientras la chica hurga con dedos torpes en el monedero, unas monedas caen de él en espiral y se desparraman por el suelo. Recupero una monedita que ha llegado rodando hasta mis pies. Es una oportunidad perfecta para entablar conversación. Podríamos quedar para tomar una copa o salir a cenar, conocernos un poco, congeniar, darnos un revolcón; pero ¿a qué nos llevaría eso?

Sin pagar la cuenta, sonrío y me marcho.



Encontrar empleo no es tan fácil.

Sin permiso de trabajo, las opciones tampoco son tan estupendas. Y aunque me agencie un carnet de identidad falso, encontrar trabajo lleva su tiempo. Pero quiero empezar a hacer algo. Sé lo fácil que es hundirse.

En una tienda de camisetas que vende chorradas para turistas casi consigo colocación, pero el dependiente desaparecido da en aparecer justo cuando me están explicando el funcionamiento de la caja registradora. Tras dos días pateándome la ciudad, termino en un chiringuito de una zona nada chic de la playa, vendiendo helados y tentempiés.

Abro el local, con buen ánimo. El día está nublado y, para Miami, fresco. Tengo a mi cargo tres cubetas de helado, unas botellas de agua, unas coca-colas, unas hamburguesas y unos bollos. Dispongo de cambio de cinco dólares y el propietario del quiosco, un tal señor Ansari, a quien le he soltado cincuenta dólares a modo de fianza, me ha dejado con la advertencia de que si le estafo, dará conmigo y me matará.

No hay mucho público por los alrededores. A los cuarenta minutos, se me presenta una señora bajita y regordeta acompañada por una criatura de cinco años. A la señora le indigna que sólo tenga tres sabores de helado. Es fea, y eso es algo que vengo observando de los feos, porque llevan tanto tiempo aguantando carros y carretas que suele darles por un extremo o por el otro: o se vuelven la mar de simpáticos, o no.

Además, no existe ser más implacable que una madre con retoño. Ésta es una madre trabajadora, en su día libre, estafada por el parte meteorológico. Exasperada por la escasez de sabores. Tras consultar a su hijo, me pide uno de pistacho.

Alcanzo la cubeta nueva; estrenar una cubeta de helado produce un extraño

placer. Alcanzo la pala y de pronto me topo con un problema: el helado está duro, se resiste con contumacia a la pala. Normalmente incluso a las cubetas recién sacadas del congelador consigo sonsacarles unas cuantas virutas. Pero al pistacho este, ni una. No sé qué le harían a esta cubeta, pero seguro que llevaba años implicada en actividades de refrigeración extrema.

Sonrío. La sonrisa que no falte.

—Está durísimo —le digo a la madre con la esperanza de que se haga cargo de mi apuro y diga «ya volvemos dentro de diez minutos».

Pero no. Decido colocar la cubeta sobre la plancha de las hamburguesas, pero una de dos: o la plancha se ha estropeado o yo no sé encenderla. Hundo la pala con todas mis fuerzas. La saco con un ligero velo de grasa. Vuelvo a hundirla hasta que me caen gotas de sudor. ¿Será esto helado de verdad?

La madre me observa con desdén. Es peor que si me trataran a voces. No es culpa mía, pero como si lo fuera.

—¿Y mi helado? —pregunta el niño, como era de esperar.

—El señor te lo está haciendo —responde la madre. Eso es lo interesante de los niños: que creen. Creen que el señor se lo está haciendo. Creen que podemos volar.

Hundo la pala con tal ahínco que se me nubla la vista, y la pala se dobla. Por curiosidad, echo un vistazo a las otras dos cubetas de helado. Duro como una piedra. Sonrío a la madre. En ésas estamos, asistiendo a un infortunio.



El contratiempo con el helado me convence de que no puedo seguir perdiendo el tiempo. He de continuar con mi misión, y confiar en que el dinero llegue por algún lado. Unidireccional.

Mientras cavilo sobre cómo dejar traslucir atisbos de divinidad, se me ocurre que todo lugar de culto ha de ser forzosamente rico en creyentes y acoger de buen grado actos de nivel divino (no voy a malgastar el tiempo intentando convencer a quienes ni siquiera creen en Dios). Me doy un garbeo por varias iglesias locales para hacerme una idea de qué tal anda Miami de piedad y observo que la misión no va a resultar en absoluto fácil.

Si deseas algo, puedes poner todo tu empeño en crearlo o ganártelo, en levantarlo día tras día, semana tras semana y año tras año, o bien puedes salir y robar lo que otro ha creado.

Las grandes iglesias están bien organizadas, cuentan con predicadores cualificados. Como cualquier empresa próspera, se hallan bien posicionadas para repeler a los intrusos. El espectáculo que ofrece Saint Mary's Cathedral es impresionante, pero me llevaría años trepar por su jerarquía. Es el típico esquema piramidal: paga primero, que ya se te dará después. Además, barrunto que la Iglesia

católica no se tomaría muy bien que apareciera Dios y amustiara su autoridad.

Las parroquias minoritarias, por otra parte, parecen demasiado estafalarias, demasiado pobres como para molestarme en asaltarlas, aparte de que están estrechamente vigiladas por los guías espirituales de turno.

Me paso la tarde recorriendo Miracle Mile, en Coral Gables. Nadie a quien me dirijo sabe por qué se la denomina así, Milla del Milagro, aunque es muy probable que los dependientes de las tiendas donde he entrado a curiosear lleven sólo un mes más que yo en Miami. Miracle Mile no es más que una hilera de boutiques de lujo, sin nada de particular. ¿Sería una perogrullada simular un milagro en la Milla del Milagro? Por otro lado, supondría servir el artículo en bandeja a los periodistas. Necesito granjearme la simpatía de la prensa.

Tomo por una de las calles perpendiculares a Miracle Mile y me dejo caer en Books & Books, con la impresión de que se trata de un bar al que han bautizado con el curioso nombre de Libros & Libros, pues no es sino un bar lo que te da la bienvenida en el zaguán, hasta que reparo en que también se venden libros. ¿Dispondrán de algún manual sencillito que explique cómo transformarse en Dios?

Tengo calor y estoy cansado, así que en lugar de dedicarme a buscar el manual, me siento y pido una cerveza. La caminata me ha dejado exhausto, además, me he pasado la mañana aporreando el saco de boxeo que el Desaprensivo me proporcionó. Con permiso de Sixto, clavé una alcayata en una rama del jardín y colgué el saco de ella.

Era la primera vez que sacudía un saco de boxeo, pero descubrí al instante que tenía vocación para la violencia. Le di la paliza del siglo al pobre saco. Puñetazos, ganchos, codazos, patadas circulares (a lo cuarentón cascajo, pero qué maravilla). No me podía creer que encontrara un gustazo así en aquello. Tanto es así, que estaba convencido de que enseguida vendría alguien a ponerme freno.

Mi vocación por la violencia, no obstante, es una vocación de violencia contra lo inanimado. He tenido dos peleas en mi vida. La primera en el colegio, a los seis años. Un niño me dio el cambiazo y me quitó mi silla nueva para dejarme la asquerosa suya. Estaba yo intentando recuperarla a tirones, cuando la maestra nos pilló. Y en lugar de poner paz, dijo: «Venga, a ver quién puede más». Gané yo y recuperé mi silla, pero no me quedé contento. No me quedé contento porque había descubierto que vivía en un mundo regido por la fuerza.

Me sirve la cerveza una chica alta y rubia. Por lo general no presto atención a las camareras atractivas, porque las camareras atractivas de turno tampoco me prestan atención a mí, y porque alrededor de las camareras atractivas siempre mosconeamos parroquianos más obsesos, con más *sex-appeal* y más labia que yo.

La desenvoltura de las camareras guapas las hace tan accesibles como la cima de una montaña. Pero ésta se hace un lío con todos y cada uno de los pedidos, lo cual le

da otro encanto. Su recatado atuendo sugiere además que se trata de una universitaria que lleva un cuarto de hora en el puesto. Es simpática y concienzuda, no porque le paguen, sino porque lo es.

La entrega es sexy. Odio la pereza y la dejadez. Charlamos un momento y me da el telele. De pronto, la soledad me asalta, y mi uni se dispara en otra dirección. Quiero vivir con esa camarera, aceptar un trabajo de repartidor miserablemente pagado si es preciso con tal de estar con ella.

—¿Por casualidad estás libre para cenar? —pregunto no con la expectativa de que diga que sí, sino porque si no pregunto el reproche me asediará como una chinita en el zapato.

—Pues, si no tuviera pareja... —responde.

Barrunto que es una excusa, pero es una manera agradable de dar calabazas. Ese futuro ha ido a parar donde todos los demás futuros sin estrenar. Sorprendentemente, el chasco no me afecta. Se me ha pasado el telele. Pero si los noes no te afectan demasiado, tampoco te afectan demasiado los síes.

Echo un vistazo un momento a la sección de religión, pero no encuentro ningún libro que diga con todas las letras «Cómo engañar a todo el mundo haciéndose pasar por Dios», de manera que desisto.

En el camino de vuelta, me pierdo y me entra hambre. Cerca del Government Center, hago un alto en un sencillo restaurante cubano con camarera alicaída y carta plastificada. El establecimiento en su conjunto se rige por la norma de que cuanto más fácil de limpiar mejor. Hasta la silla donde estoy sentado es de plástico. Pido una chuleta de cerdo.

Me traen una chuleta nada elaborada, pero tan buena, tan inmejorable, que da pavor de puro insólito que resulta encontrarse con algo así. Siento como si llevara veinte años esperando a comerme esa chuleta. La guarnición de puré de patatas que la acompaña tampoco tiene pretensión alguna, pero es el mejor puré de patatas que he probado en la vida. Comprendo que estoy ante uno de esos milagros inútiles.

Esos milagros que se obran cuando uno obtiene justo lo que quiere, generalmente sin que uno sepa lo que quiere. Al intentar repetir la experiencia, es posible que se disfrute con ella, pero nunca procurará el mismo placer, porque la perfección sólo se presenta una vez, y la perfección resulta aún más perfecta cuando sobreviene de manera imprevista.

Desde una mesa al otro lado del local, oigo la cháchara de un señor mayor, hablando con dos hermanas feas. No poco agraciadas, feas: ningún artificio posible les permitirá afectar belleza por una noche. Ninguna rinoplastia, inscripción a gimnasio o implante podrá remediar lo suyo.

No alcanzan el nivel de disociación de Napalm, tampoco es el fin del mundo. Probablemente tienen unos maridos que las adoran, un puesto de trabajo que las

satisface e hijos de las que sentirse orgullosas, pero ningún hombre correrá a casa dispuesto a cascársela en su memoria. A las mujeres se les llena la boca hablando de amor, de ternura y de lo guarras que son las fotos esas, pero a la mayoría, en el fondo, les gusta que los hombres gruñan como cerdos detrás de ellas. Y eso es algo que estas dos nunca experimentarán. Es injusto, porque no hay remedio posible para ello; no es como ser pobre, o no demasiado listo, o haber nacido en una zona agrícola: a eso se le puede buscar compensación.

Es injusto en el sentido que lo es que te falte un brazo de nacimiento, porque eso es algo que no tiene remedio. Los mancos, los cojos, suelen decir que no les importa, pero yo no me lo creo. A mí se me llevarían los demonios. Bastante rabioso estoy ya con lo que tengo. La peña que cree en la reencarnación afirma que los defectos de nacimiento son consecuencia de acciones cometidas en una vida anterior. Ignoro si será cierto, pero como explicación es magnífica. Se lo merecían. Todo tiene una explicación. Le tememos más a eso que al castigo por duro que sea: al golpe sin explicación del destino. A la pesadilla de los dados.

El abuelo que conversa con las Hermanas Cacatúas se dedica al negocio divino. Reparo en el alzacuello. Viste de negro, con manga corta. Cara ajada, calvicie incipiente, tan tradicional que da pena, salvo por el enorme crucifijo naranja fosforescente que le cuelga del pecho.

—¿Se reza mucho por aquí, en Coral Gables? —pregunta.

Está trabajándose a su público, trabajándose a conciencia, lo que significa que muy bien no le va. El Lama hacía gala de una displicencia típica del que posee un deportivo tragamillas y tragacuartos que aguarda dando acelerones a que cambie el semáforo, sabiendo que nadie podrá ganarle; retarle de vez en cuando tal vez, pero ganarle, nunca. El mejor vendedor no necesita fingir que le da igual: le da igual.

El abuelo está levantando la moral a las Cacatúas. Cuando se disponen a marcharse, he terminado mi cafecito y me pregunto si debiera seguirlo. Ha dejado unos panfletos sobre la mesa. Vienen mal dadas cuando uno deja panfletos sobre mesas que tan fáciles son de limpiar. «Chequeo gratis de la salud de su alma», leo. «Llame al hierofante Gene Graves».

Dejo una propina generosa, pero la camarera está tan deprimida que le da igual. Siempre siento una extraña necesidad de ser amable con camareras, recepcionistas o taxistas. Siento ganas de decirles ya sé que tenéis que lidiar con mastuerzos todo el santo día, pero yo no soy uno de ellos. Quiero gustar. ¿Por qué será?

Cuando regreso a casa de Sixto, Napalm me está esperando.

—Tengo unos folletos del parque nacional de los Everglades para hacer la ruta del valle de los tiburones —anuncia y propone que hagamos una excursión en bici por allí el fin de semana.

Barajo la posibilidad de aceptar la invitación, porque no tengo nada planeado y no

estaría de más explorar un poco la zona.

En parte, aunque me avergüence admitirlo, me da apuro que me vean con Napalm. En el colegio, antes hubiéramos atravesado un edificio en llamas que dejarnos ver con Napalm. A medida que te haces mayor, le das menos importancia a rodearte de desgraciados peor considerados que tú, porque se sobreentiende que no pueden ser tus amigos, simplemente han llegado a tu presencia empujados por la corriente. Nunca se pierde ese sentimiento de casta. Todos nos gobernamos por él. En mi club de golf los jugadores más aventajados apenas se dignaban saludarme. ¿Por qué? Porque no tenían ninguna necesidad. No tenían nada que sacar de mí. Se codeaban con los golfistas buenos o con los que tenían poder. Cuando estás calibrando el valor del prójimo basta con ser cortés.

Yo tengo un problema gordo, pero Napalm no sé qué va a hacer de su vida. Aunque puede que me equivoque. Napalm debe de tener unos cinco años menos que yo, y es posible que cuando llegue a mi edad sea locamente feliz y haya triunfado a lo grande. Es posible que sus posesiones terrenales no consistan en unas cuantas ropas y una embarazosa y pertinaz dolencia.

¿Qué puedo hacer por Napalm? En calidad de Tyndale: ni idea. En calidad de Dios: ni idea. ¿No debería ser capaz de ayudarlo? Sí, debería ser bien fácil, pero no tengo remota idea. ¿No debería reflexionar sobre la política que habré de adoptar una vez sea Dios? Debería tener una postura definida en cuestiones como la de Napalm.

Suena el timbre y al abrir me encuentro con el Desaprensivo en la puerta.

—He pensado que podía enseñarte un poco la ciudad... hacerte de cicerone. En fin, ir de discotecas y tal. —Me digo que podría invitar a Napalm, pero como sé que dirá que sí, cierro la puerta tras de mí con mucho sigilo y voy hacia el coche del Desaprensivo de puntillas.

Vamos a The Pawn Shop, donde nos obligan a hacer cola en la puerta un rato, pese a que Dave el Desaprensivo figura en la lista de invitados y es tan pronto que la discoteca está vacía. Dos gorilas cubanos montan guardia.

—Alfil a caballo dos —dice uno.

—¿Alfil a caballo dos? ¡Vete al carajo! ¿Seguro?

—Ya me has oído. Comemierda.

—Está bien. Peón a alfil cuatro, pues.

—Esto va a terminar como la fiesta del guatao, maricón. Seguro que te rajas. Enroco y cómete mi fianchetto. —Están jugando una partida de ajedrez mental, un modo de entretenerse, y mientras tanto los demás nos vemos obligados a dejar pasar el tiempo para que el club no se vea en la deshonrosa tesitura de franquear la entrada sin más a la clientela.

Me parece un detalle que el Desaprensivo se haya tomado la molestia de hacerme de cicerone. Además, está la mar de generoso con las copas: paga tres rondas por

cada una de las mías. Habla por los codos. Habla muy entusiasmado, aunque no sabría decirnos exactamente de qué, porque la música está muy alta y Dave habla muy rápido y moviendo mucho las manos. Es difícil fingirse enfrascado en algo que te resulta incomprensible, pero sonrío y asiento mucho con la cabeza, confiando en que calle la boca de una vez y me deje embobarme con las chicas tranquilamente y disfrutar de mi copa.

Capto no sé qué sobre las negras.

—Negras. Negras. Las negras te hacen lo que quieras. Eso es lo que necesitas, una negra. —Y al rato—: Electromagnetismo... si es que no entienden. No tienen pajolera idea. —Varias veces le indico que estoy cansado y ya tengo ganas de volver a casa. Él me oye, pero no me escucha; el dato no viene al caso.

Al final me doy cuenta de que estoy tan curda que no merece la pena seguir rechazando copas ni esforzándose por volver a casa. Estoy tan borracho que aunque me robaran, me desnudaran, me apalearan y me dejaran tirado en una cuneta, me daría exactamente igual. El Desaprensivo continúa con su perorata.

A las seis de la mañana, cuando somos los últimos en salir de la discoteca a patadas, Dave el Desaprensivo contesta al móvil y aplaca a su mujer. De pronto experimento un odio intenso hacia él pues queda claro que se ha valido de la clásica treta «es nuevo en la ciudad, tengo que sacarlo a dar una vuelta» para ahuecar el ala. Lo que pretendía no era enseñarme la ciudad, sino escaparse un rato. He conocido a bastantes maridos así: quedan con sus clientes en un bar para una reunión de negocios que dura todo lo más un cuarto de hora y luego se van de copas con los amigos o se pasan tres horas dándose el lote con su secretaria, así no necesitan mentirle a su mujer con que tienen una reunión.

El Desaprensivo bailotea como si la juerga estuviera a punto de comenzar. No veo taxis por ninguna parte, y me he quedado sin blanca.

—Haz el favor. Te lo pido por favor, llévame a mi casa.

—Hasta que no desayunes, nada. Sé de un sitio donde te ponen el mejor desayuno de Miami.

—En serio, necesito dormir.

—Después de desayunar. Si desayunas como es debido, verás como duermes mejor.

Nos pateamos unas cuantas manzanas mientras el Desaprensivo discurrea sin parar sobre las elecciones en Haití, y yo he llegado a un punto en que si tuviera una pistola a mano, me pegaba un tiro. Tal vez sea mi castigo por no haber invitado a Napalm a que viniera con nosotros; en cierto modo sería un consuelo, pues indicaría que la justicia mantiene una estrecha vigilancia sobre el día a día. Curioso, por otra parte, que siempre pensemos en castigos y no en recompensas...

Un pelirrojo se nos acerca con mucho sigilo y dice:

—Oigan...

Nunca sabremos qué pretendía decirnos porque el Desaprensivo le atiza un puñetazo. O deduzco que se lo ha atizado, puesto que se oye un sonoro crujido y el pelirrojo se halla tendido en el suelo cual alfombra. Así las gasta de rápidas el amigo Dave.

Dave se agacha y coge una navaja de la que yo no me había percatado, tirada junto a nuestro semiinconsciente asaltante. Luego se lleva la mano a la chaqueta y extrae unos papeles.

—Quiero que sepas —le dice al pelirrojo— que no soy un *pringao*. Aquí tienes el extracto de mi cuenta. ¿Ves? ¿Has visto lo que dice aquí? Todo ese dinero es mío. Todo mío. Y esto —dice desdoblado otro papel— es mi doctorado en Estudios Caribeños. Sabrás lo que es un doctorado, ¿verdad? Así que, no sólo puedo darte la paliza del siglo, sino que encima soy infinitamente más rico y más inteligente que tú.

—Bueno, ya va siendo hora de recogerse —digo.

—No —dice Dave—, esto no me amarga a mí el desayuno. —Dave obliga al pelirrojo a desnudarse y lanza su ropa tras una tapia.

Mientras nos acercamos al restaurante, el Desaprensivo se lamenta de que siempre lo estén atracando.

—Conozco a gente que lleva veinte años aquí y ni siquiera ha oído una palabra más alta que otra. Y yo cada dos semanas me veo en las mismas. —Se entiende hasta cierto punto; Dave, como muchos tipos peligrosos de verdad que conozco, no parece peligroso. Estatura normal, complexión ligera, acompañado de un tipo rechoncho y borracho; la tentación es evidente.

Dave me pide una tortilla ecuatoriana, pese a mis protestas, y luego perora sobre el *noirisme* y sobre cómo Papa Doc quiso atribuirse el papel de Dios, tema al que supongo que debería prestar atención, pero no puedo.

—El poder es la droga que destruye a los fuertes —concluye—. No has probado los huevos.

—Lo siento, pero de verdad que no tengo hambre.

—No salimos de aquí hasta que no te hayas comido esos huevos. —No es broma. Jugueteo con la comida mientras él discurre sobre el papel del ejército en Haití—. Haití es la democracia más pequeña del mundo; allí no hay más que un voto: el del ejército. —Intento que el camarero me pida un taxi, pero Dave enseguida da la contraorden diciéndole algo en español que el camarero recibe con una sonrisa. Por suerte Dave va al servicio y al instante aprovecho para deshacerme de los huevos.

—Bien. Hora de recogerse —digo con alivio cuando salimos a la calle. La vista me falla.

—Tienes mal aspecto —observa Dave—. Tú lo que necesitas es un buen afeitado. Apuesto a que nunca te han afeitado en condiciones, a la antigua, en una barbería.

Oteo la calle a uno y otro lado, buscando un taxi desesperado. Pasa uno deslizándose inútilmente frente a mí, con pasaje.

—Me lo prometiste —digo, consciente de que sueño como un niño de seis años.

—Después de un buen afeitado. Te asombrarás de lo bien que te sientes después. Conozco al mejor barbero de Miami.

El coche de Dave aparca frente a un letrero enorme en el que se lee: ¿QUIERES PELEA? ¿Estaré alucinando? Lo último que quiero es pelea.

—¿A quién se le ocurre ponerle así a una barbería?

—Estamos en Miami. Aquí puedes hacer lo que te dé la gana. Por eso quería echarle un ojo. Aquí todo el que llega acaba perdiendo el tino. Hay hombres de familia muy trabajadores, muy religiosos, a los que nada más llegar a Miami empiezan a salirles los cuernos del diablo ante tus narices, como en esas películas animadas cuadro por cuadro. Un día o dos en Miami y ya se te han atrincherado en el hotel, rodeados de cascos de botellas, hablando por teléfono con Bogotá y gimiéndole a alguna chiquita. Miami es la central de la locura. Cuando estrellaron aquellos aviones contra las torres gemelas de Nueva York, ¿sabes lo que decíamos por aquí abajo? Seguro que tenemos algo que ver en esto. No sabemos de qué manera, pero algo tenemos que ver. No hay locura que no acabe ingresando en Miami.

Nos hacen tomar asiento, y mientras nos quitan las cerdas contemplamos en las enormes pantallas que se alzan sobre nuestras cabezas el último asalto de la pugna boxística entre Tyson y Holmes. Y a continuación, a petición de Dave, nos ponen «Rumble in the Jungle», el histórico combate africano entre Mohamed Alí y George Foreman. Dave observa boquiabierto la pantalla, como un niño, tan feliz que se me olvida lo enfadado que estoy con él. Observar cómo otro se divierte tiene algo divertido, pero aun así, la butaca es tan cómoda que me quedo dormido.

Dave me despierta.

—¿Qué?, ¿a por la penúltima?



Al día siguiente me acerco en coche hasta la Iglesia del Cristo Fuertemente Armado, situada en los alrededores de Miami Beach, en una zona deprimida que aún no han invadido los multimillonarios. A tres manzanas de distancia las grúas y el flamante acero se recortan en el horizonte, pero aquí lo que tenemos es un restaurante hecho cenizas enfrente y una hilera de edificios clausurados que fueron negocios boyantes cuarenta años atrás. Encuentro aparcamiento a la primera.

Sobre las puertas de la iglesia hay una imagen muy bien pintada de Jesucristo, con aspecto de, en fin, de Jesucristo, sólo que acunando en los brazos un rifle con una recámara descomunal. El edificio en sí es una construcción anodina, prefabricada, un rectángulo sin gracia ni imaginación. Con algo de hollín en su exterior, y la pintura

descascarillada. Justo la clase de iglesia que preciso usurpar. Con templo propio, pero sin demasiada aceptación. Sin los gorriones de rigor dispuestos a proteger el abrevadero.

La puerta se abre. Hasta aquí todo bien, correcto. Como debe ser, aunque al entrar también me asalta la impresión de que no hay nada que usurpar. Unos jarroncitos con flores. Dos pequeñas pilas de cantorales. Y cinco hileras de bancos, lo que quiere decir que no pasarán de sesenta feligreses como mucho.

Avanzo hasta el fondo y me encuentro ante una puerta con el letrero: despacho del hierofante. En el mundo de las ventas hay dos estrategias fundamentales. Una es vender (o hacer como que se vende) barato. Ése suele ser el argumento más convincente, pero hay otro truco, que consiste en insistir en que tú vendes algo mejor, algo único. Para qué vas a hacerte llamar padre o reverendo, si está ya muy visto y no aporta nada. Estamos habituados a ver a Cristo representado con niños, cachorritos, rayos de sol y capullos de rosa, pero no recuerdo haberlo visto recientemente con un pedazo de rifle en ristre.

La mañana entera se me ha ido en deliberar si debía continuar recabando información y urdiendo planes, pero... la pereza siempre acaba imponiéndose. Toca pasar a la acción. Mano dura. Acción y mano dura. El hierofante está limpiando una ventana; me mira de soslayo, intrigado. Me ha tomado por un turista perdido o un pelmazo del Ayuntamiento que viene a cobrar algún recibo atrasado. Pero nada de eso. Soy la materia prima más codiciada por cualquier iglesia: un alma que entra por su propio pie.

—Venía a hablar de mi alma.

—Ahora mismo estoy algo ocupado —replica el hierofante.

—Pero es que necesito hablar. He cometido... —Yo pretendía que mi silencio hablara por sí solo, pero el hierofante salta enseguida:

—¿Has matado a alguien?

La expectación con que plantea la pregunta revela que los asesinos arrepentidos encabezan la lista de sus pecadores favoritos. Me fastidia que me haya pillado desprevenido, ya que tampoco habría sido tan difícil inventarse un fiambre inexistente en algún país lejano, pero opto instintivamente por la historia prevista de mis tribulaciones con el abismo.

—No. Todavía no —añado, ya que no cuesta añadirlo—. Siento que el abismo me está arrastrando.

—¿Cómo te llamas, hijo?

—Tyndale.

De cerca, el hierofante está como una regadera. Lleva unas gafas de baratillo y los cuatro pelos que le quedan en la cabeza bien domeñados, no al estilo de esos calvorotas entrados en años que niegan penosamente su calvicie, sino bien sujeto al

cuero cabelludo. Observo el emblema del cuerpo de *marines* en lo alto de una estantería. El hierofante ha conservado aquella castrense pulcritud. Apuesto a que es un luchador, y como persona que no lo es... lo admiro por ello.

Ser un luchador por lo general no sirve de gran cosa. Es algo que vengo observando. Bien es cierto que ahí está el caso de Gus, un colega del club de golf. Gus jugaba cada día, ya podía llover o hacer frío, que le daba igual. Los entrenadores se forraron a su costa. Estaba obsesionado con el golf, y ponía todo su empeño, pero no se le daba muy bien. No se le daba bien y punto. Hasta yo le ganaba. Gus no tenía grandes aspiraciones: sólo pretendía formar parte del equipo del club en los torneos locales. Estuvo esperando durante años a que surgiera la oportunidad. Yo admiraba enormemente aquel tesón, porque es fácil mantenerte en tus trece cuando hueles un posible triunfo, pero cuando no haces más que acumular fracasos año tras año, manda narices. Gus, sin embargo, consiguió su propósito. Al equipo del club se lo tragó el campo (pista nueva, antiguo pozo minero del que se había hecho caso omiso) y mientras los integrantes del equipo comían rancho hospitalario, él logró representar al club. Pero lo de Gus es la excepción que confirma la regla.

—Tyndale, todos nos sentimos arrastrados por el abismo. Nuestra batalla es diaria. Permíteme que te cuente la historia de un joven que hace unos meses se encontraba en la misma situación que tú. Dan, se llamaba. La vida de Dan estaba regida por el abismo, por décadas de adicción al alcohol y a las drogas, por la violencia y el robo, pero Dan se postró de rodillas y cambió su vida.

Unas camisas de manga corta cuelgan de un armario con la puerta entreabierta. Aun de lejos reparo que entre cada una de ellas media exactamente la misma distancia y están impecablemente planchadas. He de admitir, como buen dejado que soy, que me impresiona la disciplina. Antes de venir a Miami, con cepillarme los dientes ya tenía bastante tarea para toda la jornada.

—Dan se postró de rodillas y cuando se levantó era otra persona. Hasta tuvo tiempo de reconciliarse con sus tres hijos... aunque la reconciliación no duró tanto como debiera, porque al día siguiente sufrió un accidente con una carretilla elevadora.

¿Seguro que lo de Dan y la carretilla elevadora es la propaganda que el hierofante se proponía? A continuación me invita a tomar asiento, y expongo una serie de datos cuidadosamente estudiados sobre mi persona. El misterio enriquece. No paséis del nivel subcutáneo.

—He sido llamado hasta aquí.

—En esta iglesia contamos con técnicas especiales para la absolución del alma —afirma el hierofante—. Tyndale, ten por seguro que limpiaremos la desazón y las tinieblas de cada compartimento de tu alma. Podemos empezar ahora mismo.



Llevo dos días sin comer. Contra todo pronóstico, me siento de maravilla. Evidentemente, no es lo mismo ni mucho menos ayunar por gusto como estoy haciendo yo que, pongamos, no comer por culpa de una catástrofe o porque no tienes dinero.

Mi ayuno tiene como propósito impresionar al hierofante. Sí, lo sé, podría haber fingido que ayunaba, pero uno acaba tomándole el gusto a esto de la virtud. Además, así ahorro, porque normalmente la mayor parte del dinero se me va en comida. Y dado que llegué a Miami con algo de tripita, puedo permitirme cierta fuga de calorías.

En nada de tiempo me he convertido en la mano derecha del hierofante, prácticamente de la noche a la mañana. ¿A quién no le gusta disponer de un esbirro gratis? Le fui con la chorrada esa del abismo y de cómo el panfleto de su iglesia había caído en mis manos justo en el momento indicado.

El hierofante me creyó a pies juntillas. ¿Por qué? Porque quiso creerme. ¿A vosotros no os gustaría contar con alguien que os diera la razón en todo, que viera lo acertados que estáis, que hiciera siempre vuestra santa voluntad, y de balde por si fuera poco? Le conté que estoy hospedado en casa de unos amigos, y con ello sacié su curiosidad en cuanto al hecho de que no tuviera trabajo, dinero ni ocupaciones.

Me puse a su entera disposición. Recojo la ropa de la tintorería. Subo al tejado para arreglar goteras. Todo va de perlas en la Iglesia del Cristo Fuertemente Armado (su arsenal incluye una abnegación a prueba de bombas, el summum del servicio al prójimo y la magna fuerza de la palabra santa), aunque aún no veo de qué me va a servir todo ello, además de que el promedio de nuestra parroquia cabría en un solo coche. Pero siento que voy por buen camino, además, es algo que irradia luz: «Oh, Tyndale siempre era tan servicial». Mi irradiación no tardará en dejarse sentir.

Con la curiosidad de averiguar lo débil que me han dejado estos dos días de ayuno, voy a por el saco de boxeo y le sacudo unos golpes. Me han dejado muy débil, físicamente al menos.

Sixto sale por la puerta.

—Tyndale, ¿estás aquí esta tarde?

He tenido oportunidad de conocer un poco más a mi casero en las últimas dos semanas. Puede que Sixto sea la única persona en Miami que es verdaderamente oriunda de aquí. Su padre salió huyendo de Cuba después de que Castro bla bla bla.

Sixto y su hermana pasaban la mayoría de fines de semana en los Everglades, desmontando armas y limpiándolas con los ojos vendados.

—Chico, todos los fines de semana venga a comer culebras y bichos y hacer saltar cosas por los aires con el nitro-plastique que fabricábamos en la bañera. Y mi padre siempre encabronado conmigo porque no disparaba tan bien como mi hermana, que era capaz de agujerear un as de picas con un cartucho estándar de la OTAN a cuatrocientos metros de distancia, ya fuera de día o de noche.

—¿Y a qué se dedica ahora tu hermana?

—A la investigación de mercado para empresas de alimentación animal.

Durante cinco años el padre de Sixto no dirigió la palabra a su hijo por negarse a jugar a los guerrilleros enrollados en sus ratos libres. La cordialidad no se restableció hasta que Sixto juró acribillar a Castro como si fuera un perro si algún día se le presentaba la oportunidad y que, sucediera lo que sucediera en el futuro, viajaría a Cuba para echar una copiosa meada sobre la tumba del Barbas en caso de que su padre falleciera antes.

—Necesito que alguien esté en casa más tarde para recogerme un paquete. —Sixto viene hacia mí y noto que me mira de una forma extraña—. Tyndaaaaal —dice.

Se para de pronto y, viéndolo dar un paso tambaleante hacia atrás, identifico la extraña mirada. Corro hacia él, pero no llego a tiempo porque ya ha caído doblado en el suelo y de ahí, convulsionado a la piscina. No es una piscina muy honda, pero sí lo bastante como para ahogarse en ella en mitad de un ataque epiléptico.

Sacarlo no resulta pero que nada fácil; si llega a ser más gordo, se ahoga. Lo coloco en la posición decúbito supino de rigor, mientras le busco la lengua con los dedos, pero sale tanto vómito que no consigo agarrársela. No cabe duda, sin embargo, de que sigue vivo y respira adecuadamente.

Estoy aterrorizado y medio ahogado, pero Sixto, como es de imaginar, se encuentra mucho peor.

—Estoy bien —murmura, pero tiembla de mala manera.

Más tarde, nos tomamos un Barbancourt.

—Debería haberte comentado lo de mis ataques —dice—, pero, no sé... es un aburrimiento tener que ir contando esa historia.

Le comprendo. Una vez tuve una novia que sufría leves ataques epilépticos. Para ella eran un incordio, pero confieso, para mi vergüenza, que yo siempre esperaba que sufriera uno mientras hacíamos el amor, sólo por ver qué pasaba. Pienso que tal vez debiera contarle a Sixto lo de mi embarazosa y pertinaz dolencia, por confraternizar un poco con él, pero descarto la idea al instante. Ya he confraternizado y consolado bastante en la vida, y cierta información es mejor no divulgarla.

—Voy a vaciar la piscina —afirma Sixto—. De todos modos, no la usamos. —De pronto odia la piscina, por absurdo que parezca—. Supongo que no hace falta que te diga que te debo una. La gratitud es muy importante para nosotros los cubanos —añade, como deseando sinceramente que no fuera así—. Pide lo que quieras.

—No necesito nada, la verdad. Pero me vendría bien trabajar unas horitas para sacarme unos billetes. ¿Qué tal si te echara una mano con el negocio?

Sixto rezonga.

—No podías pedirme otra cosa, ¿verdad?



Tiro de una puerta y se abre. Me adentro en la oscuridad, pues oigo música al fondo. Ahora soy un próspero traficante de cocaína. O eso espero.

—Sólo hay dos tipos de traficantes de cocaína —me había dicho Sixto—. Los fracasados: llevan una vida interesante. Disparan a la gente. Les disparan. Los detienen. Tienen novias soplonas. Salen en televisión. Pasan años haciendo cosas raras para otros tipos de más peso que están entre rejas. Y si sobreviven, escriben memorias para morir de risa. Luego están los traficantes prósperos. Si te cuentas entre éstos, tu jornada es más aburrida que la de un cartero o un repartidor de pizzas. A los carteros les muerden los perros, a los pizzeros los estafan.

Sixto no ha sido por completo temerario ni generoso a la hora de ponerme en antecedentes.

No sé nada sobre el negocio.

No tengo idea de para quién trabaja. Ni de dónde sale la mercancía. Mi trabajo consiste en repartir paquetes y traer de vuelta el dinero. Con mucha frecuencia ni siquiera recibo dinero a cambio. En definitiva, Sixto ha dejado en mis manos la parte más aburrida de su tarea. Cierto que es un riesgo por su parte, pero como está estudiando para ser psicoterapeuta, según él mismo me confesó, no tiene tiempo para dar vueltas en coche por la ciudad haciendo repartos.

Además, lleva razón. Esto es como devolver un libro a la biblioteca. Sixto sólo trafica con viejos conocidos y al por mayor. Mis encargos no abultan más que un ladrillo. Como el que tengo entre las manos en este instante.

—Es un club nocturno —dice Sixto—. Uno de esos locales tan a la moda que «para qué vamos a decirte dónde estamos, pero si das con la puerta, es posible que te dejemos entrar».

Encontrar la puerta no fue fácil, porque no había número que la identificara, ni tampoco letrero alguno anunciando su nombre: Tres Escritores Perdiendo Dinero.

Accedo a una enorme pista de baile con una barra al fondo. Esto tiene que ser el club o el circo local.

Detrás de la barra se halla el que, supongo, será el barman. El sujeto, además de lucir un generoso despliegue de tatuajes, lleva una serie de estalactitas y estalagmitas de cuarzo pegadas a la cara; pero eso ya está muy visto. Se ha rapado la cabeza y pegado en ella montones de tirillas de goma azul brillante. Parece una peluca rasta de color azul, pero muy mal hecha. Es como si él mismo se hubiera dedicado a cortar las tiras y al rato, aburrido ya de la tarea, se hubiera dejado de uniformidades: unas son como pelitos, otras del tamaño de un dedo, unas largas, otras cortas.

En un desfile de alta costura tal vez diera el pego, si no fuera porque el capullo es un veinteañero con acné. A su lado está la ratonera del diyéi, y al mando de las pletinas, un mono. Un monito pequeño, pero armado, observo.

El arma parece una pistola de cañón corto y gran calibre, auténtica, que el mono

lleva enfundada en una pistolera de lentejuelas. El simio cambia los discos con experta destreza. Al otro lado de la barra dos fornidos individuos lo observan con una hostilidad y una tensión que uno no asociaría a la contemplación de simios, pasatiempo que se supone entretenido.

—¿El mono tiene licencia de armas? —pregunto alegremente.

—Es un mono, no necesita una puta licencia —responde el barman en un tono que a buen seguro no le enseñaron en la escuela de hostelería—. ¿Y usted quién es?

—Vengo a ver a Bertrand.

—¿Le espera?

La tentación de ser sarcástico, incluso agresivo, es mayúscula. Ayunar da un subidón que ni las águilas, pero cierto es que también pone de bastante mal humor. Con el barman podría sin problemas, pero los otros dos están cuadrados. Además, no irradiaría mucha luz que digamos. Supongo que padezco una especie de lesión por esfuerzo repetitivo tras años de visitar extraños lugares de trabajo. Entonces siempre había una cita previa. ¿Qué tal si nos planteamos ese tema?: cuando buscas un favor de alguien, ¿es buena o mala idea presentarte sin avisar? Lo curioso del caso es que si bien muchos de mis clientes por aquel entonces eran unos engreídos soplagaitas, sus recepcionistas los superaban con creces.

En este caso, es un servidor quien le hace el favor a Bertrand. Llevo encima suficiente alcaloide tóxico como para entumecer las encías de la discoteca en pleno.

—Sí —respondo—. Me espera. —Y no olvido sonreír. La sonrisa que no falte.



El despacho de Bertrand está en la planta de arriba. Al llegar veo que habla por teléfono y, como no hay nadie más a la vista, muestro el ladrillo. Me indica que pase con un gesto.

—Es una simple pregunta —oigo que dice—. Una simple pregunta. Y si estamos en que no era más que una simple pregunta, ¿se puede saber por qué no me preguntaron a mí? ¿Por qué no me preguntaron?, ¿eh? ¿Por qué? No tenían más que preguntar. Me preguntan y yo respondo. Tampoco cuesta tanto, ¿no? Así que ¿por qué no me preguntaron a mí?, ¿eh?, ¿por qué?

Miro por la ventana y contemplo detenidamente la ciudad. Observo la luz y los tejados. Me encanta esta ciudad. Sigo mirando por la ventana mientras Bertrand cotorrea y, al rato, por mucho que disfrute contemplando Miami, me veo obligado a hacer un esfuerzo por simular que estoy encantado mirando por la ventana y no perdiendo la paciencia.

—Vale, Opium Garden es grande, sí, es lo que tú o yo entendemos por grande, pero enorme no se la puede llamar. Parece más grande de lo que es, por como está dividida. Pero si cuentas todas las barras de Mynt, es más grande que Opium Garden.

No parece más grande, pero lo es. O sea que, no... no, no, no te digo que sea muchísimo más grande que Opium Garden, pero es más grande, sí. No, no, no. Mira Crobar, por ejemplo. Crobar es igual de grande que Opium Garden. Que sí, hombre, si tienes en cuenta todas las escaleras...

Gesticulo indicando mi urgencia por entregar el ladrillo, pero Bertrand responde con el clásico manoteo de espera, espera.

Miro por la ventana fingiendo que estoy recreándome con la contemplación de la vista y no subiéndome por las paredes. Me viene entonces a la memoria mi antiguo jefe, Bamford, y ahora, cuando han pasado ya tres años, por fin comprendo por qué Loader me pidió su número de teléfono.

Hay sucesos y conversaciones que a veces me puede llevar un año, cinco, diez, veinte años desentrañar. No sé por qué, pero de pronto se me enciende la lucecita.

Bamford era un hombre que no se andaba con chiquitas. Cuando su mujer se volvió loca —no un poco rarita, sino loca de atar— se tomó una semana de permiso (que anotó como vacaciones). Una semana. La ingresó en un psiquiátrico, encontró un internado para los niños y nunca comentó nada con nadie. Siempre he admirado a esas personas capaces de comerse la verdura sin rechistar, porque lo que es yo, imposible.

El mayor cumplido con el que Bamford te podía obsequiar era llamarte hijo de la gran puta, es decir: «No me puedo creer que hayas aceptado el trato, hijo de la gran puta». Eso si le caías bien. Si no le caías bien, ni te hablaba. Sí, Bamford era oriundo de Yorkshire. Por otro lado, cuando era él quien se equivocaba, podías mandarlo a tomar por culo tranquilamente. Bamford era de esa clase de empresarios que ya incluso por aquel entonces se hallaban en peligro de extinción. Lo apreciábamos casi todos, era como a uno le hubiera gustado que fuera Dios en realidad: duro pero justo.

La comida de jubilación de Bamford fue una de las primeras ocasiones en las que empecé a dudar sobre el funcionamiento del universo en general. ¿Qué ocurre cuando has trabajado treinta años en una empresa, cuando prácticamente eres tú quien se ha encargado de levantarla? Que te jubilan con una comida y un regalito de despedida. La velada en sí resultó impecable, asistió la empresa en pleno, colegas que se detestaban se comportaron como la cordialidad personificada y se comió de maravilla. De regalo Bamford recibió un inútil bibelot que colocar sobre la repisa de su chimenea. Loader, el nuevo jefe, le estrechó la mano y le dijo: «Tenemos que quedar para comer».

Por lo general cuando alguien te dice «Tenemos que quedar para comer» o «Tenemos que quedar para tomar algo» significa justo lo contrario. Si quieres comer o tomarte una copa con alguien, ¿por qué no quedar directamente?, ¿por qué dar largas? Es como cuando alguien te llama «amigo». Cuando alguien te llama amigo es precisamente porque no es tu amigo, sino un sujeto que te está timando, o te va a

timar, o a quitarte de en medio. Cuando oigas «No te preocupes, amigo», más te vale poner pies en polvorosa.

Lo que más me horrorizó, con todo, fue que al segundo, al mismísimo segundo de que Bamford saliera por la puerta del restaurante, ya había pasado a mejor vida. Todos corrieron a procurar por sus intereses, y Bamford ya no era nadie. En última instancia, don nadie lo somos todos, pero no es plato de gusto que se lo recuerden a uno. Fue como un ensayo general de la muerte.

Por extraño que parezca, pese a aquel «tenemos que quedar para comer» con que Loader había despachado a Bamford, al mes siguiente nuestro nuevo jefe lo invitó a comer.

Era de todos sabido en la empresa que Loader había sido juzgado por robo en una ocasión, después de que la policía hallara en su domicilio una ingente cantidad de material propiedad de la empresa. Según la versión favorable de los hechos, el material robado fue hallado en el dormitorio de un inquilino suyo, que trabajaba a su vez para la empresa. Bamford compareció en los tribunales y testificó en defensa de Loader, aunque se discutía si dicha testificación se debió a que creía en la inocencia de Loader o a que no soportaba perder a su mejor comercial.

El día que ambos quedaron para comer, me encontré con Bamford en recepción y lo saludé. Se me pasó por la cabeza mencionarle que acababa de ver salir a Loader minutos antes, pero decidí que no era asunto de mi incumbencia, amén de que supuse que Loader regresaría al rato. La nueva recepcionista tuvo la misma ocurrencia, pero como tenía orden expresa de no informar a nadie de los movimientos del personal, tampoco pudo comunicar a Bamford no sólo que Loader había salido ya a comer, sino que también lo había hecho su secretaria, con lo cual nadie pudo explicarle a Bamford que se habían olvidado de él.

El hombre aguantó allí sentado una hora, porque no era persona que tirase la toalla fácilmente. Así que la empresa al completo desfiló por delante de él y fue testigo del plantón. La comida nunca llegó a celebrarse. Paradójicamente, la actitud de Loader me molestó más a mí que al propio Bamford. Loader, a decir verdad, apreciaba bastante a Bamford (que seas un cabrón no significa que carezcas de sentimientos) y se olvidó de él no porque quisiera olvidarse de él, sino porque no tenía necesidad ninguna de acordarse de él. Bamford había alcanzado la invisibilidad de quienes son incapaces de reportar beneficios.

Alrededor de un año más tarde, salió a relucir el nombre de nuestro ex jefe en una conversación, y Loader me dijo: «Tenemos que quedar para comer como dijimos. ¿Tienes su número de teléfono?». Atónito me quedé. El número de teléfono de Bamford lo conocíamos todos. Llevaba cuarenta años viviendo en el mismo domicilio.

Sólo ahora alcanzo a comprender por qué Loader dio en creer que aquel número

de teléfono constituía un escollo: sólo eso le permitía no sentirse como un cabrón. Loader figura a la cabeza de mi lista negra particular en un posible derrumbe de la civilización.

Consulto mi reloj. Llevo ya cuarenta minutos en el despacho de Bertrand.

—De acuerdo, sí. Tiene los techos más altos, sí. El techo en Mynt es más alto, pero ya me dirás para qué te sirve eso, ¿eh? Ahora que, si sacas todos los muebles...

Mi misión consiste en entregar el paquete, pero Bertrand está agotando mi paciencia. No me interesa ser un don nadie. Habría bastado con que Bertrand hubiera pronunciado un simple «disculpa» o «un momento». Echo una meada en una de las macetas de su despacho, porque me urge echar una meada, y porque tal vez con ello consiga atraer su atención. No. Salgo tan campante del despacho a la espera de atraer su atención. Tampoco.

Abajo el barman está dando voces a dos mamarrachos.

—Claro que al mono tengo que darle de comer, pero el mono cumple su cometido.

—También nosotros lo cumplíamos —replica uno de los mamarrachos.

—La semana pasada nos vinieron quince clientes —dice a voces el barman—. Quince. Y diez de ellos eran amigos míos.

—No puedes despedirnos —replica el otro mamarracho—. No nos has pagado, así que no puedes despedirnos.

—Tienes razón. No os voy a despedir. Lo que haré será poner vuestro talento de pinchadiscos a disposición de otro.

—El mono no puede hacer ese trabajo.

—Es cierto que le llevó dos horas aprender a usar las pletinas, pero estoy dispuesto a formarlo...

El mono bosteza. Abre un grueso volumen encuadernado en piel con aspecto bíblico. Arranca hábilmente una de sus finas hojas y a continuación procede a enrollarla con destreza a modo de canuto junto con la hierba que guarda en una petaca. Lo enciende y exhala una apacible bocanada. Supongo que tampoco la legislación contra el consumo de cannabis atañe a los monos.

Ya he visto bastante. Hago mutis por el foro y, mientras estoy tan a gusto al sol preguntándome dónde podrían servirme ese lujazo de bocadillo que no pienso pagar, los dos mamarrachos salen del local como dos furias e intentan dar un portazo, pero en vano ya que la puerta funciona con uno de esos mecanismos de cierre automático ralentizado. Se abalanzan hacia mí. Siento miedo. ¿Voy a ser víctima de un atraco?

—Nos ha despedido —me dice uno.

¿Creerá que me conoce? Es el precio que hay que pagar por tener una cara vulgar. Los dos visten con sendas camisetas blancas con estampado de uvas. Mi interlocutor lleva las patillas larguísimas: una teñida de morado, la otra de amarillo.

—Nos ha sustituido por un mono —dice el otro—. Un mono que se llama *Fetidus*.

Si a mí me hubieran despedido y reemplazado por un mono, máxime llamándose *Fetidus* el mono en cuestión, dudo de que fuera por ahí publicándolo a los cuatro vientos.

—La cosa no son las *strippers*. Por las *strippers* no viene nadie. Vienen por la música. Sin la música, compadre, las *strippers* no son nadie. ¿Qué sabe un mono de música?

—Ya —digo comprensivo, procurando cargar la palabra con todo aquello que desean oír. Los mamarrachos tienen veinte años, están cuadrados y los tengo encima, así como obstruyéndome el paso. ¿Será éste el preámbulo del clásico atraco con paliza al canto?

—Tú eres el diler de Bertrand, ¿no?

—No —respondo, sorprendido yo mismo de lo tajante que ha sonado. Negativa, indignación, sorpresa y una pizca de chulería: todo en una.

—Lo sabía —dice el otro—. Sabía que lo eras.

—Estás bien conectado, ¿no?

—No.

—Venga ya, socio. ¿Para qué cartel trabajas?

—No trabajo para nadie.

—Nosotros queremos trabajar con gente seria.

—Queremos trabajar con gente seria, no con monos —afirma el otro.

El de las patillas tecnicolor mete la mano en el bolsillo. Me alarmo un instante, pero con esos pantalones tan ceñidos es imposible que oculte un arma.

—Me llamo Gamay —dice—. Y éste es Muscat. —Me tiende una tarjeta arrugada con la inscripción: DJ GAMAY & DJ MUSCAT: DIOSES DEL RITMO.

—Hola —dice el otro, tendiéndome otra tarjeta con idéntica maquetación en la que leo: DJ MUSCAT & DJ GAMAY: DIOSES DEL RITMO.

He tardado un rato, pero por fin me percató de hasta dónde llega su estulticia. En parte es juventud, pero sobre todo estulticia. Claro que nunca he considerado que pinchar discos fuera un trabajo. ¿Qué aptitudes o iniciativa requiere ser diyéi? Compras un disco, actividad para la que en la mayor parte del planeta sólo se precisa un desplazamiento de a lo sumo unos kilómetros o la inversión de una hora, y pinchas el disco. Indiscutiblemente, exige cierta habilidad técnica: hay que conectar la pletina a la corriente; pero francamente, ahí tenemos a *Fetidus*: para muestra, un botón.

—Danos una oportunidad —dice Gamay.

—Chicos, yo trabajo en una iglesia.

—Danos una oportunidad —dice Muscat, poniéndose de rodillas—. Estamos a tu disposición cuando quieras. Tenemos que pegar fuerte. Que se nos oiga en todo el

país.

—Gracias. Cuando necesite un pincha, seréis a los primeros que llame — respondo. Arranco y me voy. De pronto me asalta la preocupación por lo de Bertrand. ¿Y si mi desplante tiene repercusiones graves? ¿Habrá un baño de sangre?

Llego a casa de Sixto sudando por la decisión que he tomado. No sé nada sobre la práctica de esta profesión. Todo Miami está en manos de Sixto. Su misma casa es una operación de blanqueo de dinero encargada por la organización. Compras un edificio en ruinas, gastas una fortuna en reformarlo, lo vendes por una fortuna mayor si cabe, desgravas por obras de restauración: todo legal. Sixto alquila habitaciones para ganarse un dinero extra. Pero sólo por haberle salvado la vida no significa que vaya a darme manga ancha para hacer lo que quiera; no obstante, cuando le cuento lo ocurrido (omitiendo la maceta), Sixto dice:

—Bertrand saca de quicio a cualquiera. Podemos pasar sin él. Deberías haberlo plantado enseguida.



No cabe duda de que la invitación del hierofante a que lo acompañe es una señal de aprobación, el reconocimiento del inicio de un aprendizaje. El hierofante Graves se pone al volante y nos dirigimos a Opa-Locka para visitar a una familia que no es miembro de su parroquia; son antiguos vecinos de unos antiguos vecinos, necesitados de consuelo en tiempos de tribulación. Observo el rosario que el hierofante se ha hecho colocar en el salpicadero para poder echar unas plegarias durante los atascos. Es lo que tiene la religión, que requiere de mucho rezo, la verdad. Las religiones son muy distintas entre sí, pero no se me ocurre ninguna que no promulgue la oración. Ora oro, ora también.

Estoy admirado con los redaños del hierofante. Es caballo perdedor. Sí, también yo, lo admito, pero él ha tardado treinta años en levantar una iglesia con veinte feligreses de promedio; no es ningún lince, y tampoco le veo posibilidades de mejora.

Habla del fin del mundo y de los culos de las monjas. Pertenece a esa generación para la cual el humor se encuentra en las monjas y las hijas de campesinos. Pero llega un momento en que toca dejar a un lado el apocalipsis y los traseros monjiles, apearse del coche y lidiar con una niña moribunda.

Hemos venido aquí para enfrentarnos al problema supremo. La atemperación de lo verdaderamente injustificable. Estoy seguro de que el sargento de este antiguo *marine* se sentiría orgulloso viendo cómo el hierofante asalta las playas del dolor, embistiendo directo hacia el frente más duro.

Los Lockett son una pareja joven. Balvin es un jugador de jai-alai en paro y su mujer, Nina, quiere dejar su empleo como inspectora de sanidad para cuidar de su hija de tres años, Esther, que padece leucemia y a quien, según nos dicen, le quedan

unos meses de vida.

Obviamente, no hay nada que ni él ni yo podamos hacer para reparar tamaña injusticia, pero el hierofante es un artista. Oyendo su plática, siento crecer en mí la confianza y el optimismo. Solemos prestar más oído a lo que deseamos oír, y tranquiliza bastante oír decir a alguien una y otra vez, con convicción, que la cosa tal vez tenga remedio.

El problema de convertirse en un descreído y un sinvergüenza es que nunca se alcanza una completa transformación. A mí no me gustan los niños. No me gustan porque hacen ruido y huelen mal; tienes que pasarte el día venga a meterles y sacarles comida del cuerpo, pero se supone que te han de conquistar el corazón.

El problema es que Esther me cautiva al instante. Está sentada tan tranquilita ella sola, jugando con unas extrañas fichas sobre un tablero, radiante de salud y felicidad a simple vista. ¿Por qué todos empezamos la carrera provistos de tan sincera alegría? Irradia tal luz que incluso a mí me insufla energía por un momento, antes de que el conocimiento de su enfermedad me defoliese. Creo que daría mi vida por ella si pudiera (o al menos eso es lo que siento, ¿quién sabe? Seguramente me rajaría en el último momento, de poder en realidad gestionarse tal cosa), más que nada porque tampoco me queda mucha vida por delante, y porque la chiquilla es inteligente y buena y no lo echará todo a perder como el hierofante o yo.

Nos marchamos. Estoy abatido por lo extraordinariamente dura que es la vida, y el hierofante crece de manera considerable en mi opinión. Es fácil hablar de benevolencia cuando luce el sol y tenemos los bolsillos llenos, pero no tanto cuando uno se halla inmerso en pleno suplicio. Tal vez el hierofante haya aportado su granito de arena, y si no, al menos lo ha intentado. Hasta los farsantes cumplen una función.

En el camino de vuelta, me propone hacer unas compras. Paramos en un Publix. A la hora de hacer la compra es importante observar virtud en todo momento, nunca se sabe quién puede venir a husmear en tu carrito. El hierofante está haciendo la compra de la semana y lleva el carro cargado de costillas de cerdo, mientras que yo en mi cesta no llevo más que una barra de pan y una papaya de oferta. Como en todo, si haces de la frugalidad un hábito tampoco cuesta tanto, y así disfrutas más cuando tiras la casa por la ventana.

Al ponernos a la cola en la caja, me fijo en unos Krishna, cuatro pasillos más adelante. En cuadrilla de cuatro. No creo haber visto nunca a uno de sus adeptos en solitario. Será que necesitan a un individuo que sepa llegar al supermercado, otro que sepa volver del supermercado, otro para llevar el carrito y otro para pagar a la cajera.

—No mires —susurra el hierofante—. Actúa con naturalidad.

Mientras la cajera procesa nuestros artículos me pregunto qué conllevará en mi caso esa naturalidad. ¿Actúo como un vendedor de lámparas en paro? ¿O como un vendedor de lámparas en paro haciéndose pasar por Dios?

Una vez fuera, cargamos las compras en el maletero, pero en lugar de arrancar e irnos, el hierofante embadurna la matrícula con un poco de tierra, me instala al volante y vigila la salida. Revuelve en la guantera y extrae de su interior una gorra del equipo de baloncesto Miami Heat y unas gafas con las que al instante se pertrecha; sigue hurgando otro poco, encuentra otras para mí y saca una pistola.

—Tyndale, no veo ninguna cámara aquí fuera, ¿has visto tú alguna? —Miro alrededor. Si nos están filmando, lo que es yo no lo veo—. Arranca y sigue mis instrucciones al pie de la letra —ordena con tono inquietante.

Salen los Haré Krishna y cargan la ranchera. El hierofante monta la pistola y me dice:

—La Colt veintidós es el arma más correcta para un hombre virtuoso.

Estoy cagado de miedo. Ya me he expuesto a cumplir décadas de condena en algún penal de máxima seguridad y si acabo entre rejas prefiero que sea por mi culpa y no por la de otro. Seguimos de cerca a los Krishna y de pronto el hierofante se asoma por la ventanilla y descarga tres balazos contra la carrocería del vehículo, balazos que, supongo, pretenden hacer añicos los parabrisas trasero y delantero, es decir, aterrorizar más que herir. Salimos a toda mecha en dirección contraria.

—No puedo evitarlo —dice el hierofante—. Es como en el colegio, ¿sabes el típico compañero contra el que siempre cargan todos y que te infunde lástima? Pues luego está ese otro compañero contra el que siempre cargan todos y con el que tú estás desando liarte a palos también.

Por lo que a mí respecta (mientras no me metan preso), como si carga contra ellos con una motosierra, que yo le sigo la corriente al hierofante, porque últimamente todo me da poco más o menos lo mismo y porque llevo clavada en la memoria la vez que me sablearon en un restaurante krishna por una infame ensalada de zanahoria.

—Aquí este pobre pecador opina que el hierofante tiene razón.



De regreso en la iglesia, preparamos unos bocatas de pavo. Vamos a repartir papeo entre los necesitados.

—Mejor no llegar demasiado pronto —explica el hierofante—. Héctor atiende a la gente a las seis y doce minutos.

Llegamos al punto de concentración de los sin techo, por detrás del Omni, a eso de las seis y veinte. Veo a dos tipos zampándose unas empanadas mayúsculas, cuyo irresistible olor a carne se huele incluso a distancia. Un puñado de individuos con el carrito de rigor los contemplan con ojos ávidos.

—¿Dónde se ha metido el tal Héctor? —pregunto.

—Vino a las seis y doce minutos —contesta el hierofante—. Héctor es capaz de alimentar hasta un millar de bocas, si llegan a esa hora en punto. Aquí te pueden dar

prácticamente de todo. Una vez incluso llegó a repartir caviar y tostadas recién hechas con mantequilla. Pero pobre del que llegue a las seis y dieciséis.

Hay quienes dicen que aborrece estos repartos de comida, y otros, que detesta a los impuntuales.

Héctor se pasó dos semanas en alta mar a bordo de una balsa a la deriva que había salido de Cuba. Cuando estaba ya al borde de la muerte, selló un pacto con los dioses de la santería: salvadme y dedicaré el resto de mis días a dar de comer a diario a todo el que lo necesite. Un barco pesquero lo recogió a las seis y doce minutos de la tarde, a menos de un minuto de que hubiera sellado aquel pacto.

—Héctor fue fiel a su promesa —dice el hierofante—. Pero es que con los dioses de la santería no se puede uno andar con tonterías. Yo les tengo respeto y ni siquiera creo en ellos. De ahí que Héctor ejerza la dadivosidad a diario, claro que hay quienes dicen que será dadivoso a diario, pero nunca prometió el tiempo exacto que debía dedicar diariamente a la dadivosidad.

Llevo ya algo más de un mes con el hierofante y debo admitir que no entiendo exactamente de qué va su iglesia, o mejor dicho, que no veo en qué se diferencia de otros cultos corrientes, a excepción de que es el suyo particular. Ha mandado imprimir un nuevo folleto con la atractiva leyenda: EL PARAÍSO A TU ALCANCE: ¿A QUÉ ESPERAS? Le propuse que repartiéramos unos folletos junto con la comida, pero el hierofante se negó.

—Eso sería hacer trampa. Si quieren más información, ya saben dónde encontrarme.

Los bocatas de pavo tienen muy buena aceptación. En Miami basta fijarse en quién va vestido de invierno para detectar a vagabundos y chalados; a los tipos les encanta cargarse de capas (y casi todos son hombres; otro punto más a favor de las mujeres). Hay algunos ancianos que necesitan comer desesperadamente, y jóvenes bisoños en esto de la indigencia que se lo toman con más relajo; pero es agradable hacer algo por el prójimo.

—Bonitos zapatos —me dice un tipo con cara de panoli.

Mis zapatos no tienen nada de particular, pero uno olvida que puede hundirse hasta tal punto en la miseria que cualquier zapato que no esté destrozado le resulte bonito.

Un negro muy alto se me acerca. De inmediato lo bautizo como el Profeta. Lleva un tocado en la cabeza y un magnífico bastón, hecho de una madera oscura y nudosa. Sus prendas están rajadas de manera tan uniforme que se diría han pasado por un rallador. Unas gafas y, su especial distintivo, una máscara de gas, le ocultan el rostro. Dudo de que la intención de la máscara sea protegerle de su propio hedor, que me asalta en toda la cara, pues una de las grandes bondades de la existencia es habernos hecho inmunes a nuestro propio tufo. Más bien diría que el artilugio es lo que podría

calificarse de salida por peteneras; cuando estás sin trabajo, sin dinero, sin casa y no dispones más que de un remedo de ropa, la contaminación debería ser la menor de tus angustias.

El Profeta, no obstante, tiene un porte tan erguido que me obliga a enderezar la espalda. A medida que pasan los años se nos va cargando la chepa. Le tiendo un bocata de pavo. Lo mira de hito en hito, perplejo, como si acabara de regalarle un conejito de cuerda.

Es un simple bocata de pavo —pavo, lechuga, tomate y mantequilla—, pero sabe bastante bien, aunque esté feo que yo lo diga. Un individuo blanco con peinado afro y gabardina negra (aunque sin nada debajo) me pregunta qué es.

—Pavo —respondo.

—Yo quiero jamón —replica.

Me pregunto si Jesucristo se toparía con ese problema el día de los panes y los peces, si los del fondo le salieron con que querían queso o chuletas.

Parte de mí arde en deseos de decirle, al estilo de mi otrora jefe, el señor Ansari: «Como no cojas ese pavo te mato». Pero no puedo hacer eso. Le doy otro bocata de pavo, pero tan bien envuelto que el pavo no se ve.

—Tome —digo.

Se aleja sin desenvolverlo. Al prójimo se le ha de decir lo que quiere oír. El efecto tal vez no dure mucho, pero surte efecto.

Sólo uno de los mendicantes expresa agradecimiento.

—Estupendo el bocata —dice. Es un chico joven, sin pinta de vagabundo, más bien de estudiante que ha trasnochado.

—Eh, Fash —lo llama a voces el admirador de zapatos—, venga, vamos.

Me llevo una sorpresa al ver al Desaprensivo viniendo hacia nosotros, y él se sorprende un poco al verme a mí.

—No ha venido —le dice el hierofante a Dave.

Como imaginaba, el Desaprensivo es de esas personas que conocen a todo el mundo.

Sus señales posturales revelan que no desea sacar a relucir el motivo que lo trae hasta aquí. Así que no lo saco.

—¿Qué tal?

—Bien. ¿Todo bien?

—Sí —contesto. El hierofante se ha retirado tranquilamente a repartir los últimos bocadillos—. Una cosa quería preguntarte: ¿sabes de algún médico corrupto? —Estoy convencido de que tendrá un par en nómina.

—No —dice. Y no dice más. Me da que esa respuesta ha sido demasiado rápida. Esperaba que me dijera algo así como «A ver, déjame que piense...» o «Puede que...».

—¿No conoces a ningún médico corrupto? —Hasta cierto punto, uno suena imbécil repitiendo la misma pregunta, una vez se nos ha respondido de manera inequívoca, pero tengo comprobado que de vez en cuando repetir la pregunta tres o cuatro veces te acerca más a la respuesta que pretendías.

—No —responde el Desaprensivo, torpedeando mi primer intento de milagro—. A ver si quedamos para tomar una copa.



El desarrollo de la deificación ha de ser mi prioridad absoluta en este momento. Me he creado una imagen de persona misteriosa, circunspecta, que no bebe, no fuma, no usa armas, ni va detrás de las mujeres o los muchachos; que apenas come (en circunstancias con elevada presencia de testigos). Un individuo sereno, paciente, dispuesto a limpiar ventanas y repartir folletos. Alguien que atiende modélicamente en la iglesia. Un dechado de virtudes.

El culto de nivel divino se alcanza obrando milagros. Con unos cuantos milagros discretos, sin demasiado bombo y platillo, me bastará para empezar.

Curar al enfermo es un clásico. Curar a Esther sería estupendo, si no fuera porque me es imposible, y además, que servidor no quisiera infundir falsas esperanzas a esos padres. De hecho, curar a los enfermos es tarea bastante complicada. Uno ve a tullidos saltando de sus sillas de ruedas o cancerosos que alardean de sus remisiones, y se pregunta: qué tal si alguien me colara entre el gentío en silla de ruedas y yo me levantara de pronto; hay enfermos auténticos que se curan por sí solos, es algo muy habitual, mal que les pese a los médicos (aunque, por lo visto, no ocurre entre los aquejados de embarazosas y pertinaces dolencias como la mía).

Pero la curación de enfermos entusiasma a las masas.

El modo más sencillo de sanar una enfermedad es sanar una enfermedad inexistente. Lo que yo necesito es un sujeto sufriente, no el típico farsante que pudiera típicamente fallarme en el último momento, sino un probo ciudadano, alguien convencido de que su tumor es real, que luego quede encantado con su curación.

Persuadir a alguien de que padece una enfermedad terminal es un acto cruel e imperdonable en buena parte, salvo si el persuadido en potencia es banquero o abogado. Lo que yo necesito es un médico de moral relajada que, cuando el incauto banquero o paciente al que detesta se le presente con un catarro o una urticaria, convenza al susodicho (porque tendrá que ser un hombre; nada de mujeres ni niños) de que se haga unas pruebas. Las pruebas se amañan para que den fatales resultados, y se repiten una vez más, con resultados igualmente funestos. En ese momento entra en escena un circunspecto y misterioso personaje que el médico de marras recomienda a su paciente como consejero espiritual. *Voilà!* Tengo que llamar de nuevo al Desaprensivo para hablar de sus contactos médicos.

Bajo y me encuentro a dos atractivas jovencitas fregando los suelos. Van vestidas con sendos minibikinis, sin nada por arriba. Es el escenario con el que sueñas a los dieciséis años pero del que a los cuarenta ya has desistido, porque sabes que nunca se hará realidad, y aun cuando se hiciera, no serías capaz de hacer gran cosa al respecto.

—¿Tú eres el virtuoso? —pregunta una.

La cosa funciona. Me siento muy ufano con mi irradiación, pero la estoy fastidiando con el embobamiento ante esos pechos. Aun así, las muchachitas parecen inmunes a la vergüenza.

—Sixto nos habló de ti —dice la otra. Dado el cometido que desempeño para Sixto, barrunto que mi casero se está riendo a mis expensas—. ¿De verdad duermes sobre una puerta? Yo soy Trixi, y ésta es Patti.

A fin de preservar mi virtuosa imagen, me retiro a mis aposentos. Más tarde, cuando oigo que se marchan, bajo a la cocina de nuevo para prepararme un tentempié.

—Sixto, acabo de conocer a tus chicas de la limpieza —le digo al verlo aparecer.

—Ya, estoy encabronado con ese tema.

—¿Por qué?

—Le dije a Patti que viniera a limpiar si quería, pero no que se trajera a una amiga.

Patti, me explica Sixto, es la hermana menor de su novia y llevaba meses acosándolo para que le pasara algo de coca. Sixto juzgó inmoral vender cocaína a la hermana menor de su novia. Como también juzgó inmoral ofrecerle siquiera una raya. Pero como la chica mostró tanta insistencia, accedió a dejar que se la ganara realizando labores del hogar.

—Para inculcarle la ética del trabajo, ¿tú sabes? —Sixto se quedó muy sorprendido cuando vio a Patti aparecer con Trixi. E igualmente sorprendido cuando vio que las dos se quedaban en cueros para no mancharse la ropa—. Yo les dije que se vistieran, compadre. Se lo supliqué, carajo. Pero no, lo único que les preocupaba era ensuciarse la ropa. Y uno no tiene ninguna autoridad ante unas tetas de quince años.

—¿Quince?

Sixto explora el suelo con la mirada.

—¿Por qué le hice el favor? ¿Por qué la ayudé?

Fantaseo con veinte quinceañeras en *topless* peleándose por el derecho a limpiar el horno a cambio de una rayita. La escuela entera presentándose.

Es difícil llevarte una decepción tremenda cuando pasas de los cuarenta, porque en el fondo ya no esperas nada de nadie. Pero sí me asalta esa sensación de haber dado un paso adelante y diez atrás. No se me ocurre modo alguno de que Sixto aplaque la ira de su novia el día que se vea en la tesitura de explicarle que las labores

de fregona de su hermanita, enfarlopada y en porretas (porque así se la imaginará su novia, de nada servirá remachar la atenuante de los tanguitas), fueron en principio una medida disciplinaria. Se nos avecina una de esas condenas de quinientos años en un penal de máxima seguridad. Eso es lo que pasa por hacer favores.

En el coche, de camino a mi cita con el hierofante, paro mientes en que todas estas aventurillas con el polvo blanco podrían menoscabar fatalmente mis planes. Es increíble que aún no hayan venido a detenernos. Es viernes por la tarde. Seguramente estarán esperando a que pase el fin de semana. ¿Qué puedo hacer para evitarlo? Nada.

Me encuentro con el hierofante en la piscina municipal. El hierofante estuvo tres veces en la guerra de Vietnam (el máximo permitido) y cobra una pensión del ejército, luego podría trasladarse a otra zona menos chic de Florida y vivir tan ricamente en su caravana, dedicado a la pesca del pez aguja y demás; sin embargo, el tipo vuelca gran parte de sus ahorros en la iglesia y trabaja unas horas atendiendo la taquilla de la piscina municipal. Su energía es extraordinaria, sobre todo teniendo en cuenta que dudo de que saque ni para comprar el periódico con ello. Está atendiendo a tres rotundas señoras de mediana edad.

—¿De dónde son? —pregunta el hierofante, porque de Miami no pueden ser, naturalmente.

—De Toledo —responde una.

—¿En Toledo rezan mucho?

El hierofante lleva una camiseta con el eslogan TRABAJE MÁS: MILLONES DE PARADOS DEPENDEN DE USTED, y va tocado con una gorra de béisbol. Hay quien lleva gorra de béisbol porque es la moda o el distintivo de algún grupo musical. El hierofante la lleva porque es un tocado práctico y barato.

Se acerca una señora, con un niño en brazos y otros cuatro a la zaga, dos de ellos muy pequeños. Es pobre de necesidad. Tiene que pasarse el día contando el dinero y reajustando su poder adquisitivo.

—Hola —saluda—, ¿hay tarifa familiar?

Huelga decir que no la hay. La señora lleva la miseria pintada en el rostro. Su marido falleció en algún lugar de mierda del extranjero mientras luchaba por ganarse el jornal, sin seguro de vida, dejándole como herencia las arrugas de la viudedad. La familia lleva días en el coche camino de sus vacaciones, para acabar hospedados en casa de alguien que les preste un suelo donde dormir. Por eso se habla tanto en la Biblia de la bondad debida a viudas y huérfanos, porque viven de puta pena. Uno se hace a la idea de lo dura que puede ser la vida, y del poco beneficio que se obtiene con esa constatación, es como pisar un plastón de mierda. Estás deseando quitártelo de encima.

El hierofante los deja pasar por el precio de sólo dos entradas infantiles. Me siento orgulloso de él. No ha hecho ningún mal a nadie con ello. Ha sido un pequeño

guiño a la dignidad.

—Todos tenemos un límite —dice el hierofante—, pero todos nos equivocamos creyendo saber dónde está.

Es curioso que los tipos que más alarde hacen de su bondad para con el prójimo suelen ser los más egoístas. Cuando traté con los enlaces sindicales de mi empresa, todos, prácticamente sin excepción, eran de lo más avaricioso, egoísta y mezquino que uno podía echarse a la cara. Tendríais que ver sus gastos de representación. Ojo con quienes van por ahí pregonando la fraternidad y la justicia. En cambio, de aquellos como el hierofante, que van por la vida predicando que hay que valerse por sí mismo, es hartó probable que encontréis ayuda...



Me despierto al alba y rezo con devoción.

Rezo con devoción por todos. Ni siquiera rezo por mí. Así de pura es mi plegaria. Hace ya tiempo que rezo con devoción, que suplico sin reparos por un mundo mejor, porque este que me ha tocado vivir me horroriza y aún no he percibido cambio alguno. Aunque se me ocurre que es probable que otros muchos antes que yo hayan optado por el camino de la súplica; seguro que si rezar surtiera algún efecto ya lo habríamos notado, ¿no? Por otro lado, el simple hecho de que algo no te funcione a ti no quiere decir que no le funcione a otro. Si yo tuviera que encender una hoguera frotando unos palitos, no llegaría a ninguna parte, y no querrá mi suerte que logre semejante proeza.

El desayuno me endereza el espinazo. Cuánta seguridad aporta un donut, cuánto carácter imprime un café. Es hora de obrar milagros. Hora de irradiar luz.

He de sembrar la sospecha de mi supremacía en el magín del hierofante. El principal testigo de mi divinidad habrá de ser él, así que tendré que asombrarle con mis conocimientos, así que tendré que recabar eso, conocimientos.

Me hago con un ordenador en el cibercafé Kafka's y busco a ver si encuentro información jugosa en la red. Encuentro de inmediato una entrevista que una tal Virginia Hawthorn, la misma periodista que se hallaba presente en la charla del Lama, le hizo al hierofante. Evidentemente, la mujer está muy puesta en religiones. Tomo nota para trabajármela.

Luego me acerco con el coche a la Iglesia del Cristo Fuertemente Armado y paso la escoba, aunque como ya la pasé ayer, no hay nada que barrer. Dejo un bolígrafo azul tremendamente fálico en lo alto de una estantería del despacho del hierofante, con la intención de que me procure la susodicha información jugosa.

Al día siguiente, llego temprano para filtrar el correo, por si hay información jugosa de primera mano. Por desgracia, no encuentro ninguna carta que anuncie al hierofante la llegada de un pariente o amigo olvidado. Ni noticia de que haya

heredado una gran fortuna. Ninguna información potable siquiera. Sólo facturas y propaganda de herramientas de jardinería, y dado que he abierto los sobres de cualquier manera, me veo obligado a deshacerme de todo el correo para que no se note que he estado fisgoneando.

A continuación conecto el bolígrafo-micrófono azul, con capacidad de grabación de ocho horas. El problema de grabar ocho horas de conversaciones es tener que escucharlas luego. Me encuentro la misma basura que en su correo.

Descubro que el hierofante suspira mucho en la intimidad. Cada dos por tres suelta un hondo «aaay». Se oye rumor de papeles. Suspira otro poco. Infunde seguridad descubrir que los que están seguros de sí mismos no están tan seguros de sí mismos, pero los suspiros no tardan en resultar exasperantes. También se le oye rascarse mucho, aunque no logro identificar en qué parte del cuerpo aplica las uñas.

Por fin, una conversación. El hierofante le cuenta a un interlocutor no identificado que esa mañana ha comprado un reloj. Entró en una tienda, preguntó por el precio del modelo que deseaba y luego entró en otra tienda donde lo vendían cien dólares más caro. El hierofante regresó al primer establecimiento y adquirió el reloj en cuestión.

No es una anécdota fascinante, y tampoco el hierofante la cuenta con gracia. Ni se la cuenta con gracia a su interlocutor «Mitchell» ni a su interlocutora «Ellen». La adorna diciendo que se indignó con el dependiente de la segunda joyería porque en la primera se lo vendían cien dólares más barato, y que manifestó su asombro ante el dependiente de la primera joyería porque en la segunda lo vendían cien dólares más caro (eso resumiendo).

Es injusto mofarse de las conversaciones escuchadas de extranjs, pero dudo de que pueda seguir pinchándole el teléfono al hierofante, y no por el malestar ético que ello pudiera conllevar, sino por lo aburrido de la tarea. Llevo cuatro horas y media fisgoneando en su intimidad y ya estoy agotado.



—¿Ves este reloj? —me dice el hierofante al día siguiente, y luego me cuenta que en la tienda donde lo compró costaba cien dólares más barato que en cualquier otra parte.

Resisto el impulso de corregirle diciendo que sólo entró en una tienda más. Quién sabe, si hubiera probado en otras, tal vez se lo hubieran vendido por ciento veinte dólares menos, aunque lo dudo, porque en realidad el mercado controla los precios abusivos.

Pero eso no lo sabes. No sabes si se venderá más barato en otro establecimiento. No sabes si habrá otro establecimiento. La pereza siempre acaba imponiéndose. Tarde o temprano. ¿Cuántas vueltas hay que dar, en cuántos establecimientos hay que entrar a preguntar?

Si dedicarais una semana entera a preguntar en cuarenta relojerías y consiguierais ahorraros cien dólares, o incluso ciento veinte, ¿habría merecido la pena el esfuerzo? Quién sabe. Eso es lo terrible de la cuestión: entras en un establecimiento y el reloj se vende a un precio x, y en otro establecimiento lo venden a un precio y. Es una conjura. Y a esa conjura la denominamos vida.

—Tyndale, es hora de que el hierofante arregle este ventilador.

El hierofante necesita que yo le sujete una escalera desvencijada, mientras él sube a arreglar uno de los ventiladores. La iglesia no dispone de aire acondicionado (demasiado caro y molesto), sino de cinco ventiladores de hélice (baratos pero más molestos). Mientras le estoy sujetando la escalera y el hierofante prorrumpe en irreverencias que no tienen a Dios por objeto, me asalta una intensa sensación de futilidad al reparar en que me encuentro sujetando una escalera desvencijada en un chamizo de una depauperada zona de Miami mientras que un ex *marine* loco de atar hurga en un ventilador tan obsoleto que debería estar expuesto en un museo.

He aquí mi trabajo: sujetar escaleras desvencijadas. Un trabajo por el que no me pagan. Mi desesperación es tal que apenas si me tengo en pie.

Procuro entretenerme fantaseando con asesinatos, pero no sirve de nada. Soy plenamente consciente de que imaginarse matando es propio de vencidos, y que esos revolcones violentos con los que sueño nunca se harán realidad. No sólo nunca moleré a palos a Loader con la barra de hierro de marras, sino que es harto probable que ni siquiera le tosa. Nunca lograré verlo doblegado, sometido. Las ocasiones de revancha no se presentan así como así. Pienso en la de gente que me ha puteado en la vida y en que ni una sola vez he tenido la oportunidad de desquitarme; nunca se han cruzado por delante de mi coche en una noche oscura y lluviosa, pobre en testigos.

Por otro lado, si bien nunca he logrado ajustar las cuentas a mis malhechores, tampoco he hecho cuentas con mis bienhechores. Cierto que esta última categoría es tristemente ínfima —familia aparte—, de hecho con las palmas de ambas manos bastaría para contarlos. A Bamford, por ejemplo, un hombre que me sacó del hoyo, que me salvó, lo único que supe decirle fue «gracias». Poca cosa es un sonido.

Vamos nadeando por la vida, sin poder real para llegar a quienes queremos. Heme aquí en Miami, sujetando una escalera desvencijada aquejado de una embarazosa y pertinaz dolencia, con un pasado insignificante a mis espaldas.

He llegado a esta ciudad sin equipaje, sin ayudas ni impedimentos. Como si hubiera vuelto a nacer, tanto da que haya partido de la meta habiéndome dedicado en una vida anterior a dar de comer a los gatos de la calle y a hacer recados para los ancianitos, como a freír gatitos en el microondas y estrangular a viejos. Nuestra cuenta bancaria moral es una moneda sin ningún poder adquisitivo.

—¿Cómo fue lo de Vietnam? —pregunto al hierofante, por darle conversación.

—Mucho calor —responde. Aguardo a que se explaye, pero en vano.

—¿Estuviste en la selva?

—Sí.

Sigo a la espera. Tras otros dos minutos viendo cómo manipula el ventilador, hago un nuevo intento:

—Bueno, pero ¿cómo fue?

—Se me pudrió la correa del reloj. Allí se te pudre todo. El uniforme. El escroto. Todo.

Más silencio. Finalmente, el ventilador se enciende de golpe.

El hierofante guarda sus herramientas.

—¿Quieres saber qué fue lo más asombroso que vi durante mi estancia en ‘Nam?

—¿Qué?

—Había bares y burdeles a montones. A montones. Pero en uno de los bares tenían un letrero fuera que anunciaba: ENANOS GIGANTES. No llegué a entrar. Pero yo me pregunto, Tyndale, si de verdad eran enanos gigantes, ¿en qué se notaba?

Recupero mi bolígrafo y dejo al hierofante. En el coche, de pronto me entra hambre. Debería ser virtuoso y olvidarme de la comida, pero me siento tan abatido que decido colgar los hábitos por un día. Discurro sobre dónde debería ir a comer.

Hay un cuchitril grasiento en la manzana siguiente que me ha llamado la atención, un tugurio atendido por un tipo grasiento y sudoroso rodeado por trozos de cartulina grasientos donde han garabateado la carta, un tugurio donde nunca me he aventurado a entrar porque todo en él invita a no hacerlo. Pero tengo tanta hambre que no puedo seguir dando vueltas, así que me voy para allá y pido un bocata de pollo.

En cuanto hincó el diente en el barato bocata, me doy cuenta de lo equivocado que estaba. Es un bocata inmejorable: con su rico pollito, su rebozado perfecto, su panecillo crujiente y su fresca hoja de lechuga. Un sencillito pero insuperable bocadillo de pollo frito, preparado con el debido respeto que un bocata de pollo merece. Claro testimonio de la calidad de los ingredientes y de la capacidad humana para crear cosas apetitosas.

En todo trabajo, lo más fácil es cubrir el expediente, y en todo trabajo es raro que poner todo tu esmero te conduzca a nada. El pan podía haber estado seco, el pollo correoso o aceitoso, pero no. El hombre se levanta temprano por la mañana para cumplir con su trabajo como es debido y es poco probable que por ello le saque delantera a la peña del pollo correoso. Al final acabará enfermado, envejeciendo o quemándose, y no quedará memoria de ese triunfo casero suyo ni se le hará ningún monumento. Desde aquí mi homenaje al valor, al incólume coraje de este singular vendedor de bocatas de pollo.

—Estupendo bocata —le digo.

El hombre encoge los hombros y pasa la bayeta por la barra.

Este imprevisto ataque de calidad restablece mi fe en la vida. Parte de mi dicha se debe a que voy con ventaja. A cambio de una pequeña cantidad de dinero, el dueño de ese tugurio me ha dado felicidad.

A medida que te haces mayor comprendes que las emociones son como el tiempo: la desesperación, la ira, el odio hacia uno mismo, el placer, todas ellas pasan (si bien dejando daños tras de sí). Saberlo no sirve de gran cosa, como tampoco el día que llueve y hace frío sirve de nada saber que el frío y la lluvia no van a durar eternamente.

Vergüenza me da. Sujeto una escalera desvencijada: asco de vida. Me como un fantástico bocata de pollo: viva la vida.

Ojalá pudiera controlar mis estados de ánimo, desdeñar bocatas de pollo, repeler escaleras desvencijadas, pero no puedo. Tal vez en eso consista la virtud. En sacar partido del pollo frito sin el pollo frito. Pero si se pudiera sacar partido del pollo frito sin el pollo frito, ¿de qué sirve el pollo frito y de qué renunciar a él?

Pido otros dos bocadillos para llevar, aun sabiendo que no causarán la sensación del anterior.



El alba derriba de una patada la puerta de mi inconsciencia y rezo con fervor. Rezo con fervor por el prójimo antes de levantarme, y luego, gradualmente, el egoísmo se va imponiendo.

¿Qué tal voy? Ésa es la pregunta, pero ¿y la respuesta? ¿Qué tal voy? Eso me gustaría a mí saber. Puede que le esté sujetando una escalera desvencijada a un ex *marine* excéntrico, de balde, pero puede que, dada la suerte que me ha tocado en gracia, no me quepa hacer otra cosa. Puede que no sea un fracasado; tal vez muchos me consideren como tal, pero por otra parte, he salido victorioso de infinidad de adversidades.

Nunca se sabe. No estaría de más disponer de línea directa con el Supremo para poder preguntarle: «¿Qué tal voy?». Pero si la tuvierais, ¿llamaríais? ¿Y si la respuesta no fuera la que esperabais?

Sólo he cometido dos errores en mi vida: exceso o falta. Exceso de determinación o falta de determinación. Exceso de confianza o falta de confianza. O, si queréis, sólo he cometido un error en la vida: no dar con la justa medida.

La victoria, como bien solía repetir Bamford, no se alcanzaba saltando alegremente la línea de meta, con la competencia rezagada a lo lejos. La victoria, decía Bamford, normalmente conllevaba arrastrarse a cuatro patas, maldiciendo y babeando, con los enemigos royéndote los tobillos. De ser así, tal vez vaya camino de la victoria, porque a rastras voy sin duda.

Decido acercarme temprano a la iglesia para echar un vistazo al bolígrafo.

Al ir a coger el coche me encuentro un perro cagando. Un corgi viejo y sin pedigrí. El chucho gruñe con vehemencia. ¿Por qué los perritos achacosos andarán siempre buscando pelea? Localizo a su dueño, tan pancho a unos metros de distancia, fumándose un cigarrillo con aire ausente; el típico flojo que no pasea a su perro por vagancia, que se contenta con soltarle la correa y dejarlo cagar donde le venga en gana.

Por alguna extraña razón cometo el error de reaccionar con mesura. Quizá porque presupongo que el dueño del chucho es vecino del barrio, y uno desea mantener la cordialidad en el vecindario. Quizás esto de la virtud me esté afectando.

—Mejor que llevara el perro de la correa. —Sonrío. La sonrisa que no falte.

—A usted qué le importa lo que yo haga con mi perro —responde.

Capto el patrón a la primera: ególatra petulante. Colocado de ego. Burócrata. Sin dotes suficientes para trabajar en la banca o la empresa, pero tranquilamente arrellanado en algún cargo donde no cuentan objetivos, pero con sus buenas vacaciones pagadas y un sueldo decente: terapeuta especializado en drogodependencias o monitor de derechos humanos, algo que le permita alegar que no forma parte del sistema, mientras chupa cómodamente de él.

El típico que se apunta a clases de likembé congoleño para hacer gala de su gran apertura a otras culturas (por lo general menos prósperas). Ese que te suelta el rollo sobre el medio ambiente, la iniquidad de gobiernos y multinacionales, las fábricas de Asia donde se explota a los trabajadores y la lucha contra la malaria, mientras él se fuma su cigarrillo y deja que su perro ensucie el portal del prójimo con un mastodónico zurullo helicoidal. Asombroso, la rapidez con que se llega a odiar.

El chucho, demasiado gordo y achacoso para dar saltos, hace un amago de trepar por mi pierna y me ladra con todo el frenesí del que es capaz.

—¿Qué te pasa? —le dice su dueño con tono cantarín y divertido, como quien se dirige a un niño.

Es un rasgo que, según he observado, comparten todos los que tienen perro, que nunca piden disculpas.

—Si...

Estoy a punto de sacar a colación el zurullo, cuando el perro me hinca los colmillos. Un mordisquito de nada, pero duele. Miro furibundo al del cigarro esperando disculpas. Espero. Da una calada.

—Su perro me ha mordido.

—¡Qué va!

Vamos a ver, el tipo podría haberlo negado falazmente, como diciendo «declino toda responsabilidad en lo ocurrido», no fuera que en las proximidades tuviera yo a dos abogados agazapados tras un arbusto, pero no. Aunque el perro me ha mordido delante de sus narices, a plena luz del día, él sinceramente no se lo cree. Le indigna

que se vilipendie de esa manera a su perro.

Estoy tan alterado que no acierto a pegarle como es debido y le asesto un puñetazo en la cara, craso error, porque así lo único que consigues es lastimarte el puño. Supongo que la emprendo con la cara por ser sede de la boca. Mis nudillos sienten la quemazón de la ceniza caliente. Encima de que el perro se cisca en mi portal, me ataca, y su dueño para más inri me llama embustero, tendría delito que me marchara como si tal cosa.

Pero lo curioso es lo siguiente: al ver cómo mi puño se le venía encima, el semblante del tipo ha reflejado una expresión de sorpresa. También es curioso que en un segundo pueda uno plantearse tantas cosas: aun en pleno ataque de rabia, esa parte de mí, la que corresponde al individuo criado en una gran urbe, ha decidido que podía atizarle sin peligro.

Lo dejo sentado del puñetazo y, una vez descargada la agresividad, el chucho se aparta prudencialmente con el rabo entre las patas.

Me siento al volante y me dirijo a la iglesia, pero mi furia es tal que me salto un semáforo en rojo y estoy a punto de saltarme otro. Estoy furioso por tener que compartir planeta con imbéciles como ése. Estoy furioso porque haga lo que haga no me siento satisfecho. Si no le hubiera pegado, estaría furioso conmigo mismo por no haberle pegado, pero a la vez estoy furioso por haberle pegado.

Haberle pegado hace que me sienta sólo un poco menos furioso que de no haberle pegado, pero lo que me revuelve las tripas de mala manera es imaginarme al del cigarrillo recabando muestras de adhesión por doquier con el cuento de que estaba paseando tan tranquilo a su perro cuando un demente se le ha echado encima y en qué mundo vivimos que ya ni siquiera puedes sacar de paseo al perro sin jugarte la vida. Me sulfuro tanto sólo de pensarlo que me entran ganas de darme la vuelta y asestarle otro puñetazo.

Lleno de rabia, intento escuchar el bolígrafo. Esta vez ha captado algo interesante. Oigo al hierofante decir que quiere subir a Rhode Island y, seguidamente, una extraña conversación en la que se habla de invertir en cobias, cierto pez abisal que al parecer se cría muy bien en piscifactorías, al que le va la cautividad, que lo alimenten regularmente y el agua templada de los acuarios. Discurro sobre cómo dejar caer ese dato en la conversación, a la manera del dios que todo lo sabe, cuando el hierofante se deja caer en su despacho.

—Buenos días, es posible que me vaya a Rhode Island un par de días.

Y yo venga a escuchar suspiros durante dos horas. Recuerdo que el artículo del periódico mencionaba que el hierofante había nacido en Rhode Island, así que decido arrojar el dato como si tal cosa.

—¿Qué?, ¿de vuelta a tu tierra? La verdad es que tienes cara de ser de Rhode Island.

—Lo dudo. Soy de Cleveland.

Nunca creáis lo que dicen los periódicos. Me tomo un respiro, preparo café y luego opto por otro derrotero.

—Gene, he soñado contigo y con unos peces. Multiplicabas los peces y dabas de comer a todo el mundo como Jesucristo, pero te hacías de oro con ello. Eran unos peces con un nombre raro, copia o algo así.

El hierofante suspira. Se quita las gafas y las limpia.

—Sabía que tenía que ocurrir. Siempre ocurre lo mismo. Tyndale, hijo, Miami está infectada, pero tú ni tocar esas cosas, ¿estamos? Nunca más. No puedes seguir ayudándome con el prójimo en pleno viaje sideral.

—No, si...

—Ni una palabra, Tyndale. Lo comprendo, de verdad que lo comprendo. La carne es débil. Todos pecamos. Vamos a rezar.

Me veo obligado a escuchar una larga homilía personalizada sobre el consumo de estupefacientes, y luego nos ponemos a preparar bocadillos para los sin techo. Mientras estamos cargándolos en el coche, al otro lado de la calle se desata una discusión. Dos tipos negros, una negra. Una discusión acalorada. De repente uno de ellos le atiza a la chica, con la palma abierta, pero resuena. Ha sido un tortazo en toda regla.

El trío, no obstante, se encuentra lo bastante lejos de nosotros como para fingir que no ha ocurrido nada. De hecho, a medio camino entre ellos y nosotros hay un par de sijs descargando unas cajas, sijs que aplican su máxima concentración a dicha descarga, absortos por completo. Y no sabemos qué ha pasado. Tal vez la chica se lo mereciera (nunca se sabe). No tengo ningún interés en intervenir, porque no voy a sacar nada con ello, pero el hierofante se yergue.

—Vamos a poner paz.

Avanza hacia ellos con paso decidido. A mí es lo último que me apetece hacer. Son dos tiparracos como armarios de grandes y tanto uno como otro podría hacerme papilla. He crecido en una gran ciudad, reconozco a los tipos duros a la legua. Pero rajarme supondría tirar por la borda los méritos hechos con el hierofante.

La mandíbula me escuece como si ya me la hubieron hecho fosfatina y me pego a la espalda del hierofante, lo bastante cerca como para que note que estoy de su lado, pero no tan cerca como para que los dos pendencieros den por hecho que lo estoy. Me digo a mí mismo que no van a pegarnos. Lo más seguro es que se líen a tiros y punto. Rezo para que al hierofante no se le ocurra salir con tonterías ni provocaciones como lo feo que está pegar a una mujer.

Sonríe.

—¿Necesitan elevar una plegaria, por casualidad? Tenemos una iglesia ahí enfrente por si la necesitan. Nuestras puertas siempre están abiertas para una buena

oración. —Es lo último con que los chicos esperaban que les saliera. Ella nos manda al cuerno. Ellos se echan a reír: el motor se ha apagado.

Mientras volvemos sobre nuestros pasos se me ocurre que el hierofante ha jugado con la ventaja de la edad. De haber tenido veinte años, como ellos, dijera lo que dijera se lo habrían tomado como una provocación, lo habrían tenido que moler a palos; pero el hierofante es un espíritu de ultratumba. ¿Sería él consciente de ello?

De vuelta en casa, escucho de nuevo el bolígrafo. La conversación sobre los peces está bastante clara. Las cobias se mueren por vivir en una piscifactoría. El hierofante tiene huevos, pero está perdiendo la chaveta.



Estoy muy tentado de desistir en lo tocante a la omnisciencia, pero cuento con el inestimable don de no poder permitirme ese lujo; o Dios o nada. Al día siguiente, me instalo otra vez ante el bolígrafo y me dedico a darme pinchacitos con una navaja para sobrellevar el tedio de escuchar los suspiros y rascaños del hierofante.

Oigo que hablan de una sigmoidoscopia. Suena a asunto serio, médico. En la voz del hierofante se detecta un abatimiento sin precedentes. Entro en Google y descubro que la sigmoidoscopia es una invasión rectal. El hierofante anda mal de las tripas. ¿Me vendría bien o mal que la palmara? La insensibilidad de tal reflexión me complace.

Discurro sobre la manera más sibilina de revelar el dato, pero en vano. O estás en la pomada o no lo estás.

—Oye, Gene, he vuelto a tener premoniciones. No pensaba decirte nada, pero he soñado algo sobre ti que me ha dejado preocupado. Tenías no sé qué problemas de estómago. Sé que te parecerá una tontería, pero ¿y si te hicieras un chequeo? —le digo cuando aparece.

—Me lo hicieron el mes pasado —declara—. Los médicos se quedaron asustados de lo sano que estaba. Déjate de premoniciones. Hago treinta flexiones cada mañana y saco unos cagarros de campeonato. Si bien es verdad que he recibido una noticia no demasiado buena. Mi madre está muy mal. —¿Sigmoidoscopia, tal vez?—. A decir verdad, está en las últimas.

Su madre se halla postrada en la cama, moribunda. El hierofante tiene intención de regresar a Cleveland para cuidar de ella. Ante una situación así infinidad de personas encontrarían infinidad de motivos para no correr a la cabecera de esa cama. Para mandar dinero en su lugar. El hierofante tiene mal gusto en el vestir y en los chistes (los chistes de los *marines* alcanzan cotas estratosféricas de mal gusto), pero miedo no tiene. Lo admiro de verdad. A esa decencia que a él le sobra se debe la falta de feligresía en esa parroquia suya que pronto habrá de ser mía.

Es curioso que cuando estás en vías de conseguir lo que quieres, aún te empeñes

en echarlo a perder:

—¿No puedes traértela aquí? —sugiero, reparando en que eso iría en mi perjuicio.

—No ha salido de Cleveland en toda su vida. No creo que sepa ni dónde está en realidad, pero no le convienen desplazamientos. Ella querría acabar sus días allí.

Una vez más, el hierofante evita el camino más fácil.

—Es una situación muy difícil para mí —continúa diciendo—. Sus amigas la han estado ayudando, pero ahora precisa atención las veinticuatro horas del día. Detesto abandonar a mi rebaño, pero tengo que irme. De todos modos, en cierto sentido soy un afortunado, soy un afortunado porque te tengo a ti. Sabes, Tyndale, hay muchos que vienen ofreciéndome su ayuda, muchos, pero esos ofrecimientos rara vez se traducen en actos, tú, en cambio, tú has sido mi único sostén. Estás aquí día tras día, sin pedir nunca nada, siempre dispuesto, eres extraordinario. Si siento que puedo ir con mi madre es sólo porque estoy convencido de que sabrás atender a mi parroquia.

Así que es oficial. Ya dispongo de iglesia propia. Me asalta una culpabilidad tremenda. La fe del hierofante me conmueve. Los ojos me hacen aguas. ¿Por qué siempre conseguiré uno lo que desea de la manera que no desea? Me ha nombrado sub-hierofante, el primero en la historia eclesiástica.

—¿Algún consejo que desees ofrecerme? —pregunto.

—Sí. No lo hagas.

—¿Cómo?

—Que no oficies de pastor. No pretendas regentar una iglesia. Es el mejor consejo que puedo darte. Otra cosa muy importante: si la señora Barrodale te invita a comer, no aceptes. Cocina de pena.

El día siguiente recupero el bolígrafo y pesco una conversación. El hierofante explica a su interlocutor que se marcha a Cleveland para cuidar de su madre. «No, no cierro la iglesia. Cuento con un discípulo al que puedo dejar al cargo. Es un poco raro, y quizá no sea la persona indicada, pero tengo que darle una oportunidad».

Ése es mi castigo por hacer de espía. Nunca se nos quiere tanto como esperamos que se nos quiera, aunque, pensándolo bien, aún resulta más conmovedor que, teniendo sus dudas sobre mí, se preste a alabarme y darme una oportunidad.

Se terminaron los escauceos en la omnisciencia.



Despierto a oscuras, empapado en un desagradable sudor. Una mano gigante me retuerce las tripas y me ovillo. Me siento lejos de mi hogar, completamente derrotado. Sin la más mínima dignidad, empiezo a gemir. Tal vez todos estemos lejos de nuestro hogar y totalmente derrotados, y el truco consista en no sentirse así. Tumbado sobre una puerta en una habitación vacía, con la perspectiva en ciernes de guiar

espiritualmente a un hatajo de mendrugos de Miami y unos pocos billetes en el bolsillo con que malvivir, esa sensación de derrota es abrumadora.

Rezo con fervor. Rezo con fervor por todo el mundo, porque no me queda otra cosa.



Uno no debería fijarse con excesiva atención en sus feligreses. El panorama suele ser desalentador. El hierofante me ha confiado su *hitparade* para que me sirva de él en su ausencia, lo cual me parece estupendo pues no me apetece en absoluto perder el tiempo preparando sermones.

Ahora que el hierofante Graves no está, de mi parte corre no sólo la celebración de los oficios sino también la «cirugía» posterior. Entro en el despacho un tanto desconcertado al ver que la mitad de la parroquia se ha quedado esperando a hablar conmigo. ¿He de interpretarlo como un voto de confianza para con servidor o como falta de confianza en el hierofante?

Los primeros en pasar son la señora Shepherd y su hijo, Peter. La señora Shepherd es una de esas mujeres regordetas y anodinas que acostumbran barrer y comprar flores para las iglesias, labor que tiene su importancia, justo es reconocerlo, aunque no sea plato de gusto. Yo me he encargado del barrido varias veces, con la iglesia llena, para demostrar lo humilde que es uno, pero ya he cumplido.

La invito a tomar asiento, cordialmente, pues es mi deseo (así como el del ausente hierofante, estoy convencido) que la labor de barrer y adquirir flores continúe desempeñándose sin interrupción. La señora Shepherd me presenta de nuevo a su hijo, un muchacho de recia complexión que trabaja repartiendo toallas de playa en un hotel. Ambos parecen muy contentos, por lo que no preveo grandes contratiempos.

—Queríamos que nos ayudara.

—Faltaría más —respondo—. Para eso estoy aquí. —Por el momento, todo bien. Inspirar confianza es fácil, y si se puede hacer de inmediato, mejor.

—Ya se lo pedimos al hierofante, pero nos lo denegó.

Siento una sacudida de terror en las entrañas. Esto no va a ser un paseo, esto se presenta feo y a buen seguro me procurará problemas con el hierofante. Es una emboscada. Sonrío.

—¿Y qué fue lo que les denegó concretamente?

—Peter y yo queremos casarnos. —El parecido familiar es tan acusado que me cuesta creer que...

—¿Así que Peter es hijo adoptivo?

—No me sea absurdo —replica la señora Shepherd indignada. Me quedo pasmado. La indiferencia de los Shepherd para con una milenaria convención legislativa, cultural, eclesiástica y universal me deja sin habla. ¿Será una broma?

¿Una prueba tramada por el hierofante? Salgo por la tangente.

—¿Por qué desean contraer matrimonio?

—Mi marido falleció el año pasado, y quisiera casarme de nuevo.

De pronto me percató de lo ignorante que soy. A primera vista los Shepherd parecen de lo más normal. Pero aquí hay algo oculto. ¿Un cretinismo a prueba de bombas? En cualquier caso, no me apetece lo más mínimo hacer indagaciones. Este mundo me aterriza.

Sonríe. La sonrisa que no falte.

—Roña, tendré que pensarlo —le digo.

En realidad, ya lo he pensado. Si el hierofante regresa en una o dos semanas, el problema deja de estar en mis manos. Si su ausencia se prolonga, tal vez me vea obligado a llegar a un acuerdo con los Shepherd. Me gustaría seguir viendo los suelos limpios y las flores en los jarrones. Sea lo que sea eso que está sucediendo en casa de los Shepherd, ya es un hecho, y mi bendición no va a cambiar nada.

Una vez se han ido, pienso que tal vez esos dos desempeñen un cometido importante. En caso de que sobreviniera una terrible catástrofe planetocida, tanto tú como yo estaríamos demasiado conmocionados para seguir adelante, la supervivencia nos plantearía demasiados escrúpulos; los Shepherd, en cambio, pondrían en marcha la repoblación del planeta, hasta que la naturaleza reintrodujera nuevamente atributos sofisticados como la inteligencia. La señora Shepherd y su hijo son la reserva de la humanidad.

A continuación, entra la anciana señora García con sus encorvadas espaldas. Mi misión consiste en escuchar, pero hasta yo me canso de escuchar tras los veinte minutos de preámbulos que preceden a la jeremiada. El gato de su vecino le está amargando la vida: se caga en su jardín, le destroza las macetas, se come sus colibríes. Visto lo de los Shepherd, tan sencillo problema felino parece coser y cantar. Aconsejo a la señora García que confíe en el poder de la oración y me digo a mí mismo que si no logro despachar un maldito gato, ya puedo ir retirándome ahora mismo. Tras anotar debidamente la descripción del gato, la empujo a salir de mi despacho.

Los Reinhold son los últimos en entrar. Mike y Sue. Una pareja de mediana edad, normal, con trabajos remunerados ambos. Consoladoramente cuerdos los dos. A Mike le sobran apenas unos centímetros para triunfar profesionalmente como enano, pero es mi alma gemela. Mike trabaja en la purificadora, y sé positivamente que el ascenso siempre le pasará de largo. Es demasiado diligente, estoy convencido. Llega temprano al trabajo y da todo de sí a cambio de un modesto jornal. Nunca conseguirá un ascenso. Imagino que entretiene sus noches leyendo sobre nuevos adelantos en gestión de aguas para estar más al día que los demás, pero nunca conseguirá un ascenso.

¿Por qué frecuentan esta iglesia? Siento el impulso de decirles que busquen una religión en condiciones. ¿Qué problema tienen? ¿Que no lo ascienden?

—Nuestra hija, Alexa... —empieza Mike. Enmudece.

—No sabemos qué hacer —continúa Sue.

Es el eterno problema: el clásico noviete golferas. Su hija de dieciséis años, Alexa, se ha enamorado de un elemento tres años mayor que ella, el motero del barrio. El sujeto de marras siempre supera en edad a la chica de turno, dado que las chicas suelen ser más maduras, y esos años de más impresionan en tanto en cuanto suponen mayor experiencia en la ubicación de antros y porros.

El caso de los Reinhold me llega al alma. Cuidas de tu hija como oro en paño durante dieciséis años, le haces de guardaespaldas, le lees cuentos antes de acostarse, la ayudas con los deberes pese a estar agotado, renuncias al club de golf para pagar sus clases de guitarra, guardas interminables colas en el médico, te sacrificas por ella una y otra vez, porque sabes que tu hija es lo único de valor en una creación que se niega a concederte ese ascenso. Luego la niña deja los estudios, se gasta todos sus ahorros (herencia de la abuelita) en trapos que lucir ante el motero y, lo que es peor, desaparece durante días para dejar que el golfo instale su señorío donde le plazca.

Los Reinhold han probado todas las argucias propias de los padres, voces, súplicas, sobornos.

Su posición es complicada. Si Alexa fuera más joven podrían recurrir a la justicia. Si ellos fueran más ricos podrían comprarla con tres meses de gira por Europa o la India. Además se enfrentan a la fuerza más poderosa del universo: el goce, el clásico ojo en blanco. Chatear con los amigos, escuchar música, ir de compras, todas esas ocupaciones (no hablemos ya de estudiar u ofrecerse a lavar los platos) se desvanecen en cuanto descubres la intersección de muslámenes.

Ardo en deseos de ayudar a los Reinhold, aunque dudo de que pueda hacer gran cosa. Parlamentar con la hija es inútil. Si ellos no han logrado ralentizar su placer, para qué voy yo a intentarlo. Pero su ídolo... me proporcionan el número de teléfono de Cosmo, el inyector de marras. Prometo hablar con él de hombre a hombre.

Hago un primer intento fallido de establecer contacto con Cosmo. El chico está «demasiado ocupado» para quedar conmigo. Sabía que el tal Cosmo no sería de mi agrado, pero tras la conversación con él, mi desagrado arraiga de mala manera. Sólo puedo sentir respeto por quienes dicen la verdad o quienes se inventan trolas rocambolescas. Si Cosmo me hubiera mandado a la mierda habría ganado mucho en mi opinión. Según los Reinhold, aparte de dedicarse a embestir a su hija, el chaval no tiene otra ocupación que pasarse el día de sofá en sofá, subsistiendo gracias a los frigoríficos del prójimo.

Para mi gran sorpresa, unos días más tarde, vuelvo a llamarle y accede a quedar conmigo.

—Pero no me venga con rollos —dice—. Y traiga una botella de ron Barbancourt. —Supongo que habrá accedido porque le halaga sentirse objeto de tanta atención, que se requiera la comparecencia de un consejero espiritual para darle un tirón de falo. Y porque no tiene gran cosa que hacer. Y le viene bien la botella de ron.

Conduzco hacia la dirección que Cosmo me ha indicado (y me pierdo varias veces por el camino, como es de rigor en Miami), pero hay algo que no me cuadra. Me descubro ante un flamante edificio en North Beach que respira dinero por los cuatro costados. Dicen que Miami es el mercado inmobiliario más cotizado del mundo y a tenor de todas estas colonias de edificios que ves saltar por doquier como resortes de sus cajas sorpresa, es para creérselo. Releo la nota varias veces, pero no me he equivocado. O bien Cosmo ha quedado encargado de cuidar los lebetes de algún conocido o está de visita en casa de un amigo, porque es imposible que pueda costearse semejante vivienda. Al acercarme, una atractiva agente inmobiliaria sale del edificio.

Llamo al interfono y entro, sin idea de qué voy a decir.

Cosmo, a medio vestir, me hace pasar a un enorme apartamento sin amueblar. Deduzco al instante que también él hace de agente inmobiliario y está sacando partido a alguna propiedad en venta. Una de las pocas ventajas de ser comercial es que aprendes a calar a tus semejantes bastante rápido. Confío en que Cosmo muestre alguna flaqueza o falla que pueda explotar, pero no. Me fijo en una flamante chupa de cuero tirada en el suelo, que costó (según los Reinhold) mil dólares.

—¿Y el ron? —pregunta Cosmo.

—Lo siento —respondo—. No estoy autorizado a llevar dinero. —Me encanta el pretexto, por virtuoso y por embustero. No hay réplica posible.

—No me venga con rollos, santurrón —dice, encaminándose con desidia hacia la terraza. Fuera hay otro mangante sentado en el borde de la barandilla. Al acercarme, observo que lleva los pantalones en los tobillos.

—¿Ha traído el ron? —le pregunta a Cosmo.

Cosmo se baja entonces los pantalones e instala las posaderas sobre la barandilla del balcón, de manera que quedan colgando de éste con bastante precariedad, habida cuenta de que nos hallamos en la duodécima planta. Los chavales se entretienen defecando sobre dos coches deportivos aparcados en la calle, blancos hartos difíciles a esa distancia.

—¿Por qué me hace perder el tiempo? —pregunta, afinando la puntería. Le respondo con una velada amenaza que no viene a cuento.

—Estás causando muchos disgustos.

—Y a mí qué. ¿No podría traerme una copa? —Cosmo se contorsiona, apretando para que le salga algo.

—Los disgustos son como un bumerán; si causas disgustos, acaban volviéndose

contra ti —digo con mi voz más oracular.

Cosmo gruñe y suelta sus menesteres al vacío.

—Frío frío —anuncia su oteador.

—¿Esos coches son de algún conocido vuestro?

—Ya empieza con el rollo. Va a tener que irse.

Cosmo no es un tipo duro de pelar. Se ha metido en cosas feas, es un delincuente redomado, pero en una ciudad como Miami, donde por unos cuantos cientos de dólares te liquidan a cualquiera alegremente, no es más que un pobre diablo. En Liberty City se lo comerían con papas. Es un alfeñique y, a puñetazos, hasta yo podría ganarle, porque debo de sacarle veinte kilos como poco. Esa misma mañana, tras sacudir el saco de boxeo, de nuevo me vi sorprendido del placer que hallaba en ello, de lo cómodo que me encontraba... de lo correcto que me parecía. Barajo la opción de asestarle un puñetazo a traición a Cosmo.

—¿Estás enamorado de Alexa?

—¡Anda ya, ni que fuera hombre de una sola tía! —Pues claro que no, seguro que sus vasos deferentes están al pie del cañón las veinticuatro horas. Su compañero de cagada sacude la cabeza, sin dar crédito a la simpleza que acabo de soltar.

De no ser por el compañero de cagada, ante mí se ofrece la solución perfecta para el problema de los Reinhold. Con un empujoncito de nada, podría poner a Cosmo patas arriba, y zas, al vacío. Aunque menos mal que su compañero está presente, porque de lo contrario seguramente me habría rajado, y menos mal que no tengo que preocuparme por la probabilidad de rajarme.

—Si piensa ofrecerme menos de veinte mil dólares para que deje de verla, mejor que no me insulte. A la niña le van los regalos caros, ¿entiende?, y tiene el coñito más estrecho que un sacapuntas. Ya les dije, veinte mil dólares y no vuelvo a ponerme al teléfono.

Dudo de que los Reinhold dispongan de esos veinte mil dólares. Y aunque pagaran a Cosmo por su derecho de pernada, difícilmente cumpliría el trato.

—¿Por qué iban a pagarte los veinte mil del ala cuando un accidente de moto no cuesta más que mil? Un muchacho de tu edad sería el donante de órganos perfecto. —Es la primera vez que amenazo con matar a alguien, y tiene su punto. Cosmo se queda descolocado. Nervioso ante el derrotero que ha tomado la conversación.

—El viejo de Alexa no tiene cojones ni para aparcar donde no debe, no digamos ya para cargarse a alguien.

—Tienes razón. Él no tendría cojones. Los tendrían otros.

Adivino lo que Cosmo está pensando. No puede creer que un carcamal de mierda como yo acabe de amenazar con matarlo. Tal vez servidor represente a una iglesia peculiar, pero a simple vista soy un hombre del clero, un promotor de las Sagradas Escrituras, y en lugar de un plomizo sermón contra la fornicación o el magreo, lo que

ha llegado a sus oídos es una amenaza de muerte.

Cosmo está furioso, y he de reconocer que es posible que no le ganara a puñetazos. Pero él tampoco lo ve tan claro. Estamos en la selva. A ver, resulta que un carcamal de mierda te pone en jaque, puede que el carcamal de mierda esté marcándose un farol, porque el carcamal de mierda parece inofensivo, pero ¿y si te equivocas?, ¿y si no está marcándose un farol? ¿Eh? Te equivocas y acabas desdentado. Con algo de retraso, caigo en la cuenta de que entre Cosmo y su compinche podrían tirarme por el balcón tranquilamente. No lo harían adrede —al fin y al cabo son dos pobres diablos—, pero ¿y si les diera por ponerse bravucones y se les fuera la mano? Por otra parte, no tendrían reparos ideológicos en darme una buena somanta.

Al final, acierto en mis cálculos. Cosmo agita las manos y comprime diez minutos de imprecaciones y obscenidades en mi despedida, insultándome con toda la soltura que su limitado vocabulario le permite. No obstante, guarda las distancias. Mientras despotrica, hago balance de mi recién adquirida afición por las apuestas de alto riesgo. Nada bueno a lo que aficionarse.

—Que sepa que tengo amigos. Tengo amigos. —Cosmo no deja de gritar.

—No. No los tienes —replico. Es una réplica muy socorrida, porque hasta los egos más sobrados observan pequeñas fisuras en ese particular.

Una vez en la calle, conecto el móvil. De nuevo reconozco en qué me he equivocado: moderación excesiva. Habrá que ocuparse de Cosmo y del gato de la señora García. Pero son *peccata minuta*. Siendo Dios puedes hacer lo que te venga en gana.



Llamo por teléfono a Gamay y Muscat. Estuve en un tris de tirar su tarjeta, porque no concebía verme jamás en la necesidad de volverme a poner en contacto con imbéciles de su talla. Auténticos merluzos sin nada en la sesera. Con la sesera pasada por agua. Pero en mis tiempos de comercial aprendí esta lección: los contactos lo son todo, y que no necesites de un imbécil en el momento no significa que no vayas a necesitarlo más adelante.

Mayormente tratándose de dos imbéciles grandotes, macizos, mucho más grandotes y mucho más macizos que Cosmo, además, que uno no ofrece sus servicios a una importante multinacional del crimen si no está dispuesto a emplear la fuerza. Y si lo que esos merluzos pretenden es trabajar para una importante multinacional del crimen, eso será lo que les haga creer.

—¡Vaya traje, Tyndale, qué chévere! —exclama Gamay al entrar con Muscat.

Como cumplido resulta poco convincente, pero aprecio el esfuerzo. Tiendo un bloc a los diyéis y les pido que me escriban su autobiografía en mil palabras y me

apunten el nombre y la dirección de al menos veinte amigos o conocidos suyos.

Si al entrar tenían sus recelos, ahora no les llega la camisa al cuerpo.

—¿Para qué? —portavocea Gamay.

—Vamos a ver, el trato es el siguiente, innegociable: nada de preguntas. Nunca. Lo ideal sería que tampoco abrierais la boca. Aquí se viene a cumplir órdenes. O las cumplís o puerta. Cumplís o puerta.

—Okey. *Totalism* —asiente Muscat.

Se acomodan con sendos papeles. La tarea va a ser ardua. ¿Son Gamay o Muscat receptáculos apropiados? No creo que ninguno de los dos haya escrito más palabras juntas que las requeridas para extender un talón. Luego, contar hasta mil ya será todo un reto de por sí, y dado que no pasarán de los veintiún años, poca vida tendrán que contar. Toda solicitud está destinada a humillar y subordinar al solicitante, y yo he añadido mi toque de genialidad cargando a Gamay y Muscat con la tarea extra de tener que inventar las preguntas.

A decir verdad, me he inspirado también en un antiguo vecino mío, un exiliado iraquí, que sufrió encarcelamientos, torturas y simulacros de ejecución y cuya familia al completo, excluida su hija, murió ejecutada. Él solía darme consejos sobre la tortura que nunca pensé que pudieran serme útiles en el futuro. «Antes de darte la paliza te ponen a escribir. Te hacen escribir sobre ti y, por listo que seas, siempre acabas soltando algo que no debes». Mi vecino terminó estrangulando a su hija, porque según él no vestía decentemente.

Cuando voy a salir a la piscina para hacer unos largos, entran Patti y Trixi dispuestas a retomar su atuendo tras darse un baño. La limitada capacidad redactora de Gamay y Muscat queda anulada. Sufren un ataque fulminante de estupefacción ante la presencia de El sueño... la mansión, las ninfas retozando en cueros. Sus ensoñaciones no iban descaminadas. Pongo mucho cuidado en no presentarles a las chicas.

Tras media hora de piscinas, regreso para descubrir que no han hecho grandes progresos. Sostener un bolígrafo es ya de por sí una tarea ímproba para Gamay y Muscat.

—Tyndale, ¿en qué posición me imagino dentro de cinco años? —pregunta Gamay.

—¿No dije que nada de preguntas?

—No estoy preguntando. Es *curiosity* nada más. ¿Cuándo viene el *disfruting* de verdad?

Es bien conocido que forma parte del proceso de envejecimiento ver a los jóvenes como un hatajo de inútiles, aficionados a escuchar una música infernal e intercambiar majaderías en una jerga marciana, pero nadie podrá disuadirme de que Gamay y Muscat no son más que un par de inútiles que intercambian majaderías marcianas y

perpetran una música infernal. Los conmino a terminar con sus biografías y salgo a dar un paseo.

No regreso hasta dos horas más tarde como poco. Me los encuentro tan incómodos como dos manatíes en un cajón de arena. Pero ya está bien que así sea; para hacer feliz a la gente, conviene antes hacerla infeliz. Sus autobiografías son penosamente escuetas y Muscat ha dibujado en su hoja una cara con una sonrisita, supuestamente con la intención de aplacar mi ira.

¿Podré confiarles siquiera la resolución del problema felino de la señora García, no digamos ya el de Cosmo? El caso es que no cuento con nadie más. Es fácil llegar alto cuando se dispone de la ayuda adecuada. ¿Buda? ¿Mahoma? ¿Jesucristo? ¿Se vieron ellos obligados a trabajar con ceporros? Sí, seguro... Con gente de talento, así cualquiera. Pero con ceporros, ¿qué puede hacer uno? En eso se distingue a los iluminadores de los tostones.

A fin de inculcar en Gamay y Muscat la gravedad del acuerdo que están a punto de suscribir, les hago dejar sus huellas dactilares en sendas biografías y a continuación les tomo una foto con la cámara de Sixto y otra de primerísimo plano, a efectos de reconocimiento de iris, explico. Les advierto que probablemente termine costándoles la vida o la cárcel, y los muchachos se quedan impasibles. ¿Tontos o duros? Tontos. Contemplo la posibilidad de enseñarles un apretón de manos que emplear como código secreto, pero sólo les serviría para meterse en líos.

—Os queda mucho aún para entrar en el juego —advierto—. Recordad que aquí quien manda soy yo: si digo de saltar, se salta. —Los hago saltar a la pata coja arriba y abajo durante tres minutos. Están fornidos, pero no en forma y al final resuellan de manera lastimosa.

Les hago una descripción somera de sus funciones, sencilla y pausadamente, y recalco que es imprescindible ser absolutamente discretos y responsables.

—No te haremos un kennedy —dice Gamay.

—No te haremos un kennedy —secunda Muscat.

Creo entender a qué se refieren. Se quedan sentados mirando cómo los miro mirarme.

—Bien. Pues andando.

Se miran el uno al otro.

—Oye, el asunto ese que quieres que te resolvamos —dice Gamay—, ¿nos lo podrías poner por escrito? Y eso de la mujer y el gato... ¿es un mensaje cifrado o algo así?



Transcurren dos días. He puesto a Gamay y Muscat en antecedentes sobre Cosmo y el gato, y luego he estado entretenido con tareas virtuosas y discurriendo posibles

milagros. Los milagros son relativamente fáciles de simular, pero difíciles de simular bien.

Me pregunto cuándo vendrán a dar parte. No puedo estar persiguiéndoles —sería poco digno—, pero he de decir que me molesta la negligencia de que no hayan telefonado para disculparse por su negligencia. Estoy seguro de que una auténtica multinacional del crimen no toleraría semejante dejadez.

Aun así, finalmente me puede la curiosidad y llamo por teléfono a Gamay.

—¿Qué?

—Mortal, bárbaro —dice Gamay.

—¿Hablasteis con Cosmo?

—No exactamente.

—¿Y lo del gato?

—Lo tenemos en mente.

—Entonces, ¿qué habéis hecho estos dos días?

—Pues, ayer yo estuve fuera de combate. Alguien debió de echarme algo en la copa y me dejó hecho polvo todo el día. Pero todo el día. Hoy he tenido que ir a ver a mi estilista, Roxanne, porque se va de vacaciones y quería pasarme con Nourina, que es muy legal y eso, mientras ella está fuera, pero ya le he dicho a Roxanne a mí sólo me tocas el pelo tú, que es que sólo confío en ti, por muy legal que sea Nourina...

—Gamay, me oyes bien, ¿verdad?

—*Perfectly*.

—Os quiero aquí en veinticuatro horas con la misión cumplida.

—Eh, que aquí los Missing trabajamos sin pausa pero sin *prissing*.

Estoy tan sulfurado que tengo que tumbarme un rato. De acuerdo, sí, no es que estén haciendo un *casting* para una gran multinacional del crimen, pero ellos qué saben. Cuando pienso lo mucho que me ha tocado a mí arrastrarme para conseguir una entrevista de trabajo, no digamos ya un empleo, me saca de quicio que esos dos tontainas puedan ser tan díscolos.

Gamay y Muscat pasan a dar parte la noche siguiente.

—¿Podemos dejarlo? —pregunta Gamay.

—¿A qué os referís?

—Hemos estado dos horas haciendo guardia delante de la tienda esa.

Gamay y Muscat no han localizado a Cosmo. Tampoco han localizado al gato y están agotados después de unas horitas de trabajo. Me enfurezco conmigo mismo por contratar a dos pinchadiscos que encontraron inspiración para su nombre artístico en una carta de vinos. ¿Qué podía esperar?

—No te estamos haciendo un kennedy, es que no lo localizamos.

—Podéis dejarlo cuando os venga en gana, pero ya sabéis, puerta. —Me recuerdo a mí mismo que no voy a pagarles.

Furioso, salgo a dar un paseo por la playa. Me veo obligado a pasar junto a una pandilla de adolescentes que están descubriendo la cerveza clandestina, desmadrados, tan ufanos con su descubrimiento. Ignorando lo poco original que resulta ese desmadre, lo previsible, lo trillado. Es tan poco original que me aburre, de modo que cuál no será, más que decepción o pesar ante las payasadas humanas, el aburrimento que provoque en Dios. Todas esas patochadas que tan importantes nos parecen, que tanto nos absorben, nos ilusionan y enfurecen.

El primer beso. El descubrimiento del engaño. La aceleración de la Norton Commando. El empeño por sacarte una foto de pasaporte en condiciones. Por casar a tu hijo. Por que la colada blanca salga bien blanca. La furia ante la inutilidad de los médicos. La rabia por todo lo prestado y nunca devuelto. La imposibilidad de que se te pase el pavo en el horno. La investigación de la sodomía. El retorno de un amigo perdido tiempo atrás. Tener que desprenderte de tu chupa de piel favorita porque más que chupa es ya puro agujero. El placer de ganar por paliza. Las interminables discusiones sobre si era marta cibelina o cebellina. Colirrábano o colinabo. La primera a la izquierda o la primera a la derecha. Vieja canción, nuevo botellón. Misma jerga, distinta caterva.

A la caída de la tarde, ya dulcificado tras una sesión de sacudidas al saco, discurro por Washington Avenue con la lata de la colecta y pillo a Gamay y Muscat en un bareto atestado de gente, no buscando a Cosmo, sino sitiando a una jovencita, si bien atractiva a todas luces menor de edad, y a la gorda de la amiga.

Estoy demasiado cansado para llevarme la gran decepción, pero... Primero: no te dejes pillar. Segundo: si tienes quince años y estás trabajándote a una de quince, la naturaleza manda; si tienes cuarenta y estás trabajándote a una de quince, lo que manda es un morbosos y enfermizo delirio de grandeza; si tienes veintiuno, es que eres un manta. Y lo peor del caso es que salta a la vista que Gamay y Muscat no tienen nada que rascar.

No me han visto, y reculo. En cualquier organización criminal de verdad, les harían papilla las rótulas, pero yo no conseguiría más que lanzarme a despotricar como un energúmeno y, por lo general, despotricando lo único que se consigue es ponerse en ridículo. Reculo. A veces es mejor dejar que los demás crean haberte ganado la partida.



Ya había dado por perdidos a Gamay y Muscat. Llevaba días sin saber de ellos cuando, leyendo el *Miami Herald*, me topé con una escueta nota sobre un tiroteo en el barrio de la señora García. Dos agresores no identificados habían abierto fuego contra la vivienda del señor Dag Solomon, un jubilado de setenta y seis años, antiguo asesor de sistemas de peajes y coleccionista amateur de armas. El señor Solomon declaraba:

«He tenido que esperar cincuenta y cuatro años para salir en defensa de mi familia, pero ha valido la pena». Insistía a continuación en que había descargado treinta y cuatro balazos contra el vehículo de los agresores mientras éstos abandonaban la escena del crimen. El señor Solomon había salido indemne del tiroteo así como también su familia, que en ese momento se encontraba visitando a unos parientes en Vermont.

Llamo por teléfono a la señora Garda. Como me temía, el señor Solomon no es otro que su vecino, el propietario del felino de marras. Le manifiesto mi pesar. Yo preveía una trampa, que le dieran al gato un paseíllo de cincuenta kilómetros en el coche o, puestos en lo peor, un pedazo de hígado envenenado. Tengo que aprender a ser más preciso. El gato no obstante ya es lo de menos. La señora García ha decidido cambiar de domicilio.

Gamay y Muscat, supongo, estarán muertos o dando las últimas boqueadas en alguna unidad de cuidados intensivos o institución penal de alguna parte. Aguardo durante todo el día la llegada de la policía y no sé si mencionar a Sixto que me las he ingeniado maravillosamente para atraer a las fuerzas del orden hasta su negocio multinacional con la cocaína.

Ése es el gran dilema cuando la cagas. Muy a menudo, la confesión franca e inmediata del desastre te será reconocida y conseguirá atemperar el castigo. Eso es especialmente aplicable en caso de cagadas menores. Discúlpate simplemente por haber olvidado ese cumpleaños o aniversario. Confiesa. Quedarás como un señor.

Sin embargo, con las cagadas mayores, como dejar preñada a la hermana de tu mujer, siempre queda la tentación de callar la boca y confiar en poder eutanizar el desliz sin que se desate la ira. Es una lotería, porque si la eutanasia se pifia, la ira no sólo se desata sino que se desmanda. No pego ojo en toda la noche, pero no se lo cuento a Sixto.



A la mañana siguiente, cuando voy hacia la cocina para hacerme un té, me encuentro allí a una chica morena y ancha de espaldas preparándose un bocadillo.

—Hola, soy Gulin —dice con un acento que no consigo ubicar y una sonrisa tan natural como levemente forzada. Junto a ella, observo, hay dos pilas de cajas que presagian mudanza.

Sixto me cuenta que Gulin es una amiga de su hermana que vive en Los Ángeles, pero ha tenido que irse de la ciudad. A Sixto no le entusiasma la idea de tener a otro inquilino más.

—Mi hermana... —silba, haciendo ademán de estrangulamiento.

—¿Sabe... sabe tu hermana lo de tu negocio? —pregunto.

—No —dice Sixto—. Ni siquiera lo sabe. Pero Gulin lo tiene peor que yo. Si se

hubiera quedado en Los Ángeles, ya estaría muerta.

En el jardín, vemos reaparecer a los albañiles con unas ventanas de repuesto. Incluso a cien metros de distancia salta a la vista que las ventanas nuevas no pegan. Sixto abre la ventana.

—¿No estaréis pensando en colocarme esas ventanas?

Los albañiles miran las ventanas como si las vieran por primera vez y hacen alarde de sorpresa ante su impropiedad. Suspiran con grandes alharacas y se retiran.

Entonces reparo en el gato. Un gato negro con las patas blancas. No me gustan los gatos. Se rascan, huelen y me provocan estornudos. Pero éste es un gato sabio. Guarda las distancias y no intenta hacerse el simpático. Sixto repite el ademán estrangulatorio.

Cuando llego al despacho del hierofante, suena el teléfono y descubro sorprendido que es Gamay quien llama.

—Lo pillamos —anuncia. Contemplo la posibilidad de preguntarle por el gato y los treinta y cuatro balazos, pero luego me doy cuenta de que me trae sin cuidado.

—A las ocho —respondo, refiriéndome al lugar de encuentro acordado de antemano.

Llego antes de la hora, entusiasmado con mis fructíferos tejemanajes. A las ocho y media, Gamay y Muscat aún no han aparecido. Me contengo para no llamarlos. Tratándose de un secuestro: la hora, el tráfico, a saber.

Son justo las nueve pasadas cuando aparecen.

—Llegáis tarde —les digo, no demasiado contrariado, pero la disciplina para los discípulos es primordial.

—Llegamos pronto —replica Gamay—, dijiste a las nueve.

Podría montar en cólera, pero es posible que dijera a las nueve, aunque confío más en mi memoria que en la de Gamay. De ahora en adelante grabaré mis conversaciones. Los dioses del ritmo se han agenciado un vehículo nuevo; deduzco que el francotirador les destrozaría la monstruorranchera.

—No te estamos haciendo un kennedy, pero los últimos días han sido mortales —prosigue Gamay.

Como es natural, no me interesa lo más mínimo escuchar a Gamay lamentarse de lo dura que es su vida. Me entretengo retocando el sermón que voy a soltarle a Cosmo, en calidad de predicador apocalíptico que viene a comunicarle su último aviso, a saber: que si no abandona la ciudad, será pasto de los caimanes. El tizonazo apropiado para borrar a Cosmo de la faz de la tierra. Plegaria atendida, cortesía de Tyndale.

Adopto una pose solemne y les indico con un gesto que abran el maletero del vehículo donde llevan a Cosmo de matute. Los diyéis acatan mi orden.

Se alza una cabeza.

—¿Qué? —le digo a Gamay—, ¿no me vas a presentar?

—¿Quieres que te llame por tu nombre, Tyndale?

—¿Por qué no?

—Tyndale, Cosmo. Este... Cosmo, Tyndale.

—Éste no es Cosmo —le digo.

—Yo no soy Cosmo —dice el Cabeza. El Cabeza no guarda parecido con Cosmo, aunque para haber sido víctima de un secuestro aparenta bastante compostura, o más que compostura, mala uva—. Ya les dije que no era Cosmo.

Gamay y Muscat se miran con pasmo, como si los hubieran estafado. Luego parecen querer echarse mutuamente la culpa, pero no tienen tiempo de inventarse un cuento.

—No tengo idea de cómo ha podido ocurrir —dice Gamay.

Yo sí tengo cierta idea, pero de nada servirá explicar a Gamay y Muscat que si los peces fueran capaces de mover las piezas, los ganarían al ajedrez.

—De verdad que íbamos a por Cosmo —dice Muscat.

—No sabes las ganas que teníamos de ir a por él —dice Gamay—. Imagino, imagino que... que hoy ya no entramos en la organización. Muscat, *brother*, nos estás dejando en ridículo.

—¿Yo?

—Si es que no sirves para esto.

—Discúlpenos —le digo al Cabeza cerrando el maletero con toda la cortesía y suavidad que las circunstancias permiten. Informo a Gamay y Muscat, por si les cupiera alguna duda, de que aún les queda mucho para entrar en nómina.

—Lo echaremos a guindillas, Tyndale —se empeña Gamay—. Ahora verás quién es el malo aquí.

Gamay saca un tarrito, extrae de su interior una larga guindilla verde y se la traga. Tuerce un poco el gesto, pero no pierde la compostura. Muscat coge una guindilla a su vez y, remedando la baladronada de Gamay, le hinca el diente.

De buenas a primeras, Muscat se desploma y se queda en el suelo gimoteando y lloriqueando. Huelga decir que el llanto de un hombre tiene un punto indecoroso, y Muscat no recobra la compostura hasta pasados diez minutos.

—A ver, en voz alta que yo lo oiga —le dice Gamay—. ¿Quién es el malo aquí?

—Tú eres más malo que yo —contesta Muscat con la voz ronca.

Es posible que Gamay sea más malo que Muscat (valiente triunfo), pero presiento que ha hecho tongo. Aunque es tonto de remate, tiene aspiraciones arteras. Una de dos: o le ha tocado una guindilla más suave o una guindilla trucada para que no fuera tan picante. Con los años vas dándote cuenta de ciertas cosas, aunque no creo que percatarme de que un tontainas ha embaucado a otro tontainas con unas guindillas me conduzca a ninguna parte.

Les ordeno que vacíen los bolsillos; cojo los cuarenta y dos dólares con sesenta centavos que llevan encima, se los entrego al Cabeza y pido a los diyéis que suelten al tipo en algún lugar apartado, pero donde tenga posibilidades de encontrar taxi.

De vuelta en casa, acabo de quedarme dormido cuando llama por teléfono Gamay.

—Tyndale, sólo quería decirte que... que Muscat... que Muscat... ya le decía yo al imbécil ese que nos equivocábamos de socio. ¿Tyndale?

—¿Qué?

—Si quieres que... estee... ya sabes... que resuelva el problema de Muscat, pero que lo resuelva, ya me entiendes, de una vez por todas, no tienes más que decírmelo, socio.

—Gamay, no vuelvas a llamarme en tu vida.

Me quedo dormido otra vez cuando el teléfono suena de nuevo. Es Muscat.

—Tyndale, sólo quería decirte que... que el imbécil de Gamay... que el imbécil de mierda de Gamay siempre me corta las alas. Sólo quería decirte que cuentas conmigo, socio. Que estoy contigo de todas todas, carajo. Hasta el final... si quieres, ya tú me entiendes, si quieres darle un escarmiento a Gamay, cuenta conmigo de todas todas. De todas todas todas.

—¿De todas todas todas todas?

—De todas todas todas todas todas, *man*, no te estoy haciendo un kennedy.

—Muscat, no vuelvas a llamarme en tu vida. —Esta vez pongo buen cuidado de desconectar el teléfono.



Dos días más tarde, bajo a la cocina con la intención de prepararme un desayuno virtuoso cuando me encuentro a los albañiles reunidos en torno al televisor viendo un serial cómico. Y bebiendo lo que a todas luces parece la cerveza de Sixto.

No hago comentarios, pero agarro un ejemplar del *Miami Herald* doblado junto al teléfono y me dispongo a leerlo.

—Eh —salta un albañil—, que lo estoy leyendo yo.

Se me ocurre que es imposible estar leyendo un periódico doblado que se halla medio metro por encima y tres metros por detrás de tus ojos. Pero como por la mañana no estoy para fiestas, me retiro a mi habitación.

Cuando salgo de casa para comer, los albañiles están escuchando la colección de son cubano de Sixto. Al cabo de una hora, cuando regreso ya se han marchado, y mientras me hidrato por dentro, hojeo el periódico y reparo en una nota bastante grandecita en la que se informa de que el hijo del alcalde de Miami Beach ha sido víctima de un secuestro. Cicateramente, obvian mencionar el importe del taxi.

De manera que cuando Gamay telefona un poco más tarde para asegurarme que

esta vez tienen a Cosmo («le pedimos el carnet de identidad»), me siento tentado de decirle que lo suelten. Pero, ante mí, apenas visible en la distancia, vislumbro un atisbo de éxito. Hay que ser unidireccional.

El coche no arranca. Llamo repetidas veces al móvil de Gamay y Muscat, pero salta el buzón de voz únicamente.

Cuando el taxi me deposita en el nuevo punto de encuentro («¿Seguro que quiere que lo deje aquí?») después de haber desembolsado la bromita que me cuesta la carrera, no veo a Gamay ni a Muscat por ninguna parte. De haber hecho el trayecto en mi propio coche, me habría dado media vuelta en cuanto por fin se presentaron, a la hora y media, pretextando que no encontraban el desvío. Estoy muy cansado y muy descontento.

Para mi gran sorpresa, extraen a Cosmo del maletero. Esposado y todo. Aquí hay algo feo, me da la impresión. Nos hallamos en una zona de Florida oscura, apartada, así como... deshabitada, con Cosmo a cuatro patas delante de mí, esposado. Es justo lo que yo quería. Cosmo está bastante alterado, pero al verme parece envalentonarse.

—Usted —dice—, usted no puede hacer esto. —Ahora toca un poco de humillación. Recuerdo otra anécdota de mi vecino iraquí y ordeno a los diyéis que orinen sobre Cosmo. A Muscat no le sale con los demás mirando, y aunque Gamay acierta a sacar un chorrillo, Cosmo lo esquivo rodando de un lado para otro. Cuando uno falla, siempre cabe la táctica de fingir que no se ha fallado, así que prosigo con la reprimenda.

—Cosmo, lo mejor será que te vayas. Puedes ir a donde te apetezca con tal de que salgas de Florida.

Saco entonces el 22 del hierofante. El inconveniente del 22 es lo pequeñito que es, parece sacado de un paquete de cereales o del bolso de una quinceañera. Por lo visto los matones profesionales aprecian mucho ese revólver, pero dudo de que Cosmo esté al tanto de ese particular.

—Ésta es un arma virtuosa —digo, montando la pipa del hierofante—. El veintidós es el revólver preferido de los seres piadosos, porque castiga al malhechor, pero, a diferencia del cuarenta y cuatro, no atraviesa al malhechor, ni los tres muros, ni al jardinero ni luego al niño que viene en bicicleta a un kilómetro de distancia.

Nuestras miradas se cruzan, y Cosmo dice con desdén:

—No me disparará.

Ése es el problema de la religión hoy día. Que tanto blandengue indulgente y tanto alfeñique meapilas con ganas de hacer el bien ha debilitado la imagen del clero. La insolencia de Cosmo, no obstante, me deja pasmado. Si alguien se toma el trabajo de amenazarte, está pero que muy feo no darse por amenazado. Yo en su posición, aunque no me tomara en serio la amenaza, al menos diría vale, sí, tienes toda la razón, y luego, una vez desesposado y desatracado, me lo tomaría a chirigota.

—Te has precipitado, Cosmo. No lo has pensado como es debido. Si antes no deseaba dispararte, ahora me veo en la obligación de hacerlo para demostrarte que no voy de farol.

—No lo hará.

Casi acierta. Erré el blanco tres veces. Mi intención era dispararle justo en la base de los dedos del pie derecho, para que doliera, pero que no corriera riesgo de desangrarse mortalmente. Ordeno a Gamay y Muscat que se sienten sobre él para que deje de retorcerse y le disparo a través de la bota.

Sorprendentemente, Cosmo se sorprende de que le haya disparado. Su semblante se debate entre la incredulidad y el dolor.

—¿Por qué me ha disparado? —aúlla.

Mientras nos alejamos en el coche, me siento en parte satisfecho por haber actuado con firmeza y en parte insatisfecho por tener que vivir en un mundo dominado por las armas. Hemos dejado a Cosmo tirado en el quinto infierno, cosa que tal vez resulte peor castigo que el disparo. ¿Se irá de Florida despavorido o correrá a por una automática con la que volarme los sesos? Capaz lo veo. Pero quien no se arriesga, no gana.

Unos diez kilómetros más adelante sufrimos una avería. Fallo eléctrico. Dos horas más tarde seguimos en el sitio, recibiendo llamadas de los de auxilio en carretera cada quince minutos para decir que no nos localizan. Sé que hay un par de cosas básicas que comprobar en estos casos, y Muscat y Gamay saben tanto de automoción como yo. Nos quedamos los tres plantados mirando fijamente el motor, como es de rigor cuando un motor o un mecanismo cualquiera se estropean y uno ignora cómo repararlos. Se queda uno mirándolos virilmente como si estuviera barajando múltiples soluciones, cuando en realidad está aguardando a que acuda el auxilio. Es una perra bofetada a nuestra masculinidad, y ponemos todo nuestro empeño en que no se note.

Muy a lo lejos vislumbro un autocar. Podría ser mi oportunidad de ver cómo se llevan a Cosmo hacia Miami. Paso un mal trago. Si hubiera algo que me llamara a volver, desistiría y me volvería.

Pasan otras dos horas hasta que nos recogen. Me asalta una gran tentación de liarme a tiros con los de auxilio en carretera, pero comprendo que, por gratificante que ello fuera, y por inestimable que dicho acto se considerara en cuanto opinión sobre la calidad del servicio, no contribuirá a mi deificación. Hay que ser unidireccional, amigos.

Cuando por fin llego a casa es ya muy tarde y me sorprende al ver a uno de los operarios, el carpintero, sentado viendo la televisión junto a un bombón medio en cueros, bebiendo lo que nuevamente guarda gran parecido con la cerveza de Sixto. Mi aparición enoja al carpintero que, pretextando haber olvidado una herramienta, abandona la estancia acompañado por el perplejo bombón. Aún quedan dos o tres

habitaciones libres en casa de Sixto y seguramente el carpintero habrá recurrido a la clásica añagaza del «vente conmigo a mi mansión». Me indigna que un sujeto que ni siquiera es inquilino de la casa pretenda dárselas de propietario. Para eso ya estoy yo.



Discurro posibles milagros. Descarto andar sobre las aguas por demasiado dificultoso, amén de algo superfluo. Efectista, sí, pero ¿de qué le sirve a nadie? Devolver la vista al ciego, resucitar a los muertos: son los milagros que procuran atención, los servicios que desea el respetable.

Bajo a prepararme mi virtuoso desayuno. Me encuentro a Gulin en la cocina, encaramada a una silla tambaleante intentando cambiar un fluorescente. Intervengo por caballerosidad y porque, tras quince años en el sector de la iluminación, ésa sí es tarea de la que me veo capaz.

Pero resulta que no consigo apañármelas, por lo que me alegro de no haber mencionado los quince años en el sector de la iluminación.

Mientras tomamos un té, Gulin y yo intercambiamos biografías (yo era vendedor de electrodomésticos). Ella es turca, había sido maestra en su país hasta que hace diez años se plantó en Los Angeles, sin permiso de trabajo, sin trabajo, sin contactos, sin amigos y con trescientos dólares en el bolsillo y a lo sumo otras tantas palabras de inglés. Cualquiera que conozca Los Ángeles, en mi opinión se cuadraría ante ella. Gulin tiene en su haber miles de anécdotas sobre los ricos y famosos a cuyos hijos cuidó, ricos y famosos para quienes, naturalmente, no fue nada grato trabajar. Luego contrajo matrimonio, con un turco.

—Nos fuimos de luna de miel a Las Vegas. La luna de miel fue un acierto, casarnos, no.

Su marido es guardia de seguridad. De los guardias de seguridad se conocen infinidad de historias, ninguna de ellas buena.

—¿Estás divorciada?

—No puedo divorciarme. —Explica que tuvo que salir de Los Ángeles a escape, porque su marido la quería matar. En boca de otra mujer la historia pudiera sonar excesiva, pero una chica que tiene el valor de plantarse sola en Los Ángeles no puede ser muy dada a la histeria ni a la exageración—. Está muy disgustado. No ha querido aceptar mi marcha.

Comprendo.

El turco y yo somos almas gemelas. Lo estoy viendo. Emigras a América, trabajas como un burro, te tiras años comiendo pasta con queso y espinacas en lata, y en lugar de triunfar como tus otros paisanos que emigraron a América, tu primo Mehmet, sin ir más lejos, terminas en un trabajo sin porvenir alguno con el que sacas lo justo para hamburguesas, para el cine los fines de semana y el viaje de visita a tu país cada dos

años caso de que no tengas reparo en admitir que no has triunfado en la vida. Lo único positivo es tu mujer, a la que ya no aguantas, pero que no deja de ser tu mujer. Cuando uno advierte que esta vida ya no da más de sí, que no ha sido designado para nada que valga la pena, las reacciones de rigor son tres: darse por vencido y abandonarse a la televisión o a la bebida, jugárselo descabelladamente a los dados como yo he hecho u optar por pagarla con otro.

Reconozco, y no por primera vez, que las mujeres son más fuertes. Cuando sus asuntos terrenos no progresan como a ellas les gustaría, salen adelante. Los hombres, en líneas generales, no. La solución de Gulin, desaparecer de la noche a la mañana, es la única factible. ¿Ir a la policía? ¿La ha amenazado? No. ¿Le ha pegado? No. ¿Por qué cree que podría atentar contra su vida? Porque lo conozco. Los polizontes tomarían nota sólo cuando los sesos de Gulin estuvieran ya estampados en la pared.

Gulin es una mujer robusta, tan robusta de constitución que no puedo evitar elucubrar que se podría folletear con ella, en plan salvaje, a lo perrito, sin terminar a quince metros del punto de partida. Pero eso me lo planteo desde un punto de vista académico, teórico, porque este asunto del virtuosismo al final acaba enganchando de mala manera. Comienzo a estar por encima de los placeres mundanos y la servidumbre al pene.

Ni que decir tiene que la edad contribuye a esa abstinencia. Cuando tienes dieciocho años y eres varón, lo único que deseas en la vida es comer pollo frito y copular hasta perder el sentido, pero a estas alturas puedo dejarlo o tomarlo, lo cual resulta paradójico teniendo en cuenta que el verdadero objetivo de mi plan es hacer acopio de placeres y ligar como un loco.



Finalmente, tengo noticias del hierofante.

—Eres un alma servicial —me dice, cuando le confirmo la correcta marcha de su parroquia.

Me llama desde Cleveland para informarme de que aún tardará un tiempo en regresar. Su madre todavía está muy enferma. Suena cansado y menciona que la Iglesia evangelista está tratando de llevarlo a su redil.

—Su parroquia ocupa el número sesenta y siete en la lista de iglesias más populares del país. Siempre he deseado entrar en esa lista. En fin, bástenos con el Señor. No es bueno obsesionarse con esas iglesias populares regentadas por fornicadores y cocainómanos. A nosotros debiera bastarnos con el Señor, Tyndale. Y tú has demostrado que más vale lento pero seguro que fantasmón vendehúmos.

—¿Y eso es bueno?

—Fantasmones ya he tenido bastantes. Te vienen prometiendo el oro y el moro y luego se esfuman sin cumplir sus promesas. A otros yo mismo me encargué de darles

la patada. Tú eres como la tarda tortuga, lenta pero segura, y terminas lo que empiezas.

Su fe me deja bastante conmovido. Lento no es precisamente el cumplido al que yo aspiraría, pero un cumplido nunca cae en saco roto.

—Necesitamos poner más empeño con los que aún no tienen religión — reflexiona el hierofante—. Quizá debiéramos fundar una asociación juvenil cristiana. Sería un buen modo de acceder a esa lista de iglesias más populares. De avanzar hacia el futuro.

¿Debiéramos? Se refiere a que un servidor se eche a la calle y se parta los cuernos apartando a los chavales de todas las cosas que más les interesan.

—Me parece muy buena idea, Gene. Justo el otro día pensaba para mí que sería un buen modo de avanzar hacia el futuro.

—Eso es, Tyndale, tenemos que seguir dando pasos adelante. Atento a los enanos gigantes.

¿Por qué todo el mundo encuentra tan maravilloso eso de dar un paso adelante? ¿Y si por delante tienes un despeñadero de trescientos metros terminado en rocas puntiagudas? ¿Y si detrás tienes una cama bien cómoda? ¿Y a qué ese cuento de la lista de iglesias más populares? ¿Por qué no puedes decir que tu iglesia es popular y punto? Tratándose de gente religiosa, tu palabra debería bastarles, ¿no? Y si es obligatorio verificarlo, se espanta a la parroquia unas semanas y que así se dispare del puesto cuatro al cuarenta y cuatro. Un aumento del mil por cien. A ver quién es el guapo que supera ese crecimiento, señores buscafeligreses...

¿Regresará algún día el hierofante? ¿O lo captarán los evangelistas? Es un luchador, pero todos tenemos un límite. A los atletas les pasa. Tan pronto son campeones mundiales como no hay quien los saque de la cama. Con los predicadores pasa lo mismo.

El hierofante tiene sesenta y seis años y, después de haber estado al cargo del timón en su ausencia, doy fe de que su iglesia no va a ninguna parte. Si los evangelistas de Ohio le ofrecen un buen chollo como sargento instructor, ¿por qué no aceptarlo? Yo estaría encantado.

Reflexiono sobre el fracaso de mi vida anterior a Miami y sobre lo extraño que resulta hallarme ahora aquí, sin blanca todavía, pero al calor del negocio religioso. Al calor del sol.

¿Por qué no conseguiría abrirme camino en mi país? Me diréis, Tyndale, bonito, bien podrías haber hecho algo para salir de aquel muermo de trabajo. A ver, ¿qué hiciste?, ¿eh? Y yo os diré, pues claro que hice algo. Hice algo mucho. Mandé solicitudes para ofertas de trabajo de todo tipo. Me tiré tres meses estudiando árabe por si surgía una colocación en Dubai. Y tres meses estudiando checo por si me mandaban a las nuevas oficinas de Praga. Me apunté al consabido club de golf, y bien

cara que me salió la puñetera broma. Por eso da tanta rabia. Podría haberme quedado de brazos cruzados, evitarme el gasto, y fracasado de todos modos.

Se presentan los Reinhold para felicitar me por la marcha de Cosmo.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntan.

Encojo los hombros con modestia. Han traído flores para la iglesia, un ramo bueno, bonito y caro. Hubiera preferido algo contante y sonante. Necesito vestimenta nueva, algo más en consonancia con Miami. Pero me alegra haber realizado una buena obra, por pequeña que sea.

Cuando vuelvo a casa de Sixto, me encuentro a Gulin patrullando la calle, con gesto apenado.

Su gato, *Orinoco*, ha desaparecido. Se dio a la fuga aprovechando que los albañiles estaban cambiando una ventana. Siempre me han desagradado los gatos, pero *Orinoco* es tan obediente y tan bueno que me ha dado por acariciarle el lomo cuando nadie me ve. *Orinoco* sabe algo. Hay una gran sabiduría encerrada en ese gato.

Aunque nunca he tenido gatos y cuento con un saldo de décadas de animosidad félida, aseguro a Gulin con la mayor de las firmezas que no tiene nada de que preocuparse. No sé de dónde sacamos todos esa necesidad imperiosa de hablar con autoridad sobre temas de los que no sabemos nada en absoluto.

Llama por teléfono Gamay de parte de los dioses del ritmo.

—Oye, Tyndale, socio, estaba aquí organizando mi agenda y quería saber si debo dejarme algún día libre para la ceremonia de entrada en la organización.

—Tú no escuchas, ¿verdad?

—No, *brother*, lo que quiero decir es que no me gustaría complicarte la vida, que no vayas a planear tú algo y luego resulte que yo ya tenía otros planes.

—No me llames por teléfono.

—Okey. Entendido. Entendido. *Totalism*. Pero antes de colgar, sólo quería decirte que si es por plazas, o sea... que si sólo hay sitio para una persona... y no dos, que, vaya, que ese problema no es problema. Muscat es muy descuidado cuando limpia su pistola.

—Ahora voy a colgar. Te lo digo para que cuando dejes de oírme entiendas que no se trata de una avería técnica, que es que te he colgado.

¿Esperarán recompensa por haber hecho una sola cosa bien? ¿Qué esperan? ¿Una medalla? ¿Un uniforme? ¿Un *Manual de iniciación en el crimen multinacional*? No sé qué hacer con esos diyéis. Momentáneamente, me parecieron una buena solución para deshacerme de Cosmo; pero ahora me doy cuenta de que podrían acarrear más complicaciones que el propio Cosmo. He observado que la gente se altera mucho cuando se siente engañada, especialmente cuando la han engañado de verdad.

Como Gamay y Muscat descubran que soy un advenedizo llegado del otro lado

del charco, las cosas se pondrán pero que muy feas.

Muscat llama por teléfono.

—Tyndale, soy Muscat. ¿Sabes la misión esa que nos encomendaste?

Como si uno pudiera olvidar así como así una petición de secuestro. Me conmueve que tenga una visión tan satánica de mi persona.

—Sólo quería decirte que agradecemos la oportunidad que nos diste. Gracias por pensar en nosotros y, este..., si necesitas que, este..., que le metamos miedo a alguien, pero que le metamos miedo con todas las de la ley, aquí nos tienes... mejor dicho, aquí me tienes. Ya sé que de dinero no se ha hablado aún, pero puedo hacerte un precio muy ajustado...

Le digo que tendrá que esperar.

—Actuar es fácil. Lo difícil es no actuar. Es posible que no volváis a tener noticias mías en seis meses. Si no esperáis, si no soportáis la disciplina, puerta. — Quizá pierdan la paciencia o los metan en la cárcel.



Una de las pocas ventajas de tener trabajo es que te obliga a salir de la cama. Si no se tiene obligación de salir de la cama, a veces cuesta convencerse de la necesidad de levantarse. Muchas mañanas me quedo acostado rezando con todas mis fuerzas, aunque no crea en Dios. Rezo por la felicidad de todos.

Quisiera que todo el mundo fuera feliz, a excepción de algunos asesinos, de mis antiguos jefes y de los banqueros. De verdad me gustaría que todo el mundo fuera feliz. ¿Por qué no nos pueden conceder felicidad a todos, o al menos a la mayoría de nosotros? ¿Por qué tiene que ser todo tan difícil? Si contamos con todos los elementos para una vida en condiciones. Igual con la soledad. Es absurdo que exista, porque por deforme o raro que seas, alguien habrá ahí fuera que sea como tú; o, si lo preferís, alguien habrá ahí fuera que no sea como tú.

Rezo con todas mis fuerzas, porque no hay otra cosa que hacer, pero al final me entran ganas de tomar un té. Abajo me encuentro con Gulin, ya abatida por lo de *Orinoco*.

—Cuatro días hace que desapareció.

Naturalmente, doy por hecho que *Orinoco* ha expirado conforme al protocolo felino: arrollado por algún vehículo o devorado por algún extraño colectivo inmigrante. Gulin se ha recorrido todo el barrio, ha colgado avisos por todas partes y preguntado por su gato, pero en vano.

—¿Qué se puede hacer? —suspira.

Está muy deprimida, y precisamente porque se esfuerza en que no se le note y porque no pide ayuda, decido ofrecerme voluntario y participar en la batida. Se me entrega una foto de *Orinoco* y se me indica que me desplace a unas manzanas de la

casa de Sixto, zona que aún no ha rastreado. Al emprender la investigación, reparo en que deambular por las calles preguntando por un gato podría resultar sospechoso.

La zona por la que estoy patrullando es de una categoría notablemente inferior a la de Sixto. No es la zona más golosa para ladrones o allanadores de moradas, pero me pregunto si algún vecino encontraría mi búsqueda plausible. Craso error pensar de manera derrotista. Curioso que los pensamientos optimistas como «Voy a ganar a la lotería», «Tengo el ascenso en el bote» o «Voy a encontrar aquel bargueño antiguo tan ideal» rara vez acierten, pero pensamientos como «Me van a timar» den en el clavo.

Un señor rechoncho está regando su jardín. Le refiero mi misión y me mira con perplejidad. El Regante no habla inglés, y yo tampoco el suficiente español como para tender un puente en spanglish. Le muestro la foto de *Orinoco* y, en lugar de decirme que no con la cabeza, me indica por señas que le siga.

Rodeamos la casa hasta llegar al jardín posterior, profusamente cubierto de vegetación, y discurrimos por un estrecho caminillo que conduce a un cobertizo. Desde la carretera ya no me ve nadie, desde ninguna parte, vaya. Siento cierto desasosiego, pero ya he preguntado por el gato, así que no vendría a cuento darse la vuelta.

Entro en el cobertizo por detrás del Regante. En una caja de cartón hay cinco gatitos pelirrojos. El Regante agarra dos de ellos y me los ofrece con un gesto como diciendo «son tuyos». Lo último que deseo en la vida son dos gatitos. Sonrío, sacudo la cabeza y pronuncio la palabra «no».

«No» es una palabra muy cosmopolita, muy cómoda de emplear ya sea en Alaska como en Cabo de Hornos. Una palabra que millones de terrícolas entienden. Entender no siempre es bueno. Añado un «gracias» al no, pero el «no» ya ha hecho su efecto.

El Regante se ha enojado. Se ha enojado de tal manera que ya debía de estar encabronado por algo antes de que entrara yo inquisitivamente en escena. Grita. Prorrumpe en una nueva salva de gritos que deja en mantillas la anterior. Tengo la impresión de que ni su ira ni sus gesticulaciones de odio alcanzarían tal extremo si me hubiera cargado a toda su familia. Estoy ya reculando, con la mejor de mis sonrisas, cuando el tipo saca una pistola, me agarra del pelo y me mete el arma en la oreja con tanta violencia que si no llego a estar petrificado por el pánico habría visto las estrellas.

Y yo me pregunto: ¿a qué se debe tanta ira? ¿Sentirá que he ultrajado a sus gatitos y, por extensión, a su persona? ¿Que he hurgado en el fondo de mi gáznate para lanzar el esputo resultante contra su generosidad? ¿Cómo se explica que ese señor tenga un arma guardada en un cobertizo lleno de gatitos? ¿Será simplemente un tipo previsor que tiene armas de fuego ocultas por todo el domicilio en puntos estratégicos y de fácil acceso?

Nunca he sentido tanto miedo. Voy a morir y me cago encima, aunque estoy tan

distraído con mi pánico que me trae sin cuidado. El Regante sigue desgañitándose un buen rato, pero al final deduzco que si no me ha pegado ya un tiro no es porque sienta respeto alguno por la vida o temor a algún castigo, sino porque si me pega un tiro se verá obligado a ocuparse de cavar una fosa o cargar con mi cadáver hasta los Everglades. No es que conociera a fondo al tipo, pero sé que en el fondo eso es lo que estaba pensando.

El camino de vuelta a casa fue muy molesto.



—¿Qué te ha pasado? —comenta Gulin al día siguiente al reparar en mi oreja hecha papilla.

El incidente me ha conmocionado de tal manera que no digo nada al respecto para no verme obligado a recordarlo. Dudo de que viva lo suficiente como para encontrarlo gracioso algún día.

Sixto está parlamentando serenamente con los albañiles:

—Sólo quiero que las ventanas se parezcan lo más posible a las que había antes. No tienen por qué ser atómicamente exactas, pero pongamos que lo suficientemente parecidas como para que una persona con una capacidad de observación normal no note la diferencia a seis metros de distancia. —Es imposible discernir si su súplica está siendo atendida.

Encima del dolor de oreja, llevo la ropa interior húmeda porque se nos ha estropeado la secadora. Cuando estoy enfrascado elaborando la nueva teoría de que nadie disfruta en la vida, de que eso es una quimera, un unicornio, Gamay y Muscat llaman por teléfono para ofrecerme más pruebas que la corroboran.

—Os dije que tendríais que esperar.

—Tyndale, ésta no es una llamada de trabajo. Para nada. Queremos tomar una copa, socio. Un *coffee* o algo.

Es evidente que Gamay no haría carrera como embustero. Creí que iban a dejarme en paz unas semanas al menos. Quizá deba optar por una medida drástica para deshacerme de ellos en lugar de confiar en que se evaporen.

Acordamos vernos en un pijotero bar de Frankfurt de su elección, Dogma.

—Y ahora la secadora —anuncia Sixto, agarrando el teléfono. Mientras estoy preparándome el café oigo una serie de exclamaciones salir por su boca: «cuánto, cuándo, disculpe, cuánto». Compadezco a Sixto. No entiendo cómo hay gente de nuestra edad o incluso más joven que puede gobernar un país. Yo, al igual que Sixto, con gobernar una casa ya estaría agobiado.

—Es increíble lo que me quieren cobrar —exclama Sixto—. Y luego dicen que los *cowboys* de la cocaína están arruinando el país. El técnico viene mañana a las tres. ¿Habrá alguien en casa?

—No necesitas un técnico —dice Gulin—, seguro que con cambiar el circuito basta. Ya te lo busco yo.

Sixto y yo nos miramos como dos chavales cuyos deberes se hubieran hecho solos, como por arte de magia.

—Bueno —dice Sixto.

—Yo te la arreglo —dice Gulin.

Contra todo pronóstico, Gamay y Muscat están esperándome en Dogma. Mala señal.

—Me alegro de que llamarais —les digo, cuando nadie nos escucha.

«Me alegro de que llamarais» es justo lo que uno ha de decir cuando piensa lo contrario. Es una estratagema que aprendí de Bamford. Genial para desconcertar al otro. Pero siempre evitando el menor ápice de sarcasmo o falsedad, de lo contrario no surte efecto. Y con una sonrisa. La sonrisa que no falte, y que tampoco falte un gracias para quien te ofrece una mierda pinchada en un palo. Tal vez eso le lleve a dudar de si lo que te tendía era una mierda pinchada en un palo de verdad. Las cuentas las arreglas después, cuando se hayan dado la vuelta.

Me quedo mirando a Gamay y Muscat viril y detenidamente.

—Es posible que tengamos que ir a la guerra.

Alarma constatar que la idea no les alarma en absoluto.

—*Imperative* —dice Gamay.

—Tú dirás —dice Muscat.

—Necesito que desenterréis... ciertas herramientas.

Les entrego un croquis con la localización de un falso escondrijo de armas en los Everglades. Deliberaré largamente sobre el grado de imprecisión con que debía dibujar dicho croquis. Si me pasaba de impreciso, hasta Gamay y Muscat podrían adivinar que les estaba tomando el pelo. Por otra parte, un exceso de detalle tal vez los hiciera regresar para lamentarse de que a cien metros de la tienda de souvenirs no hubiera ningún maldito roble. Lo que yo quiero es tenerlos entretenidos varios días vadeando entre pantanos llenos de peligros hasta que se harden o tengan un percance y tiren la toalla.

Gamay y Muscat están entusiasmados. Supongo que todos albergamos el deseo de poseer información secreta, de vivir clandestinamente como forajidos, sobre todo si nos pagan bien por ello.

—Es vuestra prueba de fuego, así que no la pifiéis —advierto, poniéndome en pie sin intención alguna de pagar las consumiciones. Me oigo a mí mismo decir—: No os estoy haciendo un kennedy.

De vuelta en casa de Sixto, me encuentro a Gulin en el garaje, diseccionando la secadora. La disección no progresa todo lo bien que debiera —Gulin mira furibunda y desafiante el nuevo circuito—, pero es evidente que conseguirá su propósito. Lleva

puesta una camiseta morada que deja al descubierto el tatuaje de un estilizado pájaro en su hombro derecho. Algún símbolo, supongo. ¿Vivo? ¿Muerto? Sobre los tatuajes nunca se pregunta.

Me sorprende el tatuaje; habría dicho que Gulin tenía esas cosas por gastos superfluos. No lleva hechos los agujeros en las orejas y, aun sin ser un experto, diría que los cosméticos rara vez pasan por su rostro.

—Ahí tienes una nueva profesión —digo, por animarla y sacar conversación.

Su empeño es una lección de humildad. Había tantos obstáculos que salvar por el camino: evaluar el tipo de circuito necesario. Encontrar un establecimiento que venda circuitos. Encontrar el circuito en el establecimiento que vende circuitos. Adquirir el circuito adecuado. Adquirir el circuito adecuado al precio adecuado. Adquirir el circuito adecuado al precio adecuado y que funcione adecuadamente. Abrir la secadora. Etcétera, etcétera. Sé que yo no podría, que eso podría conmigo. Mi proyecto divino, sin embargo, es posible que salga adelante, dado que no exige conectar ni desatornillar nada.

No sé qué será más útil, si permanecer a su lado apoyándola con mi presencia o irme y dejarla que trastea a sus anchas con la secadora. Opto por adjudicarle unos risueños minutos como suscribiendo ambas alternativas.

—Difícil no es —dice—. Tan difícil no es.

—¿Cómo va esa búsqueda de trabajo?

—Lenta. Contactos. Contactos.

—¿Qué te gustaría hacer?

—¿Qué me gustaría hacer? —Gulin consulta las instrucciones de instalación del aparato—. Me gustaría ser periodista. Pero de eso ya me puedo olvidar. Contactos. Contactos.

Es cierto. Claro que echarle las culpas al prójimo y lamentarse es la cantinela de desidiosos, flojos, tontos y llorones. Yo no tenía X. Yo no tenía Y. Pero lo de Gulin es distinto. Me hallo en presencia de una mujer dura de verdad. Una mujer de palabra. ¿Cuántas veces habéis oído decir eso de ya te lo arreglo yo y que la cosa luego se quede tal cual? A las cuatro horas de su declaración, Gulin ya está destornillador en ristre. Cuando Gulin habla de contactos, no está lamentándose, sino constatando un hecho. Y una realidad. ¿Cuál es la diferencia entre estar de pie en un garaje lleno de polvo luchando con un circuito (de balde, por ahorrarle a otro unos billetes) y estar sentado en un despacho forrado de roble ganando a coche por hora, pegues sello o no? Un amigo de la escuela. Un tío. Alguien que conociste en un tren.

Naturalmente, para que te toque la lotería, tienes que comprar un número de la lotería. Y puedes trabajar a destajo para comprar números a montones, si te lo propones puedes comprar montones de números. Puedes comprar montones de números y que no te toque nada.



*Orinoco* ha regresado, un tanto mohíno. No estoy molesto con el gato, porque estuviera donde estuviera el animal, decididamente no es culpa suya. *Orinoco* no es de esa clase de gatos. Gulin está más animada desde que él ha vuelto, pero contrariada porque le han ofrecido un puesto de canguro, pero como no tiene coche, combinando autobús y caminata el trayecto hasta el domicilio en cuestión le llevaría tres horas. Gulin estaría dispuesta a aceptarlo, porque es así de dura, pero no puede complacer a sus jefes llegando lo temprano que ellos quisieran, y ellos no están dispuestos a contratarla como interna.

Gulin no dispone de dinero suficiente para alquilar alojamiento más cerca (Sixto le ha ofrecido la habitación gratis hasta que encuentre empleo). El coche lo dejó en Los Angeles pensando que podrían seguirle la pista e hizo el viaje en avión hasta Orlando, alquiló un vehículo, vino en él hasta Miami, dejó sus bártulos y luego depositó el vehículo alquilado en Tampa, confiando en haber borrado todo rastro de sus movimientos.

Éstas son las cosas que me sulfuran. Estamos ante una persona decente, esa *rara avis*, una persona dispuesta a trabajar, una persona a quien no se le caen los anillos por desempeñar un trabajo inferior, duro y mal remunerado, pero a quien le resulta imposible llegar hasta su lugar de trabajo, y hasta que llegue no juntará a duras penas el dinero necesario para llegar. Gulin es la única persona en este domicilio interesada en trabajar honradamente, y no va a poder por una cuestión de transporte.

—Oye, si quieres te presto mi coche —le digo. Sixto dispone de dos automóviles, pero el que no necesita lo ha prestado y no sabe cuándo se lo devolverán.

—No —dice.

Educadamente, acierta a rechazar el ofrecimiento dos veces, pero está tan desesperada que la tercera se le resiste. Para la mayoría de mis desplazamientos obligados puedo utilizar el transporte público, que no está nada mal, sólo que, como todo transporte público, goza de gran aceptación entre dementes, yonquis y bordes en general. Vayas a donde vayas es notorio que los más escandalosos son siempre los imbéciles y los ignorantes. No pueden hablar, tienen que dar gritos, y siempre te los encuentras en el transporte público. Por otra parte, no me importa mover un poco las piernas; al contrario de la mayoría de habitantes de esta ciudad, que para evitar un paseo de cinco minutos se pueden pasar media hora metidos en el coche.

Gulin se marcha con la intención de probar el trayecto hasta su trabajo. Aparece entonces Sixto y examina las ventanas recién instaladas. Pasa la mano por la pintura.

—Cualquiera diría que había que reinventar el concepto de ventana. Han tardado cuatro meses en cambiar sólo dos de ellas. Y eso que los muy payasos venían recomendados.

Entonces no sé por qué se me ocurre preguntar, me arrepiento al momento:

—¿Has probado a ver si se abren?

Sixto no sabe expresar ira, lo cual resulta original en alguien de extracción cubana. No grita, ni dice palabrotas, ni hace aspavientos con las manos ni arroja objetos. Tuerce un poco el gesto y resopla mientras entre los dos intentamos, inútilmente, abrir las ventanas aunque sea una rendija.

—¿Sabes lo peor del caso? Que podría hacer que liquidaran a esos tipos si me diera la gana. Una llamada telefónica, y volando me envían a un asesor táctico: bang, bang. Ahí está lo duro del caso. Una llamada. Una simple llamada. De verdad, podría hacer que los mataran, sin dar explicaciones. Lo que cuesta tener que contenerse.

Sixto da vueltas por la cocina, cabeceando y resoplando, al tiempo que mantiene, supongo, conversaciones de naturaleza hostil e imaginaria con instaladores de ventanas.



En Collins Avenue, un hombre con el torso al descubierto que es como una V de pétreos pectorales y lleva pantalones blancos de marinero me tiende un sobrecito de plástico. El tipo da brincos por la acera, repartiendo los sobrecitos entre los transeúntes. Tengo por costumbre aceptar todo folleto o artículo que me ofrecen por la calle porque cuando te has visto en la necesidad de aceptar un trabajo de esas características, ya nunca más vuelves a rechazar ningún folleto o artículo de los que te ofrecen por la calle.

El sobrecito contiene una sustancia transparente que a tenor del envoltorio se trata de un lubricante personal. Dado que no tengo plan inmediato de sodomizar a nadie, me quedo sin saber qué hacer con el sobrecito.

Después de tomar mis dos buenos cafés con leche y un excepcional bocadillo de atún con huevo en el Loews Hotel estoy a punto de irme sin pagar, cuando recibo una llamada telefónica de Gamay y Muscat. Como no había vuelto a saber de ellos en una semana, concluí felizmente que habrían desistido de ingresar en una multinacional del crimen organizado.

—Tenemos las herramientas —anuncia Gamay, tan ufano como un adolescente que se hubiera acostado con tres pimpollos en una misma noche.

Me quedo perplejo. Tontamente, los cito en la iglesia. Gamay y Muscat entran en el despacho tirando a duras penas de un voluminoso contenedor metálico. Luego salen y entran de nuevo jadeantes con otros dos contenedores, sudando la gota gorda. No dicen una palabra pero me miran sonriendo de oreja a oreja.

No me queda opción. Abro los pestillos del contenedor de arriba. Dentro descubro una masa de arpillera negra, que contiene un objeto pesado. Retiro la arpillera y me encuentro con una metralleta en la mano. Si los tres contenedores van llenos, en total puede haber tres docenas de ellas. Me tengo por persona de verbo

fácil, pero me he quedado sin palabras.

—No fue fácil —afirma Gamay feliz y contento—. El croquis no era muy bueno, socio. Pero nosotros somos gente de palabra.

Examino la ametralladora. No me gustan las armas. Dicen que son los hombres quienes matan a los hombres, no las armas. Pero no es cierto, por mucho que un hombre desee matar, es el arma lo que mata. Estoy bastante cansado de la vida, pero me entra miedo. Esos contenedores albergan en su interior una ilegalidad y un peligro que no guarda proporción alguna con su volumen.

—Me habéis decepcionado de mala manera, chicos —digo.

Los dioses del ritmo no saben cómo tomárselo. ¿Será ironía propia del crimen multinacional?

—Estas metralletas no son nuestras. No sé de dónde las habréis sacado. Pero yo que vosotros las devolvería a su sitio ahora mismo, porque podría ser que sus propietarios se enfadaran mucho. Los enterradores de armas no se caracterizan especialmente por su sentido del humor. Ni por vacilar a la hora de apretar el gatillo contra ex diyéis, la verdad sea dicha.

—Muscat, ¿por qué nos haces quedar en ridículo de esta manera? —dice Gamay.

—¿Yo? —salta Muscat.

A mí, naturalmente, no me interesa en absoluto oír cómo se echan la culpa el uno al otro, pero no tengo más remedio que oírlo.

—¿Para qué haces perder el tiempo a Tyndale? Si es que eres un blandengue. — Gamay sale hecho una furia del despacho y regresa con una cajita—. Creí que había quedado claro quién era el malo aquí —prosigue y abre la cajita, que en su interior contiene dos escorpiones—. Ahora veremos quién es el duro aquí.

Gamay agarra un escorpión y lo balancea frente a sus posaderas.

—Ni se te ocurra —exclama Muscat.

Pero Gamay deja caer al desventurado escorpión en el interior de traserolandia y a continuación planta sus posaderas en una silla, con considerable fruición y gran crujido. Lo siento en el alma por el pobre escorpión. Gamay aúlla como si acabara de echarse al colete un coscorrón de tequila y extrae un amasijo de restos de sus partes pudendas.

De niño soñé muchas cosas, pero nunca que me vería sentado en una iglesia renqueante, esforzándome vanamente por hacerme pasar por Dios, rodeado por un arsenal de armas, mientras un tontolaba aplastaba un escorpión con el trasero en un intento de ser reclutado por una inexistente multinacional del crimen organizado. Viva lo Inesperado.

Reflexionemos sobre el numerito de Gamay. ¿Quién va por la vida con dos escorpiones vivos encima? Uno sólo hace eso si piensa montar un numerito. Una vez más, no consigo adivinar qué trampa habrá hecho Gamay, pero estoy convencido de

que no se ha expuesto a dolor ni esfuerzo de consideración: no es su estilo. El hecho de que escogiera el escorpión más grande confirma, en mi opinión, que ha habido tongo.

Los escorpiones varían en índice de peligrosidad y, además, puedes extraerles el veneno como a las serpientes. Estoy capacitado para hablar con cierta autoridad sobre este tema, ya que un vecino mío invirtió en una empresa que se dedicaba a fabricar bozales para serpientes. Es más, dado que el ataque del escorpión se basa en perforar la piel, bastaría un ínfimo corte en la punta del aguijón para que éste dejara de ser una aguja hipodérmica. Además, Gamay no nos ha brindado la oportunidad de examinar al animalito hasta una vez desfigurado por salva sea la parte.

—Eres el más duro —conviene Muscat—, el más duro y el más loco. —Gamay tiene la desfachatez de ofrecerme el otro escorpión.

Ordeno a los diyéis que retiren el armamento de mi despacho. Sé que se limitarán a esconderlo bajo la cama, pero estoy deseando perderlos de vista.

—Esto queda clasificado como información reservada —advierto— y yo me reservo el derecho a no saber nada. —Refunfuñan por tener que salir cargando de nuevo con los contenedores auestas. Con lo grandes y fuertes que son, parece mentira que sean tan flojos.

—No me llaméis. No os estoy haciendo un kennedy —advierto, al tiempo que me imagino saliendo ya del país en el primer vuelo; o, quién sabe, puede que cambie mi suerte y encuentre un chollo para ir tirando el resto de mis días como bibliotecario de la penitenciaría.



A veces, tras una noche de sueño reparador ves las cosas con otra perspectiva, pero cuando te levantas hecho una ruina, imposible. Mi perdición está ahí mismo, en la mesita de noche. Me vi obligado a perder el sentido asaltando el mueble bar de Sixto, pero lo fantástico de ser abstemio es lo mucho que cunde tomarse una copa.

Me miro de refilón en el espejo. Tengo bastante pinta de loco. Es posible que esté volviéndome loco, pero quizá sea un consuelo saber que cuando te estás volviendo loco, eso es algo que te trae sin cuidado.

Como un autómatas, dirijo mis pasos hacia la iglesia y cumplo con mis deberes pastorales como un autómatas. Parece que voy a poder escapar de las consultas de la feligresía pues no se ve un alma alrededor. Justo cuando estoy echando el cierre, me saludan los Reinhold. ¿Han venido en acción de gracias? Porque por mucho que a uno lo castigue la vida, en el fondo siempre espera que alguien se le presente con un fajo de billetes.

A mi parecer no están tan contentos como debieran, e intercambiamos las cortesías de rigor en el despacho antes de pasar al desembuche.

—Te estamos agradecidos, muy agradecidos, Tyndale. No queremos que pienses que somos unos desagradecidos. Y te parecerá curioso, pero necesitamos que hagas volver a Cosmo.

No me parece curioso en absoluto. No pongo el grito en el cielo porque cuando están quemándote en la hoguera, tampoco molesta tanto que alguien de entre la muchedumbre arroje otro poco más de leña al fuego, si bien puede que te sorprenda ver quién es el que la arroja.

La hija de los Reinhold se ha desmandado por completo, su comportamiento ha empeorado incluso, de modo que quieren a Cosmo de vuelta. En la vida sólo hay una pregunta que merezca la pena hacerse: ¿está todo escrito o no? ¿Hay algo que yo pueda hacer para cambiar mi suerte o debería darme por vencido ahora mismo? ¿Los perdedores son perdedores o ganadores en potencia?

—Haré todo lo que esté en mis manos —les digo, pues mi deseo es perderlos de vista—. Pero no prometo nada.

Reinhold se deja el periódico olvidado en mi despacho. Le echo un vistazo, por escapar de mi vida un rato. El *Miami Herald* publica en primera plana una rocambolesca historia sobre el secuestro de la mujer del jefe de policía del condado de Dade y de la hija adolescente de ambos. Cuando iban de excursión a los Everglades, madre e hija habían sido secuestradas por dos corpulentos individuos de raza blanca. En lugar de robarles o abusar sexualmente de ellas, como temieron en un principio, les entregaron sendas palas y las obligaron a cavar hoyos durante dos días. Los secuestradores se llamaban el uno al otro «Gambón» y «Moscón». No me molesto en seguir leyendo el resto del artículo.

No se os ocurra jamás trabajar con otros.



Cuando ya estoy a punto de tomarle el gusto a la desesperación absoluta, algo bueno sucede.

Mientras estoy repartiendo bocatas de pollo entre los sin techo, Fash, el chico joven, me toca en el hombro y me tiende mi cartera, que debe de haberseme caído del bolsillo. Me quedo tan sorprendido como contrariado. Una vez te acostumbras a una doctrina de absoluta misantropía es exasperante que vengan a poner en entredicho tus principios de esa manera, porque te obligan a cuestionarte todo otra vez: ¿existirá el bien? Pierde uno tanto tiempo pensando. Una de las grandes virtudes de la religión es que proporciona respuestas, que te permite tener siempre un pensamiento y una palabra a punto. Al menos ahorra cantidad de tiempo y energía. Es como cuando vas de compras: si no sabes lo que vas buscando, puedes pasarte el día mirando, pongamos, pantalones, mientras que si lo sabes, en diez minutos los has comprado.

Y además, que no sirve de nada. El hecho de que de pronto un joven en las calles

de Miami dé muestras de honradez no va a cambiar nada. Pero te sientes culpable, te sientes mal por desdeñar esa muestra de honradez, como si no tuviera importancia (aunque no la tiene... ¿o sí?).

De vuelta en la iglesia, antes de que me dé tiempo a cerrar las puertas, se me cuela una señora de unos cincuenta y pico años. Es uno de los riesgos que se corren por ofrecer ayuda: que los necesitados vienen a pedirla. Y los no necesitados también. No obstante, me hace sentirme mejor porque ratifica mi teoría sobre los altibajos de la fortuna. Me devuelven la cartera, me toca aguantar a una exasperante señora llamada Marysia.

No recuerdo haberla visto en ningún de nuestros servicios, y a qué engañamos, reconocer a los fieles de la Iglesia del Cristo Fuertemente Armado no es tarea difícil. Barrunto que ha venido a mí porque las demás iglesias, de más categoría y prestigio, le han dado con la puerta en las narices. Todo en la tal Marysia me... exaspera. Habla con un extraño acento europeo y recalca mucho las palabras para subrayar lo bien que domina el inglés. Los estudiantes de idiomas suelen dividirse principalmente en dos categorías: el nivel taxi, de los que poseen el vocabulario suficiente para preguntar al taxista por el importe de la carrera, y el nivel chuleta.

—Iba conduciendo cuando he visto su iglesia colindando con... —¿Colindando? ¿Cuándo habéis oído a nadie emplear ese palabro? ¿Habré vivido en una torre de marfil? ¿O es que se ha puesto de moda decir colindando?

Consulto el reloj al llegar Marysia, con la intención de brindarle diez minutos y al cabo pretextar apremiantes compromisos previos. Tras recurrir en varias ocasiones a expresiones tipo «debo irme», la desfachatez con que hace caso omiso de ellas evidencia que Marysia está curtida en intentos de escape. La contrariedad salta en vano a mi semblante.

Su pesar es un nieto de dos años que padece cierto trastorno intestinal. Quién iba a imaginar que se podía hablar durante cincuenta minutos seguidos sobre las cacas de un niño. Si a mí me dicen te doy cien de los grandes si eres capaz de hablar sobre ese tema durante cincuenta minutos, intentarlo lo intento, pero seguro que a los diez minutos más o menos ya me he quedado sin palabras. Marysia cotorrea sobre el particular durante cincuenta minutos sin pausa ni vacilación, si bien con mucha repetición. Ha adquirido una singular maestría en respirar a la vez que habla. La cronometro. Nuestras tripas constituyen una parte fundamental de la existencia, pero pese a mi avezado oído, desisto a los cincuenta minutos de safari por el intestino grueso de una criatura tan intrincada que me hace sentirme como una enzima.

—Entonces el coprolito...

Adivino qué significará coprolito, pero apostaría cualquier cosa a que el doctor que trata al muchacho nunca ha oído la palabra. Marysia es de esas abuelas a las que, con tal de no oír, uno sería capaz de trasladarse al otro lado del mundo.

Es exasperante de verdad. Y el caso es que al principio no debía de ser así. Seguramente fue una niña la mar de agradable. Su propósito en la vida no era ser exasperante. No se ofreció voluntaria ni estudió para ello. Tal vez haya tomado algunas decisiones equivocadas en la vida, pero ¿y quién no? Tal vez debiera haber puesto más empeño para no metamorfosearse en la jeremías compulsiva que es, pero ¿quién no desiste alguna vez? Y cuando no hay esperanzas de redención, no hay esperanzas. Por un instante, siento lástima por ella. Pero sólo por un instante.

Normalmente, cuando se me presenta un jeremías, desconecto, me sustraigo al tiempo, me ensimismo, aunque sólo sea porque el jeremías de rigor ni siquiera se da cuenta de que estás en otra parte —el sempiterno jeremías lo que pretende es soltar su jeremiada—, pero con Marysia me es imposible. Barajo seriamente la posibilidad de simular un infarto para callarla de una vez por todas cuando le suena el móvil y se trata de algo importante que por suerte requiere su presencia en otra parte.

—¿Podría elevar una plegaria que ayude a la descarga estercorácea de mi nieto? —pregunta.

Por supuesto que puedo. Pronuncio unas palabras para aliviar el mal del pequeño León. Antes de marcharse, Marysia me tiende su tarjeta. Menuda sorpresa. La hacía bibliotecaria auxiliar en alguna biblioteca del extrarradio, pero resulta que la señora es vicepresidenta de una empresa petrolífera.

Una serie de pensamientos cruzan por mi mente.

En primer lugar: Marysia no sabe nada de petróleo. Pensaréis que ésta es una afirmación un tanto perentoria, un tanto categórica, teniendo en cuenta que he pasado una sola hora en compañía de esa señora y que nuestro solo objeto de conversación ha sido el estreñimiento. No obstante, sé que sé tanto de petróleo como Marysia. Marysia no sabe nada de petróleo.

En segundo lugar: no se trata de convertir la vida en un torneo, pero hay vencedores y no vencedores. Así de sencillo. Marysia nació con estrella. ¿Sólo porque no sepa nada de petróleo no va a poder ser vicepresidenta de una empresa petrolífera? Pero si es lo que se estila. Con tanto movimiento como hay en el mercado laboral, ¿por qué habría de ser la ignorancia un impedimento? A mí me consideraban casi un fenómeno de feria por llevar quince años en la misma empresa. Obviamente, intenté salir de ella, pero ésa es otra historia. Uno encuentra ignorancia supina por dondequiera que vaya: abogados que no saben nada de leyes, médicos que no saben nada de medicina.

A una hija de mis vecinos un verano la contrataron por quince días como recadera en una agencia de relaciones públicas. A los tres meses ya era jefa de la empresa, no porque tuviera talento ni hubiera en ella una vena ambiciosa y despiadada, sino porque la empresa pasó por una oleada de dimisiones, accidentes, embarazos y despedidas a portazos y ella, aunque no le interesaban lo más mínimo las relaciones

públicas, se puso al frente porque creyó que alguien debía hacerlo.  
Marysia se marcha. Tal vez sea el timbre de su voz.



Un día al volver a casa a altas horas de la noche, observo al otro lado de la calle, encuadrada en la oscuridad, en una habitación bien iluminada, a una pareja magreándose. O estaban demasiado ansiosos como para molestarse con las cortinas o les va el espectáculo.

La casa se alquila a turistas por temporadas. Reconozco primero al hombre: es la nueva pareja de mi ex. Desde donde estoy veo perfectamente cómo bombea: además, el frentón y el pelo cepillo son inconfundibles. Observando más detenidamente, advierto que la persona objeto de sus atenciones es mi ex mujer. Tardo en reconocerla porque no dispongo de un buen ángulo de visión y porque ha cambiado de peinado. Las mujeres se pasan la vida cambiando de imagen y luego se molestan si no las reconoces. El peor ejemplo de ello que conozco es el de Nelson, que se ligó a la hermana menor de su mujer (con la que sólo había coincidido brevemente un par de veces) y llegó con ella hasta el momento de meter la llave en la habitación del hotel. «Claro que sabía que eras tú», dijo Nelson entre risas al desvelarle la chica su identidad, pero su intento de que colara como una broma de mal gusto no le sirvió de atenuante.

En la cocina, me preparo el sustento básico del varón solitario: tostadas. Cuando subo a mi habitación y echo un vistazo, siguen en ello. El incidente podría enojarme mucho. Podría montar en cólera ante la práctica imposibilidad de que mi ex haya escogido alquilar precisamente la vivienda que se alza frente a mi domicilio de entre todos los millones de viviendas en el mercado. Podría maliciarme que lo ha hecho adrede, si no supiera que ella aún se horrorizaría más si se enterara de lo cerca que estamos el uno del otro. Por alguna razón, la supina absurdez del incidente se me antoja una provocación, como si el universo se las hubiera ingeniado para buscarme las cosquillas. Cualquier cosa antes que el caos. Y si la mala suerte no te duele, en realidad no es tan mala suerte; claro que a ver quién es el guapo que se lo toma así, pero en fin.

No tengo nada en contra del nuevo novio de Dee. Regenta una empresa que se dedica a la cría de mariquitas, lo que en un principio me llevó a pensar si no sería un desequilibrado, hasta que me enteré de que los jardineros utilizan esos insectos a modo de pesticidas. Tiene a veinte empleados en nómina. Nunca se hará rico a la manera de esos jerifaltes que disponen de ejército particular con los que uno sueña de joven, pero sí lo bastante como para disfrutar de sus vacaciones en el extranjero un par de veces al año y de su buena casa con jardín. Dee preferiría a un banquero del que poder alardear, porque a la comicidad implícita en la cría de mariquitas no hay quien escape, pero no se puede tener todo.

Tampoco estoy enfadado con Dee. Quiere ser feliz. Es comprensible. En mí no pareció encontrar el camino a la felicidad. Siento desilusión, y encuentro triste no tener nada que decirle y que ni siquiera podamos salir juntos un rato para tomar una

copa. Cuento con pocas personas con las que recordar el pasado y cada vez serán menos. No me importa que esos dos sean felices. Cuanto más felicidad haya en el mundo, mejor para todos.

Lo más triste es que no puedas hacer por gustarle a alguien, no digamos ya por que te quieran.



¿Soy yo el problema? Hace años que vengo planteándome esa pregunta.

Al principio piensas: cuando acabe los estudios, todo cambiará. Cuando me ligue a la chica esa, todo cambiará. Cuando me salga ese trabajo, todo cambiará. Cuando me case, todo cambiará, pero evidentemente cambiar no cambia nada. He reflexionado mucho sobre el particular. ¿Será mala suerte? ¿Una regla de la que nadie me ha informado? ¿Aquella página del manual de la existencia que olvidaste leer? ¿Será torpeza o vagancia por mi parte? ¿Llegaré a averiguarlo algún día?

Lo único que puedes hacer es no perder los papeles. No perder los papeles y esperar a que surja tu oportunidad. La acción no es más que espera acelerada. Lo único que se puede hacer es esperar.

El hierofante me llama por teléfono. Su madre empeora. A él ya no le cabe hacer gran cosa: de hecho, lo único que le cabe hacer es sostenerle la mano.

—Tuvo una infección y creyeron que se les iba.

Aún no ha llegado a la fase de decir: «Habría sido lo mejor para ella». Lo que eso significa generalmente es que habría sido mejor para quien lo dice. A veces sí sería mejor, pero hay que hacer el papel. Es el problema que tiene ser una persona decente. Que destroza. Más que las drogas. La panacea universal es escurrir el bulto.

La siguiente llamada proviene de la comisaría de South Beach. La señora Shepherd, nuestra amiga la de las flores, está detenida por robo. Me quedo perplejo, pero por teléfono no quieren aportar más detalles.

Antes de salir para allá, se me presenta la señora Blatt, la vecina de al lado, con una cesta llena de calabazas. Tiene no sé qué terreno en las afueras, una huerta de calabazas clandestina al parecer. Es un detalle por su parte, pero desde hace una semana en casa de Sixto no comemos más que calabazas, y aunque las calabazas son de mi agrado, en esto de las calabazas uno tiene su límite. Su obra de caridad va directa a la basura.

Llamo a Dave el Desaprensivo para pedirle consejo.

—Te veo en comisaría —insiste.

Ya en la puerta de comisaría, aguardo al Desaprensivo. Desde el otro lado de la calle llega a mis oídos el sonsonete de una prédica. Me aproximo al son de la condenación y el fuego eternos arrojados por un predicador apocalíptico de primera magnitud:

—La hoguera nunca cesa de arder. Dios quiere triunfadores, no pecadores.

Apunto la frase para plagiarla, pero no es hasta doblar la esquina y fijarme en la procedencia del sonido cuando advierto que no se trata de un predicador de carne y hueso, sino de una grabación emitida a través de un radiocasete, custodiado por la impasible figura del Profeta, con su máscara puesta. Por regla general, los predicadores ambulantes están en la calle o bien haciendo méritos o perdiéndolos, o bien ensayan el numerito o es que están locos de atar. Pero recurrir a un loro denota cierta vagancia.

—Dios desea ayudarnos. Dios desea ayudarte a ti. Con cuatro mil millones de años de experiencia a sus espaldas, Dios es capaz de concederte en este instante todo lo que has deseado en la vida, y las agentes de Dios en Miami son las Hermanas Fixico.

¿Quiénes son las Hermanas Fixico?

De pronto asoma Dave el Desaprensivo. Junto a mí está aparcado un coche patrulla de la policía, sin policías dentro.

—Un segundo —dice Dave.

Saca del bolsillo un pequeño molinete, con el que muele un poco de polvo blanco que deja caer sobre el capó del vehículo. Una cuchilla dorada divide rápidamente el polvo en dos rayas; a continuación, un esnifador metálico con forma de aspiradora aspira la primera raya. El Desaprensivo me ofrece el esnifador y, al yo declinar el ofrecimiento, se pule el resto.

Si bien es cierto que no hay policías en la costa, lo encuentro descabelladamente descabellado. Me recuerda mis salidas con Nelson, sólo que corregidas y aumentadas. Todo hay que decir que servidor tiene el valor de los muertos.

—Lo necesitaba. ¿Te han contado ya «la historia de las mil y una comisarías latinas»? —pregunta Dave—. Erase una vez una comisaría perdida en el campo. Una comisaría pequeña. Cerrada los fines de semana. Un lunes por la mañana, llegan los policías a su trabajo y la comisaría no está. Ha desaparecido, sólo los restos de cimientos atestiguan que antes se alzaba allí un edificio. La puerta principal, las sillas, las ventanas, los ladrillos, el tejado, los cables, los clavos, el letrero con el nombre de la comisaría, todo ha desaparecido. Han arramblado con la comisaría entera. Verás como te cuentan la historia mientras estés en Mia-mi. El emplazamiento varía, pero la historia siempre es la misma. Si la cuentan los colombianos, los protagonistas son ecuatorianos. «Fíjate si llegarán a ser pobres y ladrones los ecuatorianos». Los ecuatorianos la cuentan de los colombianos. Los uruguayos de los paraguayos. Y así sucesivamente.

Al otro lado de la calle, el predicador, por alguna razón, se queda sin voz. ¿Cambio de cinta?

—Y no habrá perdón, no habrá perdón cuando llegue el día —retruenca la voz—.

Pero no olvidéis que los carpinteros cobran... los mecánicos cobran... los dentistas cobran... la compañía eléctrica cobra... sin embargo Dios trabaja gratis... Dios reparte a domicilio gratis. Las Hermanas Fixico son las agentes de Dios en la Tierra.

Espléndida frase: Dios trabaja gratis. O sea que sale más barato que el paraíso a tu alcance del hierofante. Una de cal y otra de arena, ésa es la táctica básicamente. Ofreces paz y felicidad, pero lanzas al aire un poco de miedo al mismo tiempo.

—Me presentaré como tu abogado —dice Dave mientras entramos en la comisaría.

—¿Has estudiado Derecho? —le pregunto.

Me mira ofendido. Una vez dentro descubrimos el motivo por el que han detenido a la señora Shepherd.

El colectivo policial cuenta entre sus filas con algunos policías bonachones, campechanos. Pero no es el caso de la policía de Miami. Los policías de esta ciudad me dan pánico. Son todos enormes, capaces de liarse a tiros sin contemplaciones. No es que yo les afee la conducta, porque hay por ahí mucho maleante y desequilibrado suelto con su ametralladora, por no hablar de tontainas redomados.

Además te miran con esa cara como diciendo «lo sabemos». «Lo sabemos todo. No te vamos a trincar hoy, pero lo sabemos todo». Y no se equivocan, porque ¿quién no ha defraudado alguna vez al fisco o esconde su poquitín de costo? Aunque, que yo sepa, no creo que hacerse pasar por el Supremo Hacedor sea delito.

La señora Shepherd no está arrepentida, pero se alegra de verme. Me presento como el subhierofante de la Iglesia del Cristo Fuertemente Armado. Y Dave como abogado del subhierofante de la Iglesia del Cristo Fuertemente Armado. He venido trajeado, pero no consigo emanar virtud. Al verme de refilón en la puerta de cristal, observo que parezco el propietario fracasado de un local nocturno, lo cual, considerando que soy el propietario recontrafracasado de un local nocturno, ya es un paso adelante. Dave, por su parte, parece que vaya camino de cumplir condena, de veinticinco a cadena perpetua, por vinculación con el hampa y asesinato.

Pero el detective que lleva el caso es un hombre tolerante.

Sonríe a Dave como diciendo «lo sabemos todo». Han pillado a la señora Shepherd en el cementerio de Woodlawn.

Descubrimos por qué la señora Shepherd nos traía flores con tanta asiduidad. Las robaba del cementerio. Es muy probable que no la hubieran pillado de no ser porque, ante la inminente llegada de la Navidad, la señora se empeñó en cortar un pequeño abeto con un trinchavivos eléctrico y desmochado.

Observo que Dave, a pesar de tener el valor de esnifar coca del capó de un coche patrulla, recibe la noticia con tanto malestar como yo. Mal yuyu. Yuyu mayúsculo. No creo en Dios, no como una fuerza sensible a la que le preocupe que comas marisco o con qué mano te limpies el culo, pero de existir algo al otro lado, entre

bastidores... ¿robar a los muertos, cagarse en los sufridos dolientes? En menuda te has metido. Si yo fuera Dios de verdad, tomaría buena nota.

Claro que no pueden probar que la señora Shepherd haya sido la autora de todos los robos de flores perpetrados en los últimos dos años, aunque el personal del cementerio ha estado registrando sus visitas y la señora no es capaz de nombrar ni a uno solo de los difuntos cuyas lápidas dice visitar. Pero como buenos policías estos señores están interesados en esclarecer esos casos, por lo que sugieren que si confiesa su participación en alguno de los demás robos, procurarán buscarle algún que otro servicio comunitario que realizar a cambio.

—Pero si fue el hierofante quien me dijo que lo hiciera —afirma la señora Shepherd con un impresionante alarde de des-lealtad—. Y usted también —añade señalándome con la mirada. Admiro cómo la señora se ha vuelto contra nosotros sin la más mínima vacilación.

—Esto es un trágico... un trágico caso de trágico malentendido... trágicamente —resume Dave—. Agente Blaine, ¿le gusta a usted Miles Davis?

Les compramos varias entradas para «Rescuers in the Ring», un combate benéfico anual entre el cuerpo de policía y el cuerpo de bomberos, y salimos de comisaría después de que el Desaprensivo prometa regalarles unas grabaciones inéditas de la etapa en que Miles Davis chuleaba a su mujer.

—Deberías escuchar más a Miles Davis. Sí, señor. Te haré una recopilación. Es hora de echar un trago, ¿no?

Esgrimo una lista de excusas.

—Nada, nada. Es mi cumpleaños y, de regalo, te vienes a tomar una copa conmigo.

Nos dirigimos hacia el local favorito de Dave: Tres Escritores Perdiendo Dinero. La pega de no comer mucho y no beber es que en el momento en que el alcohol te entra en el cuerpo estás vendido. Yo quisiera un agua mineral, pero Dave se empeña en que nos tomemos un Barbancourt, que para eso es su cumpleaños. Tres roñes más tarde, no soy más que una esponja con forma de subhierofante. Dave me pone al corriente sobre la historia de Haití en el periodo de 1920 a 1935. Habla del tema con mucho entusiasmo, pero yo no le presto demasiada atención. Entablamos conversación con una simpática señorita que regenta un negocio de separadores de dedos, y Dave se empeña en invitarme a otras dos consumiciones de ron.

Cuando sales a tomar una copa en una discoteca de moda, no esperas que nadie vaya a esposarte a las instalaciones, de ahí que cuando Dave me esposara a la reja de hierro que rodeaba nuestro apartado, yo tardara tanto en reaccionar. Estaba esperando a ver cómo terminaba la broma o qué explicación me daba.

—Reconoce —dice Dave— que pensabas marcharte a casa.

Lo había pensado, sí, aunque cuando piensas en un camastro como el mío, apenas

si merece la pena volver a casa. Mi intención era esperar que Dave fuera al cuarto de baño para salir por piernas y coger un taxi. No entiendo para qué querrá Dave asegurarse mi compañía, si es de esa clase de personas que a los diez minutos de entrar en un bar ya están pegando la hebra con toda la parroquia.

—No es tu cumpleaños, ¿verdad?

—No.

—¿Qué necesidad tienes de esposarme?

—Por lo general, me gusta tu compañía. No es fácil dar con buenas compañías, aunque, la verdad, esta noche me tienes decepcionado.

Un fornido sesentón de rostro ajado se queda mirando fijamente a Dave.

—Tú has sido boxeador, ¿verdad?

Dave asiente con la cabeza y a nuestra mesa se sienta Mike, que ha venido en coche desde Savannah para ver la placa conmemorativa del 5th Street Gym, que a juzgar por el modo en que ambos se explayan sobre el asunto, ha marcado un hito en el mundo del boxeo.

Lo que me intriga es cómo Mike, con tan mala iluminación, con este estruendo salvaje de fondo, habrá averiguado que Dave, sentado a una mesa, contándome la historia de las tarifas arancelarias caribeñas entre 1880 y 1932, bebiendo un ron Barbancourt, fue boxeador en otro tiempo. A Dave le parece de lo más natural. Dave y Mike pasan revista a la historia de los pesos pesados entre 1947 y 1974.

El boxeo tiene ese efecto de culto. Los golfistas pueden ponerse pesados con Escocia y las aleaciones de sus palos de golf, pero con el boxeo es distinto, tal vez porque exige cierto peaje físico. Algunos de mis vecinos eran boxeadores aficionados y todos experimentaron la dicha de que los noquearan, les partieran la nariz o les dieran puntos de sutura. El boxeo desprende cierto olor a sacrificio humano.

Dave pasa revista a la historia haitiana desde 1780 a 1815 y habla con fundamento de la historia política colombiana en el periodo que va de 1920 a 1952. Un chino esquelético que entra a vender unos DVDs piratas nos distrae y pasamos a discutir sobre cuál es la mejor biografía de Bob Dylan y sobre si a Mike le gustaría una recopilación de Frank Sinatra. Dave mantiene un breve altercado con un jamaicano.

—Mientras tú estabas tirándote a tu hermana entre cañas de azúcar, nosotros leíamos a Proust.

Mike trabaja para una pequeña empresa que fabrica maquinitas de golf de sobremesa. Me pregunto si llevará consigo alguna muestra, porque nunca he conseguido encontrar una que funcione como es debido. Confío en desviar la conversación hacia ese tema ahora que se ha establecido cierto clima de confianza entre nosotros, pero a juzgar por el aire de amargura que percibo en Mike no creo que vaya a tocarme un regalito.

—¿Has venido aquí por las tías, Mike? —pregunta Dave tras un breve discurso sobre la literatura rusa del absurdo en la década de 1930.

—No.

—¿Estás casado?

—Sí. Bueno, lo estaba. Mi mujer murió.

—Lo siento. ¿Hace mucho?

—Ayer.

Ya se ha creado la suficiente intimidad entre nosotros como para que Mike nos confíe que ha matado a su mujer y que tiene el cadáver escondido en el coche que ha dejado aparcado fuera.

Dave y yo asentimos comprensivos. Casi hemos pasado por lo mismo. Es imposible estar casado sin que al menos en una ocasión se te haya ocurrido deshacerte de tu pareja. La gracia, evidentemente, está en no hacerlo. A medida que el divorcio se aproxima, confías en que el otro muera arrollado por un camión, porque sería más rápido y más barato, más limpio que un divorcio, y porque te absolvería del fracaso.

Mike se ha tomado un par de días de asueto antes de entregarse a la policía o suicidarse. Hace poco que conocemos a Mike, pero le hemos tomado cariño. Es un hombre normal y corriente que explotó y golpeó a su mujer una sola vez, después de que ella le hubiera roto un paraguas en la cabeza; es un hombre torturado y lleno de remordimiento, que se siente tan desgraciado como para confesarse ante dos completos extraños.

—¿Qué crees que debería hacer Mike, Tyndale? Danos el enfoque espiritual. Tyndale es subhierofante de la Iglesia del Cristo Fuertemente Armado —añade Dave, como si fuera un título difícil de conseguir, pasando la pelota, si bien con el hincapié en los honores pretendía otorgarme un segundo más para meditar mi respuesta.

—Bueno —respondo, confiando en que de la estela de esa palabra salgan otras de extranjs. Muy de vez en cuando me he descubierto hablando de manera inteligente sin intervención de mi voluntad. Digo «bueno» una vez más y me quedo sin palabras.

Ése es el inconveniente de atribuirme el papel de farmacéutico espiritual, que ahora me toca resolver lo irresoluble. Mike ha tenido la delicadeza de no mencionar mi condición de esposado. No sé qué decir. La ha cagado a lo grande, salta a la vista. La cárcel no es lugar para chupatintas sesentones.

—La cárcel tiene un coste —reflexiona Mike—. ¿Por qué iba yo a malgastar el dinero de vuestros impuestos, con el trabajo que os ha costado ganarlo?

Después de todo, es probable que suicidarse sea la solución más limpia. Dave le aconseja que se dé a la fuga, porque eso que llevará ganado con cada día que pase fuera del trullo. Sin embargo, Mike busca el castigo. Busca el castigo especialmente si ese castigo arruina su vida. La única solución sería que yo resucitara a su mujer.

—No te des por vencido —le digo, aunque sin mucha convicción. Nadie en circunstancias más idóneas que Mike para darse por vencido, pero no puedes permitir que una persona se malogre así como así... bueno, a menos que sea una persona a quien odies—. No te des por vencido. Nunca sabes lo que te espera a la vuelta de la esquina.

—Te contaré lo que le sucedió a mi tío —interviene Dave—. Mi tío era un hombre con graves problemas maritales. Un día al levantarse va y se encuentra ante el portal de su casa los cadáveres de dos hombres.

No entiendo a qué ha venido contar esa historia. Al parecer los cadáveres pertenecían a dos tipos que se habían cosido mutuamente a navajazos. El tío de Dave reparó en que uno de ellos era el asesino a sueldo que él había contratado para que se deshiciera de su mujer y, a juzgar por la expresión de su consorte al ver los cadáveres, el otro no podía ser sino el asesino a sueldo que ella había contratado para deshacerse de su marido. El incidente despejó el ambiente, y el año anterior la pareja había celebrado su cuarenta aniversario de boda.

A las dos de la mañana, Dave recibe la llamada de un tipo con un camión congelador repleto de chuletas de cordero, tres toneladas de ellas.

—Es el inconveniente de llamarme Dave el Desaprensivo. Ya me diréis qué hago yo ahora con tres toneladas de chuletas. Un momento. —Dave desaparece y al rato vuelve de la cocina del club anunciando muy satisfecho—: La cuenta está pagada.

Cuando raya el alba y se me desesposa, Dave le ofrece a Mike ser su abogado y hacerle un recopilatorio de Ornette Coleman. Recomienda asimismo la comisaría de South Beach como la mejor donde entregarse.

Dave y yo acompañamos a Mike hasta su coche porque resulta que sí tiene una máquina de minigolf de muestra. Le había dejado caer lo descontento que estaba con las maquinitas que habían pasado por mis manos hasta la fecha y, para mi vergüenza, ahora Mike se empeña en que me lleve la suya puesto que no va a necesitarla. Es más fácil decir que sí y aceptar esa muestra de generosidad por su parte a efectos expiatorios, pese a que resulta violento aceptar un obsequio de alguien que dentro de pocas horas estará muerto o cumpliendo cadena perpetua; pero aun así, una maquinita de golf para mi escritorio...

También me preocupa que el juegucito esté guardado en el maletero, junto al cadáver de su mujer. Mike tiene un todo-terreno enorme que ha dejado aparcado en no sé qué descampado a tres manzanas del club. Ojo al dato: ha dejado el todo-terreno en la chimbamba para ahorrarse el aparcamiento: genio y figura... Mike saca la maquinita del asiento trasero.

—¡No soy un maleante, pero deme esas llaves! —brama un ladrón de coches armado con una pistola. En ese instante me percató de que nos hallamos bastante retirados de la carretera principal, y si bien alguien podría molestarse en dar aviso de

que se estaba produciendo un tiroteo, no podemos contar con que ningún transeúnte repare en que se está perpetrando un robo.

Estoy muy nervioso porque temo que a Mike le dé por liarse con nuestro asaltante —asesino mata a delincuente—, y creo que de haber estado solo, lo habría hecho; también estoy nervioso por si es a Dave a quien le da por liarse.

—Qué mal fario tienes —acuso a Dave.

—Ya te decía yo —asiente él, encogiendo los hombros.

—No te conviene llevarte este coche, hijo mío —salta Mike, en plan abuelo intentando camelárselo.

—¿Qué sabrá usted lo que me conviene? Ni que llevara años estudiándome.

A ver, uno no puede esperar que el ladrón de marras le caiga en gracia, pero robar coches es como todo: se puede hacer profesionalmente o estúpidamente. Además, hay quienes se ven abocados a la delincuencia por desesperación, pero nuestro ladronzuelo disfruta con ello.

—Puedo darte una buena razón para que no te lo lleves —contesta Mike.

—¿Qué razón es ésa? —pregunta el ladrón—. ¿Que robar no merece la pena? Pues para mí que pinta muy bien. Venga, diviértame.

—¿Perdona? —dice Mike.

—Que me divierta. Entreténgame. Cánteme o lo que sea, si no quiere que le dé bien dado.

¿Es preciso sufrir tanta humillación en la vida? De pronto se me ocurre que, aparte de no estar en voz, no me sé ninguna canción entera, quizás algún estribillo suelto. Mike rompe a cantar una tonadilla que me resulta familiar —pero a lo que soy incapaz de poner nombre— con aplomada y experta voz de bajo.

—¿Qué es eso? —pregunta el ladrón, señalando la maquina de minigolf.

—Un juego de escritorio —respondo—. Es para...

—¿Funciona? Nunca me he encontrado con ninguna que funcione como es debido.

—Muy bien no va... —Pero a él no se la dan. Le entrego mi máquina. Se mete en el coche.

—¿No quieres las carteras? —le pregunta Dave.

—¿Me está llamando idiota? Si quisiera sus carteras, ya se las habría pedido.

—¿Por qué no las quieres? Menudo fanteche. Se te olvidan y ahora haces como que no las quieres.

Me callo. Dave saca un puñado de billetes de la cartera y los agita en el aire. Mike da un paso adelante como para elevar otra súplica, pero Dave lo retiene.

—Déjale que se lleve el coche.

El ladrón tiene dificultades con el encendido.

—Menudo ladrón de pacotilla, ni encender el coche sabe —observa Dave.

Mike tiene que enseñarle cómo girar la llave de contacto.

—Soy una gran persona —dice el tipo, dando acelerones—. Pero uno hace lo que le toca. No tengo problemas de autoestima.

Nos quedamos contemplando el todoterreno alejándose carretera adelante.

—Oye —le dice Dave a Mike—, cuando des parte a la policía, no tienes por qué mencionar que tu mujer no estaba viva cuando te dejó.



—Mi marido se pasaba el día llorando —dice Gulin. Está preparando unas tortitas, de buen humor. No lo ha dicho con rencor, sino más bien con pesar.

Comprendo a ese hombre. De cara a la galería hay que mostrarse duro, pero el gran mérito del hogar es que le permite a uno aovillarse y soltar el trapo, y en un matrimonio no hay forma de esconderse: la ropa interior sucia, el doblegamiento, las manías, la embarazosa y pertinaz dolencia. Todo repetido una y otra vez, exposición continua.

La desesperación. ¿De qué sirve la desesperación? El dolor, en cambio, la utilidad del dolor sí es indiscutible. El dolor nos enseña a no acercarnos al fuego ni a los alimentos indigestos y a no saltar por la ventana de un tercer piso. La desesperación es un obstáculo, una mala hierba emocional que te enreda y complica aún más las cosas arrojando negrura por doquier. No le veo nada positivo.

El matrimonio de Gulin se ha ido a pique, su marido desea matarla, y aunque el suyo fuera simplemente un matrimonio haciendo aguas, sería natural que se sintiera un poco deprimida, pero si Gulin está pasándolo mal, no se le nota. Casi todos pillamos catarros de vez en cuando, pero hay almas fortachonas que no. Gulin no es dada a amarguras.

Nos sirve tortitas a Napalm y a mí. Su buen humor se debe en parte a que ha encontrado otro empleo, como interna. Su nuevo jefe tiene medio cuerpo paralizado, es un enfermo terminal que cuenta con las enfermeras de rigor, pero necesita de alguien las veinticuatro horas del día para echarle una mano con el negocio. Yo me hundiría en la miseria si tuviera que atender a alguien tan enfermo, pero a Gulin eso no la arredra.

—Mira, todos tenemos un principio y un final. —De hecho, está contenta con la perspectiva de un trabajo bien remunerado y sin tregua.

Seguro que además es buena en su trabajo, pero ¿qué sacará con poner tanto empeño? Su jefe no tardará en morir y se verá obligada a buscar un nuevo empleo, tarea que lleva tiempo y esfuerzo por bien que se te dé. Ésa es la pega de trabajar como ayudante de alguien en esas condiciones, que no ofrece posibilidad de ascenso, sólo saltar a otro trabajo parecido, y cuando la persona de quien provienen las referencias está ya difunta de poco van a servir. Lo bueno es un empleo que permita

trepar por el escalafón, ascender a jefe de algo.

Gulin cocina raras veces, porque apenas si parece comer tampoco. Va vestida con unos vaqueros y una camiseta blanca que parecen de buena calidad, pero seguro que eran los vaqueros y la camiseta más baratos del continente. Abochorna un poco encontrarse con alguien que es sencillamente más fuerte, más frugal, más alegre y más capaz que tú; alguien que es mejor persona y punto.

—Te echaremos de menos —dice Napalm, arramblando con la cuarta tortita.

—Ya me pasaré de vez en cuando —dice Gulin. Mantendrá la habitación por si el arreglo no funciona. Napalm ya se ha ofrecido a cuidar de *Orinoco*. Cojo mi quinta tortita. Estoy demasiado entretenido zampando para dar conversación en condiciones.

—¿Por qué no me haces alguna pregunta, Tyndale? —pregunta Gulin—. Por esta noche, pero sólo por esta noche, te dejo que me preguntes lo que quieras, no me lo tomaré a mal. Te lo prometo. Lo que quieras. —El coqueteo es inequívoco.

Lo que yo quisiera preguntar a Gulin es ¿qué he de hacer para ser como tú? ¿Cómo puedo convertirme en alguien como tú? Sé que la pregunta no tiene respuesta, o más bien que la respuesta es negativa.

—¿Cuál es el sentido de la vida? —pregunto.

Gulin se echa a reír.

—Venga —insisto.

—He dicho que podías preguntar lo que quisieras. No que fuera a responder.

Gulin es demasiado rotunda de cara y cuerpo como para ser considerada un modelo de belleza. Supongo que agradable a la vista sería la descripción más adecuada. La belleza, evidentemente, no importa, pero eso es algo que se tarda mucho tiempo en aprender.



—Tengo que hablar contigo —dice Dave el Desaprensivo. Su tono denota de por sí que se trata de algo grave—. Tengo... tengo que pedirte un favor. Ya que ahora te dedicas a alimentar a los sin techo para el hierofante, necesito que estés atento por si aparece una persona.

—Con mucho gusto. —Dado lo mucho que ha hecho por mí, estoy encantado de hacerle un favor. Dave desliza una fotografía sobre mi escritorio.

—Ésta es la persona. —En la foto se ve a un hombre risueño alzando una botella de cerveza hacia la cámara en ademán celebratorio.

—¿Quién es?

—Mi hermano.

Ahora que lo dice, el parecido salta a la vista. El hermano es mucho más corpulento, gordo, de hecho, pero el arqueado de las cejas es el mismo.

—Sí, señor. Mi hermano. Que... que... en fin, que tuvo muchos problemas.

Muchos. No sé dónde está. Le perdí la pista hace meses. Puede que se haya echado a la calle... así que si lo ves, me harías un gran favor diciéndomelo. Un gran favor. Se llama Horace.

—¿Es mayor que tú?

—Sí. Él fue quien... quien me enseñó a boxear. Estábamos los dos solos. Horace... Horace cuidó de mí, ¿sabes? —Al decir «cuidó de mí», se le quiebra la voz y rompe a sollozar. Le tiendo un pañuelo de papel (el despacho de hierofante está bien surtido). Dave inspira hondo y recobra la compostura.

—Qué vergüenza. Es imperdonable... absolutamente imperdonable. Qué pensarás de mí.

Sospecha de verdad que ha perdido puntos a mis ojos. Nada más lejos de la realidad, porque sé que está muy por encima de mí en la liga de tipos duros. A Dave le motivaba subir al cuadrilátero para enfrentarse a atletas fuertes y bien preparados cuyo principal deseo era hacerlo trizas o matarlo. Dave es un superviviente. Yo, no. Pero es interesante ver contradicciones así. Seguro que en algún rincón de Miami hay algún tipo que estaría dispuesto a liquidar a un extraño por un puñado de monedas, pero que se quedaría mudo si tuviera que sacar a una chica a bailar. Claro que quien se preocupa por ser duro es porque no lo es. El hombre más duro del mundo nunca diría de sí mismo que es duro.

—Todos nos venimos abajo. Además, recuerda que soy pastor.

—Tú qué vas a ser pastor.

—Tendrías que verme.

—Horace era demasiado generoso. Muchos de los que terminan en la calle han cometido alguna equivocación. La suya fue ser demasiado generoso. Se podría haber quedado a vivir conmigo, pero no quiso.

A continuación Dave se ofrece a presentarme a un médico corrupto, un cirujano plástico de origen brasileño. No tengo valor para decirle que, después de mucho meditar sobre mi milagro, he cambiado de opinión y llegado a la conclusión de que no necesito a un médico corrupto, sino a uno honrado.

—Mejor que le pidas eso que quieres cuanto antes, porque el hombre es tan sinvergüenza que no tardará en acabar entre rejas.

No reparo en el perro hasta que lo tenemos encima. Si os preguntase qué haríais en caso de ataque de un perrazo agresivo probablemente sugeriríais alguna sensata técnica de defensa personal, pero cuando el perrazo de hecho te ataca no dispones de esos segundos de serenidad para reflexionar sobre qué acción emprender.

Tenemos al perro a poco más de un metro de distancia, ladrando furiosamente. Es enorme, un halterófilo canino, atiborrado de filetes y anabolizantes. Retrocedo muy cautelosamente, porque a los perros no les gusta atacar de frente. Al dar marcha atrás, el perro me copia y mantiene la misma distancia. Tras unos cuantos metros reculando

de esa guisa, me doy cuenta de que el perro ni muerde ni es peligroso: sólo hace lo que se espera de él. Se ha escapado por alguna rendija en una valla o alguna verja entreabierta y ahora campa por sus respetos en la calle.

—Esto es lo que pasa por dejarse la pistola en el coche.

Habíamos aparcado a la vuelta de la esquina, íbamos andando a casa del brasileño cuando el perro se abalanzó hacia nosotros. Los ladridos disminuyen y el perro se queda observándome.

Yo lo observo a él. Tiene los músculos asombrosamente desarrollados y torneados. Se habrá escapado de algún jardín vecino, y hasta cierto punto me alegro de que Dave no vaya armado, porque el animal no tiene culpa de nada. La culpa es de su dueño.

Me gustan los perros. Es tonto generalizar así porque cada perro tiene su carácter; hay perros mantas, perros nerviosos y perros con malas pulgas. Pero por regla general me gustan los perros, y no por la razón consabida, su lealtad. Me gustan porque la mayoría no tiene inconveniente en trabajar, a diferencia de los gatos, pero sobre todo porque no tienen inconveniente en ponerse en ridículo, a diferencia de los gatos. A los perros no les importa parecer tontos, porque saben que así la peña echa unas risas. Y uno necesita eso de sus amigos, su disparate, casi tanto como su apoyo. ¿Pillaste una cogorza y te acostaste con un auténtico callo? ¿Te gastaste los ahorros en una colección de antiguallas del mundo del deporte (que ha resultado ser falsa) sin decírselo a tu mujer? ¿Cambiaste la instalación eléctrica y acabaste prendiendo fuego a la casa? Se agradece poder echar unas risas. Todo el mundo debiera aportar su bufonada.

El perro se relame el hocico y nos contemplamos el uno al otro. Está aburrido, y ni él ni yo sabemos qué hacer. Pasar por delante de la fiera para volver al coche ni se me ocurre, y no voy a tirarme el resto de mis días andando hacia atrás.

—Cuando encuentre al dueño... —sisea Dave desde su rama.

Al ver su semblante me doy cuenta de que lo que yo calificaba en mí de enojo, no lo es. Mi ira no es más que un malestar con ambiciones: decepción desmesurada. Tras el semblante de Dave hay un volcán de cólera en erupción. Esa cólera de la que más vale apartarse, porque su fuerza es tal que apenas acertará a distinguir entre el objeto de su ira y lo primero que se le cruce por delante.

En el jardín a mi izquierda, parapetado tras una valla y atraído por el guirigay, un caniche da ladriditos y saltos contra la tela metálica con mucho empecinamiento. Nuestra fiera ni siquiera se digna mirarlo. Al rato aparece una señora con la intención de llevarse al caniche de allí.

—¿Sabe de quién es este perro? —le pregunto a voces.

—No —responde, tirando de su perrito hacia la casa.

—¿Podría avisar a alguien para que se lo llevaran de aquí? —señalo a la fiera.

—No. No es mío —contesta.

Así será como acabe todo. Quien desencadene el fin del mundo no será un cerebro asesino ni ningún genio del mal. Bastará un perezoso o un imbécil, alguien que no se tome la molestia de cerrar una verja, para que todos nos vayamos al otro barrio. Porque la pereza siempre termina imponiéndose.

Mientras estoy discurrendo cómo salir del atolladero, un ciclista pasa de largo a toda velocidad, tras deducir erróneamente que estaba ante una escena de hombre con perro y no de perro contra hombre; la fiera sale disparada tras él dando ladridos, feliz de contar con un propósito.

Dave deambula por el barrio al acecho del dueño durante un rato. Y por fortuna para todos, no encuentra rastro del perro ni de su dueño. Hemos hecho el viaje en vano, ya que el brasileño no estaba en casa. Dave rumia su venganza durante todo el trayecto de vuelta.

¿A qué viene tanto perro y tanto gato? ¿Será una señal? Reflexiono sobre el particular. Si es una señal, no acierto a descifrarla. Me fijo en un póster pegado a un muro: dos abuelitas de pelo cano miran hacia mí con ojos escrutadores. Tienen cara de asombro, como si les hubiera pillado por sorpresa eso de que las retrataran. Abajo se lee: LAS HERMANAS FIXICO: AGENTES DE DIOS.



—Es un pueblecito al este de Turquía —dice Gulin respecto a su lugar de origen—. El típico pueblo del que no sales en la vida o del que te vas para nunca más volver. —Gulin trabajó un tiempo como maestra de primaria y luego lo dejó—. El invierno allí es muy crudo. A veces nos quedábamos aislados por la nieve. Me preocupa mucho mi madre. Me gustaría traérmela, pero, ya sabes, que si el dinero, que si el visado...

Estoy preparando ese plato imposible de pifiar: espagueti a la boloñesa.

Por mal que salga, comestible será (salvo que seas Napalm tal vez). Mientras observo cómo hierve el agua y escucho a Gulin, pienso una y otra vez en unos recuerdos muy extraños que me han venido a la mente en los últimos días.

Recuerdos completamente intrascendentes, cosas que nunca me había parado a recordar (que yo recuerde), des-acontecimientos: yo subiendo por las escaleras, esperando a que me despachen en las tiendas, discurrendo por pasillos desiertos, escenas no esenciales, anodinas, que se han liberado súbitamente de las profundidades de mi cerebro y ahora flotan cabeceantes en la superficie. Un tedio extraordinariamente vívido. Aburrimiento regurgitado. ¿Estaré moribundo?

—Sixto dice que te gusta alimentar al prójimo.

—¿A mí? Si casi nunca cocino.

—No, me refiero a dar de comer a los pobres. Que intentas ayudar a tus semejantes.

—De poco sirve —afirmo con sorprendente cinismo.

—Ya. De ahí su encanto.

Mientras estamos comiendo, me fijo en que el periódico está abierto en la sección de espectáculos. De pronto se me ocurre que no he tenido un momento de asueto desde que llegué a Miami, que no he salido una noche por ahí sin que anduviera maquinando algo, o preocupado por mis milagros, sin descansar de mí mismo.

—¿Por qué no vamos al cine?

—Vale.

—Escoge tú —digo, tendiéndole el periódico.

Por suerte, Gulin escoge la película que yo habría escogido. Nada más exasperante que tirarse una hora discutiendo qué película se va a ver para que luego el otro tuerza el morro por verse obligado a ver la que no le interesaba. Acertar con la compañía para ver una película es muy importante. Una de mis relaciones se fue al traste de buenas a primeras por culpa de la película escogida: Carla tenía los mejores pechos que habían pasado por mis manos, pero lo nuestro se terminó después de que fuéramos a ver una película francesa. Tardamos una eternidad en llegar al cine, nos gastamos un montón de dinero en el aparcamiento, y la película que yo barruntaba sería descaradamente pretenciosa me pareció descaradamente pretenciosa, pero a ella no: una desavenencia así no tiene vuelta atrás.

A medida que uno se hace mayor, lo que busca no es tanto la película como la oportunidad de olvidarse de sí mismo. Con lo práctico que sería disponer de un simple interruptor en la coronilla que pulsar para desconectar por una tarde... pero no existe tal cosa.

La película nos gusta.

—Al principio se me ha hecho un poco lenta —comenta Gulin—, pero el golpe de la mesa me ha encantado. —Yo no lo he encontrado tan chistoso, pero es evidente que coincidimos lo suficiente como para repetir la experiencia en el futuro.

Mientras vamos paseando por Lincoln Road, me fijo en un pordiosero con barbas. Salta a la vista que es un veterano de la calle, o sea que al menos está en la miseria, no como otros mendigos que se las dan de pobres. Cuando vas con una mujer, se hace más difícil desatender a los pedigüeños: no puedes comportarte como un insensible o un tacaño. Pero yo nunca doy limosna. Odio a los mendigos tanto como a los banqueros y a los abogados, y por la misma razón: porque se aprovechan de sus semejantes.

—Una limosnita para droga, por favor, sufro de sobredosis de realidad —mendiga el barbudo, muy ufano de su graciosa franqueza.

Pasamos de largo y me centro en la conversación con Gulin sobre la película más divertida de la historia. Gulin se vuelve hacia mí y dice:

—Lo siento. Nunca doy limosna. Bastante trabajo me cuesta ganarme el jornal.

Mejor que vuelva a casa. Mi jefe es muy madrugador.



Muy a menudo tengo el convencimiento de que mis dificultades se deben a la aversión que siento por el chocolate. Uno quisiera parecerse todo lo posible a sus semejantes. Nunca he conocido a nadie a quien no le guste el chocolate. Me he topado con personas neutrales a las que les resulta indiferente o que si no comen chocolate es porque no obtienen placer comiéndolo, pero no sé de nadie a quien le produzca aversión como a mí. Qué le voy a hacer si el chocolate sabe a chocolate.

¿Será que los chocolatófilos se han confabulado contra mí? En cualquier caso, sería una confabulación encubierta. Nadie me vendría nunca diciendo: «No te vamos a dar el puesto porque nunca te hemos visto comer chocolate». Y a mí no se me iba a ocurrir sacar el tema, porque no me gusta que me distingan de los demás, pero excluir excluye sin duda.

Cuando niño se hacía especialmente duro. De adulto se te permite tener manías: «Yo sólo escucho ópera del dieciocho», «No pruebo nada que sea rojo», «Los lunes nunca llevo ropa interior». Pero que de niño no te guste el chocolate es muy duro.

Cuando Nelson cumplió seis años, para celebrarlo nos invitaron a unos cuantos a ver una película estupenda con montones de extras que saltaban por los aires. Al entrar se nos entregó a cada uno su helado de chocolate. Helado que se suponía nos pirraría a todos. Yo era lo bastante sensible como para apreciar que se trataba de un detalle especial, luego no podía arrojar el helado a una papelera o regalárselo a ninguno de mis compañeros, porque si el adulto de turno me pillaba deshaciéndome de él se armaría un escándalo, puesto que el propósito de la salida era pasarlo en grande, como estaba mandado.

Una vez a oscuras dentro de la sala, contemplé la posibilidad de tirarlo al suelo, pero luego pensé que alguien podía reparar en él cuando encendieran las luces. Aunque pretextara que se me había caído, quedaría como un imbécil o, peor aún, me invitarían a otro helado de chocolate.

Así que me metí el helado en el bolsillo.

En vez de disfrutar de la película, me pasé el rato discurriendo cómo disimular el helado deshecho. Ese día llevaba puesto mi mejor abrigo. Un abrigo que había supuesto un dispendio considerable y un largo sermón por parte de mi madre remachando su coste y mi deber de cuidarlo. Natural, pues, que me asaltara la premonición de un desagradable choque entre el chocolate deshecho y mi madre. Pero en lugar de actuar como una persona madura y hacer algo al respecto (levantarme, tirarlo al retrete), seguí sentado en mi butaca confiando en que el helado no se deshiciera y manchara el abrigo, como solemos hacer cuando, ante circunstancias adversas, fingimos que no son tan adversas.

Al final de la tarde di las gracias por todo, como niño bien educado, y me devolvieron a mi casa. Estaba que no me tenía en pie de los nervios, pero mi madre agarró el abrigo y lo colgó sin decir una palabra. ¿Sería una treta para hacerme sufrir?

Mi madre no hizo mención alguna al chocolate y yo respiré aliviado.

Al despertar a la mañana siguiente tampoco recibí arenga ninguna por el desaguisado y, entonces, sin dar crédito a mi suerte, fui a echar un vistazo al abrigo y descubrí con asombro que no quedaba rastro del helado. Metí la mano en el bolsillo: cero pegote. Cero helado. Cero envoltorio. El dichoso regalito había desaparecido por arte de magia. El bolsillo estaba perfectamente seco, como corresponde a todo un señor bolsillo.

El trivial incidente podría aducirse a una serie de razones: mi compañero de butaca arrambló con el helado. No llegué a metérmelo en el bolsillo, sólo creí hacerlo pero de hecho se me cayó al suelo. Mi madre limpió la mancha de inmediato y obvió la reprimenda, pues hasta los más estrictamente severos relajan la disciplina de vez en cuando. Las explicaciones podrían ser infinitas.

No obstante, he de considerar la posibilidad de que me salvara del mal trago gracias a un milagro.

El milagro inútil.

El pequeño bálsamo. Los milagros siempre se nos presentan como acontecimientos que cambian la vida: muertos que dejan de estar muertos, supervivientes de accidentes a los que es imposible sobrevivir. Nadie contempla la posibilidad del micromilagro, o lo que yo denominaría el milagro inútil, el que en realidad no sirve de gran cosa. Aun suponiendo que la desaparición de aquel helado se debiera efectivamente a un milagro, de hecho me quedé igual que si no hubiera sido tan imbécil como para meterme el helado en el bolsillo en primer lugar.

Sé de otro caso más.

Con Nelson también se obró un milagro inútil. Si Nelson era tan golfante se debía en parte a la absurda indulgencia de su padre. Las barrabasadas de Nelson eran constantes, y durante años el padre aceptó siempre la versión de los hechos aducida por su hijo. Nelson se vendió la colección de rarezas y joyas del jazz propiedad de su padre y alegó que alguien la había robado. En otra ocasión, queriendo demostrar lo fácil que era fabricar un cóctel molotov, quemó —accidentalmente, porque era nuevo flamante y le gustaba— el coche de la familia. La culpa del incendio le fue achacada a un misterioso extraño que pasaba por allí.

Como a muchos seres absurdamente indulgentes, al padre de Nelson le llegó el momento de montar absurdamente en cólera, cuando cayó en la cuenta de que lo que todos venían diciéndole era verdad y lo que Nelson venía diciéndole no lo era. Un chaparrón de reprimendas atrasadas llovió sobre Nelson, precisamente el día en que mi amigo necesitaba que su padre le prestara su magnífica cámara fotográfica para un

trabajo escolar.

Una plomiza monserga sobre el bienestar de la cámara cayó sobre él. De no tratarse de un trabajo escolar (campo este donde Nelson nunca había destacado), su padre nunca habría accedido a prestársela. No obstante, se decretó que si la cámara no regresaba a manos de su dueño en perfectas condiciones, de nada valdrían cuentos sobre atracos, bombardeos o abducciones alienígenas.

Nelson sacó sus fotos en el centro de la ciudad y, al salir del metro para tomar el tren de vuelta a casa, de pronto se sintió extraño.

Se sintió extraño porque no llevaba la cámara en la mano y le dio el sofocón al caer en la cuenta de su estulticia. Había dejado la cámara sobre el asiento de al lado y, absorto en la rubia de enfrente, se había bajado automáticamente en su parada habitual, como un animal bien adiestrado.

Nelson no era persona medrosa de natural, pero ese día sintió terror. Era consciente de que, en comparación con la mayoría de sus anteriores patrañas, la frase «Me la dejé en el tren» poseía una franqueza gloriosamente sencilla y convincente.

Comparadla con su mítica frase: «Papá, te digo que fue un puma quien te pisoteó los narcisos», por la que Nelson consiguió incluso que publicaran su careto en el periódico local. La noticia, titulada ¿PUMA URBANO?, con el clásico recurso barato a los interrogantes, ponía de manifiesto que la historia era una burda patraña y Nelson un embustero, pero al menos ya habían conseguido venderte el periódico.

El padre de Nelson no era un hombre fornido. La perspectiva de una azotaina a manos de un delgado profesor de música tal vez no asuste tanto, pero cuando tienes la certeza de que te va a caer sobrecoge. Fijaos si no en el pánico que provoca una avispa de nada en un espacio cerrado o durante una merienda en el campo, y a un delgado profesor de música es más difícil ponerle freno.

Todos estamos deseando marcharnos de casa, pero Nelson prefería no tener que salir a patadas de ella. Con el corazón en un puño, dio vueltas de acá para allá en busca de la cámara, fue a objetos perdidos y, desesperado ya, incluso se puso a discurrir cómo agenciarse una ilegalmente.

Al final desistió y se fue a casa dispuesto a recoger su cepillo de dientes y unas mudas antes de que su padre regresara del trabajo. Cuando ya salía del metro, miró de refilón hacia el asiento contiguo y vio una cámara. No sólo del mismo modelo que la suya, sino la misma cámara que había dejado olvidada tres horas antes, con las fotos.

Nelson se reformó mucho a partir de ese momento.



Estoy dándole vueltas a la extensión de mi homilía.

El sermón es lo que deja huella. La brevedad siempre causa más impacto, y si te quedas corto, siempre pueden regresar a por más la semana siguiente. La primera vez

que solté a la parroquia al cabo de sólo diez minutos, en lugar de la media hora a la que el hierofante los tenía acostumbrados, las señales de gratitud fueron inequívocas. Por otro lado, tampoco puedes atrofiar demasiado la cosa porque ya que uno hace el esfuerzo de ponerse elegante e ir a misa, al menos que valga la pena. «Eres bueno, Tyndale», me decía Gert, «pero aún no das la talla de hierofante».

—Les ruego se den muestra de amistad —insto a la parroquia.

Los feligreses, risueños, se estrechan la mano. Las caras me son todas bastante familiares, luego el propósito de la anterior orden no es tanto romper el hielo como procurarme el placer de dar una orden. Hay que obligar a la parroquia a levantarse, sentarse y decir aleluya en parte para mantenerla despierta, pero también para crear cierto vínculo. De la misma manera que el público de una sala de fiestas reacciona a la exhortación del humorista de turno: «Por favor, pellizque el culo de la persona a su izquierda». Una vez que reaccionas, ya estás pillado.

Mantengo la mirada en las vigas del techo para no fijarme demasiado en la parroquia. No hay demasiada concurrencia. Nueve feligreses en total, y tampoco se puede decir que sean los ciudadanos más prósperos o influyentes de nuestra metrópolis. Los hago ponerse en pie y sentarse varias veces más, y así trabajar su sistema cardiovascular, pero pese a mi intento de insuflar un poco de vidilla en el ambiente, la señora Shepherd, sentada en primera fila, tiene la boca tan abierta que temo que se le cuele un insecto, pero su inescrutable semblante no me permite discernir si está aburrida, pasmada o contrariada con mis palabras.

Tras ella hay un muchacho sentado, con el pelo tieso de gel. Es la primera vez que lo veo. La presencia de un feligrés nuevo debería complacerme, pero el chico está hablando con los Reinhold. Y cuando digo hablando, digo hablando de verdad. El mortal aburrimiento de algunas charlas me ha conducido a menudo a hacer comentarios o chascarrillos por lo bajo con mi vecino de asiento, pero a Pelo Tieso se le oye más que a mí.

Interrumpo el sermón.

La impasibilidad de los Reinhold obliga a Pelo Tieso a cambiar de táctica y dirigir su perorata hacia el risueño Luis. Si sonreír otorgara algún poder, Luis sería el rey del mundo: ni serrándole una pierna conseguirías borrarle la sonrisa. Hay que conocer bien a Luis (documentalista auxiliar en un proyecto sobre la historia cubana, si bien chileno él) para detectar que tras esa sonrisa sempiterna y a simple vista para muchos desproporcionada, se esconde un ser muy desdichado. Pelo Tieso sigue dándole a la sinhuera y le tiende unos auriculares:

—Toco en un grupo que tiene mucho futuro, vamos a pegar fuerte. Escucha esta demo y verás.

No puede ser verdad. Si tocas en un grupo que va a pegar fuerte, no plantas el culo en una iglesia prácticamente vacía ni te pones a comerle el coco a un

documentalista auxiliar. El común de los mortales, cuando nos pillan in fraganti (con la picha fuera, etcétera), dejamos de hacer lo que estábamos haciendo inmediatamente. Pelo Tieso, no. Cuando por fin se percata de las miradas furibundas de la concurrencia, aprovecha la atención general para meter la mano en su bandolera y extraer un fanzine.

—Aquí tengo una reseña que escribí sobre el grupo donde se explica por qué somos tan buenos.

Lee la reseña en voz alta.

¿Qué hace Pelo Tieso que no está en Ocean Drive pegando la hebra con alguna lolita de Des Moines capaz de tragarse el camelo? Intento convencer a Pelo Tieso de que abandone el templo con la promesa de que escucharé la demo de marras y loaré su música ante la población en general.

—Ni que decir tiene que aquí siempre serás bien recibido. Pero, en fin, una iglesia no es lugar para promociones musicales —le digo con una meliflua voz pastoral cuya templanza me sorprende. Pelo Tieso reacciona con una iracundia igualmente sorprendente.

—¿Qué piensa hacer al respecto, viejo gruñón?

Es la primera vez que me llaman viejo.

Hace ya mucho tiempo que me he hecho a la idea de que no soy joven, pero es la primera vez que se me declara viejo.

Para un adolescente de diecisiete años como Pelo Tieso sin duda estoy ya en fase de descomposición. Se mire por donde se mire, cuarenta y muchos son muchos años. Y también es cierto que feliz no soy. Gruñón es un calificativo acertado, pero no justo, porque yo procuro muy mucho ocultar mi intrínseca desesperación. Eso es lo curioso de los insultos: que insultan por no ser ciertos («eres un viejo gruñón») o por ser ciertos («eres un viejo gruñón») o incluso por ser medio ciertos. Es el desdén que Pelo Tieso imprime a esa descripción y no su exactitud lo que la hace tan ofensiva.

—Mejor que te vayas —digo con una calma y una compasión admirables, propias de un cura. Cada vez se me da mejor. Pero en la calle esa calma y esa compasión sirven de nada y menos.

—Será por la fuerza —contesta a voces, sin imaginación ninguna, y blande el puño en mis narices. Malcrían a un niño y somos los demás quienes pagamos el pato. Pasmado me tiene también que los adolescentes hayan dado en creerse inventores de la violencia. Encima el chaval es un birria tal que bastaría con que me sentara encima de él para hacerlo pedazos.

Dejo la virtud en pausa. Lo miró a los ojos, le asesto un puñetazo en las tripas y Pelo Tieso se echa al suelo como un perrito obediente. Tengo el puño lastimado desde el incidente con el fumador, y he tenido que frenarme para no ponerle el ojo a la virulé. Demasiados huesos en la cara.

Pelo Tieso ya ha perdido bastantes peleas como para comprender que sería una imprudencia levantarse. Se queda hecho un ovillo en el suelo, si bien el golpe no ha sido para tanto. Barajo la posibilidad de darle una patada en las costillas, pero no iba a quedar muy virtuoso por mi parte. El asunto ya está aclarado, y confío en que haya sido un golpe instructivo.

Siento un poco de vergüenza, pero también un poco de satisfacción, lo cual de poco me sirve. Con la vergüenza o la satisfacción se puede hacer algo, pero con las dos juntas, nada de nada.

—No te tomes a mal el fracaso —añado—. Ya somos dos.

¿Qué se ha de hacer en estos casos, levantarse o quedarse en el suelo? Es una pregunta apasionante y para la que nunca existe respuesta terminante. Reconsidero mi actuación durante la Crisis del Roble Japonés.

«Sé positivo», me había dicho mi mujer. Las mujeres de uno suelen ser muy dadas a los consejos. Por regla general, creen poder llevar la vida de su marido mejor que él mismo. Es posible.

Total, que le hice caso. Estaba tan angustiado que, mientras iba en el coche camino de resolver la Crisis del Roble Japonés, decidí hacerme un planteamiento positivo de la cuestión. Estaba contento. No fingía que estaba contento. Tenía la certeza de que resolvería el problema nada más llegar y todos quedarían, si no satisfechos, al menos sólo ligeramente contrariados. Todos nos volveríamos a casa tan tranquilos, dormiríamos como unos benditos esa noche y despertaríamos a la mañana siguiente con la crisis resuelta.

Odio a los banqueros, siempre he odiado a los banqueros, pero había firmado un contrato con un banco que acababa de edificar una nueva y enorme oficina central. Al principio estaba entusiasmado con el acuerdo, el mejor de mi vida. La empresa había echado la casa por la ventana; querían el mármol más marmóreo del mercado, y en lugar de comprar unos ficus y unos acuarios de diseño para el vestíbulo del edificio, habían importado tres robles de Japón.

Los árboles, faltaría más, eran de una especie poco conocida además de escandalosamente cara, y una vez plantados en el vestíbulo se descubrió que su adquisición e importación había infringido todo tipo de leyes y les iban a caer encima multas astronómicas e incluso tal vez penas de cárcel (uno de los inconvenientes de los robles es que son bastante visibles).

La turbación ocasionada por los robles me habría divertido, muchísimo me habría divertido, si los dichosos arbolitos no se les hubieran muerto. Achicharrados. Achicharrados, al parecer, por culpa de nuestra iluminación. Mientras elaboraba el proyecto nadie me había mencionado nada de robles, y no creo que en el momento de su adquisición se indagara lo suficiente sobre los cuidados que precisaban.

Era imposible demostrar que la iluminación había sido la culpable de la matanza,

pero necesitaban un chivo expiatorio, y los dedos mostraron predilección por mí. Yo me había propuesto argumentar lo ridículamente frágiles que debían de ser aquellos árboles como para achicharrarse con unas lucecitas de nada, pero decidí que eso no iba a contribuir a la resolución del problema.

Mi intención era ser positivo y ofrecerles un descuento en el importe de la factura (que, como buena prestigiosa institución financiera, aún no habían pagado).

Mi contacto en el banco me recibió con un gancho contundente y un aullido de indignación.

Ante un golpe así sólo caben dos reacciones posibles. Nelson y el resto de la pandilla dirían que jamás hay que echarse al suelo. En la calle, jamás, porque en cuanto te echas al suelo, eres hombre muerto, enseguida te plantan la bota encima y tu cráneo ya nunca vuelve a ser el mismo. Pero queda la otra alternativa: si te atizan, túmbate.

Y vaya si me tumbé, porque dado el talante positivo con el que llegué a la cita, el gancho me pilló completamente desprevenido. Por otra parte, como individuo que ha crecido en una gran urbe, enseguida me di cuenta de que no sería capaz de derribar a mi contrincante. Hubiera sido mucho más vergonzoso y violento en presencia de testigos, pero estábamos los dos solos. Amén de que levantarme, aunque sólo fuera para que el tipo me tumbara de nuevo, no iba a mejorar las cosas ni agilizar el pago de la factura pendiente.

Lo más satisfactorio para todos los implicados era seguir en el suelo, mientras mi agresor me increpaba a voz en grito por haber arruinado su carrera, y como nos encontrábamos en el recinto de una prestigiosa institución financiera, deduje con optimismo que no me mataría a patadas.

Es descorazonador ver lo abruptamente que la civilización se viene abajo. En tiempos de bonanza, la mayoría cedemos de buen grado nuestro asiento a la ancianita en el autobús, pero con tal de no quedarnos en el paro, sin pensión y sin el pack completo de felicidad, la mayoría estaríamos dispuestos a matar.

No presentar batalla es perjudicial, opinan algunos, te deja un tanto tullido. ¿Fue cobardía, sentido común o pereza lo que me llevó a quedarme tumbado en el suelo? ¿O las tres cosas juntas? Sigo sin saberlo, y dudo de que llegue a averiguarlo algún día.



Llevo ya dos días enfermo. Ayer me pasé el día en la cama, pero pese al reposo me encuentro peor. Nada como la enfermedad para hacernos claudicar por completo. Todos los planes que tenía de centralizar más mi centralidad se han ido al garete. Todo me trae sin cuidado. Ni que me metieran en una caja y me enterraran protestaría.

Estoy preparándome un té, cuando vuelve Gulin. Voy a decirle hola y sufro un acceso de tos convulsa e irrefrenable, tan convulsa y tan irrefrenable que veo las estrellas.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Gulin.

Al intentar decir que sí, se desata otro acceso de tos cruel y cavernosa.

—¿Estás tomando algún medicamento?

Asiento con la cabeza.

—¿Qué?

—Pues... me tomé un paracetamol. —Gulin me lanza una mirada reprobatoria. Hacía semanas que no la veía. Habrá venido a ver cómo sigue *Orinoco*.

Otro desagradable acceso de tos me sacude. Gulin me está censurando: es tan tonto que ni cuidar de sí mismo sabe. Puede que tenga razón.

—Voy a por un medicamento.

—No, que estoy bien.

Pero Gulin ya sale por la puerta. Me encuentro tan mal que ni protestar puedo. Me encuentro tan mal que apenas si me importa, pero me avergüenza que alguien que lleva una semana trabajando doce horas al día tenga que acercarse en coche a una farmacia y traerme unos medicamentos.

Media hora más tarde me tienden unas pastillas para la garganta. Gulin se niega a decirme su precio o aceptar que le pague. Sé que no las habrá comprado en la farmacia más próxima; se habrá desplazado al punto de venta más barato de Miami. Una sola pastilla y la mejora es radical.

No es sólo la amabilidad. Es que hay personas que saben desenvolverse y punto. Saben a qué establecimiento dirigirse, lo que tienen que comprar y cuándo hacerlo. No es mi caso.



Inspecciono detenidamente el cepillo de la colecta.

Dado el exiguo rebaño con el que cuenta la Iglesia del Cristo Fuertemente Armado, es fácil averiguar de qué bolsillo proviene cada una de las limosnas. Observo que hay montones de monedas (la Iglesia es un práctico vertedero de calderilla) y un solo billete de valor, cortesía de Gert. Gert es el único parroquiano al que se podría calificar de hombre próspero, pues regenta una empresa que fabrica paracaídas para corchos de botellas de champán, gracias a los cuales los corchos en lugar de saltar al descorcharse la botella caen flotando ante la admiración general. Lo que admiro de Gert es el hecho de que no se deje influir por su prosperidad para ser más dadivoso. Su limosna es a menudo la más abundante, pero nunca abundante.

¿Qué debería uno pedir a su feligresía? Supongo que es una cuestión de medida, como en todo. Sería inútil exigirles que coleccionaran motores aeronáuticos como vía

a la iluminación: salen caros, y además, ¿dónde se guardan luego? Pero algo hay que pedir, alguna entrada hay que cobrar, de lo contrario la clientela no siente que le aportes nada.

Si hicierais un hallazgo valioso o importante, ¿se lo diríais a todo el mundo, o mejor dicho, se lo diríais a alguien? ¿Por qué?

Me encantan las historias de esos europeos que descubrieron América mucho antes que Colón y no soltaron prenda. Se entiende perfectamente: ¿si encontrarais un continente rico en madera, caza y pesca, por qué ibais a contárselo a nadie aparte de vuestra familia? ¿Por qué ibais a contárselo a vuestra familia? Y aunque se tratara de una menudencia como, por ejemplo, la técnica para cocinar la hamburguesa perfecta, ¿acaso ibais a querer compartirla? Mientras la técnica obra en tu poder, esa ventaja que tienes; compártela y eres pasto de la competencia.

Hojeando ciertos estudios de la sección de religión de Books & Books con la intención de apropiarme de algunas ideas, leí que así eran las primeras religiones: para iniciados exclusivamente. La chusma que quedara fuera: cordón de terciopelo. En los famosos Misterios de Eleusis sin ir más lejos, si revelabas el contenido de la caja corrías peligro de muerte (por lo que deduzco que dentro de la caja seguramente no habría una mierda).

Eso explica que dichos cultos terminaran siendo desbancados por las religiones a gusto del consumidor. Inevitablemente, los curas y los mercaderes han aguantado el tirón, pero la genialidad del cristianismo radica en que se basa fundamentalmente en un acto de fe: «Yo creo». Un acto gratis. Pero el sablazo para averiguar lo que se esconde en el interior de la caja nunca nos lo quitaremos de encima.

Apostaría a que los consejos más sabios nunca se dan por escrito ni se comparten. Los que sabían cómo había que hacer las cosas seguramente sellaron los labios y se embolsaron la mercancía.

—Una ducha fría es el primer paso hacia el paraíso —anuncio.

Exhortarles a que se duchen con agua fría me parece bastante justo. No es pedir mucho, ni poco. Tarde o temprano todo quisque tiene que lavarse. Y para encontrar un plato de ducha tampoco es preciso hacer grandes peregrinajes. Para mí ducharme con agua fría supone todo un esfuerzo, tanto es así que sólo me he duchado con agua fría una vez en mi vida, y eso porque el calentador estaba estropeado, tenía una cita apremiante y olía a perros. No os podéis imaginar el esfuerzo que supuso.

—Ducharse con agua fría es un acto de fe —prosigue. Es un acto que te distingue de quienes no comulgan con las doctrinas de la Iglesia del Cristo Fuertemente Armado. Te hará sentir como uno de los elegidos. Y no exige un gran desembolso.

A largo plazo, ducharse con agua fría supone un ahorro. Además la exhortación, y esto es importante, encierra una agradable vaguedad. No es lo mismo ni mucho menos ducharse con agua fría al aire libre, en un invierno sueco, que ducharse en un

cálido apartamento de Miami, donde el agua fría podría considerarse caliente en muchos lugares del mundo.

La exhortación encierra a su vez una agradable vaguedad para el predicador. Si los exhortados se quejan de no haber recibido los paradisiacos beneficios prometidos, siempre se puede argumentar que no se habrán duchado bastante o que el agua no debía de estar lo bastante fría. Es estupendo poder cambiar libremente las reglas de juego.

Los feligreses que llegan tarde o se van antes de hora son un incordio al que no hay más remedio que acostumbrarse.

Exaspera, pero no puedes esperar que todos te presten atención al cien por cien; hay que hacer baremo. Estoy eufórico con los tres que acaban de entrar, si bien un tanto contrariado porque hayan decidido hacerlo al final del servicio, cuando el cepillo de la colecta ya ha dado la vuelta.

Apenas si tengo tiempo de preguntarme con perplejidad qué harán dos de ellos con esas pancartas, cuando una voz atronadora anuncia ampulosamente:

—Soy el doctor Liberius Iyambo. Vengo en misión evangélica. Son ustedes súbditos del demonio.

El portavoz es un africano regordete. Treinta y muchos años. Hábito de púrpura brillante. Nos han asaltado la iglesia.

Los dos asaltantes que conforman la banda del doctor Iyambo alzan sendas pancartas y abanicán el aire con ellas para recalcar su contundencia. Una reza así: «No os rindáis. No os rindáis. No os rindáis a Satán». Un error de cálculo en cuanto al espacio ha obligado a comprimir la palabra «Satán», que aparece pintada en letras de cuerpo muy inferior, apenas legibles. La otra: «Sois la pezuña hendida del diablo».

La banda de Iyambo la conforman una mujer de pelo cano, veterana de instituciones psiquiátricas, y un latino braquicéfalo. Ni como refuerzos contarían. Darán la cara por Iyambo, pero lo suyo es pura pantomima, no son más que monigotes. Iyambo, sin embargo, es duro de pelar y va de veras. Ése es el inconveniente de haber llevado una vida relativamente cómoda, que no puedes competir con quienes han crecido descalzos y comiendo un día sí y otro no. Por mucho que me entrene o me sacrifique nunca alcanzaré a ser tan peleón como Iyambo.

—Están profanando la obra del Señor —exclama a voz en grito, señalando muy señaladamente en mi dirección y luego en dirección al resto de la parroquia—. Esto no es la obra del Señor. Esto es abominable. Es obra del demonio.

Encuentro halagador que pretenda apropiarse de mi iglesia. De pronto, pese a su penoso rebaño y su exigua colecta, me la hace deseable. Aguardo a que mis feligreses sofoquen alguna exclamación indignada o lo abucheen. ¿Un gesto hosco al menos? No, de hecho parecen estar gozando con el espectáculo.

—Servidor, el doctor Liberius Iyambo, ha venido aquí para haceros saber que habéis tomado una senda equivocada. He venido aquí para mostraros el buen camino y salvaros de las llamas del infierno.

Ni su abuela se cree eso de que Liberius sea doctor. Para ser sincero, también a mí se me pasó por la cabeza adjudicarme un título con empaque, pero cuando aspiras a la gloria, para qué vas a molestarte con distinciones terrenas. Doctor Fulanito. Profesor Menganito. Mariscal Zutanito.

—Este hombre es un emisario del mal —explica, recontraapuntándome de nuevo. Aún no se ha metido en el bolsillo a la parroquia, pero lo escuchan. Hay que ver lo solo que está uno.

No obstante, si hay algo que aprendí de Bamford, fue cómo descolocar al prójimo. Sonríe. Di exactamente lo que el oyente desea oír.

—Yo no tenía idea de que estuviera trabajando para el enemigo —le digo—. Pero se lo agradezco, le agradezco mucho que haya venido hasta aquí para ayudarme. Es muy noble por su parte. ¿Por qué no lo comentamos mientras tomamos algo?

—¿No huelen las emanaciones sulfúricas? —Liberius no va a callarse así como así, es evidente. Tiene labia y prosigue con la arenga, cacareando ufano, pero los feligreses, decepcionados al ver que el combate litúrgico no se produce, se dispersan.

Tras dejar a sus discípulos en la calle, hago pasar a Liberius al despacho del hierofante engatusándolo con maneras sumisas. El hierofante tiene guardadas un par de botellas de vino israelí. Ofrezco a Liberius un trago del morapio y él, al igual que el hierofante, se ilusiona con la idea de echarse al colete un vino santo «como el que bebía Nuestro Señor». Para mí que sabe a enjuague bucal, lo que viene al pelo para la ocasión.

—Dios no le ama. —Sonríe—. Dios no le ama ni un poquito siquiera.

—¿Por qué está tan seguro de ello?

—Porque hay algo de Sodoma en usted. El Señor pronto le enviará un castigo. Muy pronto. —No puedes esperar que te den las gracias efusivamente por un simple chato de vino, pero que te increpen ya pasa de castaño oscuro. Es lo que tienen los gritos y las bravuconadas: que surten efecto. Tal vez exijan mayor esfuerzo, en cuanto a volumen de voz y fachada, que un simple hola, qué tal; pero surten efecto. Tienes que encontrar a otro que reaccione a las bravuconadas y los gritos, pero vendas lo que vendas, siempre tienes que encontrar a ese otro dispuesto a comprar. No todo el mundo busca coca, Porsches o bravuconadas.

Liberius me muestra la foto de un efebo con cara de bobalicón mientras le lleno el vaso de nuevo.

—¿Ve al tipo este? Se llama Robert Caradec. Mil trescientos veintiséis días en el infierno. Este pecador asqueroso lleva mil trescientos veintiséis días en el infierno. Quemándose hora tras hora. ¿Sabe qué es la eternidad, una vez deducidos mil

trescientos veintiséis días?

—No.

—Una eternidad. Dios no ama a todos los seres humanos. Dios ama el castigo.

He de admitir que me impresiona que aun con un público de una sola persona sea capaz de entregarse de esa manera. Un ultra en toda regla.

—Entre mis muchos y grandes logros, que han sido muchos y muy grandes, tantos que ni yo soy capaz de recordarlos todos, quizás el más grande haya sido traer la verdadera religión a esta ciudad —declara Liberius, colocado de ego, haciendo alguna que otra pausa para tacharme de «reptil» o de «despreciable reptil» o de «reptil tres veces despreciable» que no merece salvarse. El hombre despacha el vino con la facilidad de un bebedor empedernido y se me zampa un paquete de cacahuetes que tenía reservado para más tarde.

—Es un placer conocer a la trituradora Queen Mary —masculla sólo unos minutos más tarde, desplomándose hacia un lado como un fardo.

Es posible que Liberius tenga aguante para el alcohol, pero lo que a buen seguro no tolera es la droga que le he echado en el vino. Es peligroso hacer esas cosas, pero Liberius está fuerte, y además, me importa un bledo, francamente. De poco me ha servido en la vida el respeto a las leyes y las drogas.

—Los consumidores de tiempo... no son todos iguales —continúa diciendo Liberius tumbado boca abajo en el suelo, mientras lo desnudo y esposo.

La providencia quiso que me hallara provisto de un amplio surtido de benzodiazepinas y revistas de un morbo asombroso. Gert había acudido a mí el día anterior lloriqueando: «Me horroriza la persona en que me estoy convirtiendo». Esa sensación de horror es pero que muy común entre los seres humanos. Gert había acudido a mi despacho dispuesto a deshacerse de sus «reynoles» y su alijo de revistas guarras confiando así en salvarse. Yo lenifiqué su carga todo lo que pude, pero eso de deshacerte de tus reynoles y tus revistas porno tiene un inconveniente: que siempre puedes salir a la calle al día siguiente y agenciarte nuevos suministros.

Gert me preocupa, aunque él insiste en que no ha hecho nada malo. Sólo que piensa en hacerlo a todas horas. Yo creía estar de vuelta de todo, pero el alijo de Gert me dejó escandalizado. Hay ciertas cosas que no le convienen a uno y punto: la cocaína, la absenta, las imágenes de tortura, la honradez.

Registro los bolsillos de Liberius. Lleva encima una cantidad trágicamente ínfima de dinero. Encuentro un cuadernillo en el que lleva escritas una serie de oraciones de su propia autoría tituladas: «Plegaria para los decepcionados con el transporte público». «Plegaria para los que tienen dificultades con los abrelatas». «Plegaria para cuando el ascenso de un glaciar resulta más duro de lo que uno suponía». «Plegaria para los televisores con recepción defectuosa». «Plegaria para quien se ve provocado por su propio cortacésped». «Plegaria para cuando tu pastor ha sido delatado por sus

muchos enemigos y acusado falsamente de corrupción».

Puede que fracase, pero no pienso fracasar pelaneando como un pelanas, aguardando calladito al fondo, a la espera de que suceda algo. Llamo por teléfono a Gamay.

—Tengo un trabajo.

—Qué bueno oírte, Tyndale, de verdad, pero ¿te importa si lo dejamos para otro momento? Alguien debió de echarme algo en la copa anoche, porque no coordino pero nada...

—Inmediatamente, y localiza a Muscat.

—No le necesitamos. Ya me encargo yo. Imperativo.

—De acuerdo. Y tráete ropa interior de mujer.

Gamay lamentará la ausencia de Muscat cuando sepa en qué consiste el trabajo.

Barrunto que el hecho de haber sido atracado y drogado no arredrará al evangelista Liberius. No quiero que acabemos como dos perros peleando por un hueso prácticamente pelado. Aun sin tener nada que rascar, Liberius podría ponerse muy escandaloso y desagradable.

Sus discípulos lo esperan fuera. Son borregos, capaces de quedarse esperando todo el día a que salga. Discípulos de baja estofa, pero discípulos al fin y al cabo. Una envidia.

—Liberius está haciendo una llamada. Me ha pedido que os diga que ya os podéis marchar.

La señora me mira con perplejidad.

—Pero y mañana, ¿qué?

—Ha dicho de quedar a las dos.

—¿Dónde?

—En el sitio de siempre.

Se alejan a regañadientes, mirando hacia atrás una y otra vez a la espera de que salga Liberius y los llame de nuevo a su presencia. Los ricos cada día más ricos, y los desdichados, más desdichados.

Tal como preveía, cuando aparece Gamay, le da reparo quitarse la ropa, aunque no entiendo el motivo; por grandes que sean sus carencias intelectuales y espirituales, físicamente no está mal.

—Ni pensarlo —protesta—. Imperativo. Esto no está bien.

A fin de eliminar a Liberius de la contienda, he decidido apostar por el único pecado que cuesta desprender de nuestra aureola de santidad. Sea cual sea el bufé evangelista del que Liberius hace proselitismo, a buen seguro que no pasarán por alto el pecado nefando. Las religiones, si bien arrugan la nariz ante la cuestión del aaahhh, se muestran particularmente implacables ante la sodomía. Puedes descarriarte de infinidad de maneras, que tu rebaño siempre te perdonará.

Gástate el dinero reservado para los pobres de necesidad en un traje de primera que con que muestres compunción durante unas semanas serás perdonado.

Se podría argumentar, en verdad, que el clásico fiasco coca & putas que le sobreviene a casi todo predicador refuerza su posición: cuando has sabido salir por tu propio pie de la ciénaga de pecado y falibilidad, puedes perorar sobre ello con más vehemencia. Roba en un orfanato, líate a tiros contra un pueblo entero, prende fuego a unas cuantas iglesias, incluso todo a una, que si luego te das unos enérgicos golpes de pecho, no necesariamente te obligarán a colgar los hábitos. Pero como te pillen bujarroneando, mal perdón tiene la cosa.

—Tyndale, mijo, no lo entiendes. No quiero hacer esto.

—Claro que lo entiendo. Pero tú plantéate lo siguiente: si estuvieras al frente de una organización criminal de primera fila, un negocio de miles de millones de dólares, ¿se lo pondrías fácil o difícil a los aspirantes a ingresar en ella? ¿Fácil o difícil?

—¿No podrías, no sé, matarlo, por ejemplo? —sugiere Gamay.

Así es como se empieza. Entiendo que a Gamay no le apasione simular el coito anal con un misionero africano talludito y malcarado, pero aun así me deja un tanto escandalizado con la propuesta; aunque debo reconocer que, si considerara a Gamay capaz de deshacerse del interfecto sin consecuencias, no le haría oídos sordos.

—Pienzas como un amateur —le reprocho—. ¿A qué viene tanto remilgo? Tu cara no saldrá en las fotos.

—Pero es que no quiero hacerlo, Tyndale.

Suena mi móvil.

—¡Hombre, hola, Muscat, qué tal! —contesto con exagerada afabilidad. Gamay se pone a hacerme señas histérico, como diciendo lo que tú digas—. No, no lo he visto. Hace ya tiempo que no veo a Gamay.

Siempre me ha gustado la fotografía. Un hombre negro con un sujetador rosa barato es una composición excelente. Naturalmente, sólo existe algo peor que pecar, y es pecar de manera deshonrosa. Disfruto de lo lindo con la sesión fotográfica, introduciendo botellas de ron, polvo blanco, un osito y todo lo que se me ocurre para incrementar la vileza y la humillación. Ordeno a Gamay que traslade al aún grogui Liberius en el coche hasta Daytona, y lo deje allí tirado junto con unas copias de las fotos. Florida es grande. Estoy convencido de que Liberius captará el mensaje.

—¿Cuándo voy a cobrar por esta mierda? —protesta Gamay—. ¿Cuándo empieza el *disfruting*?

—¿Fácil o difícil? —le recuerdo.

Esa noche Muscat me llama por teléfono de nuevo.

—Hace tiempo que no veo a Gamay. No quisiera decir nada malo de él. No quisiera hablar con demasiada claridad, Tyndale, no quisiera que se malinterpretara,

pero lo pillé ojeando la web de la Agencia Antidrogas. Podríamos tener a un soplón en nuestras filas.



Un vecino mío que había sido espía me contó cómo hacer para recabar información. Se va al bar más próximo. O restaurante. Tanto si el objetivo es un despacho como una base militar, siempre hay un relajadero donde se reúnen todos. Por regla general, el más cercano al objetivo. Hay muchas cosas innecesarias en la vida, pero todo el mundo necesita tomarse una copa, todo el mundo necesita comer.

Nunca se aborda a nadie. Tienes que hacer por que ellos te aborden a ti. Y usar atrezo. Según mi vecino los bebés o los perros son ideales para atraer al prójimo. «Un niño de pecho es la mejor herramienta para un espía», me dijo. En su defecto, cualquier objeto que posea volumen visual, una guitarra o un tablero de ajedrez, algo que se preste a hacer comentarios. Merodeo un par de días a la hora de comer ante la puerta del crematorio y finalmente detecto a un grupo de tres que se dirige a un tugurio donde hacen kebabs.

Entro en el establecimiento cinco minutos más tarde, cargado con el objeto más insólito que logré encontrar en la tienda del Desaprensivo: un gavial disecado, un cocodrilo indio con un morro tan extremadamente fino que parece una flauta. Es un gavial pequeño que me cabe cómodamente bajo el brazo.

La camarera hace caso omiso de mi gavial, y pido el shish kebab de rigor. La peña del crematorio está en la mesa de al lado, enfrascada en el silencio habitual entre colegas que trabajan juntos toda la jornada y comen juntos día tras día desde hace un mes. Miran el gavial, de soslayo, pero no hacen comentarios.

—¿Es auténtico? —El gavial ha surtido efecto, pero no el deseado.

Un jubilado sin demasiado que hacer me somete a un interrogatorio a propósito del gavial. Esbozo cierta información respecto al hábitat de la especie y los problemas a los que ésta se enfrenta. No me explayo en exceso, porque quiero reservarme algunos datos para la cháchara con los otros tres y porque no sé gran cosa de gaviales. El viejo, sin mediar invitación por mi parte, toma asiento a mi lado y se pone a cotorrear sobre la invasión de pitones que aqueja los Everglades, pitones que antes eran mascotas y han escapado de sus domicilios.

—Las muy mamonas están encantadas. Son más grandes que los caimanes. Y se los están comiendo todos. —El anciano continúa perorando durante diez minutos sin que yo diga esta boca es mía.

Veo que la peña de al lado está a punto de dar por concluida su comida. Paciencia, me digo. No, se acabó la paciencia.

—¿Me pasáis el ketchup, por favor? —Les pido, fingiendo que el tapón de mi bote está atascado por el pegote.

Con eso basta.

—No pensarás comerte a tu mascota, ¿no?

Charlamos. No tienen prisa ninguna por volver al trabajo. Se van dos de ellos. El Tercer Individuo, de pobladas barbas, se toma la vuelta al trabajo con una tranquilidad pasmosa. Le cuento que soy vendedor, bromeo con cargar la cuenta a la empresa.

—Si no fuera por esos pellizcos, no llegaría. La honradez no trae cuenta.

—Salir adelante no es fácil —dice. Un chino esquelético entra en el establecimiento y muestra sus DVDs a la concurrencia. Mi objetivo enarca las cejas —. Ya sé que ese tipo no se está haciendo de oro, pero no me parece bien.

Le cuento que soy nuevo en la ciudad, ¿no sabrá dónde pillar algo de chocolate?

Enmudece y se va inmediatamente. Un hombre recto. Consuela saber que aún existen. Pero eso no me ayuda.



Dave me llama por teléfono para anunciarme que hemos quedado con el brasileño esta noche. No tengo nada previsto para mañana así que acepto salir a sabiendas de que será una noche loca.

Quedamos en un bar elegante, en una zona cutre de Northwestern Avenue. La camarera reconoce a Dave con un chillido de entusiasmo.

—Dio en el clavo. En el clavo. ¿Cómo lo adivinó? ¿Se lo hace a mi amiga Amy?

La camarera regresa con otra camarera. Dave le toma la mano, la mira a los ojos y dice:

—Jacques Higelin. Insane Clown Posse. Graham Central Station. —Las camareras dan saltitos alborozadas.

Se suma al grupo un tal Eric, un europeo con ínfulas de moderniki que trabaja para la promotora inmobiliaria de su padre. Dave le dice a Eric que eso del vudú es una chorrada. Una hora más tarde Dave le está diciendo a Avi y Macea, dos colgados que trabajan en una tienda de discos, que con el vudú no se juega, y que una vez pilló tal cuelgue de maría que se comió tres bombillas aderezadas con vinagreta.

El bar adquiere más categoría de bar gracias a la presencia de Dave. De hecho deberían pagarle por estar allí. Dave es un ave nocturna. Un auténtico jinete de la noche. Cabalga sobre la noche, y cuando la noche se acaba, la que acaba agotada es ella, no él. El descabalga tan tranquilo, y a otra cosa.

—El brasileño no aparece, ¿no? —observo cuatro horas más tarde.

—¿Evaluamos los hechos? El brasileño es un matasanos embustero y farsante. Un matasanos embustero y farsante al que varios clanes familiares se la tienen jurada. Es justo lo que tú buscabas: un loco del bistrú corrupto, avaricioso, sin escrúpulos ni sentimientos. Con que no te extrañe que el hombre no se sienta obligado a cumplir

con la cita prometida.

Tomamos otras cuantas copas.

—Bueno, ¿qué quieres hacer ahora? —pregunta Dave.

—Ya va siendo hora de volver a casa.

—¿Para qué? ¿Para estar solo en tu habitación?

—Unas horitas de sueño no le vienen mal a nadie.

—¿Cómo va ese churro últimamente?

—Nada.

—Tienes que mojarlo, hombre. No, lo que tienes que hacer es casarte. En cuanto te casas, mojas todo lo que te da la gana. Las alianzas son un imán poderosísimo para las tías. A ver si me explico, yo quiero a mi mujer, pero en cuanto te casas, te llueven las tías. Pero no es que yo piense portarme mal. Ya me he portado bastante mal en el pasado. —Se queda extasiado con una camarera—. Y con ésa menos, demasiado flaca. —Una más rellenita atraviesa nuestro campo de visión—. Ahora que con ésa... con ésa no me importaría. Pero no lo haré. Ya lo he hecho bastante.

Es un tributo indiscutible a la creciente intimidación entre nosotros que Dave, tras ponerse en pie, se baje los pantalones para mostrarme su nalga izquierda, en la cual unos extraños verdugones conforman algo así como una palabra: CERD.

—¿Cerd?

—Cerdo. Creí que había dado con el sistema perfecto porque me acostaba con dos chicas que se llamaban las dos Stacey. Imposible meter la pata, porque aunque se me escapara el nombre, ninguna se lo tomaría mal. Un día estoy durmiendo cuando de pronto sueño con un dolor espantoso. Debí de levitar a un metro de la cama. Menuda la tal Stacey, hay que quitarse el sombrero. Nada de clichés manidos como hacerme trizas el traje nuevo o echarme azúcar en el depósito de la gasolina. No tuvo que serle fácil hacerse con un hierro de marcar personalizado y calentarlo al rojo vivo.

—¿Qué pasó?

—No lo sé. No me lo quisieron decir. Muy injusto por su parte. Ellas bien que se lo pasaban. Podrían haberme dicho en qué metí la pata.

Quiero irme a casa. Dave me convence para que vayamos a una función benéfica en un club de golf.

—Es pro infancia —dice, tendiéndome un folleto con la imagen de un bebé que padece una disfunción renal. Ni siquiera yo soy capaz de negar mi ayuda a unos niños enfermos de gravedad. A ver quién puede. Asumo que nos van a dar las tantas y que está visto que nunca aprendo. Uno jura que nunca volverá a caer en el mismo error, pero cae.

En la calle, nos encontramos con otro sin techo custodiando un radiocasete.

Dice la voz:

—Tenemos que escoger. Nos han traído aquí para que escojamos. Debéis escoger el buen camino. Evitad el mal camino. —El sin techo lleva una camiseta con el eslogan: EVITAD EL MAL CAMINO. El lema me saca de quicio. ¿Quién demonios va a escoger el mal camino? Nadie, a excepción tal vez de cuatro pirados, escogería voluntariamente el mal camino. ¿Quién iba a escoger un camino señalizado claramente como «el mal camino»? El problema con los caminos es que rara vez aparecen señalizados, y menos con letreros claros y fiables, eso por descontado.

—Las hermanas Fixico han ayudado a muchos a encontrar el buen camino y han salvado a muchos del mal camino —continúa diciendo la voz.

—¿Quiénes son las hermanas Fixico? —pregunta Dave.

—Nunca he oído hablar de ellas.

—Serán recién llegadas. Suenan a competencia de la mala.

Una vez en la función benéfica, me pregunto por qué será que, cuando uno sale de copas, va a distintos sitios para hacer exactamente lo mismo. Una camarera se acerca a Dave y le da un fuerte abrazo.

—Diste en el clavo —le dice.

—Demasiado flaca, demasiado flaca —comenta Dave, mientras nos instalamos en un rincón; al parecer, ése es el principal propósito de las camareras de bares y restaurantes, no servir bebidas y viandas simplemente, sino servir al debate entre la clientela masculina sobre si son dignas de tirárselas o no, y por qué motivo.

Dave saca su molinillo y muele un poco de polvo blanco. No me puedo creer que se atreva a la vista de todo el mundo.

—¿Tú crees que es buena idea?

—Ya sé que no nos conocemos desde hace mucho, pero ¿crees que soy tonto o qué? —Interrogación poco interrogativa donde las haya.

—No, pero...

—¿Crees que soy tonto?

—Es que... —Señalo el molinillo.

—Te contaré un secreto: es aspirina. De vez en cuando me dan unas migrañas horribles y he descubierto que así me hace más efecto.

—Ah.

—Seré un desaprensivo, pero mi única desaprensión es dárme las de desaprensivo.

—¿Y los objetos robados?

—Gran parte del material que vendo es robado. Pero no fui yo quien lo robó. Es material confiscado por la policía, que se subasta cuando no se localiza al propietario. Conozco a bastantes delincuentes, eso es cierto, pero también a bastantes conservadores de museos. También es cierto que hago negocios con algunos delincuentes, pero todo el que se dedica a los negocios negocia con algún delincuente. Yo pago mis impuestos y al final de la noche, vuelvo a casa con mi

mujer. Decepcionante, ¿verdad?

—Ah.

—Al final quién sabe si no serás tú más desaprensivo que yo.

Bebemos y atendemos a la función. ¿Por qué acudimos a estos saraos? ¿Para sentirnos mejor, como cuando nos tomamos un zumo de frutas después de la gran juerga? ¿Para aparentar que somos mejores de lo que somos a ojos de nuestros semejantes? Observo a la parrandera concurrencia y me malicio que dentro de unas horas volverán a estar instalados en la normalidad: puteando a colegas y clientes, defraudando a amigos y parientes. ¿Y qué hay de la función benéfica? ¿Qué pasa con el dinero si de verdad deseas emplearlo caritativamente? ¿Qué se ha de hacer para encontrar a críos gravemente enfermos? ¿Poner un anuncio? ¿Cómo decides que un niño está más gravemente enfermo que otro? Si pudiera cambiar el mundo, lo haría.

—¿Sabes lo que uno desea en realidad?, de la vida, me refiero —pregunta Dave.

—No, no lo sé.

—Divertirse es fácil. Uno puede divertirse fácilmente con cualquier camarera simpática de Miami. Eso se encuentra en cualquier parte. Lo que uno desea en realidad es... que le den la tabarra.

—¿La tabarra?

—Sí, que le den la tabarra. Uno puede hartarse de tabarra como puede hartarse de ron. Como cuando tu mujer te viene con la tabarra de que por qué no has arreglado el grifo o por qué no has tirado ya de una vez esa camisa roja que a ti tanto te gusta, por agujereada que esté. Pero, a ver, tú ponte en situación: ¿qué pasaría si te fueras de juerga tres días seguidos, te gastaras todo el dinero y al volver a casa tu mujer te dijera simplemente: «No pasa nada, cariño. Debes de habértelo pasado muy bien»? ¿Te imaginas qué horror? Para uno sentirse a gusto y como en casa, tienen que darle la tabarra.

A continuación Dave me lleva a regañadientes a un local sin licencia para vender bebidas alcohólicas.

—Ya verás qué sitio. Es un local ilegal.

—Sé cómo son esa clase de sitios, ya he estado en más de uno.

—En éste, no.

Me rindo. La única diferencia que vengo observando entre los locales ilegales y los legales es que los ilegales son muchísimo peores. Uno sólo va porque son ilegales. El bar está decorado como un búnker albanés y la clientela la conforman unos cuantos viejos deprimidos y obesos que no hablan inglés. Mucho más tarde observo un atisbo de luz filtrándose por las persianas de la única ventana en el bar. Pienso que está amaneciendo, pero de hecho es mediodía.

Salimos de allí y Dave insiste en invitarme a comer. Me ha dado tortícolis y llevo la cabeza en un ángulo tan raro que lo único que me apetece es desaparecer y que

nadie me vea. Enfrente tenemos un restaurante.

—Es un tugurio de mala muerte —protesto.

—En los tugurios se come bien —replica Dave, sorteando a dos yonquis para acceder al Miami Restaurant.

El restaurante cubano por excelencia de Miami, según había descubierto, se llamaba, curiosamente, Versailles, y no La Habana, El Comandante Bien Linchado o La Patria Chica.

Un vecino mío que era chef me contó que al primer restaurante de París lo habían bautizado con el nombre de La Taberna Londinense. En Londres las salas de fiestas y restaurantes acostumbran llamarse París No Sé Qué, Bombay no sé cuantos, no sé qué Cairo o cualquier palabreja española, francesa o árabe. Por alguna razón, cuando uno se encuentra en Londres, París o Miami, hará bien en evitar todo establecimiento que se llame Londres, París o Miami, respectivamente.

Pero ponerse por nombre Miami Restaurant denota ya de por sí una vagancia de aquí te espero. El restaurante resulta ser vietnamita. De vez en cuando he comido bien en un restaurante vietnamita, pero jamás me han ofrecido un buen servicio ni un asomo de sonrisa. La desdichada historia del país, o la desdichada historia de quienes regentaban dichos restaurantes tal vez tuvieran algo que ver en ello, pero siempre me he llevado la impresión de que el personal andaba maquinando deshacerse de mí impunemente.

Para mi sorpresa, la sopa que hemos pedido sabe bastante rica y el picante me reanima.

—¿Sabes cuál es mi secreto? —pregunta Dave.

—¿Qué secreto?

—El secreto para que no decaiga la pasión en el matrimonio.

—¿Cuál es el secreto?

—La hipnosis.

—¿Hipnosis?

—Cada dos semanas o así voy a una sesión de hipnoterapia. —La confesión me entenece—. Empecé yendo para dejar el tabaco. Me fue de fábula. Dos paquetes diarios y, de pronto, zas: se acabó el tabaco. Así que un día se me ocurrió que igual funcionaba, tú sabes, con la polla y tal.

¿Funciona porque funciona o porque él desea que funcione? ¿Importa acaso? Miro hacia la calle y veo que una de las yonquis se dispone a pincharse entre los dedos del pie. Me he criado en una gran urbe y he visto yonquis a patadas, pero ninguno como los de aquí. Los yonquis de Miami no es que sean sucios y estén hechos unas piltrafas humanas, es que no son humanos.

Pedimos la cuenta y descubrimos que estamos sin blanca los dos. La vieja acepta a regañadientes la tarjeta de crédito de Dave.

—¿Es su tarjeta de verdad? —dice al volver.

Dave saca su documento de identidad del bolsillo.

—¿Es su nombre de verdad? —le pregunta la vieja. Observo que el titular de la tarjeta es un tal Soled D. Magny. Supongo que algún nombre había de tener Dave en realidad.

—A mi padre le dio por ponerme un nombre raro.

—¿Y la D de qué es? —pregunta la vieja.

—De Dave.

—Qué raro —dice la vieja—. Arriba tenemos a un señor que se llama igual.

—No puede ser.

—Alquilamos habitaciones. El señor se llama igual. Con D también. Se parece a usted.

—Magny no es un nombre frecuente, y Soled D. no digamos —replica Dave—. No nos estará haciendo un clinton, ¿verdad?

—Qué raro. Suba y lo conoce.

Algo huele mal. Somos los únicos clientes en el restaurante. Aun sin el indicador de las yonquis, salta a la vista que el barrio no es de lo mejorcito. No me gusta la vieja. No parece la típica simpática que se desvive por hacer presentaciones.

Nos conduce a la trastienda y sube por una escalera estrecha. Huele mal, es un olor difícil de determinar. Dave se queda rezagado, y al preguntarle la vieja a voces «¿Dónde se ha metido?», simula un estruendoso ataque de tos para que no lo oiga montar la pistola y se la enfunda por detrás del pantalón. Esto no me gusta nada. Dave parece tener miedo, y cuando las personas más valientes que tú tienen miedo, quiere decir que ha llegado el momento de tener miedo de verdad. Lo exasperante del caso es que lo encuentra excitante al mismo tiempo.

—Ya sabes lo que se dice, ¿no? —susurra.

—¿De qué?

—De esas situaciones cuando uno se encuentra consigo mismo.

—No. Que todas terminan mal, ¿no?

—Fatal.

Sigo a Dave únicamente porque no quiero quedarme solo. Nos adentramos en un pasillo lúgubre y angosto cuya moqueta lleva años floreciéndose.

—Es ahí al fondo —indica la vieja, señalando hacia una puerta maltrecha que queda retirada, pero como que muy retirada. Se me disparan todas las alarmas y me da un vahído. En un pasillo así, cualquier disparo podría hacer diana.

Dave recobra la compostura por un instante. Luego llama a la puerta con fuerza entre cortés y enérgica. Aguardamos. El suelo de madera cruje bajo nuestros pies. Silencio del otro lado. Dave se vuelve.

—No le ha oído —dice la vieja—. Llame otra vez.

—Ya he llamado. Con una vez basta.

Una vez fuera, a la espera de que pase un taxi, Dave se agacha para vomitar en la alcantarilla.

—Tenía que llamar una vez.

—¿Qué ha pasado ahí dentro?

—Algo.

Como buen cobarde y enclenque que soy, admiro el arrojo, aunque podría argumentarse que el arrojo no le beneficia a uno demasiado, mientras que ser cobarde tiene sus ventajas. Ser un cobarde y un enclenque puede resultar un incordio en alguna que otra ocasión, pero qué duda cabe de que poseer un yate con helicóptero incluido también es un incordio de vez en cuando.

¿Dónde quiere que atraquemos? ¿Precisará de una tercera camarera a bordo? El cobarde muere huyendo de la batalla, el valiente corriendo hacia ella.

—¿Hay algo que te asuste de verdad?

—Hay gente en esta ciudad que me aterra. Duermo con una Mac-diez bajo la cama.

¿Qué me queda a mí entonces? He visto hombres más fuertes que yo derrumbarse. Hombres más valientes que yo asustados.

—Te veo un poco estresado —observa Dave—. ¿Has escuchado las primeras grabaciones de Sun Ra? Te haré un recopilatorio.

Dos días más tarde Dave me llama por teléfono para contarme que ha vuelto por el restaurante. Estaba cerrado. Llamó con los nudillos a la puerta, tocó el timbre, dio voces, pero no hubo respuesta.



—¡Quieto! —es lo primero que oigo.

Acabo de abrir la puerta del coche.

—¡No te muevas, Tyndale! —dice alguien a voz en grito. Pero me muevo, faltaría más. Me doy la vuelta y veo a dos policías que avanzan hacia mí, arma en ristre.

No se puede decir que me sorprenda, la verdad. Siento un repentino fagonazo de miedo y rabia, pero también cierta serenidad, porque comprendo que todo ha concluido, ya puedo tirar la toalla.

Uno de ellos me pone las esposas. Guardo silencio, porque no hay nada que decir. Son tantos los motivos para detenerme, soy culpable de tantas cosas.

—Quedas detenido, Tyndale —anuncia el policía, como si no fuera más que evidente. No me extraña que se dirijan a mí por el nombre de pila; será que por alguna razón psicológica es más difícil que alguien a quien acabas de llamar por su nombre se líe a tiros contigo.

—Quedas detenido, Tyndale —dice el compañero. Guardo silencio. Es probable

que me queden unos pocos años de vida cuando salga de la cárcel; reflexiono sobre mi sentir al respecto.

—¿No quieres saber por qué te detenemos?

Pregunto, aunque sólo sea por cortesía.

—¿Por qué?

—Por ser un cascarrabias insufrible, Tyndale.

Me quedo mirándolo perplejo.

—Se te acusa de tres cosas. La primera, de ser un cascarrabias insufrible. La segunda, de ser un agarrado. Y la tercera, y más importante, de no ser capaz de reconocer la genialidad de los diyéis Gamay y Muscat.

Ve entonces a Gamay y Muscat viniendo hacia mí, Gamay con esa sonrisita suya de mandria que no merece el aire que respira, de desecho humano; Muscat sin saber muy bien cómo proceder. Me percato asimismo de que los uniformes de los dos agentes no parecen del todo legales: son dos *boys* stripteros disfrazados de agentes de policía, actores sacándose una pasta.

—Queríamos que te rieras un rato, socio —dice Gamay.

Nunca he inspirado temor, físicamente, pero reconozco en verdad que nunca en la vida me había sentido tan furioso. Los diyéis tiemblan al verme la cara.

—Tyndale, tenías que relajarte un poco, hombre —prosigue Gamay—. No pierdas el sentido del humor, socio. Cuando pierdes el sentido del humor, estás acabado. —Despido tal odio que Gamay se vuelve hacia Muscat—. Ya te dije que no era buena idea.

—¿A mí?

Me quitan las esposas, los agentes de pega me tienden su tarjeta y Gamay y Muscat ponen pies en polvorosa. Echan a correr sin más. A todo trapo. Estoy tan furioso que apenas me tengo en pie y no considero prudente conducir en el estado en que me encuentro, cuando veo a un mensajero venir hacia la casa. Trae un paquete para Napalm, que firmo (mal que bien, dados los temblores de la mano), y entro con el paquete.

Subo y llamó con los nudillos a la habitación de Napalm: la puerta se entreabre ligeramente. En el armario veo de refilón a una mujer, escondida.

—Perdone —digo, avergonzado, cerrando la puerta—. Perdone, pero tengo un paquete para Napalm —anuncio. No hay acuse de recibo. Qué raro—. ¿Se encuentra bien? —pregunto.

Al final, llamo ostensiblemente a la puerta de nuevo y me asomo. El armario está casi cerrado, pero me doy cuenta de que lo que había dentro no era una mujer, sino una muñeca. Una de esas muñecas de tamaño natural que se tienen de pie, con su pelito, sus pestañas y sus orificios amorosamente practicados.

Tengo que salvar a Napalm.

Es fácil cargarle la culpa al propio Napalm, decir que si se divierte así es por gusto; pero eso supondría obviar su físico y su mala fortuna. Todos hemos salido alguna vez con una chica y terminado, con nuestra mejor intención, ahogando a Cupido. Todo va tan ricamente cuando de pronto sueltas: «Qué piernas tan atléticas tienes». Lo que pretendías decir es qué piernas tan torneadas las tuyas y lo mucho que te gustaría lamerlas un rato. Pero ella interpreta el comentario como que tiene las piernas de un halterófilo peludo. Para qué dar explicaciones.

Asimismo, a veces fastidias las cosas por intentar acostarte con ella en la primera cita. O por no intentar acostarte con ella en la primera cita. El fracaso puede estar agazapado en cualquier parte.

Todos hemos metido la pata en alguna ocasión: por haber comido ajo inadvertidamente, por ponernos una camisa morada para esa persona que resulta odiar el morado, por apoyar al partido político equivocado. Pero ¿y si la suerte nos gastara malas pasadas siempre? Por si fuera poco, Napalm parte con un hándicap considerable ya de entrada.

Las clásicas muñecas hinchables son de risa. A nadie en su sano juicio se le ocurriría recurrir a ellas. En cambio esas muñecas personalizadas de tamaño natural son inquietantes porque, en momentos de desesperación, uno casi puede imaginarse... evidentemente, se mire por casi todas partes por donde se mire, mantener relaciones imaginarias no es nada sano, aunque pensándolo bien, casi todas las relaciones tienen un componente imaginario, y en algunos casos bastante fuerte. Probablemente todos nos hemos abrazado a una almohada alguna vez, y además, ¿cuántas mujeres no son medio de silicona?

El peligro de esos artefactos es que proporcionan algo. Igual que ocurre con las drogas; el problema no está en las drogas, sino en el mundo, que rara vez suele procurarnos tantas satisfacciones. Quizá con una muñeca de tamaño natural tenga uno bastante, caso de estar lo bastante derrotado, y pueda tirar la toalla. Porque al fin y al cabo no hay más ley que ésta: la pereza siempre acaba imponiéndose.

Dejo el paquete junto a la puerta.



—¿Qué tal está? —pregunta el doctor Greer.

Es la convención de rigor, pero siempre se me hace extraño que los médicos te lo pregunten. «Hecho una mierda, si no, no estaría aquí, ¿no le parece?», es la respuesta que suelo contener. Salvo que en esta ocasión, que yo sepa, estoy perfectamente bien. Excepción hecha, evidentemente, de mi embarazosa y pertinaz dolencia, pero ya he agotado a siete especialistas sobre el particular sin resultado alguno, así que no pienso hacer mención de ella.

—Últimamente tengo unos dolores en el brazo —respondo para seguidamente

pasar a hacerle una relación de los demás precursores típicos del infarto.

El doctor Greer se alarma al instante. El colectivo médico tiene sus mangantes, sus aprovechados, y entre sus filas hay muchos profesionales que sólo buscan hacer dinero, pero también muchos como el doctor Greer, que se toman verdadero interés por sus pacientes y desean ayudarles. Lo admiro por ello; de estudiante no es tan difícil ser una persona cordial, pero mantenerse decente hasta... que alguien que pasa de los cincuenta se tome interés por sus semejantes tiene mucho mérito.

—En mi país mi médico siempre me decía que iba a caer muerto el día menos pensado —continúo. No es de mi agrado tener que mentirle, decididamente el doctor Greer es una de esas personas agradables de verdad.

—¿Fuma? —pregunta.

—Sí —miento—. No mucho. Un paquete diario.

Seguro que, como buen médico, multiplicará la cantidad por dos. Paradójicamente, con tanto derroche de virtud, he perdido bastante peso y ofrezco buen aspecto. Pero he recabado la información pertinente y estoy dispuesto a falsear los análisis. Y si dices que tienes dolores, nadie es quien para contradecirte.

Me quito la camisa para que me ausculte y para que el doctor Greer aprecie el tatuaje que llevo en el pecho. Es grande, fácil de recordar y, sobre todo, de copiar, incluso para alguien sin ningún talento artístico como yo: es la imagen de un pez, el ichthys.

El doctor Greer me receta todo tipo de medicamentos y me pide una batería de pruebas. Las pruebas me las haré, pero los medicamentos no pienso tomármelos.

Pediré hora de visita con él un par de veces más hasta que se me conozca en su consulta como el señor con predisposición al infarto.



Se me ocurre que podría entrar sin más en el despacho de la funeraria y declarar que la Iglesia del Cristo Fuertemente Armado está interesada en contratar sus servicios y si nos harían un descuento de empresa. Lo que me preocupa es que me remitan a sus superiores. No necesito superiores. Un superior no estaría dispuesto a arriesgarse para lo que voy a ofrecer. Lo que necesito es a alguien del escalafón más bajo...

Estoy acercándome a la funeraria cuando, pese a que parece aún temprano para comer, observo que cuatro de sus empleados se dirigen a paso tranquilo hacia el bar de enfrente. Impulsivamente, entro tras ellos.

Aguardan a que la camarera les atienda con aire circunspecto, no debido a la lúgubre naturaleza de su profesión, sino con ese semblante que recuerdo de cuando yo mismo trabajaba: «No son más que las doce y quedan treinta años para jubilarse».

Una chica con unos pechos como pelotas de tenis y una camiseta azul con que hacer ostentación de ellos toma asiento en la mesa contigua al personal de la

funeraria. De los cuatro que forman el grupo, el sujeto al que yo tenía el ojo echado se inclina hacia la chica y le dice cortésmente:

—Disculpa. ¿Sabes que los costes van en aumento?

—¿Perdón?

—Los funerales cada vez son más caros, las tarifas aumentan año tras año. Muy por encima de la inflación. Compre ahora, muera después. —Tiende una tarjeta a la chica—. Con nosotros morir es una alegría.

La chica se levanta y se va.

Dos de sus compañeros parecen demasiado abúlicos como para reaccionar ante la bufonada, pero el otro, que goza de cierta autoridad, exclama:

—¡Didsbury!

—¿No había que hacer clientes?

—Ya veo lo bien que te ha ido con ésa.

—Verás como vuelve —replica Didsbury.

Lo dudo. Las mujeres son muy inflexibles en muchos aspectos. Una vez te catalogan de «capullo», ya no tienes nada, pero nada que hacer. Ya puedes salvar el mundo, que no serás más que un capullo que ha salvado el mundo.

En otra mesa, una joven madre se enfrenta a la crisis de la hamburguesa. Su hijo tendrá seis o siete años. La joven es una madre soltera atacada de los nervios que ha quedado con una amiga para comer. Está cansada, no sólo exhausta por los deberes maternos de rigor, sino cansada de haberse equivocado.

Al niño se le ha preguntado si tenía hambre, porque el establecimiento no dispone de menú infantil. Tras un pormenorizado estudio de la carta, el niño ha pedido la hamburguesa especial de la casa. La hamburguesa es espectacular y viene acompañada de una ensalada muy elaborada.

La criatura no ha probado la hamburguesa, y las hamburguesas no saben mejor frías. El niño juguetea con los cubiertos. Juguetea con la pajita de su refresco. Juguetea con su jueguito electrónico. La madre, mientras, charla con su amiga y finge no advertir la crisis de la hamburguesa. Quiere echar unas risas con su amiga. Ha sido una buena madre, ha cumplido los deseos de su hijo. Si se enfrenta a él y le pregunta por qué sigue sin probar bocado, estallará el conflicto y le estropeará la comida. Debería imponerse, porque la hamburguesa de marras es el plato más caro de la carta y porque dentro de un par de horas la criatura se pondrá a berrear de hambre. Eso es lo duro del caso, uno se conduce como es debido pero no es suficiente: siempre se le exige más.

Tengo la impresión de que la madre hará la vista gorda, porque la pereza siempre acaba imponiéndose.

—Didsbury, sal a echar un vistazo al coche fúnebre —ordena el oficial funerario con más autoridad.

—La última vez ya me tocó a mí, Jerry. ¿Por qué no sales tú a ver si el cargafiambres sigue ahí fuera?

—Te he dicho que como vuelvas a llamar así al Cadillac, quedas despedido.

—Está bien. Está bien. Stevie, ve a ver cómo sigue la fiambarrera. —Stevie fija la vista en la salsa picante, desguazado, abrumado por la desesperanza de su existencia.

—Así tampoco puedes llamarlo, Didsbury.

—De acuerdo, por lo que veo tendré que ser yo mismo quien salga a echar un vistazo al carro del dolor.

Didsbury sale parsimoniosamente. Es justo la persona que ando buscando: la rueda cuadrada de la carreta. Espero un momento, salgo tras sus pasos y vuelvo la esquina hasta donde está aparcado el coche fúnebre, a la sombra. Didsbury no es persona difícil de abordar, pero ¿cómo lo abordo sobre este tema?

Pese a mi esfuerzo por pasar inadvertido, me ha detectado. Avanzo con sigilo hacia él, y Didsbury enciende un cigarrillo y me hace señas para que me acerque.

—Bonito carro, ¿eh? —dice, dando unas palmaditas sobre el coche fúnebre. Convengo en ello—. Hay que vigilarlo bien. ¿A que no sabía que los coches fúnebres son los vehículos más buscados por los ladrones de coches?

—¿Ah, sí?

—A los chavales les encantan. Sobre todo a los siniestros, les ponen como a las moscas la mierda. Hemos probado con todos los sistemas antirrobo del mercado, y aun así cada año nos roban un par de ellos. Pero para darse una vuelta en él, no hace falta morir o birlar uno. Cada dos fines de semana me toca vigilar el taxi celestial este. Se puede alquilar sin ningún problema para hacer una aparición triunfal en un festejo o una excursión muy íntima.

Didsbury me ha tomado por un perverso.

—Aquí tiene mi número —me tiende una tarjeta. Sonríe y la acepto.

—Gracias, Didsbury. Descuida que te llamaré.



Nunca ayudes a nadie. Por muy diversas razones. Primera: los diez minutos que se te van ayudando a la ancianita a cruzar la calle o aguantando el peso del piano de cola de tu vecino son diez minutos que podrías haber empleado medrando profesionalmente. Diez minutos aquí y allá son muchos minutos. La lealtad es un vicio: si un amigo está en apuros, olvídate de él. No pierdas el tiempo ofreciendo consejos, consuelo o dinero. Búscate un amigo con futuro. Amigo que te necesita, amigo que te paraliza.

Si el amigo sale del apuro, el destino ya se encargará de que os crucéis en algún lado... nada más latoso ni que más tiempo consuma que esforzarse por animar a otro porque se le ha muerto la mujer o quiere quitarse la vida. Una tele conviene más que

un amigo deprimido. En vez de desperdiciar el tiempo escuchando penas, empléalo en congraciarte con tus superiores.

¿La honradez? La honradez es una patraña inventada y fomentada por los que no son honrados. Cualquiera que haya probado a ser honrado sabe lo doloroso y poco rentable que resulta. Naturalmente, los sinvergüenzas la alaban y la fomentan, porque si todos fuéramos como ellos habría demasiada competencia. Tiene que haber pardillos que se dejen engañar, forman parte esencial del ciclo económico.

En cuanto a la solidaridad, si te pagan por ejercerla pues estupendo. Lo mismo que con las obras benéficas, si trabajas para una ONG (con tus vacaciones pagadas, tu pensión y tus gastos de representación), vale. Si no, olvídate.

Ahora mismo os lo demuestro: ¿cuántos altos cargos conocéis que sean agradables? No todos los jefazos son seres despreciables, pero sí la mayoría. Los pocos que no lo son pueden considerarse como anomalías estadísticas. Las personas dignas de admiración por lo general deambulan por el mundo sin poder ni prestigio.

Odio a los ricos. Los ricos de toda la vida me caen mal porque no se enteran de nada; cuando les cuentas lo dura que es la vida te miran con la misma perplejidad que si te hubieras dirigido a ellos en una lengua muerta siglos atrás.

Los que son ricos porque se han hecho ricos me caen mal porque creen, faltaría más, que su riqueza se debe a méritos propios. Como el tipo al que le toca la lotería y da en creer que ejerce dominio sobre la lotería.

Cada uno vive en la trampa de su propia vida. «Dinero lo hace cualquiera», decía mi único vecino rico, un hombre listo y trabajador, que había hecho fortuna restaurando casas en una época en que el precio de la vivienda tenía patidifuso a todo quisque. «El dinero no es nada», decía mi madre, pese a haberse criado en la pobreza. Algo de razón tenía.

Pero para un hombre no es lo mismo. Lo suyo en parte es hacer dinero. Para las mujeres hacer niños. Para los hombres hacer dinero.

Odio a los pobres. ¿Que no tienes dinero? ¿Ni trabajo? ¿Ni perspectivas? ¿Ni ambiciones? Pues nada, hombre, traes al mundo cuatro, cinco, seis criaturas, que ya las mantendrá el dinero de los demás contribuyentes. Tú sigue arrojando criaturas a la miseria. Y el colectivo de en medio tampoco se salva, tan ridículamente ufano con su adosado con jardín.



Ni una llamada del hierofante desde hace ya más de una semana. Algo debe de ir mal. Antes me llamaba cada dos días.

Cuando uno pierde contacto con sus conocidos, cuando empiezan a caer en el olvido, siempre se pregunta: ¿estarán demasiado ocupados? ¿Demasiado felices? ¿Demasiado arruinados? ¿Muertos? Yo pertenezco a una generación en la que casi

nadie moría joven. Alguno que otro por culpa de las motos. La muerte nos era ajena. Ahora el infarto y el cáncer ya deben de estar empezando a llamar a las puertas.

Me doy una vuelta por la casa del hierofante para comprobar que todo esté en orden. Salto casi quince centímetros en el aire al encontrármelo allí sentado.

Al instante me pregunto si no estará muerto, porque mi entrada (la casa es pequeña, si alguien entra te enteras por fuerza) lo deja impasible. Está inmóvil. Mirando al vacío. No con la mirada perdida del que ha sufrido una fuerte impresión o se encuentra exhausto, sino vacía por completo, como si hubiera agotado las existencias.

—¿Gene? —pregunto. Se vuelve hacia mí. Despide un olorillo nauseabundo.

—No vale la pena que digas nada —dice finalmente.

—Lo siento —digo, porque no se puede decir nada más.

—Es imposible que exista un Dios —decía mi madre—. Porque si fuera así no estaría padeciendo tanto.

Me deja asustado. Asusta ver a alguien que sabes positivamente más fuerte que tú, pero con diferencia, destrozado por completo.

Nuestro paso por la tierra es principalmente una batalla en pro de la ocultación. Una lucha por ocultar los olores que despedimos, los rasgos decepcionantes de nuestra persona. Por un lado está lo físico y por el otro lo espiritual, luchando por ocultar la codicia, el odio, la debilidad. La civilización es una fachada espiritual. Un simulacro que nos permite creernos mejores de lo que somos, un simple disfraz, una loción espiritual para después del afeitado.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—Irte. —La amargura tiene esa característica: por lo general siempre hay una parte de ti que no desea que le levanten el ánimo. Asimismo también en ocasiones damos en creernos capaces de ayudar a los demás con un puntillo de arrogancia.

Salgo a comprar algo de comida que dejarle al hierofante. Sospecho que no probará bocado, pero tengo que intentarlo. También sé que deseo ayudarle de algún modo. Me odio a mí mismo por querer ayudarle. Estoy a un milímetro de hundirme en la mierda más absoluta y pretendo hacer la cosa más difícil del mundo: inspirar fe.

Cierto que estoy tramando engañar al público en general, pero mi plan es burlar a los imbéciles y desagradables, o al menos a gente que no conozco; además, mi intención no es desplumarles y dejarles sin los ahorros de toda una vida. Yo sólo pido que un buen número de personas se rasque los bolsillos y me suelten unos billetes. Una modesta contribución para Tyndale, a cambio de la cual me creo capaz de ofrecer algo: un rayo de esperanza.



Uno de mis vecinos era guitarrista. Yo diría que el mejor guitarrista del mundo.

Podríamos tirarnos una semana discutiendo sobre qué es lo mejor y sobre si mi criterio es válido para juzgar qué es lo mejor, que no lo es, eso por descontado. Pero yo diría que aquel hombre se contaba entre los diez mejores guitarristas del mundo. Su padre había sido profesor de guitarra y el chico empezó a tocar a los cuatro años. Fijaos si era bueno que varios guitarristas profesionales dejaron la carrera después de verlo en acción: quedaron tan abrumados ante su superioridad que no pudieron seguir tocando.

Desistieron porque se dieron cuenta de lo bueno que era y porque, pese a ello, tocaba en locales reducidos y ante públicos reducidos. No es que no se le reconociera, es que no se le reconocía como era debido. Firmó acuerdos discográficos, hizo giras por el extranjero, vivió parte de lo que conlleva el éxito, pero no el éxito. Se abrió camino, pero no consiguió ganar terreno para salir del nivel más bajo del escalafón. Ser bueno no basta: el mundo tiene que saber que eres bueno, se le tiene que explicar.



—Parece que nos hemos quedado sin negocio —dice Sixto, mostrándome un artículo del periódico sobre una espectacular redada antidroga en Colombia. Treinta y cinco personas detenidas, cuatro abatidas a tiros.

—¿Nos? —pregunto.

—Nos.

—Ya darán con algún abogado que los saque del aprieto —sugiero.

—No —dice Sixto—. En este negocio es posible que no te detengan, pero como te detengan y salgas en primera plana, estás acabado.

¿Debería mencionarle que barrunto si no será mi mala suerte la que ha dado al traste con una importante, arraigada y despiadada organización multinacional del crimen? Hay cosas que cuesta trabajo asumir, pero siento que es mi deber admitirlo: soy un cenizo. Hace ya demasiado tiempo que vengo negando la evidencia. Hago unos recados de nada para ese cartel y, de la noche a la mañana, terminan todos entre rejas. ¿Le contrariará a Sixto saberlo? Cuando trabajaba para la empresa de iluminación aquella en mi país, vale que ya me habían despedido, pero al año siguiente de yo irme, les liquidaron el negocio. La podredumbre había calado demasiado hondo.

Sixto no le da importancia.

—De todos modos, ya estaba harto. Además, eso significa que nos quedará una buena tajada.

Sixto piensa que, decapitado el cabeza de empresa, la red entera terminará disolviéndose. Y que el dinero que habían de embolsarse los altos mandos se quedará en casa.

—No haremos ningún movimiento durante un tiempo. A ver si viene alguien a

pedirnos cuentas. Si viene, pagamos como está mandado. Y si no, mariquita, mariquita, lo que se quita, se quita. Descuida que te llevarás una parte. De todos modos, quiero vender esto cuanto antes. Ya es hora de cambiar de aires.

No me vendría mal un poco de dinero. Podría ayudarme a ayudar a alguien.

Lo único bueno de la desgracia es que nos brinda la oportunidad de hacer el bien. Sin adversidades las ocasiones de mostrarnos bondadosos serían muchas menos.



—Oye, tengo que prevenirte sobre Napalm —le digo a Dave cuando estamos ya aparcando—. Es algo raro de cara, pero raro de verdad.

—Como un monstruo de feria, ¿no?

—Yo sólo te prevengo. Para que cuando te lo presente no reacciones mal.

—Tyndale, eres un buen amigo, pero la verdad, a veces dices unas sandeces. ¿Qué crees, que voy a ponerme a gritar «eres el tío más feo que ha parido madre»? No sé por quién me tomas.

Nos apeamos del coche. Napalm baja por el caminillo de entrada a la casa. A Dave le entra un ataque de risa. Tanto se ríe, que se le saltan las lágrimas.

—Nada, el chiste del bebé en la batidora —explico a Napalm, en referencia a un chiste que él mismo me había contado el día anterior. Dave sigue descuajaringado y ni siquiera puede estrecharle la mano a Napalm.

—Perdona —dice entrecortadamente—. Perdona.

Nos damos una vuelta por dos locales distintos y ni siquiera me fijo en los nombres. Dave está encantador con Napalm, se lo presenta a varias chicas, pero ya veo que mi idea de irnos de juerga con él era absurda. Una camarera nos trae a su amiga para que Dave se pronuncie.

—Es increíble. Te adivina los gustos.

Dave le coge la mano y se pronuncia:

—Mose Allison. King Pleasure. Rammstein.

Las dos chicas miran a Napalm como si fuera nuestro monito de feria.

Cuando Napalm va al servicio, Dave se vuelve hacia mí.

—No me van a creer cuando lo cuente. Y no es fácil describirlo. Quiero decir, que no es de esos feos que dan susto al miedo.

—No.

—Es más raro aún. Entre raro y gracioso. Lo suyo no tiene mucha solución, ¿verdad?

—No.

—¿Cirugía plástica? Por probar...

Dave promete a Napalm poner a la venta sus esquis en la tienda. Salimos a la calle.

—¿Y ahora qué? —se pregunta Dave—. A Tyndale y a mí normalmente nos gusta que nos atraquen para poner colofón a la noche.

Dicho lo cual, una figura encapuchada se acerca a él por la espalda y saca una pistola. Esta vez no nos hallamos en un descampado oscuro, sino en una calle perfectamente iluminada.

—Caballeros, les ofrezco una oportunidad de inversión. No necesito más que doscientos dólares.

—Un momento, ¿esto es un atraco? —pregunta Dave.

—No, es una atractiva oportunidad de inversión.

—¿Y en qué vamos a invertir?

—En mí.

—¿Y tú a qué te dedicas?

—A cantar.

—¿Y qué sacamos con darte dinero?

—Doblar su inversión.

—¿Y cómo haremos para cobrar?

—Cuando sea famoso me escriben y yo les mando el dinero. Me llamo Slowjoe.

—¿Por qué no admites que esto es un atraco?

—Porque esto es una oportunidad de inversión única, de las que sólo se dan una vez en la vida, nada más.

—Te lo advierto —tercia Napalm—, tengo memoria fotográfica. Me he quedado con tu cara y estoy dispuesto a declarar contra ti en los tribunales.

—Si no es un atraco, ¿a qué viene esa pistola?

—La llevo sólo como defensa personal. No se imaginan la envidia que despierta mi talento. —Observo que un coche patrulla pasa por delante de nosotros, muy despacio.

—Mira —dice Dave—, te daré cincuenta si confiesas que esto es un atraco.

—Serán cincuenta por barba, como mínimo. Es una inversión. No puedo bajar más.

Para mi asombro, Dave mete la mano en el bolsillo y cuenta tres billetes de cincuenta. Antes de marcharse, Slowjoe nos deja un disco con sus canciones.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunto.

—Estoy cansado —dice Dave—. ¿Acaso pretendías desarmarlo?

Antes me metía en aprietos cada seis meses. Ahora es cada semana. Esta ciudad cada día es más segura, así lo dicen las estadísticas. Todo el mundo lo dice. Tú quizá no tengas suerte con tus rayitas, pero yo soy el atrae atracadores del siglo.

Empiezo a pensar que lleva razón.

—Yo estoy dispuesto a testificar —interviene Napalm.

—Toma —dice Dave, entregándole el disco de Slow Joe—. Quédatelo. No fuera

a gustarme.



Me enfurece.

Me enfurece que Napalm haya tenido tan mala suerte en la vida. Me enfurece que me enfurezca. Que me enfurezca el que Napalm sea Napalm no contribuye en absoluto al progreso de mi misión. La ira, como la mayoría de emociones, es una pérdida de tiempo.

Si me sulfuro tanto por una cosa así debe de ser una señal más de que estoy perdiendo la cabeza. Un vecino mío que se volvió loco se pasó las semanas previas a su ingreso en la celda de aislamiento obsesionado por las ardillas que se comían las nueces de su comedero para pájaros, en lugar de atender a su negocio en quiebra. Preocuparse de los problemas del prójimo es una forma de eludir los nuestros. Existen tantas formas perfectamente legales y gratuitas de obviar la propia fatalidad: impedir que las ardillas alcancen las nueces, ver la televisión, dormir, correr maratones, tocar el arpa, preocuparse por el prójimo.

Sixto me da un dinero en efectivo.

—Sin novedad en el frente de «la pasta desaparecida» —afirma risueño.

Me propongo hacerle un regalo a Napalm. Algo que le dure toda la vida: un gran recuerdo.

Decido consultar a Dave sobre el particular, pero mientras voy conduciendo por Biscayne Boulevard me cruzo con una que hace la calle, ostensiblemente haciendo la calle. Había barajado la posibilidad de llamar a una agencia de acompañantes, dado que quienes trabajan en las esquinas no suelen ser los profesionales de más categoría y caché, pero la chica parece bastante mona y tan normalita que bien podría ser apta... además, que la pereza siempre acaba imponiéndose.

Bajo la ventanilla y nuestras miradas se cruzan.

—¿Qué tal? —pregunto, por decir algo poco susceptible de polémica.

—¿Que qué tal? Pues aquí en la calle esperando a que un guarro me encule a cambio de un poco de calderilla con la que pillar algo de caballo. ¿Cómo coño quieres que esté?

Subo la ventanilla y sigo mi camino.

Hago un alto en Lincoln Road para tomar un café y en un periódico veo el anuncio de Gold Starr Girlz:

«Trabajamos exclusivamente con chicas de alto *standing*, guapas y refinadas, con una elite acostumbrada al champán y al glamour y a desenvolverse con soltura en hoteles de lujo y selectas salas de fiestas. Nuestras bellas acompañantes, ya sean modelos o universitarias de primera, dan por sentado que sus señores clientes las llevarán a restaurantes de categoría y fama internacional, frecuentados por personajes

famosos».

Con una abrumadora sensación de inutilidad, entro en el local de Gold Starr Girlz. Intuyo que mi misión de alegrarle la vida a Napalm está condenada al fracaso. Procuero sacudirme de encima la fatalidad, pero en vano.

Me atienden con un derroche de simpatía. No muestran decepción o asombro alguno al solicitarles un servicio de una hora. Estoy seguro de que no mostrarían decepción o asombro pidiera lo que pidiera. Cuando veo las tarifas, me da un telele. Iba dispuesto a que me desplumaran: estoy en una agencia de lujo de una ciudad podrida de dinero, pero no puedo creer que ni los ricos paguen semejante dineral. Con tarifas así no tienen más remedio que derrochar simpatía.

Al hojear el catálogo, pese al papel cuché y a la cuidada iluminación de las curvas, noto que hay algo triste en él. Cada uno que haga lo que quiera, que se gane la vida como le venga en gana, pero hay un dolor latente entre esas páginas. Me pregunto de verdad si serán los clientes los ansiosos de fricción o si no será la empresa. ¿Quién va a soltar semejante cantidad de dinero por una polución, pudiendo conseguir una reconstrucción fidedigna y gratuita en su propio puño? Sé que muchos de mis colegas de profesión acababan pagando no por el aaahhh en sí, sino por aburrimiento y porque estaban en una ciudad desconocida.

Pero con tarifas así, imposible. Sólo hay un modo de enfrentarse a los que abusan con tarifas abusivas.

—¿No hay ninguna chica más cara? —pregunto.

—Podríamos doblarle la tarifa si lo prefiere.

—No se lo tome a mal, pero necesito a alguien de más categoría.

En el intento de arreglarle la vida a Napalm se me ha ido la mitad del día y sigo como al principio. ¿Debería desistir? Todo es puro azar, y yo en los juegos de azar por lo general pierdo.

—¿Por qué me preguntas a mí? —salta Dave cortante cuando lo llamo por teléfono para pedirle consejo—. ¿Crees que mi campo son las depravaciones de todo género? ¿Que soy un hijo de Satán o qué?

No obstante, me recomienda la Casa de sus Sueños y, cuando se entera de que mis pesquisas tienen como objetivo el bien de Napalm, se ofrece a hacer una contribución.

El folleto de la Casa de sus Sueños reza así: «Le damos la bienvenida a una apacible comunidad de naciones. Nuestras hermosas y cuidadosamente seleccionadas bellezas, ideales para cualquier evento, reunión de antiguos alumnos o noche en la ópera, sabrán dar cuerpo a sus sueños confiada y confidencialmente. Nuestro lema: lo que quiera para quien lo quiera».

No doy crédito a las tarifas. Me he equivocado de negocio. Las playas de esta ciudad están plagadas de chicas solteras cuyo principal objetivo es divertirse. En esta

agencia la cosa tampoco puede ir de poluciones simplemente. Sospecho a menudo que pagar precios desorbitados tiene más que ver con el puro placer de pagar que con lo que se recibe a cambio.

Mi ojiplática mirada me traiciona.

—Disponemos, eso sí, de una *belle de jour*.

Ahora no puedo echarme atrás. Reservó una hora con Shy. Shy es una jovencita menuda, fibrosa, tocada con una gorra demasiado grande de almirante que casi le tapa la cara. El atuendo, sin embargo, le valdría perfectamente a cualquier cría de seis años en un clima caluroso, es decir, que la mayor parte del cuerpo peligrosamente bronceado de Shy reclama a voces atención.

—Tengo otra ropa, si quieres me cambio.

Nos sentamos en el News Café.

—Tengo un trabajo especial para ti, no sé si te interesará —le digo.

—Especiales lo son todos.

No he conocido a muchas profesionales del gremio. En general han demostrado ser unas avinagradas o unas victimistas. Shy, vestimenta aparte, tiene más bien aspecto de empleada de banca o ingeniera. Estoy mirando a los ojos de una persona serena, invencible.

—Es un trabajo del que quizás a tus jefas no les haga falta enterarse.

—Un PEB, ¿no?

—¿PEB?

—Pago en B. Se podría hablar.

Observo sus zapatos. No soy ningún experto en zapatos, pero son tan perfectos, su piel tan lustrosa, que me apuesto a que cuestan más que mi coche. Shy tiene veintiún años y no me cabe duda de que antes de llegar a los treinta ya se habrá hecho rica. Descartaron su corazón o tal vez nunca se lo llegaron a instalar. Que a uno le traiga sin cuidado todo el mundo da mucha libertad.

Es interesante compartir mesa con Shy. El resto de la clientela me mira como si fuera alguien, por el hecho de estar sentado con ella: Shy es, a todas luces, una de las elegidas. Ya sea hija, amiga o adquisición mía, he subido de estatus. No tiene un gran mérito que los imbéciles te admiren, pero resulta agradable, como una suave brisa.

—Tengo un amigo —empiezo diciendo. Le describo sucintamente los obstáculos que impiden el avance de Napalm y el escenario que deseo haga realidad.

—Vale, el SN.

—¿SN?

—El «servicio novia». —Cómo no: crees haber inventado algo nuevo pero resulta que alguien se refiere a ello por sus siglas desde hace tiempo.

Mientras urdimos el plan, me quedo extasiado con los pechos de Shy, porque ellos se me imponen. Cuánta belleza hay en la carne joven. ¿Mi embobamiento será

un viejo vicio o el retorno de un capricho atemporal? Ahora que, si quiero perderme de nuevo en las mujeres no voy empezar por Shy, tan afectuosa ella como un tablón de madera.

Algunos triunfadores que he conocido me han llamado la atención en ese sentido: seres inteligentes que a una edad temprana llegaron a la conclusión de que la vida era un asco y no se dedicaron a perder el tiempo con la felicidad. No era gente desagradable, más bien al contrario, su compañía resultaba muy grata, pero era imposible imaginárselos llevándose un disgusto por nada: ni que se les muriera un familiar o su esposa los abandonara. Amputados emocionales. Desconectados emocionalmente. Que no esperan nada de nada ni nadie.

Me cuesta imaginar a Shy interesándose por alguien. Por desgracia, en mi interior continúo albergando el deseo de ser feliz. ¿Quién es el equivocado aquí? ¿Son la honradez y el amor simples máscaras de la arrogancia y el egoísmo? ¿Es la rectitud una salvaguarda de que algún día obtendremos algo a cambio?

Entre los dos urdimos el plan: Napalm conoce a Shy, una apocada bibliotecaria de Iowa en el penúltimo día de sus vacaciones. Shy se queda prendada de Napalm, pasa la noche con él, pero antes de marcharse le cuenta que su prometido, con quien había cortado antes de las vacaciones, la ha llamado por teléfono para suplicarle que vuelva y, pese al inimaginable éxtasis de placer que Napalm le ha procurado, Shy ha pasado por tantas cosas con su prometido que se siente en la obligación de darle otra oportunidad, bla, bla, bla. O sea, que ahí te quedas, pero ahí te quedas con cariño, con nostalgia.

Napalm se lleva el recuerdo de una noche formidable de jadeos y revolcones que atesorar y engrandecer.

—¿Tienes ropa apropiada?

—Si supieras la de veces que me toca hacer de bibliotecaria. Es un servicio muy solicitado, CIM.

No pregunto. Saco una foto de Napalm.

—No exagerabas —comenta.

Mientras renegociamos sus honorarios, observo los pechos de Shy y pienso que el atractivo de la juventud no radica enteramente en sus carnes prietas, sino en la pureza de éstas (no en el caso de Shy, obviamente); es difícil llegar a los cuarenta sin haberse convertido en un saco de veneno, la desilusión chorreándote por las orejas.

Acordamos un precio, precio que yo no habría aceptado de no haber invertido ya tanto tiempo en el proyecto. Shy acepta el adelanto con módica cortesía.

De vuelta en casa, me arrodillo y rezo con fervor. No veo esperanza. ¿Será porque no la hay o porque no la veo?



Quedo con Napalm en un cibercafé esa misma tarde. Shy se las ingeniará para abordarlo ya que yo no voy a acudir a la cita.

—Haz como si tuvieras un problema con el ordenador o... —sugiero.

—Oye, que lo tengo todo controlado —afirma con seguridad.

Sin embargo, estoy preocupado. Me preocupa que Napalm encuentre a Shy, aun en su versión comedida, demasiado inaccesible. Que pierda la gran oportunidad de su vida, igual que todos. No se verá capaz de abordarla.

Llevo una mañana funesta. Me han encargado un funeral por el alma del hermano de un feligrés. El atasco provocado por un suicida me ha hecho llegar tarde. El tipo ha saltado desde el décimo piso de un hotel abrazado a su hijo de cuatro años: era abogado, estaba bien de salud. Eso es lo más triste del caso: que se trataba de una persona sana, con buena posición económica. Si estás viejo y enfermo, ¿por qué no despedirte cuando te venga en gana? Pero cuando ése no es el caso, significa que probablemente no cuentas con nadie que te apoye, que te escuche, que te diga «que les den por culo» con sinceridad y te palmeé afectuosamente la espalda. A menudo simplemente basta con eso. Igual que el medicamento oportuno es capaz de sanar de raíz una dolencia, basta con unas palabras de la persona oportuna en el momento oportuno para salvar una vida.

Son cosas que no comprendes de joven. Pero a medida que te haces mayor comprendes perfectamente ese hartazgo: aunque tu vida no sea tan horrible, te hartas y punto. Y también eres capaz de comprender que la desilusión te lleve al extremo de querer evitarle a tu hijo pasar por ese trago.

El funeral es por el alma del difunto hermano de Wilson. Me resistía a aceptar el encargo porque no estaba seguro de haber visto nunca a Wilson en la Iglesia del Cristo Fuertemente Armado. No recordaba su presencia en ningún servicio, aunque él dijera lo contrario. Seguramente es de los que sólo se acuerdan de Dios cuando truena, como la mayoría de nosotros. Al final acepté, tal vez porque era más fácil decir sí que no.

Según Wilson, su hermano no bebía, no fumaba, ni tomaba drogas. Le gustaba mucho nadar, era vegetariano casi, y una vez a la semana trabajaba como voluntario en un centro para perros abandonados. Tenía veintitrés años y había caído fulminado mientras estaba zapeando frente al televisor. De golpe y porrazo. Ante casos así a uno le dan ganas de echarse a la calle y violar, robar y torturar a los niños con cigarrillos, porque ponen en evidencia que vivir sensatamente no conduce a nada.

Cuando llego están terminando de enterrar a otro joven.

Un estudiante que había accionado un extintor de incendios. También éste tuvo mala suerte, habida cuenta de los cientos de miles de jóvenes borrachos que puede haber en un momento dado alrededor del globo accionando extintores de incendios, sin que llegue a nuestros oídos noticia de ninguna tragedia. Claro que el muchacho en

cuestión cometió el error de accionar el extintor y metérselo en la boca, luego, a diferencia del hermano de Wilson, sí hizo algo temerario, si bien se le castigó excesivamente por ello. ¿Sería consuelo para la familia de Wilson el saber que su hijo había fallecido por una majadería así, por, pongamos, hacer malabarismos con motosierras mientras estaba zapeando?

—Éste es un momento aciago para todos los presentes —digo, haciendo el panegírico de un desconocido ante desconocidos—. ¿Qué tipo de persona era Harvey? Una persona joven.

Dos insectos enormes posados en una de las coronas atraen mi atención; o se han enzarzado en una pelea o se lo están montando, zumba que te zumba. ¿Debería espantarlos? ¿Ninguno de los presentes se ha percatado? Son unos insectos de tamaño considerable y muy escandalosos. ¿Será un mensaje de la naturaleza: la vida sigue?

—No nos queda más consuelo que apoyarnos los unos a los otros. —Me sorprende lo sentimental que me estoy volviendo, y mi elocuencia en este mi primer funeral.

—No lo entiendo —dice Wilson más tarde—. Mi hermano llevaba una vida normal. Enfrente de casa vive un tío que se mete toda clase de drogas y va hecho un asco. Pasará de los sesenta el hombre. Se pasa el día sentado en el porche estrellándose botellas de cerveza contra la cabeza. Y aquí está. El muerto es mi hermano.

No existe respuesta.

—Tampoco yo lo entiendo, Wilson —respondo, porque es cierto que no lo entiendo y porque no encuentro una respuesta inteligente con la que mitigar su dolor. Me pregunto qué haré aquí consolando de balde a un desconocido—. Pero tienes que aprovechar la vida. Es lo que tu hermano querría. —Sueno bastante convincente. Empiezo a dar con el tono.

—No lo entiendo —dice Wilson.

Va a pasarse todo el día repitiendo lo mismo, así que me voy. Luego, discretamente camuflado, me dispongo a espiar a Napalm y Shy desde el Burger King situado enfrente del cibercafé.

Considero las múltiples posibilidades de que su encuentro fracase. Shy podría haberse fugado con el dinero. Napalm podría no haber acudido a la cita. El local podría haberse incendiado la noche anterior. Sin embargo, miro al otro lado de la calle y compruebo aliviado que Napalm y Shy han entablado conversación. Shy está irreconocible. Las mujeres tienen esa habilidad para transformarse, basta un vestido y un peinado nuevos. El megaputón de ayer es hoy un ratón de biblioteca de aspecto casi monjil.

Eso es lo que exaspera de la vida: que de vez en cuando las cosas salgan bien. A veces pides un préstamo, invitas a una chica a salir, solicitas un trabajo, y te dicen

que sí. Te quedas con la conformidad suficiente para no abandonar la partida, al igual que en los casinos, cuidadosamente amañados para aflojar lo suficiente como para que los jugadores no abandonen el recinto.

Pido una hamburguesa.

La chica que me atiende al otro lado del mostrador está charlando con un compañero a su derecha y me devuelve el cambio de veinte dólares, cuando yo le he dado uno de diez. Supongo que es ese reflejo automático lo que más nos revela de nuestra persona: le devuelvo el dinero. La chica me mira con extrañeza. ¿Cansada? Tarda su buen rato en reaccionar. Le he devuelto un dinero con el que podría haberme largado tan campante. No me lo agradece.

Nunca acierto. Si me hubiera ido del Burger con el dinero, me habría sentido mal conmigo mismo, porque a la muchacha le habría caído una buena reprimenda por esos dólares faltantes. A una cajera que conocí la hicieron llorar por unas moneditas de nada. Por otro lado, aun tratándose de una cantidad ínfima de dinero y sabiendo que, ni aun multiplicada por mil, va a cambiar en nada mi grado de felicidad, me siento un tanto descontento conmigo mismo por haber rechazado un dinero caído del cielo.

La bondad y la honradez deberían ser castigadas. ¿Qué clase de mundo sería éste si las buenas obras se recompensaran? Imaginad que pasarais una hora en el hospital animando a un paciente moribundo y solitario y que luego os ofrecieran un ascenso. Que dierais cinco dólares de limosna para la lucha contra el hambre y luego os tocaran cinco mil en la lotería. La caridad sería entonces arribismo profesional; la generosidad, egoísmo.

Deberíamos amar la bondad por sí misma, y tal vez las tribulaciones de las personas rectas sean la prueba de que existe un Dios justo. La bondad debería llevar un coste. Debería doler. Aunque yo, personalmente, preferiría un universo donde por cinco dólares ganaras cinco mil y donde los solitarios y moribundos recibieran montones de visitas.

Me retiro y al ver la floristería al otro lado de la calle pienso que nadie le regala flores a Gulin. Las flores son cosas de poco valor; duran poco. Y, además, que podría comprárselas ella misma, pero no se trata de eso. Me da rabia que nadie le compre flores. Gulin se desloma trabajando, es más honrada y alegre que ninguno de nosotros; se merece un detalle, por pequeño que sea.

—Hola —me saluda la florista calurosamente, pero no permitiré que me embauque con sus agradables maneras para que me gaste el dinero a lo grande. Además, que comprar flores es un derroche absurdo. Si regalas una vela, una caja de bombones o un póster, de algo sirven, pero las flores duran un soplo y, en mi experiencia, salen más caras que los susodichos artículos.

—¿Qué tipo de ramo buscaba? —pregunta la florista. No me atrevo a responder

el más barato que tenga, pero eso es precisamente lo que busco. Lo importante es el detalle de regalar flores, no lo que uno se gaste en ellas.

La florista es muy simpática (y ante una mujer muy simpática uno siempre se plantea: ¿será que es muy simpática, porque bien es verdad que de vez en cuando uno se cruza con mujeres y hombres muy simpáticos, o que está siendo muy simpática contigo en particular?).

La florista me ofrece un descuento por dos ramilletes de claveles. Mientras me está envolviendo el ramo, entra una chica de unos dieciséis años acompañada de un señor mayor que ella, bajito y regordete. La chica lleva un sofisticado cono de flores (de una clase desconocida para mí), entrelazadas con largas frondas.

—Acabo de aprobar el curso —anuncia—. Sólo quería enseñarle el ramo.

—¡Qué alegría! ¿No? —responde la florista y me mira como esperando que convenga en ello.

—Sí —digo, porque no cuesta nada decirlo y el ramo no está mal.

—Sólo quería enseñárselo —dice la chica—. Hemos aprobado sólo tres de la clase. —¿Cómo es posible suspender un curso de arreglo floral si, es un poner, se ha asistido a clase? Yo no sería capaz de hacer un ramo tan bonito como ese que exhibe la muchacha, pero si me explicaran los principios rudimentarios, tampoco creo que me resultara tan difícil aprobarlo.

—Sólo han aprobado tres —repite el caballero, ufano como sólo puede estarlo un padre.

Ni él ni su hija van sobrados de luces ni de dinero. Uno no sabe muy bien cómo reaccionar. Es bueno que la chica haya aprobado el curso. Es bueno que posea algo así como un arte. Es bueno que se lleve bien con su padre, y que el hombre se sienta orgulloso de su hija, pero también es un tanto deprimente que puedan llegar a hacerse tantas alharacas porque alguien haya juntado cuatro flores.

—Sólo quería enseñárselo —dice la chica. A menudo las conversaciones se basan, fundamentalmente, en repeticiones.

—Qué alegría, de verdad —dice la florista, olvidándose de mi ramo. Me parece estupendo alentar a nuestros semejantes y ser benévolo con ellos, pero no cuando entorpece mi compra. Yo sólo quiero comprar ese ramo e irme de una vez. En otra ocasión tal vez me habría sumado al regocijo general, pero hoy sinceramente sólo pretendo pagar y largarme.

Es curioso que algunos tengamos tan pocas aspiraciones. Algunos de mis compañeros de colegio eran así, chavales cuyo principal deseo en la vida era dedicarse a limpiar ventanas como sus padres. Nunca alcancé a comprenderlo, porque si algo bueno tiene la ambición es que es gratis. ¿Por qué no aspirar a ser astronauta, sablista, ídolo de masas, por qué conformarse con ser limpiacristales?

Por otro lado, carecer de un plan vital estratégico tiene una ventaja: si no tienes

un plan, por definición, es imposible que el plan te falle, aunque dudo de que mis colegas tuvieran la suficiente visión de futuro como para ver eso.

Cierto que yo nunca soñé con nada concreto, pero sí alimenté la certeza de que mi grandeza sería reconocida algún día o que para cuando llegara a los veinte más o menos habría amasado ya una enorme fortuna a lo largo de un proceso tan difuso como inevitable.

Pero cierto es también que muchos venimos aquí de paquete. Hay muchos pobres que lo son porque siempre han carecido de oportunidades, y algunos por carecer de propósitos. Soy consciente de que ese padre y esa hija me exasperan porque no son más que una versión exagerada de mi persona. Me he pasado gran parte de la vida sin cuestionarme nada, dejándome llevar por la rutina y el conformismo.

¿Qué estoy haciendo? Estoy enfadado por encontrarme atrapado en una floristería. Atrapado en una floristería en lugar de estar trabajando en pos de mi divinidad. Atrapado en una floristería gastando el dinero que me queda en unas flores baratas para una persona a la que apenas conozco, a la vez que me comprometo a pagar riñón y medio a una *callgirl* para que se dé cita con otra persona a la que apenas conozco. Y para colmo de males, sigo sin haberme librado de mi embarazosa y pertinaz dolencia. Tengo los pulmones tan hinchados de inutilidad que casi ni respirar puedo.

—Sólo quería enseñárselo —dice el padre.

Aún queda una pequeña posibilidad de darle la vuelta al asunto. No es que crea en ello, pero he de hacerlo. Hay tanta maldad en nuestro interior, aguardando a ser invitada a salir. Si me dijerais: «Podemos conseguirte la felicidad, pero siempre y cuando todos los que se encuentran en este establecimiento mueran en este instante», no aceptaría el trato, pero no lo aceptaría porque, aun cuando cierta parte de mí recibiera de buen grado esa felicidad, la otra parte no lo haría, es decir, que no sería auténticamente feliz. Porque parte de mí aún desearía alcanzar la felicidad sin recurrir a semejante barbaridad.

En cambio si me dijerais «Sufrirás un dolor espantoso hasta que estos tres mueran», me pregunto cuánto tiempo aguantaría. ¿Diez segundos? ¿Diez horas? ¿Diez días?

—Gracias por venir a enseñármelas —dice la florista con una sonrisa, sin haberme preparado aún el ramo. No detecto en ella ninguna señal de falsedad. La señora tiene un negocio que atender, es digno de admirar que se entretenga siendo amable con una aprendiz de la que no va a sacar nada. La florista es buena persona y ésa es la razón por la que siempre regentará un negocio de tres al cuarto.

En el camino de vuelta, se me ocurre que antes debería haberme asegurado de que Gulin iba a pasar por casa por la noche. Sólo viene de vez en cuando. Temo que las flores se estropeen, pero tenía que aprovechar el impulso y comprarlas. Gulin no

regresa esa noche.

Rezo con fervor. Rezo por todos. Por si acaso.



El aspecto más fatigoso de la labor de pastor es que el rebaño espera que hables mucho. Cuando eres una deidad o un sabio puedes permitirte silencios abisales, pero lo que tu público, principalmente, espera de ti es que hables, que te entusiasmes. Que te despidas personalmente de los miembros de la congregación una vez terminado el servicio religioso, con afecto, sabiendo con detalle en qué trabajan, dónde viven y a qué se dedican, eso es lo que espera de ti.

—Hechos 11:14 —dice Ben.

¿Hay algo más exasperante que esos aficionados a citar los Evangelios? Ben espera respuesta. Callo y sonrío para fingir que sé de qué me habla.

Al principio pensé que dado que me encontraba al cargo de una iglesia, debería echarle una ojeada a la Biblia, pero luego llegué a la conclusión de que no merecía la pena esforzarse, puesto que siempre habría infinidad de pedantes como Ben con años de dedicación a sus espaldas dispuestos a leerme la cartilla evangélica. He memorizado uno o dos versículos tan generales que se podrían aplicar a lo que fuera, desde «¿Te apetece un rabanito?» a «¿El infierno existe?». Pero me los reservo para emergencias eclesiásticas.

—Yo también soy pastor —afirma Ben, poniendo de manifiesto lo mucho que le fastidia el que un inútil redomado como yo esté al cargo de una iglesia, por lastimosa que ésta sea, y a la vez procurando establecer consanguinidad: ambos planeamos entre la deidad y las masas.

Su lamento atañe a Georgia, el único miembro atractivo de nuestra parroquia, que apenas hace aparición por la iglesia, pero ostenta areolas como platos y es aficionada a las transparencias.

Ésta es una cuestión que nunca he alcanzado a resolver: ¿de verdad hay mujeres que no son conscientes de que las blusas transparentes son de hecho transparentes y suponen una invitación global a la masturbación?

Asiento comprensivo, pero en lo que a mí respecta lo que nuestra iglesia necesita es más transparencias, no menos. Me contengo para no exhortarle a que se vaya a su casa a cascársela. El autoservicio, al fin y al cabo, es muy posiblemente el mayor favor divino otorgado a la humanidad.

Cuando estrecho la mano de la señora Barrodale, su hijita observa:

—Dios es un aburrimiento.

Su madre se sonroja. Podría sonrojarse porque su hija hubiera dicho una mentira. Pero se sonroja porque su hija lleva gran parte de razón. La religión, lamentablemente, al igual que nuestra existencia, es un aburrimiento en gran parte.

Hasta que deja de serlo. Y entonces te pones a suplicar por que vuelva a ser aburrida.

No debería estar aquí de cháchara con el rebaño. Debería estar haciendo milagros. Voy a cerrar la iglesia, cuando Gert se acerca a mí corriendo.

—Es un milagro —exclama jadeante. Lleva una taza en la mano.

—¿Dónde está el milagro?

—Iba en el coche por Palmetto, tomándome mi café, cuando va un camión y cambia de carril. Si no llego a ir tan despacio porque me estaba tomando el café...

Está muy alterado.

—¿Qué ha ocurrido?

—Casi todas las mañanas me cruzo con el mismo vagabundo y siempre pienso que debería invitarle a algo de comer. Iba con prisa, pero me digo, siempre vas con prisa, siempre dices que le vas a comprar un bocadillo, pero nunca lo haces. Así que voy y me digo, hoy se lo compro. Paro el coche y le digo: «¿Quieres comer algo?». «No, tío», me dice, «lo que yo quiero es un *café latte*». Pues nada, lo invito a un café con leche, si quiere un café con leche, lo invitás a un café con leche, y ahora sí que se me ha hecho tarde. Pero se me ocurre pedirme un *latte* para mí también, y me lo echan en mi propia taza, porque odio los vasitos esos de poliestireno. No soy ningún irresponsable, así que voy conduciendo despacio, con cautela, porque me estoy tomando el café y no domino bien el coche. Cuando de pronto por delante de mí un camión cambia de carril de buenas a primeras y se empotra contra dos coches. Piso el freno con todas mis fuerzas y me quedo a unos centímetros del amasijo de coches envuelto en llamas. El café se ha derramado, pero veo una cara formándose en un lado de la taza y me doy cuenta de que es un milagro: el café me ha salvado la vida.

Me muestra la taza. La espuma del café ha formado el rostro de un melencudo con barbas. Es como una obra de arte de verdad. No es una mancha de esas que si las miras de lejos y desde según qué ángulo pudieran parecer otra cosa, no, es la imagen clásica de Cristo; curioso que siempre se le represente así, y nunca como un retaco barrigón y calvorota.

—Deberías contárselo a la prensa —le digo.

Gert asiente entusiasmado.

—Ya, ya.

Yo se lo decía en broma, pero veo que está dispuesto a hacerlo. Se me ocurre que podríamos ponernos en contacto con Virginia, la cejijunta cronista de asuntos religiosos. Un poco de propaganda para la iglesia no nos vendrá mal, y si bien un dibujito en una taza no es el milagro que yo había pensado, en fin, por algo se tiene que empezar.

Dejo que Gert haga la llamada, porque no me veo capaz de reproducir el incidente del Cristo de espuma. Para mi sorpresa, Virginia acude al momento. Será que ese día hay poco que contar.

—¿Así que creen que hubo intervención divina? —pregunta.

Mira escéptica y soberbia, pero está programada así por defecto. Gert no lo advierte, o no le importa. Su estado fluctúa entre el *shock* y la psicosis. Le cuenta pormenorizadamente cómo se ha librado por los pelos de perecer en un accidente que se ha cobrado tres víctimas mortales.

Virginia preferiría no estar aquí. Preferiría estar en un gran periódico cubriendo una gran historia, a una gran distancia de Miami. Se comprende. Es inteligente, es implacable, pero ni siquiera con eso basta. Sin duda es tan inteligente y tan resuelta como la mayoría de reporteros que en ese momento se halla cubriendo guerras, hambrunas o fálicas actividades presidenciales. Pero está visto que no basta con despeñarse trabajando. Virginia cree que merece algo mejor, porque probablemente lo merece. No todo licenciado en periodismo hace carrera, hay un número limitado de chocolatinas en el mercado. Ése es uno de los problemas, que no hay chocolatinas suficientes, así que, una de dos: o aceptas otra cosa que no sean chocolatinas o acabas amargado.

Se despide estrechándome la mano, casi con desagrado.

Más tarde, en el coche de camino a casa, oigo con sorpresa a Gert en la radio, dándoselas ya de benefactor y auxiliador de vagabundos habitual.

Al llegar a casa me encuentro a Napalm viendo la televisión y oigo de pasada la voz de Gert nuevamente: la cadena local se ha hecho eco de la taza milagrosa. Napalm está viendo la televisión tal cual veía la televisión la semana anterior.

Observo detenidamente a Napalm, al acecho de señales posturales que evidencien su metamorfosis. Un aire más enhiesto. Un andar más brioso. Algún silbidito. Napalm se dirige al frigorífico, saca un zumo de piña y lo vierte en un vaso como si no acabara de pasar el fin de semana con una de las más avezadas prostitutas de Miami.

—¿Cómo van las cosas? —pregunto.

—Bien —contesta, arrastrando los pies escalera arriba. ¿Habría fallado algo? Aunque hubiera fallado, deberían percibirse algunos ribetes de desesperación, algunas fulgurantes esquirlas del éxtasis, y no esta atonía. Me gustaría seguir indagando, pero no quiero levantar sospechas.

Todo hijo de vecino, tanto el quinceañero de la amuermante ciudad de provincias donde el mayor peligro son los mosquitos agresivos, como la estrella mundialmente célebre con su cuadra de guardaespaldas, tienen las mismas debilidades y aspiraciones: conocer a gente, y conocer a gente afín. Es sólo cuestión de escala. Todos tenemos nuestra rutina, unos más, otros menos. Sólo depende de la liga en que se juegue. Todo el mundo ha hecho algo malo, ya sea beberse el poco zumo de piña que quedaba o asesinar a su cónyuge.

No me entiendo a mí mismo, luego no es de sorprender que no entienda a los

demás.

Llamo a Shy para quedar con ella en un bar. Quiero que me dé el parte. Estoy ya acostado cuando Sixto llama con los nudillos a mi puerta para informarme de que el caso de Gert ha llegado a las cadenas nacionales.

Que un simple ardid así pueda generar semejante alboroto me sorprende y me irrita al mismo tiempo. ¿Para qué invertir tanto tiempo en la consecución de un milagro portentoso si un simple café derramado puede acaparar la atención de todo el mundo? Pero el hecho no me disgusta por completo. Me digo a mí mismo que todo es propaganda útil para la iglesia, y a la postre para mí. Lo de Gert no es más que un ejercicio de calentamiento.



Reflexiono sobre la cantidad de tiempo que se me ha ido en la vida esperando, de plantón frente a los cines, mirando las musarañas en restaurantes, esperando a alguna mujer. Me deben no ya meses, sino años de vida. Si eres puntual, al fin y a la postre te pasas gran parte de tu vida esperando. Del mismo modo que si te comportas de manera altruista, te expones a la ingratitud; en cambio, si no ayudas al prójimo, es imposible que te llesves una decepción, si no prestas dinero, nadie te hará el feo de no devolvértelo. Antiguamente, supongo, si vivías en un pueblo pequeño, cabía la posibilidad de que la gente se acordara, o no quisiera pasar por desagradecida o morosa, hoy día, no.

Pero no llego a subirme por las paredes, porque Shy se presenta a los diez minutos.

—¿Qué pasó?

—Con la luz apagada, todo tiene un pase.

—¿Y le dijiste que lo vuestro era imposible?

—No.

Me enfado. ¿Por qué no puede la gente cumplir órdenes? He pagado una fortuna por ese encuentro.

—Pero si lo acordamos.

—No hizo falta que me pusiera dramática, porque Napalm me dio calabazas.

—¿Cómo?

—Dijo que lo sentía, que lo nuestro no podía funcionar, y que no me lo tomara a mal.

—¿Y tú qué dijiste?

—Dije que lo sentía, pero le deseé buena suerte.

Me deja estupefacto.

—Ahora —dice Shy—, hazme tú un favor. Deja un comentario favorable en mi página web. Échale imaginación.

Shy se marcha y me fijo en un grandullón con la cabeza rapada que está charlando con el jefe. Me pongo a escuchar la conversación.

—Vamos, deme una oportunidad —le dice. El grandullón busca trabajo.

—Lo siento —responde el jefe.

—Sería tonto por su parte no darme trabajo —replica el tipo— y no veo que tenga cara de tonto. —Esa réplica podría haberse expresado con gracia, pero no ha sido el caso, y nada peor que la gracia fallida o la camaradería forzada. En el lugar oportuno, en el momento oportuno y con la gracia oportuna podría haber surtido efecto. El tipo es un capullo, pero ¿acaso es culpa suya? ¿Es culpa de uno nacer con las orejas grandes?

—Lo siento —dice el jefe. El jefe es listo. No le ha dado motivos, porque si das un motivo, le proporcionas al otro algo que refutar.

—Oiga, mire, verá si tengo ganas de ponerme a trabajar en su cocina que estoy dispuesto a hacerlo de balde para que vea el fenómeno que soy en la cocina.

—Lo siento —repite el jefe, al tiempo que se aleja sin más contemplaciones.

La compasión es una enfermedad. Mi deseo es ayudar a ese hombre. Pedigüeños se ven por todas partes, pero gente desviviéndose por que le den un trabajo rara vez tiene una ocasión de verla. Tal vez la compasión sea otra forma de arrogancia. Dios sabe que ni ayudarme a mí mismo puedo, ¿por qué entonces doy en creerme capaz de ayudar a otro? El grandullón y yo somos almas gemelas. Otro cuarentón al borde del naufragio, yéndose a pique.

Entonces se me pasa por la cabeza que un aspecto que la Iglesia del Cristo Fuertemente Armado ha descuidado por completo es el factor lúdico, no religioso. ¿Por qué no celebrar una reunión puramente social? ¿Una barbacoa? ¿Una comida? ¿Unas viandas sabrosas con las que engatusar a los peregrinos?

—He oído que busca usted trabajo —le digo.

—Soy el protohombre a la búsqueda de trabajo. Todo el mundo me llama Saffron. Me estrecha la mano y me anota su número de teléfono.

—Es usted un hombre con criterio propio —afirma—. Es algo poco habitual.

La observación pretende ser un cumplido, pero a mí me suena a carencia.

—Ah, y no es verdad que haya agredido a todos mis jefes anteriores —asegura.

De camino a casa en el coche, veo un cuerpo tumbado junto a la carretera. En una postura extraña. Por su andrajosa vestimenta se diría que se trata de un borrachín durmiendo la mona. Pero ¿y si no? Sigo conduciendo un trecho. Procuro seguir mi camino, pero me es imposible. Doy la vuelta, aparco y bajo del coche. Le busco el pulso al viejo pero no se lo encuentro. Tiene la piel fría y pálida.

Pasan tres chavales negros al trote.

—Está cadáver, ¿no? —dicen entre risas. Comprendo que no tengan interés en prestar auxilio, pero ¿acaso hay necesidad de burlarse? Aviso a una ambulancia.

El equipo médico llega un cuarto de hora más tarde; se acercan con recelo.

—¿Ha sido usted el que ha avisado? —preguntan con tono acusador, sin dejar de mirar en derredor, como si temieran una emboscada.

A regañadientes, como a la fuerza, rodean al anciano. Me siento obligado a quedarme. Le hacen toda una serie de exploraciones, y a los pocos minutos el viejo vuelve a la vida con un parpadeo. No era un infartado, sino un borrachín durmiendo la mona.

—Este caballero se ha tomado interés por usted —dice el médico, señalándome. El rostro del borrachín no refleja sombra de gratitud, ni la reflejará. Hicieron bien los chicos. Los chicos hicieron bien, y yo hice mal. Pasar de largo y tomarlo a risa: eso es lo que hay que hacer.



He quedado con Gert en que venga el domingo a la iglesia para hablar de su taza. El sábado a última hora, unos minutos antes de echar el cierre, me llama por teléfono para decirme que no podrá acudir a la cita.

—No es nada personal, Tyndale. Pero con un milagro así, necesito de una iglesia más importante. Voy a trabajar para las hermanas Fixico.

—¿Quiénes son las hermanas Fixico?

No recibo respuesta; Gert ha colgado.

Salgo a la calle y observo que, pese a lo tardío de la hora, todavía hay obreros trajinando en el enorme edificio contiguo.

Las dimensiones y el estilo de la edificación hacen pensar que debió de ser un teatro en los años veinte, y luego terminó convertido en almacén de artículos de camping sin demasiado éxito. Hasta hace poco era una ruina, y yo había barajado la posibilidad de convertirlo en una nueva y más espaciosa sede para la Iglesia del Cristo Fuertemente Armado una vez que mi farsa tomara vuelo. Pero un buen día apareció una cuadrilla de obreros con casco y se pusieron a remozarlo, trabajando a destajo y con asombroso brío. Es lo que tiene Miami, que en pocos meses te resucitan un edificio que estaba cadáver. Siento curiosidad por saber quiénes serán nuestros nuevos vecinos.

A la orden de un capataz, un rótulo de neón gigante se ilumina. En el rótulo azul se lee: TEMPLO DE LA ABUNDANCIA EXTREMA. Bajo él, legible ahora gracias al haz de luz, veo un gran póster pegado a un tablero: DEJA QUE TUS DESEOS VUELEN ALTO. LAS HERMANAS FIXICO SON LAS AGENTES DE DIOS.



Esta vez soy yo quien invita a Dave a tomar una copa.

—No soy un hombre de suerte.

—Eso dice todo el mundo —replica Dave—. Todo el mundo cree que es un fenómeno en la cama y que no ha tenido la suerte que debiera en la vida.

—Pero en mi caso es verdad. No digo que no tenga buena suerte en el sentido de que cada seis meses me rompa una pierna, o que llegue a casa y me la encuentre hecha pasto de las llamas y a mi familia devorada por animales salvajes. A tanto no llego. Pero sí que es verdad que la suerte me pasa de largo.

—No te quejes. Empieza a molestarme tu falta de dignidad.

—Está bien. Cuando quieras te lo demuestro.

Vamos al supermercado Publix y escojo dos coles. Le pido a Dave que escoja una caja de salida para mí y otra para él. Los dos tenemos ante nosotros sendos carritos. Dave pasa por caja con su col en tres minutos, yo, en cambio, no me he desplazado un centímetro, y en mi cola una señora discute empecinadamente con la cajera sobre la validez de sus cupones de descuento. Dave me hace señas para que pase a otra caja donde hay un solo carrito. La caja registradora se estropea y la cajera busca en vano al encargado para que solucione el problema. Contemplo a una madre y su hija al otro lado: la hija tendrá unos dieciocho, la madre cuarenta. Cómo nos cambia el gusto. Escojo a la madre como objeto de especulación erótica para pasar el rato. Quince minutos más tarde pago por fin mi col.

—¿Y eso qué demuestra? —pregunta Dave con sorna.

—Lo repetimos si quieres.

En el McDonald's a Dave le sirven en dos minutos treinta segundos. El chico que atiende mi cola desaparece sus buenos cinco minutos, y hasta diez minutos más tarde no me despachan mi hamburguesa. En el Sears del centro comercial de Dadeland, Dave tarda treinta y cinco segundos en adquirir una camiseta amarillo canario. Yo, veintidós minutos. Le pido a Dave que escoja él los números y compre lotería para ambos. A Dave no le toca nada, pero acierta dos números. Yo, ni uno.

—¿Seguro que no lo estás haciendo adrede? —pregunta—. Esto se está poniendo muy interesante.

Al día siguiente hacemos una incursión en el mundo de los juegos de azar. A mí los juegos de azar siempre me han parecido un aburrimiento (a menos que vayas perdiendo o ganando una fortuna, y ese riesgo no estoy dispuesto a correrlo). Para la mayoría de nosotros jugar consiste en perder pequeñas cantidades de dinero una y otra vez, y en circunstancias no demasiado interesantes.

Jugamos a la ruleta. Yo apuesto al negro. Dave al rojo. Despliego fichas de dólar por toda la mesa para diversificar el riesgo. Dave apuesta con fichas de cinco dólares. Gano dos veces, pues como bien dice Dave, nadie tiene mala suerte siempre, y porque lo que está en juego no es sólo mi suerte, sino la de todos mis compañeros de mesa. Dave gana dieciséis veces.

—Tenemos que ir con cuidado con esto —dice—. Hay que jugar a todo o nada. Baloncesto. El Miami Heat: podemos apostar por ellos la próxima vez que jueguen. Pero nada de apuestas salvajes, porque entonces tu mala suerte dejaría de ser mala suerte, se convertiría en buena suerte y no ganaríamos, si hiciéramos una apuesta a lo grande.

Creo haberle entendido. Empezamos a apostar cada vez que hay partido. Yo voy a lo seguro, Dave se arriesga. Yo pierdo, Dave gana, cantidades módicas. Quiere ofrecerme la mitad de las ganancias, pero le digo que eso gafaría nuestras apuestas. Pasándome el diez por ciento parece que el sistema funciona. Ya tengo ingresos.



—Bueno, sí, es verdad que tengo un historial de agresiones. No me importa hablar de ello, no pretendo ocultarlo. Pero es un historial, ¿sabe lo que le digo?, un historial, o sea que ya es historia, eso era de joven, y sólo porque buscaba un respeto y un reconocimiento. No es que lo hiciera por diversión o por placer. La puta violencia aquella cada vez va a menos. Además, que la gente habla por hablar, saca las cosas de quicio de mala manera, ¿sabe lo que le digo? Lo que le hayan dicho de mí, ya puede dividirlo por diez —asegura Saffron.

He decidido que necesitamos un poco más de jolgorio en la Iglesia del Cristo Fuertemente Armado. No hay que pasarse con la santidad. Lo que necesitamos es una noche de fiesta, una buena cuchipanda, barbacoas. Barbacoas con transparencias. Ahora que cuento con algo de dinero en el bolsillo, puedo contratar a alguien que prepare la comida de los sin techo y dar una fiesta por todo lo alto para la parroquia.

—No sabía nada de todo eso. De verdad —le aseguro a Saffron. Es impresionante la cantidad de tatuajes que lleva.

—Lo de la maicena seguro que se lo habrán contado.

—No.

—Seguro que sí. Pero recuerde, divida por diez. Como poco. Como mínimo.

—¿Cuándo puede empezar?

—Cuando usted mande. Aquí este humilde ex atracador está deseando meterse en faena.

—¿Mañana, a las ocho por ejemplo?

—Hombre, me encantaría pero a esa hora tengo terapia de gestión emocional. Es muy importante aprender a controlar la violencia esa. Es una violencia controlable, pero ¿sabe lo que le digo?, que hay que controlarla.

—¿El viernes?

—Hombre, ese día tengo cita con el especialista. Siento un dolor raro en el tobillo, no sé muy bien lo que es y llevo esperando a que me vea un médico desde hace meses. Mi tobillo nunca ha vuelto a ser el mismo desde la vez que, bueno, esta

historia también tendrá que dividirla por diez, porque aunque sea yo quien se la cuente, va a sonar mucho peor de lo que en realidad fue.

—¿El sábado?

—Normalmente, la mayoría de semanas, ningún problema, pero estoy esperando a que me traigan el frigorífico nuevo a casa y los repartidores esos mienten más que los políticos, nunca sabes cuándo van a aparecer. Y en Miami no se puede vivir sin frigorífico.

—En Miami no se puede vivir sin frigorífico. ¿El domingo?

—Bueno, el domingo no me iría mal, pero ese día suelo pasarlo con mis hijos. A ver, no es que sea una obligación, pero es el único día que tengo ocasión de verlos, y son unos críos, necesitan un padre para no caer en arrebatos violentos, atracos a mano armada y mierdas de ésas. Pero si se empeña, por hacerle...

—¿El lunes?

—Muy bien. El lunes. El lunes perfecto. Ya estoy deseando poner manos a la obra. Ay, coño. Espere. No se lo creerá. Los de la luz me vienen el lunes a conectar otra vez el suministro. Hubo un malentendido con las facturas, y la compañía eléctrica no olvida aunque pasen los años. Nunca olvida. Por mucho que les diga que me he reformado. Y los tíos esos son aún peores que los repartidores. Nunca se sabe cuándo van a aparecer. Eh, oiga, no me mire así. Conozco esa mirada.

—¿Qué mirada?

—Esa mirada que veo en sus ojos. No es la primera vez que la veo. Como diciendo el delincuente reformado este mucho hablar y hablar, pero intenciones de ser chef, ninguna. Mire, amigo, de joven, para mí una mirada así era como una invitación, como si me suplicaran de rodillas que descargara toda esa violencia incontrolable. Pero ya no soy ese joven. Tengo cuarenta y cuatro años, estoy feliz de ser libre, feliz de estar en la calle, así que no voy a estamparle la cara contra la mesa hasta que no quede rastro de esa mirada. Porque ése ya no soy yo.

—Saffron...

—No. No, ya veo que tiene dudas. No, no quiero que un siervo de Dios mienta, veo que tiene sus dudas. Así que haré lo siguiente: el martes que viene me pasaré por aquí, si es que mi madre se encuentra bien, porque últimamente no está muy fina, ¿sabe lo que le digo?, no ha tenido una vida fácil. Con mi historial y demás, pero, pero el martes que viene vengo y le preparo un festín para chuparse los dedos, y gratis además. Me estoy ofreciendo a trabajar de balde, lo que quiere decir que no me tendrá que pagar, sólo tendrá que darme las gracias.

—Hasta el martes.

—Hasta el martes.

Saffron no se presenta el martes, ni ningún otro día. Estaba seguro de que no iba a presentarse. Me alegra haber acertado, pero como de costumbre eso no me sirve de

nada.



Invito a Didsbury a una cerveza.

Estamos en Coconut Grove, en un bar normal y corriente. No quiero que Didsbury crea que estoy forrado, pero es posible que pueda ayudarme a falsear un milagro. Lo que necesito es un reclamo en toda regla. Sólo uno. Resucitando de entre los muertos seguro que llamo la atención. Si con eso no consigo granjearme un poco de respeto, me retiro.

—¿Y para cuándo quiere la fiambarrera?

—No es la fiambarrera lo que quiero. Tengo otra propuesta de negocios que hacerte. Necesito que me ayudes con otro asunto.

—No querrá trajinarse un cadáver, ¿verdad? —Didsbury hace ademán de marcharse.

—No, qué va. Sólo necesito que me prestes un cadáver reciente durante unas horitas, una víctima en buen estado.

—¿Para qué lo quiere?

—Para fingir que he muerto.

—¿Y no podría contener la respiración o algo por el estilo?

—Necesito que certifiquen mi defunción. No es algo que corra prisa. Puedo esperar hasta que encuentres a un cliente parecido a mí, más o menos. Luego sólo se trataría de ir a por el médico que lo examinara.

—¿Sabe el lío que me podría buscar con esto, amigo?

Le hago una oferta. Para darle a entender que voy en serio. Por su expresión deduzco que mareará la perdiz, pero terminará aceptando.

Didsbury me hace su contraoferta. No es mucho más elevada que la mía, pero negociar no consiste sólo en barajar cifras, sino en sentir que uno tiene capacidad para cambiar las cosas.

—En otras circunstancias no me lo plantearía siquiera, pero tengo a mi madre enferma, y los médicos...

No sé si será verdad o no, pero me trae sin cuidado. Didsbury tiene las manos enormes, y los pulgares más largos que he visto en mi vida. Es como si le hubieran injertado otros dos pulgares más a modo de remate. Estaría fantástico haciendo de mono, nunca se caería de los árboles.

—¿Me prometes que no es un pervertido? Tengo manga ancha para cuestiones de moral, pero por eso no paso.

—Te lo prometo; ven conmigo de carabina si quieres. —A Didsbury le está costando convencerse, pero lo logrará.

—No sé. ¿Seguro que no le apetecería alquilarme el porta-fiambres por una

noche?

—No.

—¿Y qué tal unas lápidas con energía solar? Tengo un cargamento de ellas.

—No es mi terreno. Pero sé de alguien que podría quitártelas de encima.



Cuando cruzo el lúgubre umbral de la funeraria, me pregunto cómo recordaré este momento en el futuro. ¿Recordaré el instante como el preludio de un fascinante capítulo de mi vida o como el hundimiento en una desgracia mayor si cabe? ¿Por qué no me gustaría el chocolate?

—Relájese —dice Didsbury. Mi nerviosismo debe de ser ostensible—, no va a venir nadie. Esto está tranquilísimo. La gente no se muere en festivo.

Voy a seguir adelante con el plan aunque se me han quitado las ganas, no veo qué voy a conseguir con ello; lo hago sólo porque siento que debería. Nunca me he expuesto a un gran riesgo con el que pudiera descalabrarme de verdad, quizá por eso no haya llegado a nada en la vida. Además de por el chocolate.

Me presentan al señor Yates. Geólogo recién llegado a Miami. Recién llegado al otro mundo. Don para sus amigos y su embalsamados No puedo decir que se me parezca, pero decididamente tampoco no se me parece, y da mi talla y mi calvicie admirablemente.

Cargamos con él hasta un pequeño armario ropero, y sucumbo a un momentáneo ataque de culpabilidad por lo que estamos haciendo. A Don no le va a importar, pero puede que a su familia sí. A decir verdad, llevarse un cadáver de paseo no es inmoral ni mucho menos ilegal (en caso de que nos pillaran, pensé, en realidad no podrían acusarme de nada puesto que Don está recibiendo un trato de respeto).

A continuación metemos el armario en el furgón. La función del ropero es disipar posibles dudas sobre la posibilidad de que llevemos un cadáver auestas. Siempre me ha molestado un poco ser una persona vulgar y corriente: altura vulgar y corriente, constitución vulgar y corriente y, por un tiempo, sueldo vulgar y corriente (cómo lo echo de menos). Siempre deseé destacar por algo, aunque sólo fuera una cosa: por ser capaz de instalar una estantería en condiciones, por preparar una succulenta pierna de cordero, por saberme todas las capitales del mundo, por tener una voz de tenor estupenda.

Pero en este instante, mientras Didsbury y yo tiramos a duras penas de Don, me alegro mucho de no medir dos metros. La mayor parte del camino llevamos el ropero cargado sobre un artilugio de éstos con ruedas, pero no nos vendría mal un poco de fuerza bruta, tan socorrida ella; Didsbury está cuadrado y tiene costumbre de cargar pesos, pero yo no. Casi me da un soponcio con el esfuerzo. Se me ocurre lo cómico que sería palmarla en pleno robo de un cadáver.

—¿Te gusta tu trabajo? —le pregunto a Didsbury una vez dentro del furgón, por pasar el delito afablemente.

Didsbury cambia de marcha.

—Bueno, no está mal. Es poco más o menos como en todas partes. Hacemos como que nos llevamos bien, pero en el fondo nos odiamos todos.

Doy por sentado que alguien nos llamará la atención, pero no. Asunto concluido. Podría haberse presentado de pronto algún colega de Didsbury para recoger algún libro olvidado, pero no. La policía podría habernos dado el alto y tal vez insistido en echar una ojeada al furgón, pero no. Que te salves o no poco tiene que ver contigo.

Llevamos el ropero al interior de la casa, Didsbury silbando y yo venga a jadear y quejarme. Él está tan tranquilo, y eso que es el único que en verdad se juega algo. Tumbamos a Don y tomo nota mentalmente de que le debo un detalle al hombre, unas flores o un donativo para su organización benéfica favorita.

—Recuerda —dice Didsbury—, que Don no se aparta de mi lado.

Didsbury es hijo de granjeros; no entiendo por qué a los granjeros se les suele representar como palurdos o patanes, porque no lo son. Para salir adelante como granjero hay que estar bien preparado: te toca lidiar con la naturaleza, un jefe que no deja pasar una.

Son precisos ciertos retoques. Don tiene el torso muy peludo y hay que afeitárselo. Se le hace también un buen corte de pelo. Tras dibujarle con henna el tatuaje del pez en el pecho y vestirlo con unos shorts de los Miami Dolphins, me marchó vestido con otra ropa, gorra de béisbol y gafas oscuras. ¿A quién dice que vio?

—Dispones de seis horas —me recuerda Didsbury, asegurándose de poner el aire acondicionado al máximo. Entretanto Sixto, como buen amigo preocupado, avisa por teléfono a una ambulancia y al médico. He empleado bastante tiempo cultivando mi relación con el doctor Greer, que tiene fama de ser el único médico de Miami que hace visitas a domicilio. ¿Será él quien acuda? ¿O algún suplente sin interés?

Doy la vuelta a la manzana y me siento en un bar. Entre el esfuerzo y los nervios estoy sediento. El bar está vacío, y el camarero trajina en la trastienda. Lanzo un par de «oooigas».

—Tómese un bourbon —me insta una voz a mis espaldas.

—Un agua será suficiente, gracias.

—No he dicho que fuera a invitarle. He dicho que se tome un bourbon. No soporto beber solo, y aquí al amigo Stan no se le puede considerar compañía humana.

Mi interlocutor es un borrachuzo ajado, y Stan es un borrachuzo aún más ajado, que al soltar su sardónica y nasal carcajada exhibe una boca con sólo un par de dientes. Stan se da una palmada en el muslo, ese gesto tan conocido, como para confirmar a la concurrencia que está siendo víctima de un ataque de hilaridad.

La demacrada tez de ambos apunta a que proceden de alguna fría ciudad del norte, parecen curdas de tercera generación a los que un soplo de aire fresco fulminaría de inmediato: completamente fuera de lugar en Miami, como truchas en una butaca.

—Un agua mineral, por favor —le digo al camarero, que ahora ya está al alcance de la voz. El camarero se queda desconcertado, plantado en el sitio en ademán contemplativo.

—Stan. ¡Stan! ¡Stan! Estamos ante un cobarde. Estamos ante alguien que pretende vivir... toda la vida.

—No, están ante alguien que quiere un vaso de agua.

De no ser por los efectos deshidratantes del alcohol, Stan ya se habría meado encima. Prorrumpe en otra prolongada y estentórea risotada.

—No, conozco a la gente como usted —prosigue el protomacho borrachuzo—. Pretenden vivir eternamente, hacer de su cuerpo un templo. No son más que ratas deseosas de inmortalidad. Venga a beber agua y mordisquear apio como conejos.

El camarero está empleando siglos en la tarea de abrir lo que sin lugar a dudas será una botella de agua mineral muy cara y en encontrar el vaso en que servirla. Siento el deseo urgente de marcharme, pero estoy sediento.

—No tiene cojones de tomarse un bourbon. No es lo bastante hombre como para tomarse un bourbon a la salud de la Parca. A Stan y a mí la muerte nos la trae floja. Somos los bravos de la barra. Tenemos las pelotas como melones de grandes. —Sus palabras provocan tal regocijo en Stan que le sacuden todo el cuerpo: como el hombre no se ponga un cinturón de seguridad se va a hacer daño.

El camarero se ha alejado con mucha parsimonia, supuestamente con la intención de ir a por un vaso. Yo sólo quiero un vaso de agua, agua que estoy dispuesto a pagar, y de buena gana. Aquí me tienen, aquí tienen el agua: ¿por qué no pueden unirmos? Ser buen camarero exige más aptitudes de las que el jornal de camarero podría hacer pensar.

—Me figuro que estará tomándome por un borrachuzo desgraciado, que la ha cagado de mala manera y ahoga sus penas en alcohol. Un capullo sin amor ni dinero. Que la paga con la bebida porque no tiene futuro, ni amigos, ni nadie que le escuche aparte de sanguijuelas despreciables como Stan.

—Bueno —digo, sin ánimo misericordioso.

—Pues se equivoca, amigo. Soy feliz. Seguro que más feliz que usted. No bebo porque me sienta desgraciado, ni bebo para olvidar. Bebo porque me encanta beber. Me encanta emborracharme, y si me caigo muerto hoy mismo me importa un comino. Me iré al otro mundo tan contento, porque soy feliz, mientras que usted, aquí venga a beber agüita cual conejo, no es más que un desgraciado. Ya se le ve. Lleva la negra pintada en la cara.

El camarero, huido a la búsqueda de una rajita de limón, por fin consigue la conjunción de agua y vaso. Busco el rincón más alejado del dúo dipsómano y les vuelvo la espalda, dando a entender que no deseo conversación.

—Usted cree que soy un borracho delirante, que deliro porque me gusta delirar, que... estoy aquí sentado preso de un ataque monumental de delirio, diciendo que soy feliz cuando no lo soy, muriéndome en vida, pero de eso nada, amigo, soy un hombre feliz. Y le diré por qué: porque soy el dueño de este bar.

Stan se desploma y ya no consigue volver a levantarse.

—Sí, señor: esto es mío, todo mío. Es una historia fascinante. Querrá que le cuente una historia fascinante, ¿verdad? Yo tenía un primo llamado Barry. El hombre nunca fue muy feliz. Barry no bebía y me odiaba, me odiaba sobre todo porque yo era feliz. A mí me importaba tres pitos porque yo era feliz, pero no podía dejar de oír sus comentarios sobre mi afición a la bebida, que si no hacía nada, que si dejaba que las mujeres me lo pagaran todo, porque los hacía en voz bien alta y muy a menudo.

En este punto Stan, sin moverse del suelo, choca esos cinco con su amigo.

—Barry no bebía y trabajaba como un burro. Y no por tanto trabajar consiguió ser más feliz. Empezó pobre como yo, pero se buscó toda una serie de trabajos de mierda, ayudante de camarero, aprendiz de lavaplatos, para pagarse los estudios; dos carreras hizo, técnico electricista e informática. Creo que era informática, aunque no lo recuerdo con exactitud, porque me traía sin cuidado. Luego abrió un negocio, no sé qué mierda relacionada con la informática, no sé en qué consistía y una mierda que me importa. Me lo explicó una vez pero no le presté atención, y el tío se forró. No era tan rico como para que lo sacaran en las revistas, o al menos en las revistas que merece la pena leer, pero usted me entiende, una pasta. El caso es que el primo Barry nunca se casó ni tuvo hijos, no sé si porque estaba demasiado ocupado o porque la vida de familia no iba con él o sencillamente porque era demasiado agarrado como para tener descendencia, ¿quién sabe? Me importa una mierda. El caso es que no tenía más familia que yo.

»Y la idea de que yo acabara embolsándome su dinero le daba horror, porque aunque estaba convencido de que la bebida acabaría antes conmigo, tenía miedo de que un día, en fin, que su avión pudiera caer en barrena o pudiera hincarle el diente a un mejillón en mal estado y la mala suerte quisiera que el borracho de servidor se hiciera con toda la pasta. “Las nutrias”, solía decirme, bien alto y bien a menudo, “las nutrias se lo quedarán todo”. Barry quería abrir un refugio para nutrias o como se llamen esos centros para, ya sabe, nutrias a las que les han dado mala vida. Solía insistir mucho en eso, aunque me odiaba. Siguió en contacto conmigo, sobre todo para poder contarme de sus pobrecitas nutrias. Esperaba que yo pusiera el grito en el cielo por lo de las nutrias. ¿Cree que al borracho de servidor le importaba una mierda? No, yo era feliz. De pronto, el primo Barry pilló un parásito raro,

posiblemente por culpa de sus nutrias, causa sensación en las revistas médicas y la palma. Sentí pena por el pobre, la familia es la familia, y, si le digo la verdad, me divertía que me llamara para hablarme de sus nutrias, aquellas pobres criaturitas baqueteadas por la vida. Pero, mira por dónde, resulta que el testamento de Barry presenta un pequeño fallo. El fallo consiste en que lo ha escrito él de su puño y letra. Como le decía, Barry se crió tan pobre como yo y odiaba gastar dinero. Habría sido capaz de hincar el diente en un estercolero con tal de sacar una monedita de nada. Apostaría a que incluso ya de rico birlaba el papel higiénico de los hoteles. En fin, que Barry quiso ahorrarse unos billetes. Consecuencia: las nutrias se llevaron una mierda pinchada en un palo. Las nutrias echaron la lagrimita y yo heredé un bar del que soy mi mejor cliente. Pero no quiero que se lleve la impresión de que mi natural alegre se debe a ese dinero. Pregúnteme qué estaría haciendo ahora si no hubiera heredado, si Barry hubiera hecho muy felices a aquellas nutrias.

—¿Qué estaría haciendo?

—Estaría bebiendo. Sólo que más despacio.

Stan estalla en otra estentórea carcajada, aunque apostaría a que no es la primera vez que oye la gracia. Enfilo derecho hacia la puerta.

—Si no va a vivir toda la vida, hombre. Tómese un bourbon y enséñele a la cirrosis quién manda aquí.

Me pregunto cómo matar el tiempo mientras estoy muerto. Había barajado la posibilidad de irrumpir en la iglesia o algún otro lugar donde se me conociera, dado que la bilocación siempre supone un gran golpe de efecto, pero decidí que podría terminar perjudicándome. Imposible que estuviera muerto porque lo captó la cámara del Publix.

Me siento en un banco al sol. Tomar el sol es sin duda uno de los grandes placeres de la vida, resulta muy difícil angustiarse o sentirse desdichado mientras se está tomando el sol. Suena mi móvil. Es Didsbury.

—Caballero, está usted oficialmente en el otro barrio. Ya es un alma en pena más, ha entrado a formar parte de la exangüe mayoría. Listo para echar la cabezadita subterránea.

Conseguir lo que uno quiere se hace muy raro. Para empezar se trata de una sensación muy poco habitual. Uno duda de que sea cierto. Y tampoco se siente tan satisfecho como debiera; no parece tan fantástico como parecía.

Don queda eximido de sus funciones como Tyndale a tiempo parcial y es devuelto a la terminal de difuntos (con los consiguientes jadeos y gruñidos de extenuación por mi parte). Luego aguardo unas horas y resucito. La llamada al doctor Greer no fue plato de gusto.

—Mire, perdone que le moleste, pero no creo que esté muerto.

—Eso tendré que verlo.

Tomo asiento en la consulta del doctor Greer vestido con mis shorts de los Miami Dolphins (no los que llevaba Don) y con el tatuaje bien a la vista.

—Lo encuentro... muy cambiado. —¿Hay un atisbo de sospecha en su mirada? La haya o no, no hay nada que pueda hacer al respecto—. ¿Cómo se encuentra?

—Algo cansado, pero bien. —Me incomoda hacer perder el tiempo a una persona tan honrada y profesional.

—¿Recuerda algo?

—No. Anoche me metí en la cama y acabo de despertar.

—Eso es lo que yo llamo dormir. Recuerde que tiene que perder peso. En fin, nunca había metido la pata de esta manera, pero todos tenemos que bregar con un resucitado alguna vez en la vida. ¿Seguro que no le echaron algún líquido para dejarlo zombi?



De poco sirve hacer proezas si luego no se difunden. Bueno, hay proezas que valen la pena de por sí. Llevarse a la cama a las cien mujeres más guapas del mundo en un mes sería una de ellas, aunque eso bien que a la mayoría nos gustaría pregonarlo a los cuatro vientos. Pero ¿y aguantar la respiración nueve minutos? ¿O dominar de verdad nueve lenguas distintas? Uno quisiera que sus semejantes se enteraran, que se hicieran cruces al saber de nuestro talento y dedicación.

Virginia frunce el ceño con un puntillo de desdén. Me recuerdo a mí mismo que su cejijundia es multifuncional, y no he de tomármela como algo personal. Virginia preferiría no estar aquí, entrevistando a un desgraciado escupido por la Parca; es comprensible.

—Por lo visto no dejan de pasar cosas extraordinarias en su parroquia. ¿Así que estuvo usted muerto?

—Eso me han dicho.

—¿Y por cuánto tiempo?

—Nadie lo sabe a ciencia cierta, pero un día o dos, en tiempo terrenal.

—A ver, explíquenoslo con detalle, señor Corbett.

Naturalmente, he preparado a fondo lo que voy a contar.

—Es arduo de explicar —afirmo—. Es muy arduo de explicar. Intentar expresar un hecho extraterrenal en términos terrenales es como... —Titubeo como si estuviera pensando, pero mi intención no es otra que demorar el símil—: como convertir la mayonesa en música. Ha sido una experiencia tan... tan abrumadora que no se puede expresar con palabras.

—¿Vio la luz?

—No. Verá, la luz es un término material, algo que conocemos materialmente. Era como una luz, pero no era luz.

—Mmm. ¿Hay algo que pueda contarme de su experiencia?

—Pues... —Estoy dispuesto a repartir esperanza gratis. La esperanza es la única droga que no hace más que bien—. Como le decía, soy incapaz de describirla en términos materiales, pero fue... confortadora.

—¿Qué le trajo de vuelta a este mundo?

—Yo mismo. Decidí que mi labor en la tierra no había concluido.

—Ajá. ¿Y en qué consiste esa labor exactamente?

—Aún me quedan enseñanzas que transmitir, y muchos seres a los que ayudar.

—Mmm. ¿Y cuáles son esas enseñanzas?

—Que no hemos de esperar recompensas. —De pronto la respuesta suena tonta por alguna razón, y mi sabia máxima cae al suelo como un insecto muerto, repulsivo. Virginia sigue tomando notas un buen rato sin hacer más preguntas. Un fotógrafo me pilló bostezando ostentadamente. Toma únicamente esa foto y se va.

—¿Cuándo cree que saldrá el artículo? —pregunto.

—Dentro de poco. Pero no es decisión que me corresponda.



El hierofante no está en coma, pero no se mueve ni abre la boca. Los médicos empiezan a hartarse. Ellos gustan de emitir diagnósticos y extender recetas, pero no existe medicamento que combata la claudicación, una vez que has decidido que no merece la pena continuar con el juego. Además, a los médicos no les interesan mucho los ancianos: el esfuerzo no parece merecerles la pena. Cuando tienes veinte años y vas al médico por cualquier motivo menos evidente que una pierna rota, te dicen que es un virus: métete en la cama y tómate estas pastillas. Cuando tienes cuarenta todo lo achacan a la edad (¿qué espera? Ya está de capa caída).

El hierofante no ha probado bocado ni se ha lavado. No huele bien. Que yo sepa lleva tres días sin quitarse esa camisa azul, y supongo que lo mismo valdrá para las demás prendas.

—¿Quieres que te traiga algo de comer? —pregunto.

La mirada registra el ofrecimiento, pero no recibo respuesta.

—¿Te encuentras bien? —pregunto.

Es evidente que no, pero confío que eso lo saque de su ensimismamiento.

—¿Te apetece beber algo? —Silencio otra vez.

Ayer le dejé un vaso de agua que ahora está vacío, pero corre el peligro de deshidratarse, cosa que no ayudará a levantarle el ánimo.

Cuando mi matrimonio se fue al traste fui a una fiesta con un vecino al que apenas conocía. Tras hacer una escapada al servicio, descubrí que mi compañero se había esfumado y me hallaba en una sala llena de desconocidos. Charlaban muy animadamente entre sí y tuve la impresión de que fueran todos una sola pareja,

absorta, conversando en un idioma que yo desconocía. No sabía cómo entrar en la conversación. No era la primera vez que me sentía incómodo en una situación o que no se me ocurría qué decir, pero aquello fue distinto: me sentía fuera de lugar. No es que la gente fuera antipática, sino que de la misma manera que por un lado tenemos el azul y en el otro extremo del espectro el naranja, mediaba un abismo entre nosotros. Me sentía como envuelto en capa tras capa de celofán. Me pregunto si eso, chocolate aparte, es algo que todo el mundo siente alguna vez en su vida. Que se encuentra en la habitación equivocada, en el planeta equivocado.

Pero comprendo al hierofante. Yo también me he visto muy cerca de ese estado. Uno calla porque no ve sentido en comunicarse.

—De acuerdo —digo.

El hierofante está descalzo. Le introduzco un par de cerillas entre los dedos del pie y las enciendo. El hierofante se queda observando cómo se consumen un momento. Se revuelve un poco. Apago las cerillas.

Cinco minutos más tarde.

—Caray, Tyndale, me has hecho daño —dice. Y enmudece de nuevo.

Decido sacudirlo de su ensimismamiento. Su deseo era que la Iglesia del Cristo Fuertemente Armado figurara en la lista de iglesias más populares. Y figurará. Con resurrección incluida por si fuera poco.

¿Qué demonios se ha hecho de mi milagro?



Intento en vano localizar a Virginia.

No obstante, una de las pocas ventajas de contar con una parroquia escasa es que siempre será más fácil que ésta crezca y gane popularidad. Sólo con la presencia de Gamay y Muscat en el templo ya disponemos de un diez por ciento más de feligreses, y bulto hacen en abundancia. Los diyéis han venido acompañados de cuatro «amigos» con aspecto de *skateboarders* atemorizados que alguien ha traído a rastras de la calle, que es lo que son; pero lo que cuenta es el volumen de la concurrencia, no su disfrute, y una mañana en la iglesia no le hará daño a nadie.

—Tyndale, compadre, no vayas a creer que tenemos miedo de ensuciarnos las manos. ¿No podríamos quitarte de en medio a unos cuantos vatos? —dice Gamay con voz lastimera.

—Vuestra misión no es ésa. Vosotros a lo vuestro. Y lo vuestro es traerme a otros diez feligreses más el próximo domingo. —Recalco nuevamente la importancia de la disciplina y que si no cumplen con la tarea encomendada no entrarán en la organización.

—¿Y prender fuego a unos cuantos de la competencia? —insiste Gamay. Cada vez es más evidente que Gamay no sólo está dispuesto a recurrir a la fuerza, sino que

se muere de ganas.

—Vosotros traed a más feligreses el próximo domingo.

—Mira, Tyndale, llevamos ya mucho tiempo haciendo tu santa voluntad y bien poco nos luce el pelo. Mejor me habría ido de repartidor en el Publix; incluso a dólar la hora ganaríamos más que con esto, porque aquí se cobra una mierda.

Gamay clava los ojos en mí, con un odio que salta a la vista. Es lo que pasa por tener cocodrilos o pitones por mascotas, que llega el día en que se hacen demasiado grandes para tirarlos por el retrete. Llega el día en que te das cuenta de que el bicho ha crecido tanto que podría lastimarte, el día en que te das cuenta de que no te guarda demasiado aprecio.

—¿Algún problema? Porque quiero que quede bien claro que si hay algún problema, allá penas.

En realidad debería tenerle miedo a Gamay porque podría hacerme fosfatina, pero si me atizara sería la excusa perfecta para vetar su entrada en la organización. La cosa terminará poniéndose fea, pero no veo por qué no recurrir a la vieja táctica de la resolución aplazada. Precisamente ahora que los jefes de Sixto se han ido a pique, se me ocurre que podría haberme librado de los dos diyéis con meterlos en un avión y enviarlos a una auténtica organización multinacional del crimen.

—No, ningún problema en absoluto, Tyndale, ¿por qué iba a haber un problema? Sólo que hay cosas, en fin... que podríamos estar más contentos, vaya.

—Así es la vida.

El sábado siguiente por la tarde, sentado en el despacho, me pregunto por qué no habrá aparecido nada en la prensa sobre mi milagro y a qué restaurante llevar al inspector eclesiástico que vendrá a hacer el recuento de almas. La comisión encargada de dictaminar cuáles son las iglesias más populares dispone de inspectores secretos que entran y salen de los templos de extranjs, pero esta inspección es oficial, anunciada de antemano.

El soborno es como el halago. Surte efecto. Aun cuando eres consciente de que el halago es totalmente falso e interesado, el simple hecho de que alguien se tome la molestia de halagarte ya resulta halagador de por sí. Con el soborno ocurre lo mismo, siempre surte efecto; puede que no tan buen efecto como deseabas, puede que el efecto no se acerque ni de lejos al objetivo pretendido, pero nunca cae en saco roto. No obstante, en todo untamiento de manos se ha de proceder con discreción y decoro. Hay que agasajar al inspector de marras con un ágape memorable, hay que mimarlo; pero mejor no llevarlo a un lugar donde el absurdo precio de la botella de vino le reconcoma la conciencia.

Muscat irrumpe en el despacho y extrae una pistola que lleva enfundada en la parte trasera de los vaqueros.

Voy a morir.

No hay tiempo para temores ni lamentaciones. Los ojos se me llenan de lágrimas y me fijo en el lema que luce la camiseta de Gamay: «Fenómeno follando», eslogan que sin duda descartará la remota posibilidad de que cualquiera del sexo opuesto le aborde.

Pese al obstáculo de su monumental estulticia, Muscat se ha dado cuenta de que lo estoy explotando, que lo he utilizado como esclavo (si bien los resultados han sido en extremo insatisfactorios y, francamente, de haber sido mi esclavo lo habría vendido o cambiado por una máquina de café expreso cualquiera). Su estupidez y su ira son tales que le impiden prever las consecuencias de un asesinato; me va a matar. Siempre pensé que sería Gamay, pero una vez más me he equivocado. Se ha propuesto descerrajarme un tiro, lo veo en su mirada. En fin.

De pronto no lo veo. Muscat se queda sin asesinato.

—Yo soy un hombre formal, Tyndale —anuncia.

Quiero decir algo, pero no me sale la voz.

—Yo soy un hombre formal, Tyndale —repite. Y agradezco que lo repita, porque me siento incapaz de aportar nada a la conversación—. Tengo mis derechos. Tienes que dejarme ir.

—Tú verás —mascullo, seguramente demasiado bajo para que me oiga. Siempre creí que sería capaz de enfrentarme dignamente al peligro, pero la voz me está dejando en muy mal lugar.

—Tienes que dejarme ir. No quiero que vengas detrás de mí.

Se acabó, ¿de acuerdo?, tienes que entenderlo, tienes que prometer que no vas a perseguirme. No intentes hacerme volver a rastras. Prometo no soltar prenda sobre tu organización. Mírame bien, mis labios están sellados, no diré ni pío. Sólo quiero ser feliz, de todos modos me largo, y no pienso volver, así que no intentes detenerme. ¿Estamos? No intentes detenerme o tendré que hacerte daño.

—Muscat, siempre me has caído bien —digo, con la voz ya reensamblada. Es una frase que siempre hace su efecto, por mucho que ambas partes barrunten falsedad en ella—. Si me das tu palabra de que te marcharás de aquí para no regresar jamás, ya veré yo el modo de saldar cuentas con los de arriba. Al fin y al cabo, nunca has formado parte oficial de la organización. Si hubieras estado de verdad en el ajo, sería otra cosa.

—Gracias, Tyndale, socio, muchas gracias, eres un héroe. Te debo una bien gorda, no te estoy haciendo un kennedy —añade, bajando el arma. Parece lloroso—. Quizá pudiéramos seguir en contacto de algún modo, tenemos una relación muy especial.

—No sabes cuánto me gustaría, pero sería peligroso para ti.

—Okey. *Cool. Cool.* Lo siento, Tyndale, sé que pierdes a un soldado excepcional, te habrás llevado una desilusión, pero he descubierto que hay algo mejor en la vida

que la puta riqueza y el respeto de tus semejantes. Un momento. —Muscat hace mutis por el foro.

Confío en que tal vez no vuelva, pero vuelve, acompañado de una morena bajita. Una chica joven, pero, a fin de cuentas, legal.

—Te presento a María.

La chica me estrecha la mano con una sonrisa sincera. Parece bastante normalita; no tengo idea de por qué querrá adoptar a Muscat, pero ella sabrá dónde se mete.

—Me voy a vivir a Idaho para estar con María. Nos vamos a dedicar al negocio de las gallinas. Es un mundo interesantísimo. La gente no aprecia lo interesantes que son esos animales...

—Muscat, no te entretengas porque aquí corres peligro.

—Okey. ¿Has probado alguna vez un huevo de gallina criada a la antigua, atiborrada de naturaleza?

—Ha sido un placer conocerte, María. —Mientras Muscat la conduce hacia la puerta, dudo si preguntarle por Gamay, pero no quiero demorar su viaje a Idaho un segundo. No es algo que suceda con frecuencia, pero de vez en cuando los problemas se evaporan.

No obstante, dos minutos más tarde Muscat vuelve a aparecer.

—Tyndale, socio, sólo quería decirte que va en serio.

—No. Te entiendo. De verdad que te entiendo —digo, empujándolo con suavidad hacia su nuevo futuro.

—Esa tipa es una fuera de serie. Me refiero a Trixi, la que limpia en tu casa. Qué caliente me ponía, compadre. No sabes la de pajas que me hacía... a dos manos me las hacía. Pero lo de María es distinto. María me ha cambiado, ella es la que manda, y yo encantado de la vida. Me escoge la ropa, me ha hecho entender la cría de pollos. Ojalá mi madre estuviera viva y pudiera conocerla, pero seguro que cuando nos casemos nos estará viendo desde algún lugar en las alturas.

Es sorprendente que demos en ver a los difuntos planeando sobre todos los acontecimientos felices que se producen en nuestra vida: bodas, nacimientos, partidos triunfales de fútbol, y que sin embargo nunca se nos ocurra la posibilidad de que nuestros antepasados nos contemplen mientras nos liamos a golpes con ese que es más débil que nosotros, mientras robamos la botella de vodka del supermercado o nos trajinamos a la mujer de nuestro mejor amigo.

Ya casi he conseguido hacerle cruzar el umbral, pero Muscat se me cuele de nuevo.

—Tyndale, hay algo más, será mejor que te lo cuente. —Baja la vista a sus zapatos—. Gamay ya no formará parte de vuestra organización.

—¿También piensa dedicarse a las gallinas?

—No. Gamay no está en este momento para gallinas precisamente.

—¿Qué está entonces?

—Más bien muerto.

—¿Qué ha pasado?

—Entiendo que me lo preguntes, Tyndale. Todo depende de cómo se mire. Y qué casualidad que me hables de gallinas precisamente. Porque, en fin, lo que pasó es que Gamay me ganó una apuesta de gallinas. Bueno, nada que ver con gallinas de plumas y eso, sino apostando a ver cuál de los dos era más gallina. Estaba dándome la lata con que era más malo que yo y eso. Yo, en el todoterreno; él, en la carretera. En fin, yo sólo quería verle saltar, que se apartara de un salto, que es lo que pensé que haría. Porque a ver, ¿qué harías tú si se te viniera encima un todoterreno, eh?

—Apartarme.

—Pues eso, pero Gamay no. Antes le había tocado a él ponerse al volante y yo me aparté. Me aparté de un salto porque vi claramente que Gamay no tenía intención de parar. Así que me dije, pues yo tampoco paro. Y va y se queda allí plantado. Convencido de que en el último momento frenaría, tan seguro él. Se tragó las ruedas, tan seguro él. Tan seguro él hasta el último momento. Qué encabronamiento cogí, compadre. Tuve que pasarme el día entero con la policía, dando explicaciones. Si no llega a estar colgado de coca y ácido cuando se quedó allí plantado en mitad de la puta carretera, que no sé qué coño hacía, yo ahora mismo estaría en la cárcel, para los restos. Y adiós al *disfruting* en Idaho.

—Qué... mala suerte. —Escojo mis palabras cuidadosamente, porque me cuesta expresar un pesar sincero. No es digno mentir más de lo estrictamente necesario. ¿Cuánta verdad habrá en el relato de Muscat sobre el accidente de Gamay?

—Sí, puede que Gamay fuera más duro que yo, pero no más que General Motors.

Le estrecho la mano con gallardía, como diciendo que te vaya bonito, y Muscat se va. Yo me retrepo en mi asiento muy satisfecho, con esa rara sensación de que las cosas están saliendo rodadas.

Por increíble que pueda parecer, cinco minutos más tarde Muscat irrumpe de nuevo en mi despacho, con la foto de una gallina en la mano.

—Rhode Island Red. Deberías probarla, de verdad. —Y luego se marcha de una vez por todas.



Han instalado unos focos enormes. Antes parece un concierto o una gala o ceremonia de ésas de entrega de premios con alfombra roja que un oficio religioso. No doy crédito viendo el tropel de gente que se acerca al templo, y gran parte de ella claramente adinerada, no sólo los típicos peleles e inútiles que conforman el sustento básico de toda religión. Observo el sistema de sonido y la iluminación, de por sí más costosos que el patrimonio al completo de la Iglesia del Cristo Fuertemente Armado.

Hay algo escandaloso en este despliegue, mayormente llevándose a cabo a sólo doce metros de nuestra puerta principal: más cerca o con mayor desfachatez imposible. No vendría mal que abriéramos también nuestras puertas, porque bien podría ser que algunos de esos feligreses se despistaran y entraran en nuestra iglesia por error.

Me abro camino entre los vehículos aparcados y me sumo al tropel que avanza hacia el interior. LUJO GRATIS, reza un póster. Eso no es venderse, es regalarse. Al entrar veo a los Lockett sentados al frente, con su hija, Esther.

Reconozco que tenía pensado ponerme en contacto con ellos, pero temía que me dieran malas noticias. A Esther se le ve buen aspecto, pero por el semblante sombrío de los padres deduzco que el problema no está resuelto. Hay cuatro inválidos en sillas de ruedas instalados en la cabecera, junto a los Lockett, y otra serie de individuos a todas luces no muy sobrados de vida. Las hermanas Fixico han debido de arramblar con los ancianos y enfermos de un par de hospitales.

Así cualquiera, la verdad. Si la palman, has sido un alma caritativa amante de los inválidos, un consuelo para los necesitados, y los enfermos no tardan en caer en el olvido. Y si, por otra parte, alguno supera su invalidez o su cáncer terminal, has ganado a un afiliado para la causa. Funciona porcentualmente, de la misma manera que cuando de joven invitabas a tantas chicas como podías a las fiestas para que al menos una, borracha, aburrida o colgada, terminara optando por ti.

Por lo que a mí respecta no hay nada malo en embaucar a quienes gozan de salud y de un trabajo remunerado y embolsarte su dinero a cambio de ilusiones, porque es bonito contar con una ilusión en condiciones, pero aprovecharse de los enfermos está muy feo.

Saludo con un gesto a los Reinhold. Me devuelven el saludo con la artificial naturalidad de los pillados in fraganti. La cejijunta Virginia con su bloc de notas también se encuentra entre la concurrencia. No ha devuelto mis llamadas. Aguardé un día o dos a que apareciera su artículo. Nada. ¿Que si desistí? No. Llamé por teléfono. La pillé una vez, dijo que no sabía cuándo iba a salir publicado. El director del periódico no quería fijar una fecha, me dijo. El vete a tomar por culo de rigor, diría yo.

Le dejé otros tres mensajes. Un mensaje es fácil que se intercepte o se olvide. En momentos de mucho frenesí, también dos. Cuatro: o eres un desesperado o un incordio. Así que dejé tres. Nada.

¿Que si desistí? No. Me presenté en las emisoras de radio y cadenas de televisión locales. Hablé con un par de personas que parecieron interesarse por la historia, pero nada. Mandé imprimir un folleto dando cuenta de mi resurrección, que distribuí entre la exigua parroquia de la Iglesia del Cristo Fuertemente Armado: nada.

Cualquiera diría que las hermanas Fixico reparten dinero gratis. Acabo de ver de

refilón a Georgia unos bancos por delante. El Templo de la abundancia extrema no pone reparos a las transparencias. Luis está sentado a su lado.

He perdido. Mi milagro ha tenido menos cobertura y repercusión que un perro perdido. Mi rebaño ha desertado en masa. He perdido, estoy acabado, pero no me importa. No me importa, porque aún tengo carácter y empuje suficientes como para mantener la gallardía unas cuantas horas. Mañana vendrá el llanto y rechinar de dientes y las tentaciones suicidas.

Cuando uno mira las cosas a posteriori, a menudo ve dónde ha fallado, pero a veces por mucho que mires no ves nada. ¿Por qué no conseguiría yo hacerme ni con una quinta parte de esta parroquia?

¿Qué es peor? ¿Perder estrepitosamente o perder por los pelos? Ni aun como experto fracasado consigo decantarme por una cosa o por otra. Perder por paliza duele y humilla de mala manera en el momento, pero uno puede relegar la experiencia al olvido y no volver a pensar en ella; pero cuando se pierde por un solo tanto es posible que los «y si...» lo reconcoman a uno de por vida.

Un tipo me hace señal de que me acerque. Es Fash, el sin techo sin pinta de sin techo, que parecía llevar colgado el distintivo de la conciencia a diferencia del «he salido a comer» que lucían los demás.

Le doy la mano y advierto que está impoluta. Tomo asiento junto a él porque lo virtuoso es codearse con los desgraciados. Aunque no veo que Fash vaya de desgraciado en esta ocasión. Va muy elegante, no tiene aspecto alguno de pasarse las noches al raso. La camisa, ahora que me fijo, parece de seda y de él emana un agradable e inconfundible olor a jabón o crema hidratante.

Tomo asiento junto a Fash aunque no puedo evitar pensar aquello de dime con quién andas y te diré quién eres. Observa a quién tienes sentado delante cuando des una cena y te harás una idea bastante aproximada de quién eres. Una vez tuve un vecino que había triunfado en la vida y siempre lo estaba invitando a cenar en casa pero, aunque de hecho nunca me dijo que no, siempre había algo que le impedía presentarse.

Decididamente veo a Fash demasiado arreglado, y la camisa parece de estreno: imposible que siga vagabundeando por las calles. Me dispongo a preguntarle por ese cambio de fortuna cuando comienza la función.

Al tiempo que la música nos envuelve, reconozco que es imposible intentar competir siquiera con un espectáculo así; no es que nos den mil vueltas, es que ni el hierofante ni yo tenemos categoría como para que nos den mil vueltas siquiera.

Sale el predicador y entra en materia. Dicción excelente, dentadura excelente, atuendo excelente. Las hermanas Fixico, Margi y Argi, entronizadas a sus espaldas, no le quitan ojo. Yo me maliciaba que las dos ancianitas habrían sido contratadas por algún sujeto parecido a mí pero con menos escrúpulos, a modo de fachada, dos

abuelitas de pelo cano, que hacen ganchillo, beben té y dicen amén a todo, pero ya veo que me equivocaba de medio a medio: es todo lo contrario.

Aquí el pelanas es el predicador, la batuta la llevan las dos abuelas. Si bien es poco frecuente, de vez en cuando te encuentras con personas, aunque sólo intercambies un saludo, cuya honradez salta a la vista al instante, gente que rezuma bondad (y consuela saber que es posible toparse con personas honradas que, no obstante y siendo honradas, no gozarán de éxito ni poder en la vida). Lo contrario de este reconfortante fenómeno es que, asimismo, hay seres que simplemente exudan maldad por los cuatro costados.

Las hermanas Fixico me dan miedo.

Parecen las típicas ancianitas, con sus gafitas de pasta y todo, pero en sus ojos resplandece el bicho. Te comerían vivo, y sin regodearse por ello siquiera. No están aquí simplemente para embaucar a los invertebrados, no se trata de un mero fraude, hay algo pero que muy poco sano en esta gente. Lo interesante por otra parte es que nadie más que yo parece consciente de ello.

Alrededor sólo detecto embelesamiento y respeto, y empiezo a dudar de mi criterio como acostumbra suceder cuando uno tiene al rebaño en contra.

—El Señor ha hablado con Margi y Argi —afirma el predicador.

Ésta sí que es buena. El Señor ha hablado. El colmo de la fantasmada. El supremo hacedor, amigo íntimo mío, que siempre se da una vuelta por casa para pegar la hebra un rato. Para darme unas ideas. Para decirme que os diga lo que tenéis que hacer. Evidentemente, lo más bonito de ese sabio soplo que Dios tuvo a bien darte es que, si bien no puedes demostrar que te lo dio, nadie puede demostrar que no te lo dio. Como lo del famoso con el que uno se topó en el bar de la esquina. Oye, pues podría ser.

—El Señor les dijo a las hermanas que poseían un don especial: el don de ayudar a sus semejantes.

Siento la tentación de levantarme y decir a voz en grito: «No. Yo no dije eso». Pero no creo que fuera una táctica efectiva, además mi carrera divina ha tocado a su fin.

—Hubo un tiempo en que los semejantes de las hermanas Fixico eran como muchos de ustedes —sigue diciendo el predicador—. Vivían angustiados por sus facturas, sus familias, su salud. Pero ellas los ayudaron con su fe. Ahora que sus semejantes ya tienen de todo, las hermanas Fixico desean compartir su secreto con ustedes.

Una vez dicho que las hermanas Fixico arden en deseos de compartir su secreto, como suele ser el caso con quienes aseguran tener un secreto importante que compartir, el secreto de hecho no se comparte, simplemente se publicita. El predicador toma asiento y nos ponen música: un coro en directo, cinco músicos. Son

muy buenos, y se me va el pie siguiendo el ritmo.

Entonces Gert se levanta como si tal cosa y cuenta lo de su taza de café. Sin rastro aparente de remordimiento por haber cambiado de iglesia. Está feliz.

—Gracias a las hermanas Fixico mi negocio prospera y mi corazón rebosa alegría. No tengo palabras para agradecerse.

Fash se inclina hacia mí.

—Son el mismísimo demonio —susurra en mi oído.

De repente Fash es mi amigo. Mi amigo íntimo. Admiro su criterio. Admiro la seguridad y concisión con la que transmite su veredicto. Nos quedamos escuchando otra media hora y al salir Fash me dice:

—Me gustaría charlar un rato contigo. ¿Por qué no vienes a mi casa?

Accedo porque no tengo otra cosa que hacer. Es evidente que la suerte de Fash ha dado un giro espectacular: entramos en un vehículo (un coche viejo, normal y corriente, pero un coche al fin y al cabo) y bajamos hasta uno de esos islotes artificiales que hay junto a la playa. Un guardia en una cabina alza una barrera para franquearnos el paso. Pero ¿esto qué es?

Aparcamos el coche frente a una bonita mansión. Fash ha encontrado colocación cuidando la vivienda de unos ricachones ausentes o se dedica a hacerles la pelota, eso o se gana la vida poniendo el culo. No es la mansión más opulenta que he pisado en mi vida, pero sí una de ellas. Tres dormitorios, pero inmensos de grandes, paredes cubiertas con magníficas y deslumbrantes obras de arte, jardín con embarcadero al fondo y barco. Si yo tuviera una vivienda así, echaría la llave y me reiría del mundo el resto de mis días.

—¿De quién es la casa?

—Mía —responde, al tiempo que una doncella viene a ofrecernos algo de beber—. Espero que el fraude no te cause muchos reparos.

—No demasiados.

—En mi descargo he de decir que, en rigor, durante todo el tiempo que estuve vagabundeando, fui un auténtico sin techo. Esta casa la adquirí sólo hace un mes.

—¿La lotería?

—No, nací forrado, incluso mientras estuve viviendo en la calle disponía de dinero, sólo que no... no lo llevaba encima. Corté con todo. Siempre he sido un hombre más que acaudalado, podridamente rico. Te parecerá absurdo lo que voy a decir, pero sentía curiosidad por saber qué trato recibiría de ser pobre.

—¿Un trato de mierda?

—Tú lo has dicho. Pero fue... fue muy instructivo cortar con mi vida anterior.

—¿Y viviste de verdad en la calle?

—Sí, claro. Durante dos meses. —Fash da un sorbito de lo que estoy por asegurar es un cóctel preparado a la perfección. El mío desde luego lo es—. Pudo haber sido

peor, en Miami nadie se muere de frío, además iba protegido con chaleco antibalas, pero al principio se hizo muy duro. Una noche desperté y me encontré a uno meando encima de mí. Otro vagabundo. Con la ciudad entera a su disposición para vaciar la vejiga y el tipo escoge ponerse a horcajadas sobre mí. Ésa era la clase de experiencias con las que había que lidiar. Me vine abajo un par de veces, y de haber llevado alguna tarjeta o dinero encima me habría metido en un hotel. Después de devolverte la cartera lloré. Pero te diré lo que encontré revelador de la experiencia.

—¿Qué?

—Lo rápido que te acostumbras. Te acostumbras rapidísimamente. A no lavarte. A la suciedad. Cuando me bañé por primera vez en condiciones, quedó una capa de mugre sobre el agua, dejé la bañera hecha una ciénaga, hasta vegetación tenía. Visto lo visto, prefiero gustar por mi dinero. Pero la razón por la que quería hablar contigo es la siguiente: quiero ofrecerte un trabajo. Espero que la oferta de un trabajo bien remunerado no te ofenda.

—¿En qué consiste?

—Quiero que... ¿cómo te lo diría? En rigor podría chocar con tu postura respecto a la compasión y al servicio al prójimo, todo eso del perdón y demás. Quiero que... ¿cuál es la palabra exacta? Quiero que destruyas a las hermanas Fixico.



—Esto de los coches —dice Dave—, la mayoría no solemos pensar en lo que supone llevar un coche. Para la mayoría, un coche es un artículo de necesidad, no un lujo. Sin coche, la mayoría de nosotros estaríamos acabados, pero nadie se detiene a pensar que un coche puede ser tan letal como una Colt cuarenta y cinco con las cachas nacaradas. No, mejor dicho, tan mortífero como la M dieciséis. Una Colt no podría partirte a un tío en dos. Ni en los muertos y mutilados en la carretera. Fíjate en la guerra de Vietnam, por ejemplo. Una guerra de cinco estrellas, con sus tanques y sus aviones. Diez años de conflicto, cincuenta mil americanos muertos, y la de bombo y platillo que se le ha dado a la cosa. Las carreteras americanas se cobran ese mismo número de víctimas todos los años. ¿Dónde están las sentadas contra el automóvil?

Estamos paseando por un tramo despoblado de Collins Avenue camino de una galería de arte donde expone la novia del primo segundo de Dave, cuando vemos a una figura solitaria volviendo la esquina. No hay nadie más en la calle en tres o cuatro manzanas a la redonda y ya barrunto que se nos avecina un nuevo atraco, cuando advierto que la figura es diminuta, un viejecito cheposo con bastón.

Al aproximarnos observo que lleva una camiseta sin mangas. La moda, qué duda cabe, es una forma de expresión de la identidad, pero a los ochenta uno no debiera escoger modelitos que expusieran sus ajados brazos quemados por el sol. Adónde vas con eso, abuelo. Estamos a punto de cruzarnos con él, cuando va y suelta:

—Os voy a desplumar, peleles.

Dave me mira.

El carcamal apenas se tiene en pie, parece tuerto de un ojo. Está desdentado. Rondará casi los noventa y ya antes de engurruiñirse era bajito y flacucho. Pasamos de largo y nos dice a voces:

—El dinero, maricones. Si no me dais el dinero, le diré a la policía que me habéis atracado.

Saca una dentadura postiza del bolsillo, como rota adrede, se tira al suelo y empieza a dar voces pidiendo auxilio.

Dave mete la mano en el bolsillo, saca una cartera y la entrega.

—Dígame, ¿qué ha visto en mí? —pregunta al abuelo.

—Sois unos pelanas. No tenéis cojones de reiros dándole la paliza a un viejo carcamal.

Seguimos nuestro camino.

—¿Qué? —dice Dave—. ¿Qué querías, que me liara a golpes con él? Gracias. Mi mujer dice que me lo busco. «¿Cómo que me lo busco?», le digo. «No hacen más que atracarte, algo harás para atraerlos», responde. «¿Qué?», le digo. «¿Se puede saber, querida mía, qué es lo que hago exactamente para atraerlos? Dímelo tú, haz el favor». «Yo qué sé —me dice— algo harás. Si no, no te pasaría, ¿no? Déjalo ya o vas a acabar mal».

»Asumir las cosas es importante. Pero también peligroso porque raya en la rendición. La aceptación y la rendición se dan la mano. Hay que ir con mucho ojo. Aun así, hay cosas que tienes que asumir. Yo tengo que asumir que no logré salvar a mi hermano. Tengo que asumir que hay algo en mi cara que está pidiendo a gritos que me atraquen. No me queda otro remedio.

Dave me explica que a partir de ahora llevará encima una billetera falsa, con tarjetas de crédito caducadas y un puñado de billetes haitianos con un valor real de dos centavos todo lo más.

—Incluso había pensado en hacerme con un maletín de ejecutivo con dispositivo antirrobo, de esos que sueltan una descarga eléctrica o le vuelan los dedos al ladrón. Me encantaba la idea. De verdad que sí. Ver cómo los dedos del tipo saltaban por los aires. Pero he decidido que voy a meter esto en la billetera.

Me tiende una tarjeta. «Vas por mal camino. En este instante crees haberte salido con la tuya. Pero lo único que has hecho es robarte a ti mismo. Has robado tu futuro. Acude a la Iglesia del Cristo Fuertemente Armado si necesitas ayuda de verdad».

—Chocaría mucho encontrarse una tarjeta así.

—Pero ¿no decías que querías más almas? —Dave contempla el oleaje. En el horizonte se vislumbra un par de barcos, borrosos en la distancia—. Supervivencia. La supervivencia está sobre-valorada.

Me entrega las ganancias que me corresponden de las últimas apuestas.



Mi primer trabajo para las hermanas Fixico consiste en plantarme frente al Omni, con uno de sus radiocasetes, y repartir folletos entre los transeúntes. Ojalá que algún policía o autoridad competente venga a impedírmelo o a retirarme de aquí, pero, desgraciadamente, al gremio religioso no se le suele prestar atención.

—¿Usted cree en esta mierda? —me pregunta uno de los receptores del folleto.

Me muerdo la lengua para no contestarle «Yo qué voy a creer. Tiene toda la razón, no son más que sandeces y el papel no vale ni para limpiarse el culo de lo duro que es».

—Que tenga usted un buen día, caballero —respondo—, bueno y provechoso. —Y lo digo de corazón. Estoy de buen humor. Me apetece que la gente disfrute de un día bueno y provechoso. La mayoría de la gente, no las hermanas Fixico.

La tentación de sabotear abiertamente a las Fixico desde las bases es grande, pero nunca sabes quién puede haber al acecho.

Calvin, el jefe de mi cuadrilla, por ejemplo. Calvin es un pelota de nacimiento y un segundón de natural. Como mucho ocupará el cuarto o quinto puesto en el escalafón, pero él se conforma con pertenecer a un grupo y no tener que asumir excesiva responsabilidad. Sería feliz trabajando en un banco o descerrajando tiros en la nuca a prisioneros de algún conflicto étnico, pero por alguna razón las circunstancias lo han llevado a trabajar como capataz de las hermanas Fixico, a controlarnos, a vigilar al populacho, a la soldadesca que hace la calle como servidor.

—Estás mal colocado —ése fue el motivo de una de las broncas que me echó Calvin. Enderecé la postura, dando por entendido que se me acusaba de encorvar las espaldas—. Estás mal colocado —insistió. Estoy ya tan desencorvado que corro el peligro de caer de espaldas.

He aquí una regla sagrada para todo jefe: las órdenes es preciso darlas con claridad.

—Estás mal colocado —grita en mis narices de nuevo.

A menudo damos en creer que subiendo el volumen nuestras palabras ganan claridad. Ganas me dan de atizarle; pero si hay una experiencia útil en la vida es la de trabajar con gente a la que se odia.

Calvin señala mi pierna izquierda.

—Pon esa pierna recta. —Estoy de pie, luego es de suponer que tengo la pierna recta. Doy orden a la pierna de que se enderece, pero se queda como estaba, porque es materialmente imposible enderezar una pierna que ya está recta—. ¿Haces el favor de enderezar esa pierna? —vuelve a gritarme. No puedo enderezar más la pierna izquierda y, que yo sepa —y quién mejor que yo para saberlo—, mi pierna izquierda

no está más torcida que mi derecha.

Sonrío. La sonrisa que no falte. No entiendo por qué me grita. Los vagabundos que en un principio trabajaban para las Fixico no sólo tenían mal porte, sino que se derrumbaban en la acera cubiertos de vómito, venga a tocarse las pelotas. ¿Se trata de una orden nueva en el régimen de las Fixico o de una orden dirigida exclusivamente a mi persona? ¿Pretenden deshacerse de mí? No sé a qué viene de pronto ponerse tan quisquilloso. Ningún ejército tendría tantas exigencias. Sería muy fácil entrar al trapo contra el leguleyo frustrado de Calvin, un vociferante leguleyo frustrado que no tiene media bofetada, además de ser diez años menor que yo y tan corto de luces como para creerse a las hermanas Fixico: facilísimo sería.

Pero no la emprendo con Calvin. No protesto. Sonrío. La sonrisa es sincera porque me he prometido a mí mismo que cuando esto termine, me tomaré todas las molestias y el tiempo precisos para localizar a Calvin y molerlo a palos, con saña. Es importante darse gusto a uno mismo. Os aseguro que no deseo otra persona más a quien odiar, ya tengo el cupo bastante lleno, pero a veces no queda más remedio que corresponder como es debido. Mientras oigo a Calvin decirme que ponga bien las manos, me consuelo imaginando sus gritos implorando misericordia.

Calvin es un hueso duro de roer, pero se le ve a la lengua: es muy alto y tiene predilección por los trajes oscuros aun con estos calores. No veo rastro de él, así que por el momento yo tranquilo.

Estoy contemplando a las rapaces que planean en el cielo y a las que han desplegado sus alas al sol en los tejados, sereno, cuando una limusina negra se detiene frente a mí. Se baja una ventanilla y observo que la persona acechándome con ojos escrutadores es una de las hermanas Fixico.

Creo que se trata de Margi, la mayor, aunque ni de cerca se las distingue puesto que se visten y peinan de manera idéntica las dos. Margi quizá sea ligeramente más gorda y flácida de papada.

¿Son imaginaciones mías o sospecha de mí? ¿Estará preguntándose por qué he aceptado ser un subalterno? Hará bien en preguntarse por qué el subhierofante este habrá renegado de su iglesia y se habrá sumado a sus filas. Pero servidor cumple con su trabajo al pie de la letra. Debo de ser el repartidor de panfletos más cualificado y menos enajenado de su imperio. La abuela tiene la mosca detrás de la oreja, pero aunque quiera pillarme en falta, no puede. Siempre he sido un buen empleado. Tal vez no modélico, pero sí un buen empleado, y en esta ocasión aún pongo mayor esmero.

La limusina se aleja. La abuela huele el peligro, pero no lo ve. Las hermanas Fixico ignoran que si poseo algún talento es el de ser capaz de hundir la empresa para la que trabajo. Felizmente, se trata de un talento bien oculto.

No puedo demostrarlo, evidentemente, pero los resultados a la vista están. Vaciar

los bancos de la Iglesia del Cristo Fuertemente Armado no tiene mucho mérito, pero hundir una destacada organización multinacional del crimen en espacio de pocos meses no es moco de pavo. Los delincuentes esos estarán allá en sus celdas bogotanas preguntándose en qué fallaron. ¿Escatimaron con las mordidas a los políticos? ¿Alguno se fue de la lengua? ¿Le pisaron el callo a alguien? Nunca podrán imaginar que uno de sus desconocidos chicos de los recados en Miami fue el causante de su ruina. Ciertamente que la empresa de iluminación aguantó unos años, pero seguramente porque allí debí de entrar en liza con la buena fortuna de los demás.

No tengo prisa. La verdad es que no tengo gran cosa que hacer.

En fin, me he rendido. Rendirse puede resultar bastante placentero. He de aceptar que como Dios no tengo futuro. A qué me dedicaré, no lo sé, pero estoy postergando el momento de entrar en acción poniéndome en acción (muchas veces la acción no es más que espera acelerada). Ahora mi preocupación es lidiar con las hermanas Fixico. El odio es capaz de sustentar tanto como el amor, si bien puede conllevar desagradables efectos secundarios.

Los Ángeles había sido el punto de partida de las hermanas Fixico. De allí se desplazaron al este, con escalas en Nuevo México, Texas, Luisiana, Tampa, recorrido durante el cual hicieron un misterioso acopio de dinero e influencias, hasta finalmente recalar en Miami. Fash estaba indignado con el trato que las Fixico dispensaban a los sin techo y con aquella filosofía suya del «dar para recibir» que se basaba, al menos en lo tocante a sus subordinados, en un dar para no recibir. A Fash, que trabajó unos días como custodio de un radiocasete, le dijeron que tendrían que prescindir de su persona. «Pretextaron que estaba haciendo preguntas difíciles», me dijo Fash. «Yo no hice más que una pregunta: ¿adónde va a parar el dinero?». Uno de los vagabundos, añadió, que no había devuelto el loro (son radiocasetes muy sencillos, de modo que sacaría una miseria con la reventa) fue hallado muerto. Naturalmente, las esperanzas de vida para quien vive en la calle no son como para echar cohetes.

—Ni que decir tiene que si me ayudas en esta empresa, como se suele decir en estos casos, serás recompensado con creces... —me había dicho Fash.

—No tengo ni idea de lo que se dirá en estos casos, porque nunca me han instado a aceptar un trabajo bien remunerado.

—¿O sea que aceptas?

—No.

Explicué a Fash que haría mejor no implicándome directamente en sus planes de obstaculizar a las hermanas Fixico. Mejor que yo trabajara por libre, en calidad de gafe, y me introdujera en solitario en el tinglado de las Fixico.

—No entiendo —dijo Fash.

—Da igual. En la Iglesia del Cristo Fuertemente Armado tenemos a gala ser poco ortodoxos. Pero sí podría darte unos buenos consejos de cómo emplear tu dinero —

proseguí.

Fash haría mejor empleando su dinero en levantar al hierofante, en financiarle un poco de propaganda y, sobre todo, en alejar a los Lockett y a Esther de la órbita de las Fixico. Fash encontró a un especialista en leucemia neoyorquina reconocido como el mejor del país, que tal vez pueda solucionar el problema, y en todo caso Nueva York queda muy lejos de Miami.

Procuro tomar el sol tanto como puedo. Me encanta.



—¿Quieres que lo hablemos? —pregunta Sixto.

—No —respondo.

—¿Seguro?

—Sí.

—Quizá pudiera darte algún consejo.

Sixto ya es un psicoterapeuta cualificado, sea lo que sea eso. Está embalando las mejores piezas de su vajilla, con sumo cuidado, y ansioso por poner en práctica sus conocimientos.

—No necesito consejos. Lo que necesito es una nueva vida.

—Quizá pudiera hacer que vieras tu vida desde una nueva perspectiva.

—Sixto, te lo agradezco. Pero tengo un problema: no soy lo bastante tonto como para creer en tonterías.

Sixto contempla las cajas vacías y los trastos restantes. Lo que nos aguarda rara vez es un hogar. Lo que nos aguarda es una serie de muebles con los que dormir. Una serie de bibelots a los que quitar el polvo. La mayoría giramos en torno a eso: nuestros bibelots favoritos. Ya me gustaría a mí contar con una serie de objetos personales que estuvieran aguardándome; consuela mucho más de lo que uno quisiera reconocer.

El fracaso tiene mala prensa. Naturalmente, antes de darse por vencido hay que luchar contra la pereza durante un tiempo, pero lo que impera es el fracaso. Casi nadie se salva. La mayoría de intentos termina fracasando. Y todo éxito termina fracasando, finalmente. A veces el éxito hace que nos olvidemos de ello. Una vecina mía tenía un negocio de venta por catálogo. No recuerdo el porcentaje exacto pero me parece que según ella con un 0,1 por ciento de personas que respondieran a sus *mailings* ya se daba por satisfecha.

Entra Napalm. Lo observo con atención. Nada.

—Hola, Napalm —saluda Sixto—. Estábamos aquí hablando sobre la humanidad. No hay esperanza. —Quien dice eso por lo general no habla en serio. ¿Quién dice: «Te has fijado en que tengo la nariz en mitad de la cara»?

Napalm echa un vistazo al frigorífico. Se sirve un buen vaso de zumo de piña y

sube a su dormitorio. Nada.

—Háblame de tu amor loco —me dice Sixto.

No sé por qué respondo. Tal vez Sixto posea de verdad una habilidad especial.

—Fue una locura.

—¿Quién era ella? ¿Cómo era? ¿Por qué y cómo terminó la historia?

—Era muy guapa. Inteligente. Nariz fantástica. Una nariz fantástica.

—¿Y?

—Que cambió de domicilio. Le escribí una carta larguísima, explicándole lo loco que estaba por ella. En un papel muy caro. Le dije, con una frase lapidaria, que de entre todos los miles de millones de seres del planeta la había escogido a ella.

—¿Y?

—Que la carta no le llegó... su madre había quedado encargada de reenviarle el correo. Y se dejó olvidada la carta en la guantera del coche. Un año más tarde la madre descubrió la carta y se la hizo llegar. El objeto de mi locura se puso en contacto conmigo y me dijo lo mucho que la había emocionado mi carta.

—¿Y?

—Yo ya estaba casado. Me había casado dos días antes de su llamada telefónica.

—Te diste por vencido demasiado pronto.

—No, de eso nada. Había hablado con la madre otras veces. «¿Ha llegado mi carta?». «Sí». «¿Se la ha dado a su hija?». «Sí». Creí que la chica la habría recibido, pero que no tenía interés por mí.

—Qué rabia.

—Antes me enfurecía. Uno siempre se pregunta por esos caminos que nunca llegó a tomar. ¿Qué habría pasado si...? Pero ahora me consuelo pensando que seguramente esos caminos serían tan desastrosos como los que acabé tomando.

—¿Y eso es un consuelo?

—Para mí, sí.

Sixto extrae de un cajón un largo artilugio de acero, un sofisticado utensilio de cocina.

—¿Sabes lo tremendo? No sólo no recuerdo haber comprado esto, sino que ni siquiera sé para qué sirve. —Lo arroja a una de las cajas. Me alegro de viajar ligero de equipaje.

—Bueno, ¿has descubierto alguna enseñanza magistral que estés dispuesto a compartir con tus semejantes? —le pregunto.

—¿Te refieres a si tuviera que destilar en una sola frase la sabiduría adquirida en mis treinta y dos años de vida en este planeta? ¿Si tuviera que transmitir en diez segundos una verdad universal de importancia, a modo de mensaje para la humanidad?

—Exacto.

Sixto reflexiona un instante. Tras deliberarlo, responde:

—A los gatos por lo general no les gusta que los metan en el microondas.



—Perversiones baratas. Las tuyas son perversiones baratas, sí, no te rías —dice una mujer al pasar, la última mujer de quien esperarías una observación así. Quizá las perversiones de su marido sean caras.

—Todos necesitamos un código moral que saltarnos —conviene su compañero.

En vista de que he recogido más limosnas que cualquiera de los demás representantes callejeros de las hermanas Fixico, me han ascendido a la zona de South Beach.

Calvin está molesto por mi ascenso, pero el negocio es el negocio; y él ignora que los transeúntes rara vez me dan dinero, me limito a aportar billetes de mi propio bolsillo. Tampoco es que tenga grandes competidores: por lo general están tan trastornados que tan pronto podrían comerse un billete como gastarlo.

Además, el dinero con el que estoy alimentando las arcas de las Fixico redundará en su perjuicio: ha pasado por las manos de Tyndale. ¿Será una suerte mi mala suerte? ¿O tendré mala suerte con mi mala suerte? ¿Cómo debo plantearme la cuestión?

Calvin está ansioso por pillarme en falta, pero no puede. Cumplir con tu trabajo es a menudo una de las formas más solapadas pero más satisfactorias de fastidiar al jefe. Les saca de quicio que cumplas con tu deber a pies juntillas.

No he perdido el tiempo miserablemente. Estoy bronceado hasta el tuétano y, en el bolsillo de mi camisa, en un papel doblado, llevo la dirección del domicilio de Calvin. Me consuela mucho saber dónde localizarlo.

Si has de pasar horas plantado en una esquina, Lincoln Road es decididamente el lugar ideal. Público curioso y buenos restaurantes. Un señor mayor vestido sólo con batín y pantuflas blancos viene hacia mí. No creo que el atuendo tenga pretensiones de estilo.

Blande ante mí dos enormes habanos y una caja de cerillas. Me ofrece un habano amistosamente, con unas palabras en español que no entiendo... lo rechazo. El hombre insiste, simpático pero firme. Acepto.

Mientras fumamos él no deja de parlotear animadamente, en español, sobre tiempos pasados, supongo. No sé si es consciente de que no entiendo una palabra o si me toma por un adicto a que le larguen historias... Intuyo que es un cubano que ha escapado por la ventana de la casa de su hija o de un hospital donde se le prohíbe fumar. El tipo se explaya aspavorosamente (aunque salta a la vista que está enfermo) por espacio de media hora. Luego me estrecha la mano, me da las gracias y se aleja arrastrando los pies.

Continúo observando a los abanderados del estilo que desfilan ante mí y mastico mentalmente otro sándwich de lubina. Ayer pedí uno en el Books & Books y fue un escándalo lo que disfruté comiéndomelo. Apostaría a que sólo unas horas antes la lubina aquella aún estaba nadando en el mar, cómo no sería de fresca. Algún ser apasionado por su trabajo se había encargado de freiría a la perfección, pero lo que le daba el toque verdaderamente excepcional era el alioli que la acompañaba.

Una vez abandonada toda pretensión virtuosa, no veo por qué no voy a poder disfrutar con un exquisito sándwich de lubina, pero no es bueno que un señor hecho y derecho como yo se emocione tanto con un bocadillo. Me avergüenza un poco llevar todo el día pensando en el momento de hincarle el diente, y haber regresado al mismo tramo de Lincoln Road sólo para poder repetir la experiencia.

Pero cuando hago mi pausa para comer, descubro que el sándwich ha desaparecido de la carta. Me doy cuenta de lo bien que hice regodeándome con el del día anterior. Disfruta como un cerdo mientras puedas. Me conformo con un ceviche de atún y suena mi móvil.

—No te has enterado, ¿verdad? —dice Dave.

—¿No me he enterado de qué?

—No te lo vas a creer —continúa—. ¿A que no adivinas qué ha pasado?

Eso de que no vayas a creer lo que te digan depende en gran medida de quién te lo diga: lo que algunos tienen por increíble es, de hecho, más que creíble y en absoluto interesante. Pero estoy seguro de que Dave el Desaprensivo ha hecho un uso más que apropiado del término.

—Cuenta.

—No, no. Adivina primero.

—Anda, suéltalo.

—Es un bombazo, tendrás que suplicármelo de rodillas. Quiero oír cómo me suplicas.

—No.

—Suplica.

—No. Yo diría que tienes tú más ganas de contármelo que yo de saberlo.

—Quieres saber la noticia.

—Cuéntamela de una vez.

—No, adivina primero.

—Ludwig van Beethoven, Elvis Presley y Pablo Escobar siguen vivitos y coleantes y han montado una tintorería en Nueva Jersey que está causando sensación.

—Mejor todavía. Las hermanas Fixico... —Se interrumpe para que le diga:

—¿Qué?

—A las hermanas Fixico... —Hace una larga pausa de nuevo—. Las han detenido.

Me echo a reír a carcajadas. Un buen rato. Intuyo que Dave está deseando que le pregunte el porqué, pero no lo hago.

—¿A que no adivinas por qué?

—¿Fraude?

—Eso por descontado. ¿Peor que fraude?

—No sé, ¿qué hay peor que fraude?

—Homicidio.

Estará feo, pero me da un ataque de risa incontrolable.

—Espera, espera —dice Dave—, que aún no he terminado. ¿Peor aún que una imputación de homicidio?

—Me rindo.

—Doce imputaciones de homicidio.

De hecho los cargos que se les imputan son legión, desde multas por aparcamiento indebido a evasión de impuestos y homicidio. Lo más jugoso que ha salido a relucir es que el capital inicial de las Fixico provenía del cobro de pólizas de seguros. Pólizas de seguros suscritas a favor de una serie de vagabundos de Los Angeles, que perecieron arrollados por conductores sin identificar que se dieron a la fuga. Me cuesta trabajo creer que pudieran recabar dinero de ese modo, cuando yo ni siquiera conseguí que mi compañía de seguros me pagara unos desperfectos perfectamente genuinos en el tejado de mi casa.

—Una única acusación de asesinato —dice Dave— cualquier inútil la sortea. Dos o tres acusaciones de asesinato... con un abogado de primera y pasta de por medio aún puede que te salves. Pero ¿doce? ¿Doce? Ya estás diciendo adiós muy buenas, *sayonara*, *auf Wiedersehen*, *aloha* y *adieu* al resto del mundo de rejas para fuera. No hay vuelta de hoja. ¿Cuánto tiempo hace que trabajas para ellas?

—Casi tres semanas.

—Tyndale, es un peligro conocerte.

Ya sé que me diréis, oye, Tyndale, bonito, seguro que la policía llevaba años tras la pista de las Fixico, acumulando pruebas. De acuerdo, sí, pero yo sé lo que me digo.

Me enjugo las lágrimas. Por mucho que despotriquemos de la vida, todos echamos unas risas de vez en cuando. Arrojo el radiocasete y los folletos a una papelera. Ya no se necesitan para nada.

Llevo la mano al bolsillo de la camisa. Calvin.



—Tyndale, ¿qué tal? —me saluda el hierofante.

Ya era delgado antes, pero se las ha ingeniado para perder más peso aún. Sin embargo, vuelve a ser el *marine* bravucón de siempre. Se abre paso entre las cajas que atestan el pasillo.

La casa se ha vendido y Sixto ha empaquetado todos sus enseres. Quería cambiar de aires, y mudándose evitará tener que responder a preguntas violentas sobre lo que se hizo de aquel dinero, caso de que alguien venga de Latinoamérica a preguntar. Yo no sé qué hacer. Tener a alguien a quien destruir era agradable, motivaba a levantarse de la cama.

—Para haber muerto —dice el hierofante— tienes muy buen aspecto.

Mi resurrección no ha tenido penetración alguna en el mundo. Sólo un puñado de personas se ha enterado: Sixto, Didsbury, el doctor Greer, Virginia y los periodistas varios a quienes me dediqué a importunar. No entiendo en qué fallé. Todavía hoy, cada dos días más o menos, aparece alguna referencia a lo de la taza de Gert en periódicos, revistas o páginas web, en cambio sobre lo mío sigo sin haber visto una sola línea. Quizá tendría que haber intentado mantenerlo en secreto, pero no se puede recurrir. Obré un milagro y nadie se enteró.

—Tú también tienes buen aspecto, Gene —le digo, porque en gran parte es verdad.

—No estoy mal. Soy viejo ya. Eso no hay quien me lo quite. Cuéntale a los chavales lo dura que es la vejez, que ni caso, ellos venga a hacerse mayores. Con la edad uno se vuelve sensiblero. Ya no veo la televisión. Ni leo la prensa. No soporto las noticias, porque no traen más que desgracias. Ya no puedo con ellas. Veo un póster de un niño que ha perdido su perrito y se me parte el alma... fíjate si estaré chocho. Ni siquiera con los canales deportivos disfruto ya, porque en la cara mala del deporte siempre hay alguien que se rompe una pierna, y aunque mires la cara buena, hasta en el deporte hay alguien que sale perdiendo.

El hierofante saca un ejemplar de *Scientific American* de la chaqueta.

—Ahora sólo leo esto. Con la ciencia vas sobre seguro. Los protozoos no protestan.

Sixto ha sido generoso conmigo, dispongo de un modesto capital. Tengo dinero suficiente para sobrevivir un año. Y aún tengo también una embarazosa y pertinaz dolencia. Lo que no tengo es idea alguna de lo que voy a hacer.

—Se te echa de menos en la iglesia, Tyndale —afirma el hierofante—. Cada uno hace lo que quiere con su vida. No sé por qué no se te ve por allí últimamente, pero he venido a decirte que no estoy molesto ni decepcionado contigo porque trabajaras para las Fixico. Embaucaron a mucha gente. En la Iglesia del Cristo Fuertemente Armado siempre serás recibido con los brazos abiertos. Además, ahora ya ocupamos el puesto setenta y dos en la lista de las iglesias más populares del país.

El dinero de Fash sin duda habrá contribuido. Flan instalado aire acondicionado. Y ofrecen actividades para la juventud. Mike ha montado un club de boxeo que tiene mucha aceptación. «A los chavales les encanta la violencia organizada». El hierofante por su parte lleva un club de ciencias, física y química elemental (volar cosas en

pedazos). La barbacoa de los fines de semana ha demostrado ser un éxito entre los feligreses de más edad, y la repostería de la nueva clase de catequesis ha sido motivo de entusiastas reseñas en la prensa local y contribuido a que muchos antiguos atracadores se reformaran. Los Lockett han manifestado muy públicamente su agradecimiento a la Iglesia por costear el tratamiento de Esther, que al parecer está ya curada.

—Estamos buscando unas instalaciones más espaciosas —explica el hierofante—. Es probable que el Templo de la abundancia extrema se traslade a otra parte.

—Gene, ha sido un placer trabajar contigo. He aprendido mucho de ti... me has ayudado mucho, pero tengo otros planes.

Temo por un instante que me pregunte qué planes son éstos, porque no sabría inventarme nada convincente. El hierofante responde con una sonrisa y se va.

Napalm ya se ha mudado. Sin despedirse. Me gustaría fingir que no me importa, y no es que me importe mucho, pero siempre decepciona que le tiendas la mano al prójimo y el prójimo ni lo advierta. He de meditar detenidamente sobre ese particular más adelante.

La puerta de la habitación de Gulin está abierta, y todos sus bártulos cuidadosamente embalados. Yo no tengo gran cosa que empaquetar, pero se me ocurre que ya es hora de que me ponga a ello y tome una decisión. Justo estoy preguntándome si veré a Gulin antes de que se marche, cuando oigo pasos y la veo aparecer.

—Hola —saluda, contenta de verme. Es todo un placer, si bien insignificante, ver que alguien se alegra de verte—. ¿Cómo estás?

—Bien —respondo—. ¿Cuándo haces la mudanza?

—Pronto. ¿Por qué no me preguntas si tengo alguna novedad?

—¿Tienes alguna novedad?

—Sí. Soy millonaria. —Espero el golpe de efecto, pero no lo hay—. Mi jefe me ha dejado en herencia un rancho. Veinte mil hectáreas.

Me echo a reír. No sé por qué me resulta tan gracioso, pero así es. Me río a carcajadas. Gulin ha vencido al sistema. Hacía años que no me daban una noticia tan buena.

Entiendo por qué su jefe ha sido tan generoso. Él había dejado a su familia en Illinois a los dieciséis años, nunca más volvió a tener contacto con los suyos, llegó a Florida solo y levantó una cadena de salas de cine. El hecho de que fuera gay tal vez tuviera algo que ver, porque eran otros tiempos, la década de los cuarenta, cuando tener un hijo moña era peor que lo devoraran los lobos, pero quizá no fuera eso. A veces las cosas salen así y punto. El hombre se vio reflejado en Gulin, en aquella mujer que no contaba con el respaldo de nadie, sola en el mundo, porque pocos de nosotros carecemos de respaldo por completo, siempre hay algún familiar, un club,

unos ahorros. Pocos de nosotros tenemos el coraje de lanzarnos hacia lo desconocido. Yo no lo tengo. Vine a Miami porque no tenía nada que dejar atrás. Hablaba el idioma. Contaba con algo de dinero.

—Soy millonaria —dice—, pero estoy sin blanca. —Gulin ha heredado el rancho, que queda a unos cien kilómetros de Miami, pero no tiene dinero para sufragar los gastos que acarrea su mantenimiento. Yo me lo vendería todo cuanto antes, pero como habréis podido observar, las malas decisiones suelen frecuentar mi compañía —. Necesito hacer dinero como sea. Antes había una granja avícola en la finca.

Una de las grandes pegas de la vida es que viene sin subtítulos, sin puntuación musical, sin melodías que te avisen de que está sucediendo algo importante. Los acontecimientos realmente significativos no suelen distinguirse de los irrelevantes. Amigos o familiares se ponen el abrigo y adiós, cierran la puerta sin hacer ruido, como han hechos cientos, miles de veces antes, y no tienes remota idea de que ésa será la última vez que los veas, de que esa salida en particular, la número trescientos sesenta y dos, será la que habrá de cambiarlo todo, aunque se produjera de manera idéntica a las trescientas sesenta y una restantes.

Me alegro de tener la oportunidad de despedirme de Gulin en condiciones.

—No me vendría mal un inquilino. ¿Te interesa, Tyndale?



Instalamos a *Orinoco* en el asiento trasero. Hay gatos que no soportan estar encerrados, pero *Orinoco*, como de costumbre, si bien obedece, lo hace muy digno, como un famoso firmando un autógrafo. Apuesto a que el gato este es un sabio reencarnado. Cada vez que miro a *Orinoco* me siento inferior, porque salta a la vista que lo tiene todo clarísimo.

No perder los papeles. Es lo único que puedes hacer. No perder los papeles y esperar. Esperar a que surja tu oportunidad. Siempre cabe el riesgo de que esa serenidad derive en claudicación, pero lo único que puedes hacer es no perder los papeles y esperar tu oportunidad. Yo tal vez haya dejado escapar alguna, y tal vez no habría escogido voluntariamente las que he acabado aprovechando, pero he pasado mis buenos ratos. Destructor de empresas de iluminación, aniquilador de multinacionales del crimen organizado, exterminador de moralistas de pacotilla, ése soy yo. Al menos una de esas oportunidades surgió como una misión, y es agradable contar con una misión cumplida.

No perder los papeles. O al menos fingir que no los pierdes. Entre la serenidad falsa y la auténtica poca diferencia hay. ¿Qué nos deparará el futuro? A *Orinoco* y a mí nos trae al fresco. Toqueteo el brillante que me he hecho colocar en el lóbulo izquierdo a modo de recuerdo de Miami y de la lección que espero haber aprendido aquí: nunca pierdas la calma, sé duro y paciente como el diamante que aguarda bajo

tierra.

—¿*Orinoco* es de alguna raza especial? —pregunto.

—No, es un gato negro cualquiera. Lo encontré en un centro de recogida. Algún desaprensivo que lo abandonó —dice Gulin.

Mientras intento encajar la maleta en el coche, me asalta una sensación extraña, hacía tanto tiempo que no la experimentaba que casi la había olvidado: me siento a gusto, como en casa.

Ya hemos hecho las despedidas de rigor. Dave el Desaprensivo me ha regalado un recopilatorio que suena de fondo mientras emprendemos viaje al sur, en dirección a Florida City. Un cantante que no conozco canta sobre la buena suerte. Se me ocurre que es posible que la mala suerte, esa hermana malvada y malcarada de la buena suerte, también pueda guiarte a tu destino.

—Idiota —observa Gulin, cuando un idiota nos adelanta bruscamente, pero es una observación, no un insulto.

Gulin es buena conductora, conduce tranquila, pero segura. No hay como viajar en un coche cómodo y potente, bajo un sol radiante, para sentir que vas a alguna parte. Pese a mi embarazosa y pertinaz dolencia, reflexiono sobre el futuro y la eternidad con ánimo divertido. ¿Mi futuro? Llevo puesta la elegante camisa de seda de manga corta que Fash me ha regalado, muy apropiada para alguien como yo, un hombre acostumbrado a poner imperios patas arriba, a liquidarlos él solito, aunque nadie se entere o se lo crea nunca; me da igual. Hace sol, me da igual. Tal vez sea una trivialidad tremenda decir eso, pero las cosas tremendamente triviales, como un pañuelito de papel, a menudo hacen su servicio.

Reflexiono sobre la eternidad. Si se piensa, la eternidad no puede durar mucho tiempo, puesto que el factor tiempo ya no entra en la ecuación. La eternidad tal vez se perciba como algo momentáneo, como calarse unas gafas de sol o como viajar en coche en un día de sol radiante, vestido con una elegante camisa de seda de manga corta. ¿De qué sirve el mundo, francamente? ¿Por qué ha de ser tan grande y tan complicado y estar tan atestado de gente, cuando todo se reduce a un puñado de personajes, o tal vez a uno solo?

No sé por qué pero Gulin siempre me levanta el ánimo. Irradia un optimismo contagioso. No, no es eso, no es optimismo, porque no es que ella lo vea todo color de rosa. Tan tonta no es. No, es esa voluntad positiva que hay en ella. Esa actitud de que venga lo que venga, ya se le dará solución... y la verdad, qué más se puede pedir.

Sin apartar la vista de la carretera, pregunta:

—Oye, Tyndale, ¿has pensado alguna vez en tener hijos?